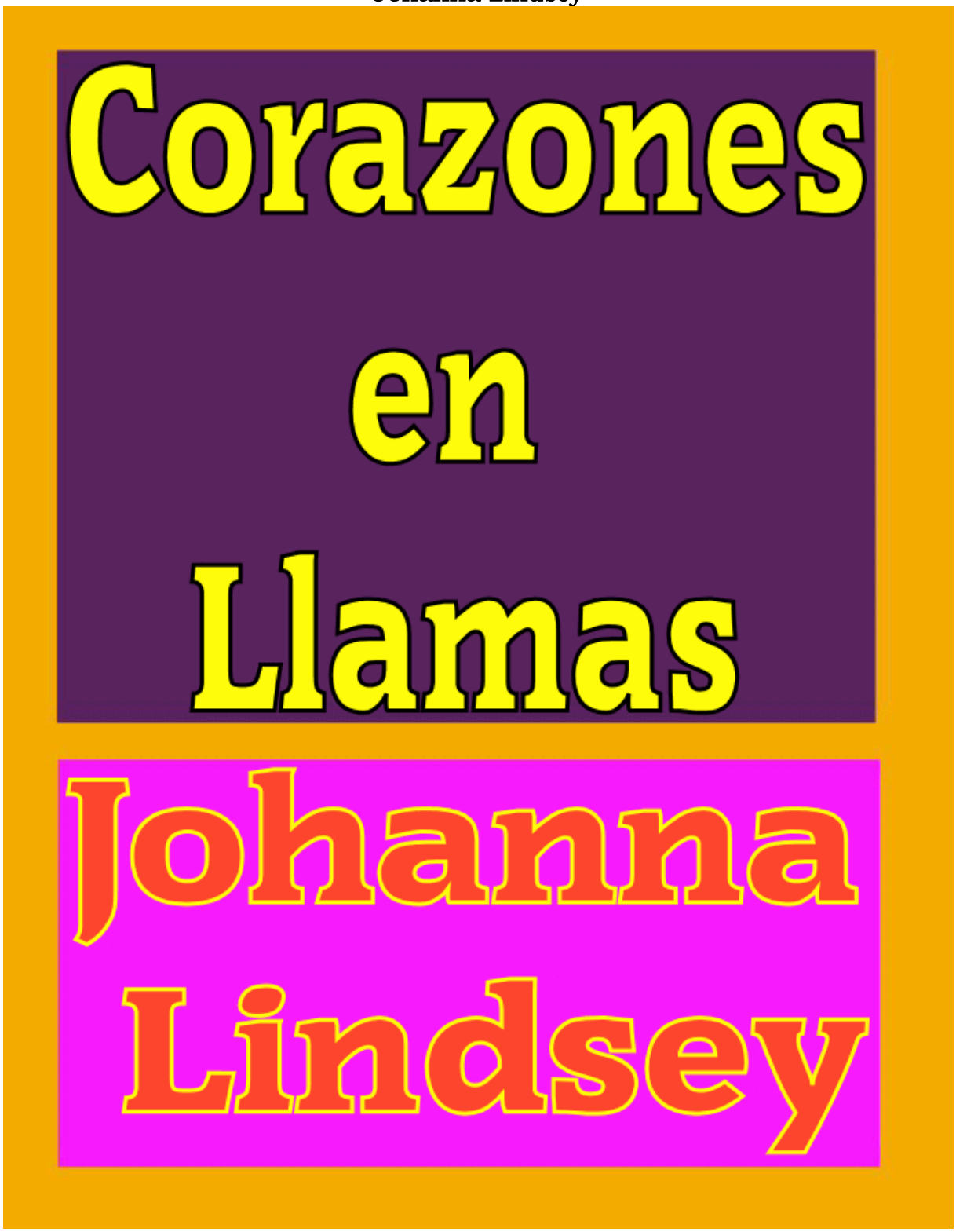


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dos enemigos en la guerra,

dos amantes en la eterna batalla del amor.

1

Noruega 873 A.D.

Dirk Gerhardsen se dejó caer al suelo y se arrastró para acercarse al río, donde se había detenido la joven de los cabellos rubios.

Kristen Haardrad miró una vez hacia atrás, como si lo hubiese oído, y después jaló las riendas de su caballo de gran alzada. Avanzó directamente hasta la orilla. A su izquierda el fiordo Horten llevaba aguas veloces por su cauce. Pero aquí una masa de peñascos enfrentaba las corrientes, y el agua se desplazaba suave y serena, como en un estanque quieto. Dirk sabía por experiencia que el agua estaba también deliciosamente tibia, y que era tan tentadora que la joven no podría ignorarla. Kristen había llegado a este lugar después de que él la viera salir de la casa de su tío Hugh y cabalgar hacia el fiordo.

Cuando ambos eran más jóvenes, mucho más jóvenes, solían nadar aquí con los hermanos y los primos de la muchacha. Kristen tenía una familia numerosa: tres hermanos, un tío y docenas de primos lejanos por vía paterna. Todos ellos creían que esa joven era el sol y la luna reunidos. Dirk había pensado lo mismo, hasta un tiempo antes. Había reunido valor y pedido a Kristen que se casara con él, como habían hecho muchos otros antes. Ella lo había rechazado, amablemente, como él reconocía de mala gana, pero de todos modos la decepción fue casi terrible. Él había visto como Kristen crecía, y la niña alta y desmañada se convertía en una mujer majestuosa y deslumbrante, y nada había que él deseara más que poder afirmar que Kristen Haardrad le pertenecía.

Dirk contuvo la respiración cuando ella comenzó a quitarse la túnica de hilo. Había abrigado la esperanza de que hiciera precisamente eso. Era la razón por la cual la había seguido, pensando que quizá lo hiciera, abrigando esperanzas, y ¡Odín le ayudaba! era lo que estaba haciendo. La visión fue más de lo que él podía soportar; las piernas largas y bien formadas...la suave curva de las caderas...la espalda delgada y recta cubierta únicamente por una gruesa trenza. Apenas dos semanas atrás, él había aferrado esa gruesa trenza, y había obligado a los labios de esa joven a unirse con los suyos en un beso que le había encendido la sangre casi hasta la locura. Ella lo había abofeteado enérgicamente, descargándole un golpe que en realidad le obligó a trastabillar, pues Kristen no era una muchacha menuda y de músculos débiles; a decir verdad, era sólo cinco centímetros más baja que él mismo, Y Dirk media un metro ochenta. Pero eso no lo adrenó. En ese momento, en esa ocasión, había sentido que realmente podía enloquecer si no la conseguía. Afortunadamente se había entrometido Selig, el hermano mayor

de Kristen pero, por desgracia, lo hizo precisamente cuando Dirk la había atrapado de nuevo y trataba de arrojarla al suelo. Él y Selig habían quedado heridos después del encuentro, y Dirk había perdido así un buen amigo, no porque luchasen, pues los noruegos siempre estaban dispuestos a luchar por la razón que fuere, sino por lo que él había intentado hacerle a Kristen. Y Dirk no podía negar que la habría tomado, allí mismo, sobre el suelo del establo del padre. De haberlo logrado, habría muerto. Y no habría tenido que luchar contra los hermanos o los primos, sino contra el padre, Garrick, que habría destruido a Dirk con sus propias manos.

Kristen estaba cubierta ahora por el agua, pero el hecho de que Dirk ya no pudiese ver todo el cuerpo no calmó el fuego que le recorría las venas. No había previsto que para él sería una tortura verla mientras nadaba. Sólo había pensado que estaría sola, lejos de su família, y que quizás esa fuese la única posibilidad en que volvería a verla sola.Corrían rumores en el sentido de que pronto se comprometería con Sheldon, el hijo mayor de Perrin, que era el mejor amigo del padre de Kristen. Por supuesto, otras veces ya habían corrido rumores; a decir verdad, muchísimas veces, pues Kristen ya había vivido diecinueve inviernos, y durante los últimos cuatro años, casi todos los hombres aptos que vivían alrededor del fiordo la habían pedido por esposa.

Ahora ella flotaba de espaldas, y podían verse las puntas de los dedos de sus pies, la superficie rosada de sus muslos, los pechos erguidos (¡que Loki se la llevase, en verdad estaba pidiendo que la poseyeran!). Dirk no pudo soportar más tiempo. En el apremio, prácticamente se arrancó las ropas del cuerpo. Kristen oyó el golpe del agua y miró en la dirección en que, según suponía, había sucedido algo; pero no vió nada. Con movimientos rápidos describió un círculo completo, pero el estanque de aguas tibias estaba vacío, salvo ella misma, y las únicas ondulaciones en el agua eran las que ella provocaba. De todos modos, comenzó a nadar hacía la orilla donde había dejado su túnica, así como la única arma que llevaba consigo, la daga de empuñadura enjoyada, utilizada más como adorno que como protección.

Había sido una tonta al venir sola, en lugar de esperar a que la acompañase uno de sus hermanos. Pero ellos estaban atareados preparando la gran nave vikinga del padre, la misma en la cual Selig partiría hacia el este la semana siguiente; y el día era deliciosamente tibio después de una primavera fresca y un invierno excepcionalmente frío. Ella no había podido resistir la tentación,. Le había parecido fascinante hacer lo que nunca había hecho antes, y en efecto le encantaba la aventura. Pero todas sus aventuras precedentes habían sido compartidas por otros. Y tal vez no había sido muy sensato de su parte desnudarse por completo, aunque en el momento que lo hizo le había parecido una actitud deliciosamente perversa y temeraria. Kristen era audaz. Si lamentaba su propia audacia era siempre como ahora, después de haberse arriesgado.

En el momento mismo en que los pies de Kristen tocaron el fondo, Dirk se elevó frente a ella, alto y amenazador. Kristen gimió íntimamente cuando vió que era Dirk y no otro, pues él ya había intentado una vez imponerle su voluntad. La expresión de su cara era la misma que le había visto dos semanas atrás. Era un hombre bronceado de veintiún años, la misma edad que Selig, el hermano mayor de Kristen. En realidad, habían sido grandes amigos. Ella había creído que Dirk era también su amigo, hasta el día en que la atacó en el establo. Él ya no era el niño con el que Kristen había crecido,

cabalgado, cazado, y nadado en ese mismo estanque. Se lo veía tan apuesto como siempre, con sus cabellos oro oscuro y los ojos castaños. Pero no era el mismo Dirk a quien ella conocía, y la joven temía que lo que había sucedido en el establo el otro día, se repitiera en el estanque

Kristen, no debiste venir aquí.

La voz de Dirk era grave, casi hosca. La mirada de Dirk se vió atraída por las gotas de agua que tililaban como diamantes sobre las pestañas de la muchacha. Otras gotas corrían sobre los altos pómulos y la nariz pequeña y recta. La lengua de Kristen emergió para lamer la humedad de los labios llenos, y él emitió un gemido. Kristen lo oyó y se le agrandaron los ojos, no alarmados, sino coléricos. Esos ojos, tan parecidos a los del padre, una mezcla entre el cielo, el mar y la tierra, con mucha luz del sol, de modo que cobraron un tono claro, como de agua luminosa. Ahora mismo se los veía turquesa, turgulentos, como las olas espumosas de un mar agitado

Dirk, déjame pasar.

Creo que no.

Piénsalo bien. Ella no alzó la voz; no lo necesitaba. Su furia era evidente en cada rasgo de su cara.

Pero Dirk estaba sometido a un monstruo que lo dominaba, el monstruo de la sensualidad. Se habían esfumado sus anteriores pensamientos acerca de lo afortunado que había sido al no haberla poseído antes...

Ah, Kristen—levantó ambas manos para aferrarle los hombros desnudos, y la sostuvo con firmeza cuando ella intentó apartarse

¿Sabes lo que me haces?¿Tienes idea de que un hombre puede perder la cabeza cuando desea a una mujer tan hermosa como tú?

En los ojos de la muchacha había una luz peligrosa.

En verdad, has perdido la cabeza si crees que...

Él acercó brutalmente la boca para silenciarla. Las manos que le aferraban los hombros la acercaron más, y oprimieron los senos juveniles y redondos contra el pecho del hombre. Kristen se sintió sofocada. La boca de Dirk la oprimía dolorosamente y ella detestaba eso, detestaba el contacto de su cuerpo tan cercano. El hecho de que tuviesen estatura tan parecida determinaba que su virilidad tocase directamente el portal que buscaba, y eso era lo que ella detestaba más, porque no era tan ignorante de las relaciones entre un hombre y una mujer, y de lo que sucedía cuando hacían el amor. Su madre, Brenna, le había explicado mucho tiempo atrás todos los aspectos del amor; pero no podía darse ese hombre a esto, sobre todo cuando ella sentía únicamente repugnancia.

Maldijo el vigor del muchacho mientras se debatía para apartarlo. Admiraba la fuerza y el coraje en un hombre, pero no cuando los utilizaban contra ella. Para Dirk no sería difícil encontrar la entrada y arrebatarle su doncellez. Si lo hacía, ella lo mataría, pues eso era algo que él no tenía derecho a tomar. A ella le correspondía darlo, y lo haría de buena gana cuando encontrase al hombre a quien quisiera entregárselo. Pero nunca sería así, y Dirk Gerhardsen nunca sería ese hombre. Atrapó entre los dientes el labio inferior de Dirk y mordió con fuerza, y al mismo tiempo hundió las uñas en el pecho del joven. Acentuó la presión sobre el labio hasta que él retiró las manos; después, le obligó a desplazarse a un costado, hasta que los dos intercambiaron lugares. El hubiera podido golpearla y de

Librodot

ese modo ella lo habría soltado pero por supuesto, Kristen le habría desgarrado completamente el labio, y era indudable que él lo sabía. Sin embargo, ella decidió no correr riesgos y mantuvo apretados los dientes hasta que en un gesto inesperado para él apoyó los pies sobre el vientre de Dirk. Kristen soltó el labio de Dirk en el mismo momento en que utilizó como punto de apoyo el estómago del joven, y cobrando impulso se lanzó hacia la orilla, y empujó a Dirk hacia las aguas más profundas. Cuando él cayó, Kristen dispuso de tiempo suficiente para salir del agua y aferrar fuertemente la daga hasta que él llegase. Pero Dirk no intentó nada. Una mirada al arma que ella sostenía le indujo a detenerse.

¡Tienes tantas trampas como la hija de Loki!—explotó Dirk mientras se limpiaba la samgre del labio, y los ojos castaños la miraban con furia.

Dirk, no me compares con tus dioses. Mi madre me educó como cristiana.

No me importa en qué Dios crees—replicó Dirk—Kristen, deja el cuchillo.

Ella meneó la cabeza. Se la veía serena, pues tenía un arma en la mano. Y por Odín, era un espectáculo grandioso, de pie allí, completamente desnuda, su cuerpo reluciente de agua, los senos como desafiándolo en su plenitud, el vientre suave y liso sobre esa mata de bello dorado entre las piernas. Y lo desafiaba, lo desafiaba ha realizar el más mínimo movimiento para acercarse; sostenía el cuchillo como si supiera cómo había de manejarlo.

Creo que tu madre te enseñó más que amar a su Dios.—En la voz de Dirk había acritud.—Tu padre y tus hermanos jamás te habrían enseñado a manejar este juguete, ni aceptado que aprendieses, porque eso implicaria menoscavar la protección que ellos te dispensan. La dama Brenna te enseñó sus trampas celtas¿verdad?. Después de todos estos años debió aprender que su habilidad celta no puede compararse con la de un vikingo. Kristen, ¿que más te enseñó?

Conozco el modo de usar todas las armas, salvo el hacha, pues es un instrumento muy torpe que no exige habilidad—contestó ella con orgullo.

Torpe sólo porque careces de la fuerza necesaria para manejarla—replicó él con gesto hosco—.—¿Y qué diría tu padre si lo supiera? Estoy seguro de que tú y tu madre seriais castigadas con el látigo.

¿ Se lo dirás?—lo desafió Kristen. Él la miró hostil. Por supuesto, no diría nada al padre, si lo hacía tendría que explicar como había llegado a saberlo. La sonrisa en los labios de la muchacha le indicó que ella sabía a que atenerse. Y el recuerdo de Garrick Haardrad, que era quince centímetros más alto que él y poseía un cuerpo excelente, incluso en un hombre de cuarenta y seis años, enfrió parte del ardor de Dirk, pero no todo. Sus ojos castaños exploraron los de Kristen.

Kristen, ¿qué defectos me ves?¿por qué no me quieres?

La pregunta la sorprendió, pues había sido formulada con acento de confusión, en voz baja. Estaba tan desnudo como ella, erecto en la totalidad de su orgullo masculino, y ella paseó vacilante los ojos sobre el cuerpo alargado. No le inquietó lo que alcanzó a ver, pues había observado hombres adultos desnudos el día en que su mejor amiga, Tyra, se había deslizado en la casa de baños del tío, y escondido detrás del barril de agua para observar a varios de sus primos mientras se bañaban. Por supuesto eso había sido más de diez años atrás, y había otra diferencia entre esa ocasión y esta:

Librodot

nunca había visto el instrumento de placer de un hombre tan orgulloso y erecto como lo estaba ahora el de Dirk.

Kristen contestó la verdad, por lo menos hasta donde ella tenía conciencia del asunto.

Dirk, no se trata de tus defectos. Tienes un cuerpo excelente y es agradable mirarte. Tu padre es dueño de tierras fértiles y tú eres el heredero. Para una mujer sería grato tenerte por esposo.

No agregó que Tyra estaba dispuesta a concertar un pacto con los dioses para tener a Dirk, y que por esa razón Kristen no estaba dispuesta a tenerlo en cuenta. Tyra había estado enamorada de ese hombre los últimos cinco años, pero él no lo sabía. Y Kristen había jurado que nunca diría a nadie el secreto de su amiga, y sobre todo que no lo revelaría a Dirk.

Dirk Gerhardsen, sencillamente no eres para mi.—concluyó con acento firme.

¿Por qué ?

No consigues que mi corazón acelere sus latidos.

Él la miró incrédulo y preguntó:

¿Qué tiene que ver eso con el matrimonio?

Todo, se dijo ella. Y a Dirk:—Lo siento, Dirk. No te quiero por marido. Ya te lo he dicho.

¿Es cierto que te casarás con Sheldon? Kristen podía mentir y utilizar esa excusa para salir del aprieto, pero no le agradaba engañar sólo para facilitar las cosas.

Sheldon es como un hermano para mi. Lo he tenido en cuenta, porque mis padres quieren que lo despose, pero

tambien lo rechazaré. Y él se sentirá encantado, pensó la joven, pues me ve también como una hermana, y se siente tan incómodo como yo ante la idea de la unión.

Kristen, tendrás que elegir a alguien. Todos los hombres que viven alrededor del fiordo han pedido tu mano en diferentes ocasiones. Hubieras debido casarte hace mucho tiempo. No era un tema agradable para Kristen, pues conocía su situación mejor que nadie, y no deseaba contraer matrimonio con ninguno de los hombres que vivian a orillas del río. Ansiaba un amor como el de sus padres, pero sabía que más tarde o más temprano tendría que arreglarse con menos que eso. Había postergado el asunto por varios años, y rechazado a todos sus pretendientes. Sus padres se lo habían permitido porque la amaban. Pero no podía continuar indefinidamente en la misma situación. Se encolerizó con Dirk, porque le recordaba su difícil situación, la que se había mantenido siempre presente en su espíritu durante el último año.

Dirk, a quien yo elija no es asunto que te concierna, porque no serás tú. Ocúpate de encontrar a otra, y por favor, no vuelvas a molestarme.

Kristen, podría tomarte y obligarte a aceptar el matrimonio—le advirtió en voz baja—. Como rechazaste tantos ofrecimientos, tu padre bien podría aceptarme después de que yo arruine tus posibilidades con otro. Así se ha hecho en situaciones anteriores. Era una posibilidad. Por supuesto, ante todo, su padre lo castigaría casi hasta matarlo. Pero si después Dirk aún

vivia, era muy posible que ella tuviera que aceptarlo. Habría que considerar el hecho de que ella ya no sería doncella.

Kristen lo miró con el ceño fruncido. —Si mi padre no te matara, lo haría yo. No seas tonto, Dirk. Jamás perdonaría una trampa tan sucia.

Pero serías mía.

¡Te digo que te mataría!

Creo que no—dijo él con tanta confianza que ella se inquietó—. Creo que el riesgo valdría la pena. Los ojos de Dirk se fijaron en los senos de la muchacha al decir eso. Kristen endureció el cuerpo. Nunca hubiera debido hablar con él. Habría sido mejor que montara a Torden y se alejase al galope con el corcel, en lugar de aferrar la daga para enfrentarlo.

—¡Entonces, inténtalo ahora, malditos sean tus ojos, y te mataré en el acto!—explotó Kristen. Dirk miró de nuevo el arma y vió que ella la esgrimía de tal modo que sin duda le encontraría el cuerpo antes de que él pudiera apartarse. Si por lo menos ella no hubiera sido tan alta como él, y no hubiera tenido la fuerza acorde a esa estatura... Su propia cólera se avivó, pero esta vez se concentraba en la madre de la muchacha, que había cometido la locura de enseñar a su hija las artes del guerrero.

Rezongó:—Kristen, no siempre tendrás ese juguete en la mano. Ella elevó todavía más el mentón.

Eres un tonto al advertirme. Ahora me ocuparé de que nunca me sorprendas sola.

Él se limitó a replicar: —En tal caso, cierra bien tu puerta mientras duermes, porque muy pronto me las arreglaré para poseerte.

Kristen no se dignó responder a la amenaza y se inclinó para recoger las ropas que tenía a los pies y echarselas a los hombros. Sin apartar su mirada de Dirk, extendió la mano hacia atrás en busca de las riendas de Torden y retrocedió con el caballo. Cuando estaba a varios metros de distancia, aferró las crines de Torden, y montó; sin perder un instante, clavó los talones en los flancos del animal. Oyó las irritadas maldiciones de Dirk, pero no les prestó atención; sólo le interesaba vestir sus ropas sin disminuir la velocidad de marcha de su caballo, antes de llegar al poblado de Haardrad, donde alguien podría verla. Nunca podría explicar la situación, y si decía la verdad impondrían restricciones severas a su libertad, y Dirk Gerhardsen se vería en graves dificultades.

De no ser por esas restricciones se habría decidido a confesar lo sucedido, pero apreciaba demasiado su libertad. Tal como estaban las cosas el padre ya se preocupaba bastante por ella. No sucedía lo mismo con la madre, pues Brenna le había enseñado a protegerse bien durante los veranos en que el padre navegaba para vender mercancías, y llevaba con él a los hermanos de la joven.

Brenna había enseñado en secreto a Kristen todo lo que ella había aprendido de su propio padre: la habilidad y la astucias necesárias para esgrimir un arma contra un enemigo más poderoso; la astucia porque incluso si Kristen era quince centímetros más alta que su madre, y su fuerza era mayor que en la mayoría de las mujeres, de todos modos carecía del valor de un hombre. Kristen estaba orgullosa de su capacidad para protegerse ella misma pero esta era la primera vez que había necesitado poner a prueba su habilidad, pues no podía usar armas a la luz del día

contra un hombre, de lo contrario su padre se enojaría si supiera lo que su madre le había enseñado. De todos modos no deseaba usar armas, pues se sentía orgullosa de su femineïdad.

La familia amaba, cuidaba y protegía a Kristen. Además del hermano Selig, dos años mayor que ella, estaba Eric, que ya había cumplido dieciséis, y Thorall de catorce, ambos eran casi tan altos como el formidable padre de todos. También tenía un primo llamado Athol, apenas unos meses mayor que Selig, y muchos primos segundos y terceros por vía paterna. Todos eran hombres que lucharían hasta la muerte si se le infringía el más mínimo insulto. No, estaba bien protegida y no necesitaba demostrar su coraje, a diferencia de lo que le había sucedido a su madre cuando tenía la edad de Kristen.

Si hubiera podido navegar con Selig y sus amigos la semana siguiente a los centros comerciales del este, no habría necesitado preocuparse nuevamente por Dirk, por lo menos hasta el regreso, hacia fines del verano. Y a esas alturas de las cosas era muy probable que él hubiera encontrado otra mujer, y no deseara molestarla otra vez. Por desgracia, ya había pedido participar en ese viaje comercial, y se lo habían negado. Ya era una mujer hecha y derecha y no podía viajar con tantos jóvenes, aunque fuese en uno de los barcos de su padre, en una nave que estaba al mando de Selig. Si Garrick no iba, tampoco viajaría ella; y, así estaban las cosas.

Ni siquiera lo había conmovido la observación formulada en broma de que ella podía conocer a otro príncipe mercader como él en Birka o Hedeby, y volver a casa con un marido. Si él no podía estar allí para cuidarla, como había hecho las tres veces que permitió que Kristen y su madre lo acompañaran, ¡por Odín que se quedaría en casa!

Garrick no había navegado los últimos ocho años, y prefería pasar los cálidos meses de verano con Brenna; ya tenía bastante edad, y su amigo Perrin, o Selig se encargaban de comandar la nave. Los padres de Kristen irían solos hacia el norte y no regresarían hasta el final del verano. Cazaban y exploraban juntos, y hacían el amor, y Kristen soñaba con llegar a tener una relación parecida a la de ellos. Pero, ¿dónde estaba un hombre como Garrick, que podía mostrarse gentil con las personas a quien amaba, pero al mismo tiempo tan peligroso y amenazador con sus enemigos, el hombre que pudiera acelerar los latidos de su corazón, como le sucedía a Brenna con solo mirarlo?.

Kristen suspiró y caminó en dirección a su hogar. En la región no había muchos hombres valiosos. Había unos pocos individuos gentiles, pero no muchos, aunque era bastante considerable el número de los que podían ser, y eran peligrosos. Las regiones septentrionales engendraban un conjunto de hombres rudos, ejemplares excelentes, pero nadie que conmoviese todavía su joven corazón. Si por lo menos ella pudiese navegar hacia el este con Selig... Aquí o allá seguramente encontraría al hombre que le estaba destinado, tal vez un mercader o un marino como su padre, quizás un danés, o un sueco, o incluso un noruego del sur. Todos comerciaban en los grandes centros mercantiles del este. Solamente necesitaba encontrarlo.

2

Kristen esperó en el lugar reservado a la cocina a que su madre bajara de la planta alta Selig partiría por la mañana en lo que en otras regiones del mundo podía denominarse el alba, pero como en esas latitudes el sol se ponía apenas unas horas por las noches, no podía llamarsela así.

Incluido Selig, había una tripulación de treinta y cuatro hombres. Unos pocos eran primos, pero la mayoría estaba formada por amigos, todos amantes del mar. La carga estaría formada por las pieles que cada hombre quisiera vender y por otros artículos valiosos que habían ido acumulándose durante los oscuros meses del invierno. La familia de Kristen había reunido cincuenta y cinco pieles durante este invierno, entre ellas dos de las valiosas pieles de oso polar blanco, que alcanzaban un elevado precio en el Este.

Sería un viaje provechoso para todos, y Kristen necesitaba probar por lo menos una vez, tratando de que se la incluyera. Selig había dicho que no se oponía; aunque por supuesto, para él era difícil negarle nada. Como el padre la había rechazado tres veces durante la última semana, su madre era ahora la única posibilidad de que él cambiase de actitud.

Los siervos estaban preparando la comida de la tarde. Eran todos extranjeros, y habían sido capturados en las incursiones vikingas a las tierras meridionales. Los que servían a la familia Haardrad eran todos comprados, pues Garrick no había realizado incursiones desde su juventud, y tampoco lo había hecho Selig después de que comenzara a navegar por cuenta de su padre. Era un tema que a veces provocaba discusiones entre los padres de Kristen, pues la madre había sido precisamente esclava, capturada por el padre de Garrick y entregada a Garrick allá por el año 851. Por supuesto, Brenna, con su fiero orgullo, nunca reconocía que Garrick había sido su dueño, y algunos de los relatos que cada uno narraba del otro aludían a las agrias luchas atemperadas por el amor que ahora compartían.

Kristen no podía imaginar a sus padres disputando, como había sido el caso antes. Aún había discusiones ocasionales entre ellos, y a veces Garrick cabalgaba hacia el norte para calmarse un poco. Pero cuando regresaba, ambos se encerraban durante horas en su dormitorio, y cuando al fin salían, ninguno de ellos podía recordar porque habían disputado. Todas las discusiones, grandes y pequeñas, concluían en el dormitorio, lo cual era motivo de diversión y bromas para el resto de la familia.

Irritada por la espera, Kristen molestaba a Aileen reclamándole algunas de las nueces dulces que la cocinera agregaba al pan que estaba preparando. Kristen trataba de seducirla utilizando la lengua gaélica de Aileen, un método que generalmente servía para suavizar a la mujer. Gracias a los criados que provenían de tantos sitios diferentes, Kristen había aprendido diversas lenguas, y podía hablarlas todas como un nativo. Tenía una mente activa siempre ansiosa de aprender.

—Querida, deja en paz a Aileen, antes de que el pan de nueces, que es el favorito de tu padre, se convierta en un pan común y corriente.

Con expresión culpable, Kristen tragó la última de las nueces que estaba masticando antes de volverse hacia su madre.

—Creí que nunca llegarías. ¿Qué le murmuraste a mi padre para conseguir que te llevara así al piso alto?

Brenna se sonrojó, y rodeando con un brazo la cintura de su hija la llevó a la sala, que estaba vacia, porque todos los hombres se encontraban en el fiordo cargando el barco.

— ¿Es necesario que digas cosas así frente a los criados?

— ¿Qué yo lo digo? Todos vieron como te tomaba y ...

— No importa.—Brenna sonrió.—Y yo no le murmuré nada.

Kristen se sintió decepcionada, pues había abrigado la esperanza de escuchar de su madre una confesión realmente perversa; ella siempre se manifestaba muy franca en todos los asuntos. Al advertir la decepción de su hija, Brenna se echó a reir.

—Querida, no necesité murmurarle nada. Me limité a acariciarle el cuello. ¿Sabes? Garrick tiene un lugar muy sencillo en el cuello.

— ¿Y eso lo hace tan sensual?

— Muy sensual.

— Entonces, lo provocaste. ¡Avergüenzate, madre!—bromeó Kristen.

— ¿Avergonzarme? ¿Cuando acabo de pasar una hora muy agradable con tu padre en mitad del día, y él está tan ansioso de ir al embarcadero? A veces una mujer tiene que tomar las cosas en sus propias manos cuando el marido está atareado.

Kristen emitió un sonido muy parecido a una risita.

—¿Y no se opuso a que lo apartases de la grata tarea de ver como cargan el barco?

—¿Qué te parece?

Kristen sonrió, muy consciente de que él de ningún modo se oponía a esa distracción.

Su madre no se parecía a otras madres, y tampoco actuaba como ellas. Además de los cabellos muy negros, propios de su linaje celta, y de los cálidos ojos grises, parecía demasiado joven para tener hijos adultos. Aunque tenía casi cuarenta años, parecía mucho más joven.

Brenna Haardrad era una mujer muy hermosa, Y Kristen se sentía sumamente afortunada porque había heredado los rasgos de su madre, si bien, su estatura, los cabellos rubios y los ojos provenían solo del padre. En todo caso, podía agradecer a Dios no ser tan alta como su padre y sus hermanos. Brenna a menudo había agradecido eso, aunque allí en el norte, la estatura desusada de Kristen no era el problema que podría haber sido en otro sitio, en vista de que los noruegos eran tan altos como ella o aún más. Sin embargo, ese rasgo en la región de origen de Brenna habría sido una evidente desventaja, pues Kristen habría sido tan alta como algunos hombres, pero más que la mayoría.

—Supongo que no me esperabas sólo para hacerme preguntas impertinentes—dijo Brenna.

Kristen se miró los pies.

—Confiaba en que podrías hablar con mi padre, ahora que está de tan buen humor, para pedirle...

—¿Si puedes embarcar con tu hermano?—Brenna terminó con ella la frase y meneó la cabeza—. Kristen, ¿por qué te parece tan importante ese viaje?

—Debo encontrar marido.

Acababa de explicar lo que no podía decir con tanta franqueza a su propio padre.

—¿Y te parece que no puedes hallar uno aquí en casa?

Kristen contempló los afectuosos ojos grises.

—Madre, aquí no hay ninguno a quien ame, por lo menos del modo en que tu amas a mi padre.

—¿Y has considerado a todos los hombres a quienes conoces?

—sí.

—¿Quieres decir que no puedes aceptar a Sheldon?

Kristen no había deseado informar de su decisión a sus padres, pero asintió.

—Lo amo, pero como amo a mis hermanos.

— Entonces, ¿lo que quieres es desposar a un extranjero?

— Tú desposaste a un extranjero, madre.

—Pero tu padre y yo nos conocimos mucho tiempo antes de que finalmente, reconocieramos nuestro amor y nos uniésemos.

—Creo que no necesitaré tanto tiempo para darme cuenta de si estoy enamorada.

Brenna suspiró.

—Sí, te he aportado el saber que yo misma no tenía cuando conocí a tu padre. Muy bien, querida, hablaré esta noche con Garrick, pero no abrigues la esperanza de que él cambie de idea. Pienso lo mismo que él, pues no deseo que viajes con tu hermano.

—Pero madre ...

—Déjame terminar. Si Selig regresa a tiempo, creo que podremos convencer a tu padre de que te lleve al sur a buscar marido .

—¿Y si el verano casi ha terminado cuando él regrese?

—Entonces habrá que esperar hasta la primavera. si debo perderte en favor de un hombre qué vive más al sur, prefiero esperar hasta la primavera ... a menos que tú estés ansiosa de tener un hombre.

Kristen meneó la cabeza. Eso no era precisamente lo que tenía pensado. Deseaba marcharse, alejarse de la amenaza representada por Dirk, pero tampoco podía hablarle de eso a su madre.

Brenna sonrió a su hija, pues Kristen no advertia cuan deseable era.

—Querida, creeme, tu edad no importará. Lucharán por ti cuando sepan que estás buscando marido, exactamente como han hecho aquí. Otro año no modificará la situación.

Kristen no insistió, se sentaron frente a la puerta abierta que permitía la entrada de la brisa tibia y la luz del día. La gran casa de piedra construida por el bisabuelo no tenía ventana s, para evitar la entrada del frio

cruel del invierno. Kristen es taba ayudando a Brenna a confeccionar un gran tapiz, pues la madre carecia de paciencia para hacerlo sola.

Obedeciendo a un impulso Kristen preguntó:

—¿Qué harías, madre, si quisieras navegar en ese barco?

Brenna se echó a reir, creyendo que el asunto ya estaba arreglado.

—Me embarcaría a escondidas y me escondería en el lugar donde depositan la carga; allí permanecería un día o dos, hasta que estuviera lejos de aquí.

Kristen la miró, incrédula

—¿De verdad harías eso?

—No, querida, estoy bromeando ¿por qué desearía navegar sin tu padre?

Librodot

3

La simiente estaba plantada y Kristen no podía apartar su pensamiento del asunto. Su madre había bromeado acerca de la posibilidad de embarcarse subrepticiamente, pero en lo que había dicho había un pequeño grano de verdad, y era imposible ignorarlo. Brenna tenía audacia suficiente para esa aventura, pues antes había protagonizado episodios más temerarios. ¿Acaso no había recorrido el fiordo en lo más crudo del invierno para regresar a Garrick después de que la robaran, antes de casarse? Kristen podía ser igualmente temeraria. Podía conservar su libertad y evitar a Dirk en el mismo acto, y eso sería una aventura. Lo que le excitaba era precisamente el pensamiento de la aventura.

La idea tenía un solo problema. Le habían prohibido ir, y cuando regresara afrontaría una situación infernal. Pero en su entusiasmo, Kristen rehusó pensar en eso, y tampoco permitió que Tyra se detuviese en el tema cuando supo lo que se proponía hacer. Tyra se sorprendió, pero en todo caso, ella había perdido su afición a la aventura apenas saliera de la niñez. No era el caso de Kristen.

Las jóvenes estaban arriba, en la habitación de Kristen; era el único lugar que les permitía separarse de la fiesta de despedida que se celebraba abajo. Esa noche la tripulación dormiría en la sala. Tyra había ido con su padre para despedirse de su hermano Thorolf, pues él había estado allí los últimos días para ayudar en los preparativos Kristen se alegraba de que él fuese miembro de la partida, pues eran íntimos amigos. Incluso había intentado enseñar a Thorolf algunas de las lenguas que ella había aprendido cuando ambos eran más jóvenes, aunque había tropezado con el inconveniente de que el joven no era un alumno muy dispuesto. Thorolf probablemente era el único que defendería a Kristen cuando Selig y sus tres primos, que también eran miembros de la tripulación, comenzaran a reprenderla por su temeridad.

Ciertamente, Selig se irritaría, y lo mismo podría decirse de los primos Olaf, Hakon, y Ohthere, el mayor de los tres. Pero si estaban bastante lejos de tierra cuando ella fuese descubierta, y no hubiera posibilidades de devolverla, todos se calmarían después de descargar sobre ella su cólera. A lo sumo la insultarían, pues nadie se atrevería a ponerle la mano encima; sabían que no era una muchacha dispuesta a soportar los golpes sin hacer lo posible para devolverlos.

—¿Por qué, Kristen? — preguntó Tyra tan pronto conoció los planes —. Tu madre sufrirá. Tu padre sin duda se encargará de.... — Hizo una pausa y se estremeció. — Temo pensar lo que hará.

Kristen sonrió a la joven de cuerpo más menudo.

—No hará nada hasta que yo regrese. Y mi madre nunca llora. No se preocupará por mí si tú le explicas dónde estoy. Sospechará lo que hice cuando no pueda hallarme, pero se inquietará mientras no sepa a qué atenerse. Por eso he confiado en ti.

—¡Ojalá hubieses confiado en otra persona! Tu padre se enfurecerá.

—Pero no contigo, Tyra. Y debes prometerme que les dirás mañana que he partido con Selig, antes de que comiencen a inquietarse.

Librodot

—Lo haré, Kristen, pero todavía no entiendo por qué deseas desafiarlos. Antes nunca quisiste navegar con tu hermano.

—Por supuesto, quise hacerlo, pero nunca contemplé la posibilidad de pedirlo. Y con respecto a la razón, te advierto que ésta es mi última posibilidad de navegar con Selig. El año próximo mi padre me llevará al sur para encontrar marido... si no encuentro uno yo misma en Hedeby — agregó con una sonrisa.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que buscarías marido lejos de aquí? — preguntó asombrada Tyra.

—¿Creíste que bromeaba?

—Por supuesto. Significaría vivir lejos de aquí, lejos de tus padres.

—No importa con quién me case, siempre tendré que salir de este lugar.

—Pero si te casaras con Sheldon, vivirías cerca de tu hogar.

—Pero Tyra, no estaría profundamente enamorada.

—Preferiría estar muy enamorada aunque viviese en el lejano este. Pero olvidas que mi padre es dueño de dos grandes naves y de otra más pequeña. ¿Crees que no me visitarán, no importa cuán lejos esté?

—Si, por supuesto, irán a verte. Había olvidado eso.

—Bien. De modo que no intentes hacerme cambiar de idea, pues no podrás lograrlo. Deseo pasarlo maravillosamente bien, y no preocuparme por las consecuencias hasta que regrese. No sabes qué lugares tan interesantes son las ciudades comerciales, pues nunca has ido a visitarlas. Yo era pequeña cuando estuve en ellas, y me interesaban únicamente las mercancías que se ofrecían, no los hombres. Pero a esos lugares acuden hombres de todos los lugares del mundo. Encontraré al hombre a quien amar, y lo traeré a casa conmigo, y eso calmará la cólera de mi padre.

—Si tú lo dices — observó Tyra con escepticismo.

—En efecto. Ahora, vayamos con ellos, pues de lo contrario se comerán los mejores trozos de carne.

Ingresaron a la sala ruidosa, y ofrecieron una grata visión a los hombres turbulentos. Tyra, pequeña y delicada, apenas llegaba a la altura del hombro de Kristen; y Kristen era una muchacha excepcionalmente hermosa, con su túnica de seda azul que disimulaba apenas el cuerpo grande, de curvas generosas, con los pesados brazaletes de oro adornando los brazos desnudos.

Sheldon palmeó el trasero de Kristen cuando ella pasó cerca y la joven se volvió para sacarle la lengua. El hombre la siguió para castigar su atrevimiento, pero ella lo esquivó. Kristen deseaba que Sheldon también partiese en el barco, pero él y sus hermanos estaban ayudando a su padre, Perrin, a agregar algunas habitaciones a la casa que habitaban, y además cuidaban de las cosechas.

Su primo Ohthere la retuvo y la aferró por la cintura para alzarla en el aire y después la bajó para darle un beso húmedo.

—Niña, eso fue para atraer la suerte — le dijo con voz alcoholizada.

Kristen rió. El insistía en llamarla niña aunque ya no lo era, sólo porque tenía diez años más. Su padre era uno de los tíos abuelos de Kristen. El y sus hermanos vivían con Hugh, tío de Kristen. Su primo hermano Atole no

Librodot

partiría en la expedición pues era el único hijo de Hugh, y el tío insistía en mantenerlo en su casa.

—¿Necesitas suerte sólo para comerciar en el este? — preguntó ella a Ohthere.

—Un vikingo siempre necesita suerte cuando navega, no importa adónde vaya.

Le guiñó un ojo después de comunicarle esa información.

Kristen meneó la cabeza. Ya estaba bastante bebido, y la noche era joven. Tendría los ojos enrojecidos cuando empuñase los remos, por la mañana. Y ella lo compadecería mientras esperaba en su refugio, entre la carga de la nave.

—Déjala, Ohthere, antes de que muera de hambre — gritó alguien.

Ohthere obedeció la indicación, pero antes también él descargó una palmada sobre el trasero de la joven. Kristen le dirigió una mueca, y después siguió caminando a lo largo de la mesa, alrededor de la cual estaba sentada su familia. Nunca había podido entender por qué su trasero provocaba tantas palmadas, pero después de cada festín terminaba con moretones que duraban la semana entera. De todos modos, no le importaba, porque lo hacían con buen humor.

Rodeó la mesa, pero no pasó del lugar que ocupaba su padre porque él extendió los brazos y la sentó sobre sus rodillas.

—Kris, ¿estás enojada conmigo?

La miraba con el ceño fruncido, pero en realidad era un gesto de inquietud. La madre ya había hablado con él, y nuevamente había recibido un rechazo; no deseaba que la joven fuese en el barco. Los ojos claros se fijaron en los ojos del mismo color y ella sonrió, y rodeó con los brazos el cuello del padre.

—¿Acaso he estado alguna vez enojada contigo?

—Muchas veces, según puedo recordar, y siempre fue cuando no te salías con la tuya.

Kristen se echó a reír.

—Esas veces no cuentan.

—¿Comprendes por qué no puedes ir con Selig? — preguntó amablemente el padre.

—Sí, sé por qué no quieres que vaya. — Suspiró. — A veces desearía ser tu hijo varón. — Al oír esto, el hombre echó atrás la cabeza y rió de buena gana. Ella lo miró con irritación. — No veo qué tiene eso de divertido.

—Kris, te pareces a tu madre más de lo que crees — dijo él —. La mitad de su vida ella hizo todo lo posible para ser varón. Y me siento muy agradecido porque tengo una hija, y tan hermosa como tú.

—Entonces, ¿me perdonarías si yo... si hiciera algo que tú no aprobases?

El la miró sonriente.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? ¿Has hecho algo?

—No. — Por el momento, ésa era la verdad.

—Ah, ¿entonces te limitas a “suponer”? Entonces supón que te perdono prácticamente todo... lo que sea razonable — agregó con una mirada a medias severa y a medias divertida.

Ella se inclinó hacia delante y lo besó.

—Te quiero mucho — dijo en voz baja, y como respuesta recibió un fuerte pellizco que le cortó el aliento y la indujo a gritar:

—¡Padre!

El la retiró de sus rodillas con una palmada y la orden:

—Consíguete algo de comer antes de que no quede nada.

La voz era áspera, pero la expresión demostraba amor.

Kristen ocupó su lugar a la mesa, entre la madre y Selig, que inmediatamente le presentó un jarro de licor humeante.

—Kris, ¿no te enojarás, verdad? — preguntó él —. No necesito recordar tu cara enfurruñada todo el viaje.

Kristen sonrió al ver que él se disponía a llenarle un plato, pues era raro que él procediese así a la mesa.

—Selig, ¿me compadeces, verdad?

Selig emitió un rezongo.

—Como si tú permitieras que alguien te compadeciese...

—No, no lo permitiría, de modo que no lo hagas. Y a lo sumo, lamentaré tener que despedirme de ti esta noche porque, a decir verdad, no deseo verte partir sin mí por la mañana.

—Avergüénzate, Kristen — se burló Brenna —. Si deseabas que él se sintiera culpable porque te deja aquí, lo has conseguido.

—Tonterías. — Kristen sonrió implacable a Selig, pero dijo a su madre: — Ni siquiera lo echaré de menos.

Selig la miró, hosco, cuando oyó la expresión de ese sentimiento tan poco fraterno, y se volvió para decir algo a Atole, sentado enfrente. Kristen suspiró, pues Selig aún no sabía cuán ciertas serían sus palabras, aunque tal vez las recordara cuando viese que había embarcado con el resto de la tripulación.

Brenna equivocó el sentido del suspiro de Kristen.

—¿Realmente lamentas tanto la decisión de tu padre?

—Madre, habría sido una aventura interesante antes de mi matrimonio — replicó sinceramente Kristen —. Tuviste aventuras antes de casarte, ¿verdad?

—Sí, y también aventuras peligrosas.

—Pero un viaje comercial no es peligroso. Y mi padre dijo que soy muy parecida a ti.

—Sí, ya lo oí — sonrió Brenna —. Y mira, no se equivocó. Hice todo lo posible para ser el hijo que mi padre nunca tuvo. Pero tu padre tiene tres varones hermosos y le complace su hija única. No trates de ser sino lo que eres.

—Sólo deseaba la aventura — reconoció Kristen.

—Entonces, no continúes deseándola, porque ella llegará a ti cuando menos lo esperes.

—¿Cómo te sucedió a ti?

—No lamento la aventura que me trajo aquí, pero lo lamenté entonces. Y con el tiempo harás tu viaje, aunque tu padre aún no lo sabe — dijo Brenna

en un murmullo —. Cuando la casa se tranquilice, le diré que no quieres a Sheldon, y eso lo decepcionará. El y Perrin deseaban mucho esa unión.

—Lo siento, madre.

—No lo sientas, querida. Todos deseamos que seas feliz, y si no puedes serlo con Sheldon, así son las cosas. Te encontraremos un hombre a quien puedas amar.

Si yo no lo encuentro primero, pensó Kristen mientras se inclinaba hacia delante para despedirse con un beso de su madre y después del padre, con la esperanza de que ambos entendiesen y perdonasen lo que se proponía hacer. — Te quiero mucho, madre.

Librodot

4

La tormenta denunció la presencia de Kristen; y no fue una tormenta tan grave, por lo menos en ese momento. Pero apenas la nave comenzó a balancearse sobre las olas encrespadas, ella sintió deseos incontenibles de vomitar. ¡Vaya marinera que era ella! Había olvidado que le había sucedido la última vez que navegó. La más mínima agitación del mar, y ya no podía retener el contenido de su estómago.

Alguien la oyó vomitar, y abrió la escotilla de la bodega. Después de echar una ojeada, el marinero cerró la escotilla con un fuerte golpe. Kristen ni siquiera supo quién era, y por el momento no le importaba, pues el balanceo del barco era cada vez más intenso.

Hasta ese momento había tenido suerte. Consiguió deslizarse en secreto a la habitación de sus hermanos, detrás del establo, y tomar un conjunto de prendas de Thorall, con el fin de usarlas en el viaje; pero también llevó algunas de sus propias túnicas, para vestirlas cuando llegasen a los centros comerciales. Introducirse en la bodega del barco había sido la parte más fácil, pues sólo había quedado un hombre como guardián, y aunque estaba sentado cerca de la bodega, se lo veía cabeceando y adormecido. Kristen, ágil y diestra a pesar de su altura, había aprovechado la oportunidad. Y en su escondite se había sentido bastante cómodo, pese a la oscuridad que allí reinaba. El lugar estaba ocupado por pilas de suaves pieles que le permitían ocultarse y preparar una cama agradable.

Así habían pasado dos días. Había confiado en que dispondría por lo menos de un día más antes de revelar su presencia, pues el alimento que llevaba duraría ese lapso. Pero no sucedió así. La tormenta la había denunciado. Y aunque aún nadie había ido a buscarla, la harían más tarde o más temprano.

Kristen tenía la sensación de que el tercer día había pasado antes de que abriesen nuevamente la escotilla y la luz del día entrase a raudales. Se preparó para luchar, por lo menos en la medida en que su cuerpo debilitado se lo permitiera, lo cual no era mucho. Aún se sentía mal, pese a que la tormenta se había calmado.

Selig bajó a la bodega. Kristen yacía en el lugar donde había caído después del último vaivén de la nave, prácticamente a los pies de su hermano. La luz le hería los ojos, y no podía levantar la cabeza y mirar a Selig. La voz de su hermano, áspera a causa de la cólera, le reveló quién era.

—Kristen, ¿sabes lo que has hecho?

—Lo sé — respondió ella con voz débil.

—¡No, no lo sabes!

Ella se protegió los ojos en un esfuerzo por ver la expresión de su hermano, pero no consiguió ver nada.

—Selig, por favor, todavía no puedo soportar la luz.

El se puso en cuclillas al lado de su hermana, y aferró la gruesa chaqueta de piel que ella se había puesto sobre la túnica de cuero, una prenda que conseguía disimularle los pechos. Con gesto sombrío los ojos de Selig recorrieron las perneras bien aseguradas y las botas altas de suave piel.

Librodot

Kristen se había puesto un ancho cinto, la gran hebilla adornada con esmeraldas.

—¿Dónde conseguiste estas cosas? — preguntó, refiriéndose a las ropas.

—No son tuyas — aseguró Kristen —. Las tomé prestadas de Thorall, porque su estatura es parecida a la mía, y...

—¡Cállate, Kristen! — rugió Selig —. ¿Sabes lo que pareces?

—¿Un hombre de tu tripulación? — se aventuró a decir ella, tratando de suavizar la cólera de su hermano.

Pero no tuvo efecto. Tenía los ojos tan grises como la tormenta que acababan de afrontar. Parecía que deseaba golpearla, y que tenía que apelar a todas sus reservas para contenerse.

—¿Por qué, Kristen? ¡Nunca has hecho nada tan absurdo!

—Hay varias razones. — Ya podía ver claramente a su hermano, que se había inclinado y estaba al mismo nivel que ella, pero evitó la mirada del joven cuando agregó:

—Una razón fue la aventura. Esa fue sólo una razón. También está el hecho de que deseo casarme, pero en nuestra región no quiero a nadie. Abrigaba la esperanza de conocer a muchos hombres nuevos en los grandes centros comerciales.

—Nuestro padre te habría llevado — afirmó él fríamente.

—Ya lo sé. Nuestra madre me dijo que podría hacerlo cuando regresaras, o por lo menos en la primavera.

—Pero decidiste que no podías esperar. ¡Y eso es todo! — Chasqueó los dedos. — Desafías...

—Espera, Selig. Había otra razón. Hubo alguien, no diré el nombre, de modo que no lo preguntes, decidido a forzarme al matrimonio y decidido también a apoderarse de mí.

—¡Dirk! — explotó Selig.

—No he dicho nombres, Selig. Pero no podía revelar a nadie la actitud de este hombre, porque si lo hacía nunca podría hacer nada por mí misma. Mi padre se habría ocupado de él, pero no lo habría matado, porque todavía no hizo ningún daño. Y hablarle o castigarlo... bien, no creo que eso lo hubiese convencido. Y habría perdido mi libertad, de modo que me pareció que lo más conveniente era alejarme un tiempo, y si de ese modo podía encontrar marido, tanto mejor.

—¡Odín nos ayude! — exclamó Selig —. No podía esperarse mejor razonamiento de una mujer.

—¡Eres injusto, Selig! Te dije que la suma de todas estas razones fue lo que me decidió — afirmó Kristen en actitud defensiva.

—Es más probable que lo que te decidió fuese sólo la excitación de la aventura, pues hay modos de tratar a un hombre como el que tú describes, y lo sabes bien.

—Mi padre no lo había matado sólo porque él me amenazó.

—Pero yo lo habría hecho.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo habrías matado sólo porque me desea? ¿Estás dispuesto a matar a todos los hombres que me deseen?

—A todos los que crean que pueden tenerte al margen de que digas sí o no.

Ella le dirigió una sonrisa, consciente de que había hablado su verdadero hermano.

—En ese caso, no hay problema. Tú serás toda la protección que necesito en las ciudades comerciales.

—Si fueses allí, pero no lo harás — replicó él —. Volverás a casa.

—¡Oh, no, Selig! Los hombres no me perdonarían que pierdas tanto tiempo en esto.

—¡Todos coincidirán en que debes volver a casa!

—Pero, ¿por qué? ¿En qué los perjudica mi compañía? Lo único que deseáis es comerciar. — Ante la expresión de furia de Selig, los ojos de Kristen se agrandaron porque de pronto concibió una idea, y la excitación la dominó. —¡Es una expedición vikinga!

En ese momento apareció Hakon, primo de ambos, que se había asomado a la abertura de la escotilla.

—¿Se lo has dicho, Selig? ¡Thor! Fue una tontería — masculló el gigante rubio.

—¡Idiota! — Selig se puso de pie y miró hostil al hombre más joven. —¡Tú se lo dijiste! Antes sólo lo sospechaba.

Hakon bajó a la bodega y miró en los ojos a Selig.

—Y ahora ¿qué harás? ¿La devolverás a casa para que se lo diga a tu padre?

Selig elevó los ojos al cielo.

—Juro, Hakon, que eres un verdadero tesoro de información. Cómo les encantaría a nuestros enemigos apoderarse de tu persona.

—¿Qué dije?

Selig no se dignó contestar a eso, y miró a Kristen, que sonreía complacida.

—No se lo dirás a nuestro padre ¿verdad? — preguntó con el tono más esperanzado que ella jamás le había oído.

—¿Qué te parece?

El gimió al oír esa respuesta, pero descargó su cólera sobre Hakon, y le dio un puñetazo que envió al hombre más joven sobre la pila de pieles. Complementó el golpe arrojándose sobre Hakon, quien replicó en el auténtico estilo vikingo.

Kristen permitió que el combate prosiguiese varios minutos antes de interrumpirlo en un tono suficientemente alto, de modo que la escuchasen por encima de los gruñidos de dolor.

—Si creéis que me sentiré culpable, cuando mañana vea las caras de ambos golpeadas, os desilusionaré, pues no os atribuiré mérito por el deporte que estáis practicando.

Selig se apartó de su antagonista y gruñó a Kristen.

—Kristen, te arrojaría al mar, y después diría a nuestros padres que te ahogaste, en lugar de tener que confesarles que te llevé a una expedición vikinga. Creo que preferirían saber que te ahogaste.

Ella avanzó a gatas hacia Selig, y le dio un beso en la mejilla que ya comenzaba a hincharse. Después se puso en cuclillas y le sonrió.

—Reconoce tu derrota, hermano, y dime adónde vamos.

—Eso es algo que no necesitas saber, de modo que no vuelvas a preguntarlo. Permanecerás en el barco y fuera de la vista de todos.

—¡Selig! — Pero Selig ignoró el ruego y salió de la bodega. Kristen se volvió hacia Hakon, quien comenzaba a incorporarse.

—¿Tú me lo dirás?

—¿Y que me reprenda el resto del viaje? Ten corazón, Kristen.

—¡Oh, qué injustos! — exclamó Kristen a las espaldas de Hakon que ya comenzaba a subir a la cubierta.

5

Habían navegado hacia el sur, más al sur de lo que Kristen jamás había soñado conocer. Sabía que era el sur porque a medida que pasaban las noches el cielo se mantenía oscuro más tiempo, hasta que finalmente las horas de oscuridad igualaron las de luz diurna. Varios días atrás habían pasado frente a una hermosa tierra cuya costa estaba adornada por el verde del verano, pero nadie quiso decirle cómo se llamaba esa región.

Kristen sabía algo acerca de las regiones que se extendían al sur a raíz del número de criados que habían estado en su casa a lo largo de los años, todos provenientes de regiones diferentes. La tierra que habían dejado atrás podía ser la extensa isla de los celtas irlandeses o la isla todavía más grande habitada por los scots, los pictos, los anglos, los sajones y los celtas galeses, el pueblo de su madre. O incluso podía ser el país de los francos, aunque ella creía que esa región debía estar a la izquierda, no a la derecha como estaba ésta.

Si era una de las islas grandes, tenía motivos para creer que podían estar atacando a los daneses, pues esos norteños se habían propuesto conquistar ambas islas, y por lo que ella sabía, casi lo habían logrado. Y si se trataba de atacar a los daneses, pues bien, sería una lucha de igual a igual, y no lo que significaba agredir a los pueblos más pequeños de esas islas.

Selig sabía más al respecto, pero no quería decirle nada. Aunque todavía estaba muy irritado con ella, finalmente le había permitido salir de la bodega de la nave. Incluso Thorolf, hermano de Tyra, no le decía palabra. Kristen suponía que la lógica de estos hombres era que si ella no sabía dónde estaban o lo que hacían al desembarcar, nada podría revelar al padre cuando al fin regresaran a casa.

¡Cómo si ella no tuviese la audacia necesaria para hablar del asunto a su padre! Era un comerciante próspero. No aceptaba que sus barcos se dedicasen a incursionar en tierras lejanas. Los hombres del clan Haardrad no habían emprendido esas aventuras desde los tiempos del abuelo. Pero por supuesto, los jóvenes soñaban con las riquezas que podían obtenerse con una incursión, y los que navegaban al mando de Selig eran todos jóvenes, y el barco que tripulaban se prestaba muy bien para una aventura de esa clase.

Construido con madera de roble, tenía un sólido mástil de pino que sostenía la gran vela cuadrada de rayas rojas y blancas. La embarcación alargada se desplazaba velozmente en el agua, ayudada por los dieciséis paras de largos y estrechos remos de abeto; la cabeza de dragón roja y dorada señalaba el camino.

Kristen no lamentaba haber embarcado, pues la excitación de los hombres era el sentimiento que ella experimentaba también. Y aunque no se le permitiría desembarcar, ¡por Dios! Tendría una anécdota con la cual sorprender a sus hijos y sus nietos en las frías noches de invierno. Y la culminación estaba cerca. Lo adivinaba por el cambio que sobrevenía en los

hombres, y por el modo en que Selig y Ohthere observaban más atentamente la costa.

Una mañana temprano entraron por la boca de un ancho río; fue necesario apelar a todos los hombres para manejar los remos. La excitación de Kristen aumentaba a medida que pasaban los minutos, pues le pareció que estaba en tierra virgen, a pesar de que de tanto en tanto podía ver pequeños asientos y aldeas.

La exploradora que había en ella se sentía fascinada con todo lo que veía. Y la aventurera contenía la respiración cuando al fin soltaron el ancla y Selig se le acercó, pues Kristen aún alentaba la esperanza de que se le permitiría acompañar a los hombres. Incluso se había preparado para esa posibilidad y había asegurado las largas trenzas bajo la espalda de su túnica, para evitar que la molestasen; también se había puesto el yelmo de plata que Ohthere le había entregado en broma esa mañana.

Kristen no tenía escudo, pero aunque no había pensado en la posibilidad de usarlo, llevaba consigo la espada liviana que su madre le había regalado muchos años antes, cuando le enseñó a usarla. Pero no pensaba mostrar la espada a Selig, a menos que él le permitiese acompañarlos, pues la posesión de un arma tan notable podía provocar muchas preguntas en él.

La expresión hostil cuando él examinó el atuendo masculino de Kristen no auguraba nada bueno; no parecía que él hubiera cambiado de idea acerca del lugar en que Kristen tendría que permanecer hasta el regreso de los hombres. Selig era un hombre muy apuesto, pero cuando fruncía el ceño era temible, excepto para ella, que lo conocía muy bien.

—Selig, he sido una molestia para ti, pero…

—Ni una palabra más, Kristen. — La interrumpió con un gesto impaciente. — Veo que todavía quieres hacer lo que se te antoja, y no lo que te digo; pero no lo conseguirás esta vez. Bajarás a la bodega del barco, y permanecerás allí hasta mi regreso.

—Pero…

—¡Hazlo, Kristen!

—Oh, está bien. — La joven suspiró y después le dirigió una sonrisa, pues no podía despedirse de él con palabras duras. — Que los dioses te traigan suerte… en todo lo que te propones hacer.

El casi se echó a reír, pero en cambio sonrió.

—Y eso dices… ¿tú que eres cristiana?

—Bien, sé que mi dios te cuidará sin que yo se lo pida, pero sé que recibirás de buena gana toda la ayuda que puedas conseguir de los dioses de nuestro padre.

—Entonces, Kris, dedica tu tiempo a rezar por mí.

Su mirada se suavizó un instante antes de abrazarla.

Pero después, hizo un gesto en dirección a la bodega de la nave, y Kristen dejó caer los hombros, derrotada, y obedeció.

Pero no permaneció allí mucho tiempo. Apenas el último hombre saltó por la borda y avanzó hacia la orilla del río, Kristen salió de la bodega y provocó la sonrisa de Bjorn, uno de los hombres que habían quedado en el barco. Vio el gesto de reprobación del otro guardia. Ninguno de ellos le ordenó que

volviese a su refugio, de modo que pudo ver a la tripulación que avanzaba hacia un espeso bosque que impedía ver el resto de la tierra.

Se paseó sobre cubierta con un sentimiento de frustración porque estaba retenida allí, donde no había acción. Era apenas mediodía, y hacía calor, mucho más de lo que ella había conocido en Noruega. ¿Cuánto tiempo se demorarían los hombres? ¡Por los dientes de Dios! Por lo que ella sabía, podían pasar varios días.

—¡Thor!

Kristen se volvió y advirtió que los últimos miembros de la tripulación se internaban en el bosque oscuro. Y entonces oyó lo mismo que había oído el hombre que estaba al lado: el choque de las espadas y los gritos de los hombres en combate.

—Seguramente son una fuerza numerosa, si pueden atacar en lugar de volverse y huir. ¡Vete abajo, Kristen!

Bjorn impartió la orden en el mismo instante en que saltó por la borda del barco. Kristen obedeció, pero sólo para recoger su espada. Cuando salió nuevamente de la bodega, vio que los dos hombres que habían quedado atrás corrían hacia el bosque para ayudar a sus amigos. No vaciló en reunirse con ellos, porque como había dicho Bjorn, sólo una fuerza numerosa podía mostrarse dispuesta a atacar a tantos vikingos armados, de modo que ella pensó que su ayuda podía ser útil.

Alcanzó a los dos hombres en el momento mismo en que ellos llegaron al bosque y atacaron con alaridos escalofriantes. No los siguió directamente. Alrededor sólo vio cuerpos caídos. ¡Oh, Dios! no había pensado que sería así. Vio a su primo Olaf caído en el suelo, el cuerpo en una postura extraña... y mucha sangre por doquier. ¡Selig! ¿Dónde estaba Selig?

Se impuso apartar la mirada del suelo sembrado de cadáveres y miró al frente, donde continuaba la lucha. Vio quiénes eran los atacantes, y le pareció increíble que esos hombres menudos y enjutos hubiesen hecho tanto daño, pues no veía muchos. Advirtió también que no todos eran de pequeña estatura. Había uno unos pocos centímetros más alto que ella, y estaba combatiendo... ¡con Selig! ¡Y por Dios! No era el único que esgrimía una espada contra su hermano.

Kristen se adelantó para ayudarlo, pero le salió al paso un hombrecito que con fiero grito le impidió avanzar. En lugar de enfrentar una espada, Kristen soportó el ataque de una larga lanza que ella partió en dos, y cuando alzó la espada contra el hombre, él huyo.

Desorientada, se volvió frenéticamente, buscando con la mirada a Selig, y entonces emitió un grito, pues en el momento en que lo vio, su hermano caía al suelo, y el hombre alto con quien había estado luchando retiraba su espada ensangrentada. Kristen avanzó aturdida, corrió hacia él, los ojos fijos en el hombre que había abatido a Selig.

Kristen descargó ciegamente la espada sobre el hombre que apareció a la derecha para cerrarle el paso, y lo dejó atrás. Y de pronto se encontró frente al asesino de su hermano. Desvió el primer golpe de espada de su antagonista. Los ojos de ambos se encontraron antes de que la espada de Kristen penetrase en la carne de su enemigo. Ella vio que los ojos azules del hombre se agrandaban perceptiblemente cuando ella retiraba la espada, pero fue lo último que vio.

Librodot

Librodot

6

Una sola vela emitía su tenue luz en la pequeña habitación. Contra la pared, una cama estrecha, con un gran cofre a los pies. La pared opuesta estaba cubierta con un amplio tapiz que representaba un campo florido y a varios niños jugando. De otra pared pendía un gran jarro, y abajo había un estrecho estante sobre el cual se habían depositado diferentes objetos, desde alfileres de cabeza enjoyada hasta peines de hueso, y minúsculos frascos de color con esencias de flores. Abajo, un banco revestido de tela.

En un rincón de la cámara había un alto poste tallado, con clavijas de madera de lo alto a lo bajo. Era un adorno en sí mismo, y de las clavijas pendían velos transparentes y cintas de distintos colores. De la única ventana colgaban tiras de seda amarilla, un auténtico despilfarró de ese material tan costoso. Había también dos sillas de respaldo alto frente a una mesita redonda sobre la cual se había depositado un vaso de cerámica pintada con rosas rojas.

Las sillas estaban cubiertas con las ropas de los dos ocupantes de la cama. La habitación pertenecía a la mujer, Corliss de Raedwood, una belleza de huesos pequeños que había cumplido veintiún años, y que se sentía muy orgullosa de sus vistosas trenzas doradas y los ojos del color del café.

Corliss era la prometida del hombre acostado con ella, Royce de Wyndhurst, uno de los nobles del rey Alfredo. Cuatro años atrás se la habían ofrecido como esposa, pero se vio rechazada. El invierno pasado había molestado y forzado a su padre, como sólo puede hacerlo una hija muy amada, con el fin de que él la ofreciese de nuevo, y esta vez había sido aceptada. Pero sabía que está última vez se la había aceptado sólo porque había conseguido atraer a su dormitorio a lord Royce, y allí se le había ofrecido cuando él, ebrio después de un festín de su padre, la había tomado.

Entregarse a Royce esa noche no fue un gran sacrificio para Corliss, si bien ella confiaba en que Royce no lo hubiera advertido; en efecto, ella había conocido otro hombre antes que a él. Pero sólo uno, porque después de esa primera vez la joven había llegado a la conclusión de que esa parte de la relación entre hombre y mujer no le agradaba en absoluto. Sin embargo, sabía que tendría que rechinar los dientes y soportar a menudo la experiencia una vez que se casara con Royce.

Un sigo de la decisión que la animaba era el hecho de que, aunque le desagradaba el amor del hombre, Corliss continuaba ofreciéndose a Royce cada vez que él la visitaba, lo cual, por suerte, no hacía con frecuencia. Temía que si se le negaba antes de la boda, él rompería el compromiso. Después de todo, Royce no deseaba realmente una esposa. Tenía sólo veintisiete años, y no demostraba prisa para atarse. Por lo menos, esa era la excusa que había usado a menudo para responder a los padres de hijas casaderas. También había otra razón, aunque nunca la mencionaba. Cinco años atrás se había comprometido con una joven a quien amaba. La había perdido tres días antes de la ceremonia matrimonial y después no había amado a otra mujer.

Corliss creía que Royce jamás volvería a amar. Ciertamente, no la amaba ni fingía amarla. Ni siquiera ella podía utilizar el argumento de la alianza con

Librodot

su propio padre, pues Royce y el padre de Corliss eran amigos. No era necesario el matrimonio para mantener esa amistad. Ella se sentía muy segura de que el ofrecimiento de su cuerpo era la única condición que había decidido a Royce.

Si Royce no hubiera sido tan deseable como marido, Corliss jamás se habría casado con él. Pero la verdad era que todas las doncellas en muchos kilómetros a la redonda deseaban a Royce de Wyndhurst, y esa nómina incluía a las tres hermanas de Corliss. Una actitud comprensible, pues él no sólo era rico y gozaba del favor del rey, sino que era un hombre apuesto, pese a su increíble estatura. En realidad, era treinta centímetros más alto que Corliss. Esa combinación de cabellos castaños, oscuros, y de ojos verdes de expresión insondable, en verdad era sorprendente. Después del compromiso, Corliss era envidiada por todas las mujeres, y eso le agradaba mucho, pues a Corliss le encantaba ser envidiada. También se sentía reconfortada por los celos, y era indudable que sus hermanas estaban celosas de ella. Todo eso justificaba lo que tenía que soportar de Royce en la cama, e incluso su tendencia a prolongar el acto del amor.

La primera vez se había dado prisa. Pero después e incluso ahora, el asunto parecía prolongarse indefinidamente, con muchos besos y contactos. Ella no se oponía demasiado a los besos, pero ¡el contacto...! Le tocaba todo el cuerpo, y ella tenía que permanecer acostada, sintiéndose humillada y soportándolo todo. A veces se preguntaba si él prolongaba intencionadamente el asunto, si habría adivinado que a ella no le agradaba. Pero, ¿cómo podía saberlo? Corliss jamás protestaba y no ofrecía la más mínima resistencia. Yacía allí, perfectamente inmóvil, y le permitía hacer todo lo que él quería. ¿Qué más podía hacer para demostrarle que estaba dispuesta?

El la miró y en sus ojos había una expresión divertida. Corliss lo oyó suspirar y se el endureció el cuerpo, pues sabía que ése era el signo de que Royce, al fin se disponía a cubrirla. Se oyó un golpe en la puerta en el mismo momento en que él se acomodó entre las piernas de Corliss.

—¡Milord, Milord, venga inmediatamente! ¡Su hombre está abajo, y dice que tiene que verlo urgentemente.

Royce abandonó la cama y buscó sus ropas. Su expresión no demostró que le alegraba la interrupción. Hacer el amor a Corliss estaba convirtiéndose en una obligación fatigosa, cargada de frustraciones, algo que no le deparaba ningún placer. Y también lo confundía, pues él jamás la buscaba. Ella se encargaba de llevarlo a su dormitorio, induciéndolo a creer que era lo que deseaba. Pero cuando estaban en la cama, Corliss se mostraba tan fría como carne muerta, y él había hecho todo lo que podía imaginar para lograr que la joven gozara en la unión.

Que ella no sintiese placer no habría importado a la mayoría de los hombres, pero Royce extraía una parte considerable de su propio goce con el placer que provocaba. Y si había que decir la verdad, lo cierto era que lo divertía más tumbar a una sierva vulgar que a esta mujer que sería su esposa; y eso, por mucho que fuese un hermoso ejemplar.

Después de asegurarse el cinturón sobre la chaqueta de cuero que usaba, la única prenda con la cual se cubría el torso cuando era el tiempo cálido, volvió los ojos hacia Corliss; ella se había cubierto recatadamente tan pronto él abandonó la cama. Le mezquinaba incluso la visión de su espléndida

Librodot

desnudez. La cólera de Royce se encendió un momento a causa del gesto, pero él la dominó. Tenía que considerar la tierna sensibilidad de Corliss. Después de todo, era una dama de noble cuna, y como todas las damas de ese estilo que él conocía necesitaba que se la tratase con cuidado porque, de lo contrario, uno debía afrontar escenas de lágrimas.

—Milord, ¿cómo puede usted abandonarme ahora? — preguntó quejosamente Corliss.

Muy fácilmente, pequeña, pensó Royce, pero no fue eso lo que dijo.

—Ya oíste que me llamó tu criada. Me necesitan abajo.

—Pero, Royce, parece tan... como si yo no te importase... como si no me quisieras.

De sus ojos brotaron grandes lágrimas, y Royce suspiró disgustado. ¿Por qué todas tenían que proceder así? Lloraban tan fácilmente, con tan escasa razón, y se aferraban y exigían que uno las reconfortase. Así habían sido su madre, su tía, incluso su prima Darrelle, que vivía con él... Muy rápidamente se echaban a llorar y el hombre deseaba estar en cualquier otro lugar. No estaba dispuesto a aceptar eso también de su esposa. Era mejor quitarle de inmediato la costumbre.

—Entiéndelo de una vez, Corliss, no puedo soportar las lágrimas.

—¡Tú... tú no me quieres! — sollozó ella.

—¿He dicho eso? — preguntó con voz áspera.

—Entonces, quédate. ¡Por favor, Royce!

En ese momento casi la odió.

—Señora, ¿desea que ignore mi deber para tranquilizarla? No haré eso. Tampoco la mimaré, de modo que no espere tal cosa.

Salió de la habitación antes de que ella pudiese replicar, pero el sonido de sus sollozos lo siguió hasta el vestíbulo, y le irritó los nervios. La escena lo había puesto de mal humor, y la visión del siervo Seldon que lo esperaba abajo no facilitó las cosas. Si el asunto era importante, no debían haber enviado a un siervo.

—¿Qué pasa? — ladró Royce al hombrecito.

—Los vikingos, milord. Llegaron esta mañana.

—¿Qué? — Royce aferró a Seldon por la pechera de la túnica y lo sacudió. — No me digas mentiras, hombre. Los daneses están al norte, lidiando con las revueltas contra su dominio de Northumbria, y preparándose para atacar a Mercia.

—¡No son los daneses! — cacareó Seldon.

Royce lo soltó, y un sudor frío le cubrió la frente. Podía enfrentar a los daneses que ejercían el control de dos reinos del país. Ya habían intentado entrar en Wessex, el reino de Alfredo poblado por los sajones occidentales, en lo que solía denominarse el Año de las Batallas, es decir 871. El joven Alfredo tenía sólo veintidós años cuando ascendió al trono esa primavera, después de la muerte de su hermano Aethelred. Y durante el otoño, después de librar nueve batallas con los dos grandes ejércitos vikingos por el control de Wessex, Alfredo había negociado la paz.

Nadie preveía que esa paz duraría, pero en todo caso Alfredo había ganado tiempo, lo que permitiría que su gente se reagrupase y preparar defensas

más sólidas. Los últimos dos años, sus lugartenientes, así como los lores y los jefes de todos los condados habían estado entrenando a los hombres libres y mejorando sus cualidades combativas además de fortificar los poblados. Royce había dado un paso más, e incluso había entrenado en las artes de la guerra a algunos de los siervos más capaces. Estaba preparado para marchar contra los vikingos daneses, quienes ansiaban instalarse en el país. Pero los vikingos del mar siempre eran imprevisibles y ellos podían ocupar por sorpresa Wyndhurst y destruirla, como casi habían hecho cinco años antes.

Recordar la última incursión vikinga sobre Wyndhurst, ciertamente angustiaba a Royce pues reavivaba el odio que había incubado durante esos cinco años, el odio que lo había llevado a matar a muchos daneses ese verano del 871, porque daneses habían sido los que atacaron a Wyndhurst en el año 868, antes de iniciar el saqueo del monasterio de Jurro. Durante esa incursión había perdido a su padre, a su hermano mayor y a su amada Rhona, violada repetidamente ante sus propios ojos antes de cortarle el cuello, mientras él, incapaz de acercarse a causa de las dos lanzas que lo sujetaban contra el muro, tenía que soportar el sufrimiento de escuchar sus gritos y sus ruegos para que él la ayudase, mientras la vida misma de Royce se le escapaba con la sangre que manaba de sus heridas. También él habría muerto si los vikingos hubiesen permanecido allí más tiempo.

—Milord, estos vikingos son noruegos.

Royce sintió deseos de sacudir nuevamente al hombre. ¿Qué importaba quiénes eran? Si no formaban parte de los dos grandes ejércitos vikingos del norte, eran piratas que venían del mar, hombres que sólo deseaban matar.

—¿Ha quedado algo de Wyndhurst?

—¡Pero si los hemos derrotado! — dijo sorprendido Seldon —. La mitad está muerte, el resto capturado y ahora está encadenado.

Royce aferró de nuevo al hombre y otra vez lo sacudió.

—¡Estúpido, no pudiste decírmelo al principio!

—Milord, se lo dije. Hemos vencido.

—¿Cómo?

—Lord Alden convocó a todos los hombres a realizar maniobras en el campo del este. Pero mi primo Arne estaba al sur del río y no se enteró de la convocatoria. Y él vio la nave vikinga.

—¿Sólo una?

—Sí, milord. Arne fue directamente a Wyndhurst, pero encontró a los hombres de lord Alden en el campo del este. Como estaban armados y preparados, y tan cerca del río, lord Alden decidió atacar. Dispusimos del tiempo suficiente para preparar una emboscada. Los hombres treparon a los árboles del bosque, frente al río, y cayeron sobre los vikingos cuando éstos pasaron por debajo. Tantos murieron en el ataque por sorpresa que pudimos derrotar a los que quedaron.

Royce formuló la temida pregunta:

—¿Cuántos hombres perdimos?

—Sólo dos.

—¿Y heridos?

—¡Dieciocho!

—Milord, los vikingos lucharon como demonios... demonios gigantescos — dijo Seldon en actitud defensiva.

La expresión de Royce era dura e imperiosa.

—En marcha, y yo me ocuparé del resto de esos piratas sangrientos.

—Ah, milord, lord Alden fue...

—¿Está muerto? — gimió Royce.

—No — se apresuró a decir Seldon, pus sabía que ambos primos mantenían estrechas relaciones. Pero tuvo que informar de mala gana: — Pero está gravemente herido.

—¿Dónde?

—En el vientre.

—¡Dios mío! — gimió Royce mientras salía de prisa del salón de Raedwood.

Librodot

7

Kristen despertó lentamente y sintió que el terrible martillo de Thor le golpeaba la cabeza. Que Dios la ayudase; estaba imaginando cosas; pero ese dolor de cabeza era el peor que había tenido en su vida. Y después percibió otras cosas incómodas, y recordó.

Se sentó demasiado de prisa y se sintió mareada, de modo que cayó de costado con un gemido. Dos brazos la aferraron, y el ruido de las cadenas la indujo a abrir sobresaltada los ojos. Estaba mirando a Thorolf, que a su vez la miraba, y después volvió la cabeza para ver quién la sostenía: era Ivarr, un amigo de Selig.

Volvió a sentarse, y frenéticamente miró alrededor. Los habían reunido en torno de un alto porte, y todos estaban sentados en el suelo duro. Eran diecisiete. Muchos yacían inconscientes, las heridas sin atender, y todos estaban encadenados por los tobillos, de modo que formaban un círculo alrededor del porte. Pero no vio a Selig.

Su mirada buscó otra vez la de Thorolf, y los ojos de Kristen encerraban un ruego.

—¿Selig?

El meneó la cabeza, y el grito brotó de la garganta de Kristen. Ivarr aplicó instantáneamente la mano sobre la boca de la joven y Thorolf acercó su cara.

—¡Todavía no saben que eres mujer! — murmuró —¿Nos obligarás a permanecer aquí y a mirar mientras te llevan y te violan? Ten cuidado, Kristen. No te denuncies con gritos.

Ella parpadeó para indicar que comprendía, y Thorolf indicó a Ivarr que la soltase, Kristen contuvo la respiración, inclinó la cabeza hacia el suelo, destrozada por el dolor de la pérdida. Deseaba gritar, necesitaba hacerlo, manifestar de ese modo su dolor. Si no podía expresarlo, el sufrimiento se acentuaría cada vez más, hasta que ella no pudiera hacer nada. Los gemidos angustiados brotaron de sus labios, hasta que un puño le golpeó la mandíbula y Kristen cayó nuevamente en dos brazos que la esperaban.

Cuando volvió a despertar, el sol comenzaba a ponerse. Gimió, pero después se contuvo y se sentó lentamente, y miró con gesto acusador a Thorolf.

—Me golpeaste. — No era una pregunta.

—En efecto.

—Imagino que debería agradecértelo.

—Deberías.

—¡Canalla!

Si hubiese podido, él se habría reído a causa del tono con que ella habló. No estaban vigilados por sus enemigos que tenían que atender sus propias heridas; pero estaban cerca dos guardias.

—Kristen, después tendrás tiempo para llorar — dijo amablemtne Thorolf.

—Ya lo sé.

La joven estiró los tobillos sujetos por los pesados aros de hierro. Había desaparecido el yelmo de plata prestado por Ohthere, y también la daga enjoyada y el cinturón. Incluso le habían quitado las botas revestidas de piel.

—¿Nos quitaron todo lo que tiene valor? — preguntó.

—Sí. Te habrían quitado también la chaqueta, si no hubiese sido una piel tan vieja y deteriorada.

—Y manchada de sangre — agregó Kristen, mirando los parches oscuros, pues la sangre había brotado del hombre alto a quien ella mató con la espada. Se palpó la cabeza buscando el lugar donde la habían golpeado, y entonces comprendió. —¡Mis cabellos!

La trenza continuaba guardada bajo la túnica. Kristen comenzó a quebrar algunos cabellos de la trenza.

—No, Kristen. — Thorolf le apartó las manos pues comprendió lo que ella se proponía hacer. — De ese modo necesitarás mucho tiempo.

—¿Puedes prestarme un cuchillo? — preguntó ella con voz áspera.

El hombre gruñó al oír una pregunta tan estúpida pero después comenzó a examinar a la joven. Ahora que no tenía el cinturón, la corta túnica descendía en líneas rectas incluso por debajo de las caderas, y ocultaba eficazmente la curva más profunda de la cintura. Las manos y los pies desnudos, no eran pequeños, poro tampoco masculinos. Otro tanto podría decirse de los brazos desnudos, excesivamente delgados, incluso para un joven.

Thorolf se dio por satisfecho.

—De no ser por esos magníficos cabellos que tienes, pensarán que a lo sumo eres un muchacho. ¿Cómo conseguiste que desapareciesen tus pechos?

Kristen se sonrojó, y bajó los ojos para evitar la mirada curiosa de su interlocutor.

—No deberías preguntarme eso.

—Pero, ¿cómo lo hiciste?

—¡Thorolf!

—¡Habla en voz baja! Mejor, no digas una palabra que puedan oír. Afirmaremos que eres muda, y así resolveremos el problema.

—Pero, ¿y mis cabellos?

Thorolf frunció el ceño, y de pronto sonrió y comenzó a apartar el reborde de la túnica. Pidió a Ivarr que ocultase a Kristen de la vista de los guardias, y después extrajo la trenza y la dispuso alrededor de la cabeza de la joven, y aplicó sobre ella el cuero blando de su propia túnica, asegurándolo en la bese del cuello de Kristen.

—Mi herida no está allí — comenzó a decir Kristen.

—No me interesa ese minúsculo golpe — replicó él —. Espera un momento. Falta el toque final.

Y comenzó a golpearse la fea herida que tenía en el brazo hasta que se manchó los dedos con bastante sangre fresca, y la aplicó a la cabeza vendada.

—¡Thorolf!

—Cállate, Kristen, o esa voz femenina arruinará mis astutos esfuerzos. ¿Qué te parece, Ivarr? ¿Ahora creerán que es un muchacho?

—Con el mentón hinchado y la cabeza vendada, nadie la mirará dos veces — replicó Ivarr con una mueca.

—Muchas gracias — observó Kristen.

Thorolf ignoró el sarcasmo.

—Sí, tiene la cabeza algo grande, pero como no verán en ella a una muchacha, pensarán que es nada más que un vendaje. Así, sucia y descuidada, los engañará. Pero mantén sujetos los cabellos, Kristen. Si los ven estás acabada.

Ella le dirigió una mirada sombría, en vista de la advertencia innecesaria.

—Creo que es hora de que me digáis dónde estamos.

—En el reino de Wessex.

—¿El Wessex de los sajones?

—Sí.

Los ojos de Kristen se agrandaron, incrédulos.

—¿Quieres decir que un ejército de minúsculos sajones os derrotó?

Thorolf se sonrojó ante el asombro de la joven.

—Mujer, cayeron sobre nosotros desde los árboles. La mitad de nuestra gente quedó fuera de combate antes de que el resto supiese siquiera que éramos atacados.

—¡Oh, qué infusto! — exclamó Kristen —. ¿Os hicieron una emboscada?

—Sí. Era el único modo en que podían haber vencido, pues su número no era superior al nuestro. Y lo peor del caso es que no nos interesaban ellos, ni lo que podíamos quitarles. Habríamos pasado de largo por este lugar al que nos trajeron. Queríamos... — hizo una pausa, pero de pronto calló —. No importa.

—¿Qué buscabais? — preguntó Kristen.

—Nada.

—¡Thorolf!

—¡Por los dientes de Thor! ¿Puedes bajar la voz? — le dijo Thorolf —. Queríamos saquear un monasterio.

—¡Oh, no, Thorolf! No me digas nada.

—Sí, era eso, y ahora, comprenderás por qué Selig no deseaba que lo supieras, pues comprendía tus sentimientos. Pero Kristen, era nuestra última oportunidad de apoderarnos de algunas riquezas de este país. Los daneses pronto lo tendrán todo. Quisimos únicamente llevarnos una pequeña parte de esa riqueza. No habría sido necesario matar a nadie; o quizás a unos pocos. Lo único que buscábamos era la fabulosa riqueza del monasterio de Jurro.

—¿Cómo sabíais dónde encontrarlo?

—La hermana de Flokki, la que se casó con un danés, vino de visita el año pasado. Trajo muchas noticias acerca de lo que están haciendo aquí, y nos habló del fracasado ataque a Jurro, el del año 871, cuando los ejércitos combinados de Halfdan del Ancho Abrazo y el rey Guthorm atacaron por primera vez Wessex. Ahora les interesa el reino de Mercia, a pesar de que

estos tontos les pagan tributo todos los años para evitar la visita de los vikingos. Y una vez que tengan dominada Mercia, volverán aquí. Si no es este año será el próximo o poco después. ¿Crees que pueden ignorar la existencia de esta región rica y fértil? Los pequeños sajones no podrán evitarlo.

—Pudieron derrotaros a vosotros — le recordó Kristen.

—Tuvieron de su lado la suerte de Odín.

—Y otra cosa Thorolf, no todos eran pequeños. El hombre a quien maté era tan alto como tú.

—Sí, lo vi cuando llegaron los carros para trasladar aquí a los heridos. Pero no lo mataste, Kristen, por lo menos aún no ha muerto.

Kristen gimió, porque se sintió traspasada de dolor.

—¿Quieres decir que ni siquiera pude vengar a mi hermano?

La mano de Thorolf se acercó a la mejilla de Kristen, en un gesto de consuelo. Pero de inmediato la retiró, no fuese que uno de los guardas lo viera.

—Estoy seguro de que pronto morirá. Cuando lo llevaron a esa gran casa que está allí, sangraba mucho del vientre.

Kristen se estremeció al recordar la carnicería que ella había presenciado en el bosque, pese a que ella también había contribuido a la matanza. Pero el papel que había representado en el asunto estaba justificado. ¿Cómo podría enfrentar a su familia si no hubiese tratado de matar al hombre que había destruido a su hermano?

Se volvió para observar el lugar señalado por Thorolf; trató de rechazar la idea de la sangre que ella misma había derramado. Era una construcción muy amplia de dos pisos, la mayor parte de madera, con ventanas grandes y pequeñas que permitían el paso de la luz diurna, pero que sin duda también dejaban entrar el frío del invierno. Alrededor había muchas otras construcciones más pequeñas, y una empalizada de madera rodeaba el sector; era sólida, pero no muy alta.

—Sí, ya ves que sería muy fácil ocupar este poblado — comentó Thorolf.

—Pero están preparándose bien para resistir a los daneses. Mira eso. — Señaló una enorme pila de grandes bloques de piedra del otro lado del patio cerrado. — Parece que el plan es construir un muro más sólido.

—Sí, y hemos visto más piedras frente a la empalizada de madera — confirmó riendo Thorolf, y después rió despectivamente —. Los daneses estarán aquí antes de que puedan terminar la obra.

Kristen se encogió de hombros porque todo eso nada significaba para ellos. Escaparían de este lugar mucho antes de que comenzara la invasión; de eso ella no tenía la más mínima duda.

Al volver los ojos hacia la casa grande, frunció el ceño.

—El salón es espacioso, y seguramente pertenece a un señor importante. ¿Crees que el hombre alto es el señor de este lugar?

—No. Por lo poco que pude entender de todo lo que dijeron el señor de este lugar no está aquí. Pero creo que han ido a buscarlo. En realidad, debí prestarte más atención cuando me enseñaste la lengua de la anciana Alfreda.

Librodot

—Sí, debiste hacerlo, pues eres el único que puede hablar por nosotros si voy a representar el papel de muda.

Thorolf sonrió.

—¿Te parece que será muy difícil para ti mantener la boca cerrada cuando estén cerca?

—De un modo o de otro me arreglaré.

Librodot

8

Un hombre había caminado entre los vikingos para afirmar una antorcha en un orificio del poste. Seis guardias estaban cerca, espada en mano, por si el sajón era atacado. Kristen disimuló una sonrisa cuando el hombre pasó cerca. Los había oído discutir para determinar cuál llevaría la antorcha, pues ninguno de ellos deseaba acercarse tanto a los prisioneros, incluso encadenados y acostados o sentados aquí y allá. Con tantos heridos, no representaban una amenaza, al menos por el momento, pero los sajones no deseaban correr riesgos.

La antorcha no era para los prisioneros, sino para los tres hombres que debían vigilarlos; de ese modo podían ver mejor a los prisioneros, pues había caído la noche. No les habían dado comida, ni vendas para cuidar de los heridos. Era un signo de mal augurio. Necesitaban comida para mantener las fuerzas si se proponían fugarse. La falta de alimentos podría significar muchas cosas, entre ellas que no vivirían demasiado tiempo.

Esa posibilidad se vio confirmada un rato después cuando los guardias comenzaron a hablar entre ellos. El sajón que había llevado la antorcha, y que sin duda se sentía audaz, después de haber ejecutado la hazaña sin sufrir malas consecuencias, hablaba más alto que el resto, y su voz se imponía a todos.

—¿Por qué te mira mientras habla? — preguntó Kristen a Thorolf.

—Soy el único que pudo hablar por todos un rato antes. Creían que éramos daneses — dijo con cierto desprecio —. Los desengañé. Los daneses vienen aquí a robarles la tierra. Nosotros sólo deseamos robarles la riqueza.

—¿Y creíste que al saberlo nos tratarían mejor? — se burlo Kristen.

Thorolf sonrió.

—No he perjudicado a nadie cuando les aclaré eso.

—¿No? — preugntó Kristen con expresión sombría —. Entonces no escuchas lo que están diciendo.

—A decir verdad, el pequeño hablador habla demasiado rápido, y a lo sumo comprendo unas pocas palabras. ¿Qué dice?

Kristen escuchó varios minutos y no pudo evitar la expresión de disgusto que se dibujó en sus rasgos.

—Mencionan a una persona llamada Royce. Uno dice que nos convertirá en esclavos. El más fanfarrón jura que odia demasiado a todos los vikingos, de modo que no nos mantendrá vivos, y que nos torturará hasta la muerte en cuanto regrese.

Kristen no agregó que el pequeño fanfarrón a quien los otros llamaban Hunfrith había descrito la tortura, y sugerido que el hombre llamado Royce utilizaría el ingenio de los mismos vikingos y haría a los prisioneros lo que los daneses habían hecho al rey de East Anglia cuando fue capturado. El rey había sido maniatado a un árbol, y utilizado para practicar el tiro con arco, hasta que tenía clavadas tantas flechas que parecía un puercoespín. Y cuando retiraron del árbol, todavía vivo, le habían abierto la espalda, poniendo al descubierto las costillas. Ciertamente, una tortura horrible, pero

Librodot

uno de los guardias sugirió que era más probable que cortasen en pedacitos a los prisioneros, manteniéndolos vivos todo lo posible, y obligándolos a mirar mientras se arrojaba a los perros cada uno de los miembros arrancados.

No tenía sentido que Kristen explicase todo eso a Thorolf. La tortura era la tortura, sin que importase la forma que adoptara. Si tenían que morir cuando llegase el hombre llamado Royce más valía que tratasen de huir inmediatamente. Se volvió para mirar el alto poste alrededor del cual los habían distribuido, y calculó que tenía la altura de tres hombres. Las cadenas que pasaban del tobillo de un hombre al siguiente eran más largas que lo que ella habría esperado, por lo menos dos brazadas, una actitud estúpida de los sajones, porque eso les daba amplio espacio de maniobras.

—Sería suficiente que tres hombres, quizá cuatro, trepasen a ese árbol, y nos liberasen a todos — dijo Kristen en voz alta.

—Quizá por eso cuidaron de que no hubiese tres de nosotros seguidos sin heridas graves.

Ivarr dijo esto último, y ella lo miró y vio la herida de su pierna, que le impedía escalar el poste. Y el hombre que estaba del lado opuesto de Thorolf todavía tenía clavada en el hombro la punta de una lanza.

—Podría sostener a un hombre — dijo Thorolf —, pero nos moveríamos con mucha lentitud. Antes de llegar arriba nos habrían clavado varias flechas en la espalda.

—¿No es posible mover el poste? — aventuró ella.

—Para eso tendríamos que incorporarnos, e inmediatamente sabrían lo que pensamos hacer. También podríamos derribarlo, pero caería lentamente, y también en ese caso recibirían aviso, y vendrían instantáneamente con las espadas. E incluso si después de eso tuviésemos suerte, morirían muchos de los nuestros, y serían un peso inmenso para el resto, porque estamos todos encadenados. Si son inteligentes, ni siquiera se acercarán a nosotros. Para que no podamos arrebatarles las armas. Nos derribarán desde lejos con sus flechas.

Kristen gimió íntimamente.

—Entonces, a causa de estas cadenas que nos mantienen sujetos, no hay esperanza.

—Por lo menos hasta que curen nuestras heridas, y podamos echar mano de algunas armas — replicó Ivarr.

—Animo, Kristen. — Thorolf sonrió despreocupadamente. — Quizá decida que les convenimos como instructores, para enseñarles a luchar contra los daneses.

—Y después nos dejarán seguir nuestro camino, ¿verdad?

—Por supuesto.

Kristen no creía en esa posibilidad, pero las bromas de Thorolf la reanimaron. Si tenía que morir, morirían juntos y luchando, y no aceptarían tranquilamente la tortura de los sajones. Era el modo de los vikingo, y aunque ella era cristiana, también era noruega.

Habría explicado todo eso si en ese momento no se hubiera abierto el portón de madera para dar paso a dos hombres que se acercaban a caballo.

Librodot

Sólo uno merecía que se le prestase atención, y en efecto ella lo miró mientras el hombre se acercaba montado en su gran corcel negro. Cuando desmontó, a pocos metros de distancia, la sorprendió ver que era casi tan alto como su propio padre, es decir más alto que la mayoría de los jóvenes que la acompañaban. También era joven, y ciertamente no delgado para la altura que tenía; mostraba espaldas anchas y un amplio pecho. La chaqueta de cuero sin mangas revelaba una mata de vello negro sobre el pecho, casi hasta el cuello, y los brazos de un guerrero. El cinturón que rodeaba su cintura mostraba que no tenía grasa sobre el vientre.

Las piernas largas también eran gruesas y musculosas. Vestía pantalones de cuero hasta la rodilla, y el cuero estaba adornado con aplicaciones de metal.

El rostro tenía rasgos muy bien definidos y extrañamente bellos: la nariz recta, los labios bien dibujados y firmes, con un atisbo de crueldad sobre un mentón cuadrado sin barba, aunque oscurecido por el vello. Los cabellos castaños y relucientes caían en ondas sobre los hombros, y formaban rizos desordenados sobre la frente amplia y las sienes.

Pero cuando uno veía los ojos, se sentía como retenido por ellos. El color era un verde oscuro, como de cristal, y demostraban tanto odio y cólera cuando se posaron en los hombres encadenados, que Kristen contuvo la respiración hasta que el recién llegado impartió una orden a uno de los guardias y después se dirigió hacia la casa grande y desapareció de la vista.

—No me agrada la cara de ese hombre — dijo Ivarr al lado de Kristen —. ¿Qué dijo?

Muchos otros preguntaban lo mismo, pero Kristen meneó la cabeza desalentada.

—Explícales, Thorolf.

—No sé si le entendí bien — replicó Thorolf con un gesto esquivo.

Kristen lo miró hostil. Los hombres tenían derecho de saber, pero Thorolf no tenía valor para decirles, o bien no creía en lo que había oído.

Kristen volvió los ojos hacia Ivarr, pero no pudo sostener la mirada.

—Dijo: “Por la mañana, matadlos”.

Royce entró a la sala, y encontró el suelo casi completamente cubierto con sus hombre heridos. Después hablaría con cada uno de ellos. Subió la escalera que comenzaba al fondo de la sala, y fue directamente al dormitorio de su primo.

Alden yacía en la cama, cubierto hasta el cuello con una gruesa manta, y se lo veía tan pálido que Royce gimió, creyendo que ya estaba muerto. Las mujeres que lloraban en la habitación aumentaron su angustia. Dos de ellas, a quienes a veces Alden llevaba a su cama, gemían en un rincón. Meghan, la única hermana de Royce, y una niña de apenas ocho años, estaban sentadas frente a una mesita, la cara sobre los brazos, y también lloraban. Darrelle, la hermana de Alden, estaba arrodillada junto a la cama, la cara pegada a las mantas, y los sollozos le sacudían el cuerpo esbelto.

Royce miró a la única mujer de la habitación que no lloraba, era Eartha, la curandera.

—¿Acaba de morir? ¿He llegado demasiado tarde?

La vieja bruja se recogió los cabellos castaños y esbozó una sonrisa.

—¿Muerto? Quizá viva. No lo mates antes de tiempo.

Royce recibió la noticia con una mezcla de alivio y cólera. Y la cólera lo impulsó a exclamar: —¡Fuera! — Rugió a las lloronas: —¡Ahorrad los gemidos para el momento en que sean necesarios!

Darrelle se volvió bruscamente, el rostro tan amoratado como los ojos, los pechos pequeños sacudiéndose indignados ante lo que consideraba un insulto.

—¡Es mi hermano!

—Sí, pero ¿qué bien le haces con tu llanto? ¿Cómo puede dormir y conservar su fuerza con el ruido que ustedes hacen? Darrelle, él no necesita tu llanto para saber que le importas.

Darrelle se incorporó bruscamente; el extremo superior de su cabeza apenas llegaba al pecho del hombre. Le habría golpeado ese pecho de haberse atrevido. En cambio, estiró el cuello para mirarlo hostil.

—¡Royce, no tienes corazón! ¡Siempre lo dije!

—¿De veras? Entonces, no te sorprenderá saber que tus palabras no me hieren. Ve a lavarte la cara. Puedes regresar y sentarte con Alden, si así lo deseas... siempre que suspendas el llanto.

Las dos mujeres ya habían salido de la habitación. Darrelle las imitó. Eartha sabía que no estaba incluida en la orden de abandonar el lugar, pero de todos modos se retiró con su canasto de hierbas. Royce permaneció mirando la carita atemorizada de su hermana, y su expresión se suavizó.

—Pequeña, no estoy enfadado contigo, de modo que no me mires así — dijo amablemente Royce, extendiendo la mano hacia ella —. ¿Por qué estabas llorando? ¿Por qué crees que Alden morirá?

Megham corrió hacia él y le rodeó la cintura con los brazos, pues apenas le llegaba a la cadera.

—Eartha dijo que quizá no muriese, y yo solamente rezaba; pero entonces Darrelle empezó a llorar y...

—Y nuestra prima está enseñándote malas costumbres en edad temprana. Has hecho bien en rezar, porque Alden necesita tus plegarias para curar lo antes posible. Pero, ¿crees que desea tu llanto, cuando aún vive después de enfrentar a nuestros peores enemigos? — No le agradaba continuar hablando del exceso de llanto, pues Meghan era una niña tímida que derramaba lágrimas por la más mínima razón. En cambio, la alzó en brazos y le secó las lágrimas de las mejillas enrojecidas. — Meghan, vete a la cama y reza por Alden hasta que te duermas. Vete ahora mismo.

La besó antes de depositarla en el suelo.

—Gracias, Royce. — Alden habló con voz débil desde la cama en cuento Meghan salió y cerró la puerta. — No sé cuánto tiempo habría continuado fingiendo que estaba dormido. Pero cada vez que abría los ojos, Darrelle me gritaba que debía ponerme bien.

Royce se echó a reír, y acercó una silla a la cama.

—Seldon, esa absurda imitación de hombre, me dijo que tenías una herida en el vientre. Por Dios, no esperaba encontrarte vivo, y menos todavía hablar contigo.

Alden trató de sonreír, pero sólo pudo rechinar los dientes.

—Un poco a la izquierda de mis tripas, pero el filo de la espada enemiga por poco me corta los intestinos. ¡Dios mío! ¡Cómo duele! Y pensar que me lo hizo un muchacho que tiene los ojos más bonitos que he visto jamás.

—Descríbelo, y si es uno de los que está abajo, sufrirá más que nadie antes de morir.

—Royce, no era más que un muchacho de cara lisa, que no debió estar con el resto.

—Si los niños vikingos pueden intervenir en las incursiones, también pueden morir — dijo Royce irritado.

—Entonces, ¿te propones matarlos a todos?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

Royce lo miró hostil.

—Sabes por qué.

—Sí, se por qué te agradaría hacerlo, pero, ¿qué necesidad tienes de apelar a eso cuando en cambio puedes aprovecharlos? Están derrotados. Tenemos el barco, y Waite me dice que traen una buena cara que ahora es tuya. Lyman se queja desde hace tiempo porque los siervos que tiene que utilizar no poseen fuerza suficiente para transportar las piedras romanas y construir el muro. Mira cuántos meses se necesitaron para formar esas pocas pilas. Ya está soñando con las espaldas fuertes de los prisioneros. Reconócelo, Royce; los vikingos podían construir tu muro en la mitad de tiempo, y piensa qué divertido sería que los utilizara para mantener a raya a sus hermanos los daneses.

La expresión de Royce no varió.

—Veo que tú y Lyman ya habéis estado hablando de esto.

—No habló de otra cosa mientras me traía aquí. Pero tiene razón, Royce. ¿Por qué tenemos que matarlos, si vivos nos sirven mejor?

—Alden, sabes que tienes conmigo más intimidad que la que tuvo jamás mi propio hermano. ¿Cómo puedes pedirme que soporte la idea de que quizás escapen y nos maten a todos mientras dormimos?

—Podríamos adoptar precauciones para evitar que huyan. Pénsalo antes de condenarlos. Se abrió la puerta y apareció Darrelle, con los ojos secos, pero siempre mirando hostil a Royce. Los tres habían crecido juntos. Alden era un año menos que Royce, y Darrelle dos menor que su hermano. Era la única familia que restaba a Royce, además de Meghan, y él los amaba a ambos. Pero a veces deseaba no ver a Darrelle, sobre todo cuando las tontas rabietas y el mal humor de la joven agotaban la paciencia de Royce.

—Me acusas de impedir que duerma, pero, ¿qué haces, obligándolo a hablar y a contestar preguntas acerca de esos horribles paganos?

Royce sonrió a Alden.

—Te dejo en las manos capaces de tu hermana.

Alden le dirigió una mirada dolorida, y Royce salió de la habitación.

Librodot

9

Royce observó a su hermana que atravesaba corriendo el vestíbulo, espiaba por la puerta abierta, y después se volvía con el ceño fruncido y regresaba corriendo a la escalera, de donde había partido. La llamó antes de que llegase a los primeros peldaños. La niña regresó, pero no con tanta prisa, y se acercó a la larga mesa frente a la cual él estaba sentado solo desayunando. Ella ya había comido con su criada Udele.

Darrelle continuaba irritada con Royce después del incidente de la víspera, y no deseaba acompañarlo esa mañana, pero miraba desde el lugar en que se encontraba, inclinada sobre uno de los heridos. No era difícil percibir la renuencia de Meghan a acercarse a su formidable hermano.

La reticencia de Meghan hacia él era algo que desgarraba el corazón de Royce, y la culpa era suya; era el resultado de su deplorable comportamiento ese primer año después de la pérdida de tantos seres queridos durante la incursión vikinga. Meghan era demasiado pequeña para comprender lo que él sentía, por qué se mostraba hosco con todos, e incluso con ella. Ese año comenzó a temerle, y ese sentimiento nunca desapareció, pese a que la había tratado con el cuidado más afectuoso apenas comprendió lo que estaba sucediendo.

Durante ese período ella había concebido muchos temores: temor a los desconocidos, a las voces muy estridentes, a los gestos de mal humor, y Royce se atribuía la culpa de todo. Sabía que ella lo amaba. El era el primero en quien la niña buscaba protección cuando se sentía amenazada. Pero se mostraba ten terriblemente tímida con él, tan temerosa y con modales tan prudentes, como si siempre esperase que él la castigara, o algo peor. En realidad, adoptaba la misma actitud frente a todos los hombres, pero Royce se sentía profundamente herido por ese comportamiento.

—¿Tenías miedo de salir? — preguntó cariñosamente Royce, cuando al fin ella se acercó, con la cabeza inclinada.

—No, solamente deseaba mirar a los vikingos. Udele me dijo que eran todos malos, pero a mi me parecieron sólo hombres heridos.

Espió el rostro de su hermano para observar su reacción ante estas palabras y se tranquilizó cuando vio que él le sonreía.

—¿No crees que pueden ser hombres malos heridos?

—Quizá. Pero de todos modos no me parecieron tan malos. Uno incluso me sonrió, o me parece que me sonrió. Royce, ¿esos hombres tan jóvenes pueden ser realmente tan malos? Yo creía que los hombres tenían que vivir mucho tiempo en el pecado y la perversidad para ser realmente malos.

—Esos hombres no han aprovechado la influencia de dios para atemperar su maldad, y por eso no importa cuán jóvenes sean.

—Udele dijo que tienen muchos dioses, y que eso también los hace malos.

—No. Eso los convierte únicamente en paganos que sacrifican a los dioses paganos. ¿Les temes?

—Sí — reconoció ella con un gesto tímido.

Obedeciendo a un impulso, Royce preguntó:

—Meghan, ¿qué crees que debería hacer con ellos?

—Decirles que se marchen.

—¿Para que puedan regresar y atacarnos nuevamente? No puedo permitir tal cosa.

—Entonces, conviértelos en cristianos.

Royce sonrió ante la sencillez de la solución.

—Esa es tarea del buen abad, no mía.

—Entonces, ¿qué harás con ellos? Udele cree que los matarás.

Meghan se estremeció al pronunciar estas palabras.

—Yo le dije que no lo harías porque ya no están combatiendo y tú no eres capaz de matar a un hombre, salvo en la batalla.

—A veces es necesario... — se interrumpió, y meneó la cabeza —. No importa, pequeña. ¿Qué te parece si los ponemos a trabajar en la construcción de nuestro muro?

—¿Estarían dispuestos a hacerlo por nosotros?

—Creo que aceptarán, si les ofrecemos el incentivo apropiado — replicó él.

—¿Quieres decir que no tendrán alternativa?

—Pequeña, los prisioneros rara vez tienen alternativa, y no olvides que eso son. Si hubiesen ganado la batalla y te hubieran llevado a su país, ahora serías esclava. Es inevitable que con nosotros corran la misma suerte.

Se puso de pie, porque ya estaba haciéndose tarde, y si no estaba decidido antes, ahora había llegado a una conclusión, después de conversar con Meghan.

—Una advertencia — agregó, acariciando los cabellos oscuros de la niña —. Mientras estén aquí, no te acerques. Son peligrosos, y no importa si lo parecen o no. Quiero que me lo prometas, Meghan.

Meghan asintió, inquieta, y después lo vio salir del vestíbulo. Apenas él desapareció de la vista la niña subió de prisa el primer piso, para informar a la vieja rezongona, que era su criada, que en definitiva los vikingos no morirían.

El sol estaba alto cuando él salió del vestíbulo y caminó con paso firme hacia ellos. Kristen había estado esperando ese momento, lo mismo que sus compañeros, y se había dedicado a repasar sus motivos de aflicción: que jamás volvería a ver a sus padres, que ahora nunca tendría marido, o hijos, o incluso ni siquiera vería el día siguiente. Había decidido que no moriría cobardemente, pero en realidad no deseaba en absoluto morir.

Dos de los guardias se acercaron a Royce para hablarle, y después continuaron caminando con él. El pequeño sajón Hunfrith había sido relevado en mitad de la noche, pero había regresado temprano en la mañana para continuar molestándolos con descripciones de las torturas que podían

Librodot

esperar. Se acercó a Thoirolf, y golpeó el pie desnudo del prisionero con el costado liso de la espada que había desenvainado.

—Vikingo, mi señor Royce quiere hablarte — anunció Hunfrith con gesto pomposo.

Kristen pellizcó a Thorolf para inducirlo a ponerse de pie, pero él le apartó la mano, en un gesto de rechazo. Estaba agazapado, como los demás, dispuesto a atacar a los sajones si intentaban separarlos para llevarlos a la tortura. Como había solamente tres hombres frente a ellos, no era probable que se tratase de eso; pero no deseaba correr riesgos.

Los ojos verdes del jefe de los sajones recorrían lentamente el grupo, como si lo viese por primera vez. A diferencia de la víspera, su expresión era inescrutable. Por supuesto, la condición deplorable de los vencidos era más evidente a la luz del mediodía, y sin duda el sajón no creía que representaran una amenaza para él, pues si hubiese pensado tal cosa no se habría acercado tanto. Su despreocupación era casi un desafío.

Este sajón no tiene miedo, pensó Kristen cuando sus ojos se posaron sobre ella un instante y después retornaron bruscamente. Ella bajó rápidamente la mirada, y sintió un ingrato sobresalto en el corazón al advertir la mirada de esos ojos oscuros. Temía que su disfraz no engañase a ese hombre.

No volvió a levantar la mirada hasta que lo oyó hablar, pero entonces su inquietud se acentuó. No había advertido que como estaba encadenada a Thorolf, que era el único que podía hablar con ellos, estaba demasiado cerca del objeto de la atención de los sajones. Se arrastró rápidamente para quedar detrás de Thorolf y se agazapó, de modo que las anchas espaldas de su amigo la ocultaran.

El sajón estaba mirando a Thorolf.

—Me dijeron que hablas nuestra lengua.

—Un poco — reconoció Thorolf.

—¿Quién es tu jefe?

—Está muerto.

—¿El barco era suyo?

—De su padre.

—¿Tu nombre?

—Thorolf Eiriksson.

—Entonces, Thorolf, dime quién es tu nuevo jefe, porque sé que habréis elegido uno.

Thorolf no respondió, y al fin pidió: —Habla más lentamente.

Royce frunció impaciente el ceño.

—Tu nuevo jefe. ¿Quién es?

Thorolf sonrió ahora y gritó: —Ohthere, ponte de pie y preséntate al sajon.

Kristen vio que su primo se incorporaba inseguro, pues no había entendido nada de la conversación hasta el momento en que Thorolf lo llamó. Estaba sobre el extremo opuesto del grupo, pero se había acercado a ella durante la noche, y para lograrlo había arrastrado consigo a tres hombres. Sus dos hermanos estaban muertos, pero él no expresaba su dolor; en eso, adoptaba la misma actitud que Kristen. Como era el mayor de

todos los hombres, y también el primo de Selig, ahora se lo consideraba lógicamente el líder.

—¿Su nombre? — preguntó Royce mientras miraba a Ohtehere.

—Ohthere Haardrad — replicó Thorolf.

—Muy bien. Dile a Ohthere Haardrad que me han convencido de que debo mostrarme clemente. No puedo permitir que os marchéis, pero os daré comida y refugio si estáis dispuestos a servirme. Necesito construir una muralla de piedra alrededor de este poblado. Si preferís no trabajar, no recibiréis comida; es muy sencillo.

En lugar de volver a decir al sajón que repitiese lentamente sus palabras, Thorolf dijo: —Hablar — e indicó a sus camaradas.

Royce asintió.

—De acuerdo, hablad.

Thorolf convocó a los hombres, pero fue sólo una excusa para poner a Kristen en el centro del grupo, donde nadie pudiese verla hablar.

—¡Por los dientes de Thor! Kristen, ¿qué quiso decirnos?

Ella sonreía de oreja a oreja.

—No piensa matarnos. En cambio, quiere que construyamos su muralla de piedra.

—¡No, no sudaré por ese canalla!

—En tal caso, morirás de hambre — replicó Kristen —. Sus condiciones son muy claras. Trabajamos por nuestra comida y el techo.

—¡Como esclavos!

—¡No seáis tontos! — dijo ella —. De ese modo ganaremos tiempo para huir.

—Sí, y para curarnos — convino Ohthere —. Thorolf díselo ahora. No tiene objeto que crea que algunos de nosotros no estamos ansiosos de aceptar sus condiciones.

Esta vez Thorolf se puso de pie y llamó a Royce.

—¿Las cadenas? — fue su primera pregunta.

—Las conservaréis. No soy tan tonto como para confiar en vosotros.

Thorolf sonrió fríamente, asintiendo. El sajón era astuto, pero no sabía de lo que eran capaces los vikingos curados, alimentados y decididos a huir.

Librodot

10

Una anciana fue a curarles las heridas. Era una mujer sucia y desaliñada, y usaba una túnica estrecha, de mangas largas, y sobre ésta una especie de chaqueta sin mangas ni cinturón que le confería el aspecto de un saco. Caminaba muy erguida para su edad, y dijo que se llamaba Eartha. Su actitud era la de una persona que ha vivido todos los años que desea, y por lo tanto se muestra audaz e incluso temeraria, como si no le importasen las consecuencias de sus propios actos.

Kristen la miró divertida, y al mismo tiempo con cierta cautela. La vio abrir e investigar las heridas de los hombres, individuos que eran como gigantes comparados con el cuerpo menudo de la anciana, y también la vio reírse de los gruñidos o de las palabras ásperas de los guerreros. Estaba prevenida porque sabía que Eartha llegaría a ella misma, y querría ver la presunta herida en la cabeza. Y Kristen no podía permitirlo.

Además, Kristen no se sentía de buen humor, a causa del calor, al que ninguno de ellos estaba acostumbrado. Muchos de los hombres se habían despojado de gran parte de sus prendas, pero aunque ella deseaba hacer lo mismo no se atrevía. Habría podido compadecer a Eartha, que vestía dos túnicas, y sin duda una enagua bajo ellas, pero al parecer el calor no la molestaba en absoluto. Por otra parte, era natural que los sajones estuviesen acostumbrados al clima.

Eartha terminó con Ivarr y se puso en cuclillas cerca de Kristen; le dio a entender que la joven debía decirle dónde estaba herida, además de la cabeza; suponía que había sido alcanzada varias veces por las armas de los sajones, en vista de las muchas manchas de sangre que la cubrían. Kristen se limitó a menear la cabeza. Por su parte, Eartha extendió la mano hacia la venda de la cabeza. Kristen le apartó de un golpe la mano, y recibió a su vez otro golpe. Cuando Eartha intentó nuevamente quitar el vendaje, Kristen se puso de pie, y se inclinó sobre la mujercita, con la esperanza de que su estatura disuadiera a la anciana. No fue así. tuvo que aferrar las muñecas de Eartha y sostenerlas firmemente para mantener las manos de la mujer lejos de su cabeza. Entonces sintió la punta de una espada que presionaba su costado. Otros vikingos se pusieron de pie, y el guardia sajón que había acudido en defensa de Eartha se apartó. Se sintió bastante intimidado como para pedir inmediatamente la ayuda de sus compañeros.

Kristen gimió, y vio la situación que había provocado, aunque todo eso era inevitable. Siete sajones corrían hacia ellos con las espadas desnudas. Kristen miró hostil a Eartha que se había mostrado tan obstinada, y después la soltó; Thorolf cerró el paso a la anciana, y empujó atrás a Kristen.

Felizmente, los sajones vacilaron cuando llegaron adonde estaban los prisioneros, pues vieron que Eatha ya no estaba amenazada.

—¿Qué sucede? — preguntó Hunfrith.

—El joven no me permite curar su herida — se quejó Eartha.

Hunfrith reclamó una explicación a Thorolf que dijo claramente: —está curándose. Déjenlo en paz.

Hunfrith gruño, y después miró severamente a Eartha, que estaba provocando problemas.

—Sí, si puede saltar como lo hizo, no necesita tus cuidados, vieja curandera.

—Es necesario cambiar las vendas — insistió Eartha —. Están ensangrentadas.

—Te dije que lo dejes. Cura a los que quieren curarse. Deja en paz el resto. — pero agregó, dirigiéndose a Thorolf: —Advierte a tu amigo que en adelante mantenga quietas las manos.

Era evidente que Hunfrith no estaba dispuesto a continuar el asunto cuando tantos vikingos ansiaban acudir en defensa del muchacho. Pero Eartha no parecía satisfecha, y se alejó diciendo que el muchacho parecía algo afeminado. Uno de los sajones comentó que quizás ésa era la razón por la cual los vikingos lo habían llevado, y todos se retiraron riendo entre ellos.

Las mejillas de Kristen enrojecieron al oír la observación. Cuando Thorolf lo advirtió y preguntó la razón del rubor, ella meneó la cabeza y se sonrojó todavía más. Su único propósito era burlarse, y la retuvo e insistió en que se explicase; en realidad, rara vez los vikingos veían avergonzada a Kristen. Pero ella le apartó de un golpe la mano, se sentó irritada y volvió la espalda a Thorolf.

Desde esa posición su mirada se volvió hacia el vestíbulo de la casa, y de pronto vio que un hombre los miraba desde una ventana del piso alto. La cara del observador estaba en la sombra, de modo que ella no sabía quién era; pero la incomodó saber que no sólo los guardias podían vigilarlos. Siempre que había hablado con Thorolf o con los otros se había preocupado únicamente de la posición de los guardias. Tendría que mostrar más cuidado, sabiendo que desde la casa otros podían espiarlos.

Después de que Eartha se marchó, fueron alimentados, y los que habían perdido las botas porque eran nuevas o de buena calidad, las recuperaron aunque no podían ponérselas sobre las cadenas. Se corrigió esa situación más avanzada la tarde, cuando llegó el herrero.

Les quitaron los anillos de hierro de los tobillos y los reemplazaron con otros nuevos, los anillos de los dos tobillos estaban unidos permanentemente por una cadena corta. Cada anillo tenía una cerradura que permitía abrirlos. Por detrás, un círculo de hierro adherido al anillo permitía pasar una cadena más larga. Esta cadena tenía sólo siete u ocho metros de longitud, y una vez que unía a todos los hombres y que se cerraba por los extremos, el círculo alrededor del alto poste era mucho más estrecho, y las posturas que ellos podían adoptar eran sumamente limitadas.

Kristen se irritó en vista de esta nueva precaución. Suponía que la cadena larga sería retirada cuando los llevasen a trabajar, pero la cadena corta entre los tobillos les permitiría dar a lo sumo pasos cortos, y ciertamente sin prisa. Todos tropezarían y caerían mientras se acostumbraban a avanzar dando brincos. Era degradante, pero probablemente ésa era la intención exacta de los sajones.

Como el resto, Kristen había recuperado sus ropas, si bien le habían quitado el revestimiento de piel. Pero por lo menos las botas impedían que

los hierros lastimasen la piel desnuda. De todos modos, los anillos se ajustaban mucho, y sin duda con el tiempo atravesarían las botas de cuero blando. Como los tobillos de Kristen eran mucho más delgados que los del resto, el herrero tuvo que ir a buscar un par especial de anillos para ella; eran mucho más pequeños, y la joven supuso que estaban destinados a un varón de menor estatura que ella misma.

Esa noche llovió, y como estaban a la intemperie, el diluvio los molestó profundamente. Kristen estaba especialmente incómoda, pues intentó sin resultado evitar que su vendaje ensangrentado perdiese las manchas. Finalmente, Thorolf se echó a reír ante sus esfuerzos, y la ayudó protegiéndole la cabeza con sus propios brazos, y acostándose parcialmente sobre ella. De este modo el vendaje se mantuvo seco, pero en general la noche fue muy incómoda.

Desde su ventana, Royce observó la escena del patio. Vio que el muchacho protestaba cuando el vikingo se le echaba encima, y que trataba de apartar a Thorolf, y que éste le palmeaba el trasero y le decía algo al oído y después cubría con los brazos la cabeza del muchacho. Después, permanecieron quietos lo mismo que los demás. Los guardias habían armado un refugio para protegerlos de la lluvia. El resto del patio, cada vez más lodoso, estaba sumido en el silencio.

—¿Quién atacó a Eartha?

Royce miró distraído a Darrelle. Ella se había acercado a la ventana, después de guardar las piezas de marfil del juego con el cual se habían entretenido un rato antes.

—El vikingo no la atacó. Se limitó a rechazar los cuidados de la anciana.

—Pero ella dijo…

—Darrelle, lo vi todo, y la vieja exagera su relato.

—Si él me hubiese puesto la mano encima, confió en que no lo habrías tomado tan a la ligera — murmuró darrelle.

—En efecto — dijo Royce sonriendo.

—¿Cuál es?

—Ahora no puedes verlo.

—Alden dijo que quien lo hirió era sólo un muchacho, ¿es el mismo?

—Sí, el más joven.

—Si viste que ponía la mano sobre Eartha, debiste flagelarlo.

—Muchos estaban dispuestos a pelear por él. Sólo habríamos conseguido tener más heridos.

—Me lo imagino — convino ella, aunque con renuencia —. No podrán construir nuestro muro si mueren todos. El muro es más importante. Son pocos y es posible controlarlos, pero los daneses son muchos.

Royce sonrió.

—Veo que Alden te ha convencido de que son necesarios.

—Tú los habrías matado a todos — le recordó Darrelle con una expresión altanera que provocó la sonrisa de Royce —. Por lo menos, él entendió que serían más útiles si conservaban la vida.

—¿No es hora de que vayas a ver a Alden? — Royce formuló intencionalmente la sugerencia.

Darrelle chasqueó la lengua, indignada.

—Podrías haberme ordenado sencillamente que fuera.

—No soy tan grosero — replicó Royce con inocencia, mientras la empujaba hacia la puerta.

Royce se apostaba con frecuencia frente a la ventana, para vigilar el trabajo de los vikingos. Que se sintiera incómodo, excepto cuando podía verlos, era un signo de que aún no había aceptado esa presencia en Wyndhurst. No apoyaba la idea de usarlos para construir el muro con el mismo entusiasmo que demostraban Alden y Lyman, pues se proponía enfrentar a los daneses en la frontera de Wessex cuando llegase el momento de combatirlos otra vez, y dudaba que consiguieran avanzar tanto que amenazaran a Wyndhurst.

Pero como el rey Alfredo deseaba que se fortificasen los poblados, y puesto que disponían de mucha piedra, traída de las antiguas ruinas romanas, había aceptado la construcción de una muralla, al margen de que se la necesitara o no. Y los vikingos ya habían apilado las piedras que los siervos habían acarreado a lo larga de varios meses; y lo habían hecho apenas en una semana.

—Primo, Meghan me dice que ésta es ahora una de tus costumbres.

Royce se volvió bruscamente y vio a Alden en la puerta.

—¿Conviene que ya estés levantado?

Alden gimió.

—También tú me reprendes. Ya estoy harto de las atenciones de la mujeres.

Royce sonrió al joven, y éste caminó lentamente hacia la ventana abierta, y se detuvo junto a su primo.

—Bienvenida tu compañía, pues veo que cavilo demasiado acerca del pasado cuando estoy solo. ¡Pero por Dios! No puedo evitar el presentimiento de que intentarán algo ahora que casi todos están curados, y por eso estoy aquí vigilándolos. Sólo dos de ellos aún son incapaces de transportar fácilmente piedras.

Alden se asomó a la ventana, y silbó por lo bajo cuando vio lo que había en el patio.

—¡Entonces es cierto! Ya necesitamos más piedras.

—Si — reconoció Royce de mala gana —. Se necesitan sólo dos para levantar las piedras más grandes, las que requerían cinco siervos. En el mismo tiempo, los siervos aún no concluyeron el refugio que les ordené construir para los vikingos junto al depósito. Pasarán otros días antes de que sea posible encerrarlos allí durante la noche. Cuando llegue ese momento, no necesitaremos destinar tantos hombres a vigilarlos. Al menos de noche.

—Royce, te preocupas demasiado. ¿Qué pueden hacer, encadenados como están?

—Sólo se necesita un hacha fuerte para quebrar esas cadenas. Uno de ellos con las manos desnudas podría destrozar a dos de mis hombres antes de que un tercero desenvaine la espada. Y los tontos siguen acercándose a ellos, a pesar de que les advertí que se mantuviesen lejos. Si los vikingos están decididos a recuperar la libertad, y no dudo de que lo están, más tarde o más temprano harán el intento, y entonces muchos morirán.

—Quema su nave e infórmales que ya no pueden huir por mar — propuso Alden.

Royce emitió un gruñido.

—Me sorprende que nadie te haya dicho que eso ya se ha hecho.

—Entonces, necesitas algo que los induzca a mostrarse sumisos — replicó Alden.

—Sí, pero ¿qué?

—Podrías separar de ellos al jefe. Si creen que lo matarás al primer signo de alzamiento, eso...

—No, Alden. Ya lo he pensado, pero afirman que el jefe que los trajo aquí ya está muerto. Lo que quemé es el barco del padre.

—¿Dicen que ha muerto? — Alden frunció pensativo el ceño. —¿Y si eso no es cierto?

—¿Qué dices? — preguntó Royce.

—Si fuese uno de ellos, no te lo dirían, pues se arriesgarían a perderlo a causa de lo que yo sugerí.

—Santo dios, no lo había pensad. — Pero Royce frunció el ceño. — No. El único a quien protegen realmente es al muchacho. Lo protegen como si fuese un niño pequeño.

Al principio Royce había pensado que el muchacho era simplemente el hermano de Thorolf, y que por eso el hombre más corpulento lo protegía. Pero cuando los prisioneros comenzaron a trabajar en el muro, pareció que todos se ocupaban del joven, e impedían que los guardias lo persiguiesen, y evitaban que cargase las piedras más pesadas, y le ofrecían las más livianas; dos o más de ellos corrían a ayudarle siempre que se caía. Sin embargo, era el más sucio de todos, pues nunca utilizaba el agua que los sajones les daban para lavarse. Aun así, lo mimaban.

—¿No será el líder? — dijo Alden, y clavó la mirada en el joven, sentado junto al muro bajo, mientras otros hombres acomodaban las últimas piedras, siguiendo las instrucciones de Lyman.

—¿Estás loco, primo? Es sólo un muchacho. Es cierto que todos son jóvenes, pero él es de menor edad.

—Pero si el padre suministró el barco, todos están obligados a acatar las órdenes del hombre a quien él elija.

Royce miró a su primo con expresión sombría. ¿Era posible? Su propio rey tenía menos años que Royce, pero Alfredo había desempeñado la función de segundo jefe desde que tenía dieciséis años. En el patio se encontraba un joven novicio que aún necesitaba protección. Aunque ese joven novicio era el mismo que había herido a Alden, y Alden era un guerrero tan veterano como Royce. Y ahora que lo pensaba, todos los vikingos se detenían cuando los sajones fijaban la atención en el muchacho, casi como si esperasen, dispuestos a acudir en defensa del jovencito en caso de necesidad.

—Creo que es hora de que mantenga otra conversación con Thorolf — dijo secamente Royce.

—¿Cuál es Thorolf?

Royce señaló.

—Ése, el mismo que acaba de llamar al muchacho. Es el único que entiende nuestra lengua, aunque no muy bien.

—Según parece, Lyman terminó por hoy con ellos — observó Alden.

—Sí, mañana los llevará a las ruinas con los carros, en busca de más piedras, lo cual significa que debo utilizar a más hombres para vigilarlos.

Ambos observaron un momento mientras los guardias se acercaban a los vikingos, y los obligaban a regresar al poste. Royce se apartó de la ventana, pero lo detuvo el grito de Alden.

—Creo que tienes dificultades.

Royce se volvió bruscamente. Vio que uno de los vikingos había caído, y Hunfrith lo acicateaba con la bota. No necesitó adivinar quién era ese vikingo, pues el grupo entero se había detenido. Thorolf gritó algo a Hunfrith, y de pronto Hunfrith vaciló y cayó sentado.

El muchacho se puso de pie, y se limpió el polvo de las manos, y los vikingos rieron estrepitosamente y continuaron su camino.

—Advertí a ese tonto que los dejase en paz — dijo Royce entre los dientes apretados —. Tiene suerte de que no lo hayan desarmado mientras estaba en el suelo.

—Por Dios — exclamó Alden —, ¡se prepara para atacar al muchacho!

Royce también había visto a Hunfrith que se incorporaba con la espada en la mano, pero ya salía corriendo de la habitación y bajaba la escalera. De todos modos, cuando llegó al patio el daño estaba hecho. Uno de los guardias había pedido ayuda y los arqueros rodearon el grupo a distancia segura. Tres de los guardias amenazaron a Ohthere, que tenía sujeto a Hunfrith y parecía dispuesto a quebrarle la espalda, pese a que el vikingo no ejercía excesiva presión en ese momento.

Thorolf hablaba en voz baja a Ohthere. No había signos del muchacho, hasta que Royce finalmente vio que espiaba por encima de los hombros de los que estaban frente a él. Había sido puesto en el centro mismo del grupo.

—Thorolf, dile que deje a mi hombre, o tendré que matarlo — advirtió Royce con voz pausada, de modo que el hombre pudiese entender. Estaba mirando a Ohthere, que a su vez lo miraba sin demostrar ningún sentimiento —. Díselo ahora, Thorolf.

—Se lo dije — replicó el vikingo, y después trató de explicar —. Primo de Ohthere. No atacar primo de Ohthere.

Los ojos de Royce se volvieron ahora hacia Thorolf.

—Él es primo del muchacho.

—Sí.

—Entonces, ¿qué eres tú del muchacho?

—Amigo.

—Thorolf, ¿el muchacho es el jefe?

Thorolf se sorprendió ante la pregunta y después sonrió y la repitió ante sus camaradas, y muchos comenzaron a reír. Por lo menos, la risa suavizó la

tensión. Incluso Ohthere sonrió y dejó caer al sofocado Hunfrith. Royce recogió al pequeño sajón aferrándole de la túnica, y lo apartó de los vikingos.

La espada de Hunfrith yacía en el polvo, entre Royce y Ohthere. Royce también la alzó, y clavó la punta en el suelo, de un modo que no implicaba amenaza.

—Tenemos un problema, Thorolf — dijo tranquilamente —. No puedo permitir que ataquen a mis hombres.

—Ataque de Hunfrith.

—Sí, lo sé — admitió Roycie —. Creo que su dignidad sufrió.

—Hizo caer a propósito… el golpe… merecido — replicó enojado Thorolf.

Royce dedicó un momento a asimilar la información.

—En efecto, dio un puntapié al muchacho, y quizá mereció que lo derribasen. Pero el muchacho está causando muchas dificultades y quizá no vale la pena conservarlo con vida.

—No.

—¿No? Quizá si lo separo del resto del grupo y le encomiendo tareas más fáciles.

—¡No!

Las cejas oscuras de Royce se unieron en un gesto preocupado al oír esto.

—Llama al muchacho. Y que él decida.

—Es mudo.

—Eso me dijeron. Pero te entiende bastante bien ¿verdad? He visto que le hablas a menudo. Llámalo, Thorolf.

El rubio Thorolf fingió ignorancia esta vez, y mantuvo cerrada la boca. Royce decidió sorprender al resto antes de que Thorolf les explicase lo que se había hablado. Apartó a los vikingos que tenía al frente, aferró del hombro al muchacho y lo apartó del grupo. Ohthere avanzó para recuperar al joven, pero se detuvo cuando Royce apoyó la punta de la espada contra el cuello del muchacho.

Royce miró en los ojos a Thorolf, en la cara una expresión de cólera.

—Creo que me mentiste acerca de éste. ¡Ahora, dime quién es!

Thorolf no dijo nada. Se acercaron otros guardias, y una larga lanza lo apartó de Royce. Otros obligaron a retroceder al resto del grupo.

—¿Necesitas un incentivo para aflojarte la lengua?

Perdió la paciencia cuando vio que Thorolf tampoco contestaba. Comenzó a arrastrar al muchacho hasta el poste de los prisioneros. Cuando el muchacho cayó a causa del paso excesivamente rápido, Royce lo alzó bruscamente, y al mismo tiempo impartió órdenes a sus hombres. Cuando llegaron al poste, empujó contra él al joven, le aferró ambas muñecas, las aplicó contra la madera del poste y las sostuvo firmemente hasta que uno de los hombres las ató con una cuerda corta.

Se apartó del poste, y miró a Thorolf, que había quedado detrás. Otros vikingos le gritaban, pero Thorolf mantenía la boca bien cerrada, si bien los ojos azules mostraban una expresión hostil. ¿Quizá Thorolf creía que Royce se proponía únicamente mantener maniatado al muchacho? Muy pronto le quitaría de la cabeza esa idea.

Librodot

Royce estaba de pie detrás del muchacho, y su propia espalda impedía que los prisioneros viesen el poste. Desenfundó la daga y cortó por el centro el grueso chaleco de piel del muchacho. La túnica de cuero que estaba debajo formaba una cubierta tan tensa que Royce comprendió que probablemente había herido la piel del prisionero cuando el cuchillo se deslizó de arriba hacia abajo; pero no se oyó una sola voz de protesta.

Vio entonces la piel blanca y suave, y Royce frunció el ceño. No había músculos sólidos destinados a recibir la caricia del látigo. Y en efecto, había cortado la suave piel del muchacho. Un delgado hilo carmesí corría desde los omóplatos hasta la cintura. En realidad, se disponía a ordenar que castigasen con el látigo a un niño... si Thorolf no se avenía de una vez a decir la verdad.

Royce se apartó a un costado, de manera que todos pudiesen ver lo que había hecho. Thorolf gritó: —¡No! — y apartó la lanza que lo amenazaba, y trató de avanzar hacia Royce. Ohthere arrancó una lanza de las manos de un guardia y con ella derribó a dos hombres, y después desafió a los sajones a que se la arrebatasen, y también él caminó enfurecido hacia el poste.

Royce llamó la atención de los vikingos y todos se inmovilizaron porque vieron que la daga presionaba sobre la espalda suave y blanca.

—La verdad, Thorolf.

—¡Es nadie! ¡Un muchacho! — insistió el vikingo.

Waite trajo el látigo. Thorolf gritó de nuevo: —¡No! — y comenzó a decir otra cosa, pero el muchacho estaba moviendo violentamente la cabeza hacia delante y hacia atrás. Y Thorolf guardó silencio. Royce se irritó profundamente. Aunque no decía una palabra, los deseos del muchacho prevalecían.

—Ustedes son estúpidos — exclamó Royce y rodeó el poste, y ahora podía ver la cara del muchacho, y a los vikingos silenciosos —. Tu sufrirás, no él. No puedes hablarme, pero yo conseguiré que confiese que eres el jefe. Es evidente. Deseo la confirmación.

No esperaba respuesta de un mudo, y tampoco creyó que entendiese sus palabras. Estaba encolerizado porque esos vikingos lo obligaban a continuar con eso, y se enojó todavía más cuando esos bonitos ojos claros lo miraron durante un brevísimo segundo, antes de que la cabeza se inclinase de modo que ya no pudo continuar viendo la cara. ¡Maldición! Era precisamente lo que habría hecho una mujer. En realidad, muchas cosas del muchacho evocaban la femineidad. Si no hubiera sabido que era imposible, se hubiera sentido tentado de arrancarle la pechera de la túnica sólo para asegurarse de que sus presunciones carecían de fundamento. Había conocido otros muchachos de pestañas largas, ojos bonitos y piel suave, hasta que pasaban esa etapa de la vida y se convertían en hombres. Este no había llegado aún a esa edad.

Royce ordenó a Waite que empezara. Cayó el látigo, y el muchacho emitió un hondo suspiro. No hubo otros sonidos en el patio silenciosos. Thorolf calló, y todos los músculos de su cuerpo estaban tensos. Royce asintió de nuevo.

Esta vez el cuerpo alto y esbelto chocó contra el poste y después rebotó todo el largo de los brazos. La túnica de cuero abierta comenzó a deslizarse sobre los brazos. El muchacho se apresuró a apretar el cuerpo nuevamente

contra el poste, sin la ayuda del látigo, pero no antes de que un pedazo de tela blanca se deslizara bajo la túnica.

Royce se inclinó para recoger el lienzo que parecía una venda, excepto que no tenía manchas de sangre. Había un nudo sobre un extremo, y el corte donde él había usado la daga. Dos entradas redondas se dibujaban en el lienzo.

—¡No, no puedo creerlo!

Desvió la mirada hacia la cabeza inclinada, y extendió la mano y aferró la mano y aferró la túnica y de un golpe la arrancó. Contuvo la respiración, y después maldijo con violencia al ver la prueba que convertía al muchacho en una mujer. La otra mano se acercó a la cabeza del prisionero y arrancó el vendaje, y Royce maldijo otra vez cuando una larga trenza dorada descendió sobre la espalda.

De los prisioneros surgió un gemido colectivo, pero ella no había emitido un solo sonido, y no había una lágrima en los ojos que lo miraban fijamente. ¿Qué clase de mujer era ésa que no apelaba a su sexo para salvarse del látigo? ¿O quizás ella no sabía que Royce no era hombre de flagelar a una mujer?

Cortó las ligaduras de las muñecas, y ella inmediatamente recogió la túnica para cubrirse. Apenas hizo eso, Royce le aferró la mano y la llevó adonde estaba el agotado Thorolf.

—¿De modo que es un muchacho? ¿De modo que no es nadie? ¡Y permitiste que la castigase con el látigo! ¿Para ocultar qué? ¿Qué es una mujer? ¿Por qué? — preguntó curioso Royce.

—Para protegerme — contestó Kristen.

Royce volvió hacia ella la mirada pero Kristen no se intimidó.

—¡Tampoco eres muda, y eres otra que comprende nuestra lengua! Por Dios, ¿me dirás por qué no abriste la boca para detener el castigo?

—Para protegerme de la violación de los sajones — dijo ella con sencillez.

El rió cruelmente al oír esto.

—Eres demasiado alta para inspirar deseos a mis hombres, ¿o no lo sabías? Y tampoco, mujerzuela, eres una tentación en cualquier otro sentido.

La cólera de Royce lo indujo a pronunciar esas palabras, pero de todos modos ella se sintió herida.

—Y ahora, ¿qué harás conmigo? — se atrevió a preguntar.

Royce la miró irritado, porque parecía que ella no hacía caso de sus insultos.

—En adelante, servirás en la casa. Como te traten dependerá de tu conducta. ¿Entiendes?

—Sí.

—Entonces, explícaselo a tu gente.

Kristen miró a Thorolf y a Ohthere, que se habían acercado.

—Quiere tenerme como rehén en su casa, para garantizar el comportameinteto de nuestros hombres. Eso no debe afectar las decisiones que vosotros adoptéis. Tenéis que prometerme que si se presenta la

oportunidad, os fugaréis. Si uno solo de vosotros puede llegar a la casa, conseguiréis que mi padre venga a buscarme.

—Pero te matará si huimos.

—Está enojado ahora porque castigó a una mujer. No me matará.

Ohthere asintió sabiamente.

—En tal caso, llegaremos a los daneses del norte, si se nos ofrece la oportunidad. Ellos tendrás barcos que nos permitirán llegar a las tierras septentrionales.

—Bien. Y yo os contaré cómo estoy. Si puedo. De todos modos no os preocupéis por mí.

—¡Es suficiente! — dijo Royce, y la empujó hacia Waite —. Llévala adentro, y que las mujeres la bañen. — Mientras Kristen se alejaba, pudo ver los costurones rojos en la espalda, uno salpicado de gotitas de sangre, y finalmente consiguió controlarse para hablar a Thorolf. — Sé que os dijo más de lo que yo la ordené. Y ahora, yo os digo lo siguiente: La primera vez que intentéis escapar o hiráis a uno de mis hombres, conseguiré que ella desee estar muerta. Y no hago amenazas vacías.

Librodot

11

Kristen se sintió absurda y fuera de lugar cuando entró a la casa sajona. El salón que encontró era largo y más grande que el de su padre, pero ella sabía que tenía que ser así en una construcción tan espaciosa. En su casa no había un piso directamente sobre el salón, y por lo tanto parecía una enorme caverna de piedra, tan fría en invierno que la familia prefería pasar las veladas en el área dedicada a la cocina, más protegida que el resto. Este salón, en efecto, tenía un piso encima, pero aun así el techo era bastante alto.

Además, el lugar destinado a la cocina no estaba separado, como en la casa de Kristen, un detalle en que su abuelo había insistido porque el humo le molestaba mucho. Aquí se cocinaba en un gran hogar de piedra que ocupaba casi la mitad de la longitud de la pared del fondo, hacia el lado derecho, con la escalera del lado opuesto. Había otro hogar de piedra, igualmente largo, en el centro de la pared de la derecha, pero éste estaba frío y vacío, porque sin duda no se lo utilizaba durante las meses de verano. La piedra llegaba hasta el techo, sobre los hogares, y se la había utilizado también unos pocos metros en la base del salón, así como alrededor de las altas puertas de entrada.

El suelo era de madera y sonó a hueco cuando Kristen caminó sobre él; eso la llevó a pensar que abajo podía haber una especie de sótano. Una delgada alfombra cuadrada del tipo que Garrick había encontrado en el este cubría una pequeña parte del suelo, frente a dos anchas ventanas que se abrían en el frente del salón, y también a la derecha. El mobiliario estaba integrado por sillas y taburetes, y también había telares y un bastidor con un tapiz. Era un rincón sin duda reservado a las mujeres, lo confirmaron tres que estaban trabajando.

Todas las ventanas y las puertas estaban abiertas y permitían el paso de la luz y la tibia brisa. Frente al sector de las mujeres, y otra vez delante de las ventanas, pero más hacia el centro del salón, había un gran barril de cerveza con un grifo. Vio bancos y sillas alrededor del barril, así como varias mesitas con las piezas de diferentes juegos.

Observó una serie de herramientas, y otra mesa larga cubierta de armas, banquetas e incluso cuencos de madera, todos en diferentes estados de realización. Un hombre estaba de pie frente a la mesa, y manipulaba finas tiras de cuero alrededor del mango de un látigo. Kristen se encogió, y de pronto sintió más intensamente el dolor en la espalda.

Había siete mujeres en el salón, y todas interrumpieron lo que estaban haciendo cuando Waite entró con Kristen. La combinación del atuendo masculino de Kristen, la mitad desgarrado y colgando, y su altura, que la llevaba a sobrepasar en quince centímetros o más a todas las mujeres que estaban allí, determinaron que Kristen se sintiera muy extraña. Las restantes mujeres estaban cubiertas desde el cuello hasta los pies por túnicas de manga larga, y unas pocas incluso usaban velos para ocultar también los cabellos, y en cambio ella tenía los brazos desnudos y,

desafortunadamente, también la espalda. Se las veía limpias y pulcras, en cambio, Kristen estaba muy sucia, a causa de la tierra y el lodo que intencionadamente había utilizado para disimular su piel suave.

Una mujer, mejor vestida que las restante, se levantó del asiento y cerró el paso a Waite. Su túnica celeste estaba bordada en los bordes, e incluso en los extremos de las anchas mangas; además, el cinturón que usaba revelaba un cuerpo minúsculo. Los cabellos de color dorado formaban un conjunto de trenzas. Tenía los ojos celestes, muy luminosos, parecidos a los del hombre a quien Kristen había intentado matar.

—¿Cómo te atreves a traerlo aquí? — preguntó la mujer a Waite después de avanzar unos pasos, pero manteniendo siempre la distancia entre ellos.

—Señora, es una mujer, y lord Royce ordena que las mujeres la bañen.

—¡Una mujer! — exclamó la dama, y se acercó más, y su mirada pasó de la cabeza de Kristen a la cadena que aún le sujetaba los pies. Meneó la cabeza. — No, no es posible.

Waite aferró la larga trenza de Kristen y la dejó caer sobre el hombro de la joven, de modo que la dama la viese.

—Lord Royce ordenó flagelarla, y eso lo llevó a descubrir el engaño. — Con un gesto brusco hizo girar a Kristen. — Esta no es la espalda de un hombre.

—Una espalda lisa y los cabellos largos no hacen a una mujer.

—Mi señor se aseguró de otro modo, y usted lo verá por sí misma cuando la bañen.

La dama emitió una exclamación de disgusto.

—¿Y que hacemos con ella después de bañarla?

Waite se encogió de hombros.

—Señora, oblíguenla a trabajar en lo que les parezca conveniente. Permanecerá en la casa.

—Se propone utilizarla...

—¡Sin duda! — replicó la mujer —. ¡Del mismo modo en que seguramente esos vikingos la usaron!

—Quizá también eso — sonrió Waite —. Pero sobre todo nos interesa como rehén.

—Está bien. — La mujer emitió un suspiro paciente. — Envía a alguien con la llave para quitarle esos hierros, si debemos lavarla bien. Pero llévala primero a la sala de baños y que dos hombres la vigilen hasta que yo indique a las demás mujeres lo que deben hacer. No les agradará esto más que a mí.

Kristen quedó al cuidado de Uland y Aldous, aunque no sabía muy bien quién era quién, pues Waite se había limitado sencillamente a gritar los nombres al pasar por el salón. La pequeña sala de baños estaba, en parte, bajo la escalera, y tenía una puerta que conducía directamente al patio del fondo; del pozo que había allí podía extraerse agua. La otra puerta estaba bajo la escalera, cerca de la cocina. Dentro había una bañera de madera, que a lo sumo tenía espacio para una persona, como la que usaban en la sala de baños de Hugh, el tío de Kristen. Al parecer, los sajones no compartían los baños.

Kristen supuso que los dos hombres eran criados, y no les hizo caso. Ambos eran de escasa estatura y piel oscura; uno era viejo, el otro joven, tal

Librodot

vez eran padre e hijo. La miraron temerosos, como si supieran que tendrían dificultades para detenerla si ella intentaba huir.

Kristen no pensaba nada por el estilo. Ansiaba mucho ese baño, ya que no tenía que disimular su femineidad. La suciedad que había soportado sobre su persona hasta ese momento había puesto a dura prueba su resistencia. Probablemente habría rogado ese baño si no se lo hubiesen ordenado.

El herrero fue a retirar los hierros, pero no se los llevó consigo. Kristen se sentó inmediatamente en un banco para quitarse las botas e inspeccionar sus propios tobillos. Tenía la piel irritada, pero no herida. Se curaría muy pronto si podía prescindir de esos terribles grillos.

Kristen permaneció en el lugar en que estaba, ocupada en destrenzar su cabellos, y un hilera de jovencitos comenzó a extraer cubos de agua. No pareció que se molestaran en calentarla para ella, pues la bañera y estaba casi llena. De todos modos Kristen no se preocupó, pues estaba acostumbrada a nadar en el agua fría.

Cuando cinco mujeres se reunieron en el cuartito, sin contar a la dama que permaneció en la puerta, Kristen finalmente se irritó y se puso de pie.

—Señora, puedo lavarme sola.

—Dios sea loado, y yo que pensé que tendría muchas dificultades para conseguir que entendieses.

—Entiendo perfectamente. Debo bañarme. Lo haré de buena gana, pero no necesito ayuda.

—Entonces, no entiendes nada. La orden de Royce es que las mujeres te laven, y eso harán.

Kristen no era una persona dispuesta a hacer cuestión de un asunto tan secundario. Y tampoco volvió a pensar en la cuestión después de haber aceptado la orden. Se encogió de hombros, esperando que los hombres salieran del cuarto. Como no lo hicieron, y las mujeres comenzaron a acercarse para quitarle las ropas, ella las empujó con tanta fuerza que dos cayeron al suelo, y profirieron gritos.

—Escuche, señora — Kristen tuvo que gritar para imponerse al clamor de las dos caídas —, permitiré que sus mujeres me laven, pero no frente a los hombres.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que permitirás? Están aquí para proteger de ti a mis mujeres, pues no puede confiarse en ti si estás sola con mujeres indefensas.

Kristen casi se echó a reír al oír eso. Cinco mujeres, seis contando a la señora, y decían que carecían de defensas contra una. Sin embargo, así debía ser, puesto que insistían en desnudarla frente a los siervos. Y si las mujeres le temían tanto, tal vez valiera la pena asustarlas un poco.

Señaló con el dedo a los dos hombres, que la miraban con los ojos muy grandes, ante la perspectiva de verse obligados a someterla.

—Ellos son los que necesitarán protección si no se marchan.

La dama emitió una exclamación de cólera y comenzó a impartir órdenes. Kristen alzó el banco sobre el cual había estado sentada y lo arrojó a los dos hombres.

Royce oyó los gritos y exclamaciones cuando se acercó al salón. Entró a tiempo para ver a Uland expulsado literalmente de la sala de baños. Aldous

salió a tropezones inmediatamente después, se desplomó sobre el hombre más joven y quedó luego tendido en el suelo. Cuando Royce llegó al cuartito todo estaba mucho más tranquilo, aunque Darrelle continuaba emitiendo gritos de cólera.

—¿Qué demonios sucede aquí? — rugió Royce.

—¡No nos permite bañarla!

—Dígale por qué, señora — consiguió decir Kristen.

Estaba tendida en el suelo y cuatro mujeres se habían sentado sobre ella. La habían atacado por detrás en el momento mismo en que expulsaba de la habitación al viejo. Después de arrojarla al suelo, la habían sujetado inmediatamente. Kristen apenas podía respirar, porque tenía una sobre el pecho y la otra sobre el estómago.

—¡Darrelle, por el aliento de Dios! — rugió Royce —. Te ordeno hacer una cosa sencilla y lo conviertes en un desastre.

—¡Ella empezó! — protestó Darrelle —. No quiso permitir que la desvistiesen. Vive sola, noche y día con docenas de hombres, y ahora se muestra pudorosa frente a dos siervos.

—Ordené que las mujeres la bañasen. No dije nada de la presencia de hombres.

—¡Pero Royce, es una vikinga! No pretenderás que estemos solas con ella.

—¡Por el aliento de Dios, no es más que una mujer!

—No parece una mujer. No actúa como una mujer. ¡Y atacó con un banco a esos dos cobardes! ¿Y pretendes que esté sola con nosotras?

—¡Salid de ahí! — gruñó Royce a las mujeres mientras se acercaba a Kristen. En cuanto ella quedó libre la ayudó a incorporarse —. Mujerzuela, provoca más dificultades, y me ocuparé personalmente de ti. Y no te agradará.

—Estaba dispuesta a recibir el baño, e incluso me alegraba.

Royce frunció el ceño ante la serena respuesta.

—Entonces, tómalo — dijo —. Y ordenó a la mujer más anciana que estaba en la habitación: —Eda, tráela a mi cámara cuando hayáis terminado.

—¡Royce! — protestó Darrelle.

—¿Qué? — preguntó él.

—No querrás...

—Darrelle, me propongo interrogarla, y eso no te concierne. Ahora, continúa trabajando en tus cosas. No te necesitan para supervisar el baño de esta mujer.

A Darrelle se le enrojecieron las mejillas cuando salió de allí. Royce no estaba de humor para aplacarla. ¡Qué cosas tan ridículas! No podía organizar un sencillo baño sin provocar escándalo.

Alden continuaba esperando a Royce en la cámara del primer piso, y aún estaba de pie frente a la ventana, el lugar donde su primo lo había dejado.

—¿Lo viste todo? — preguntó Royce.

—Sí, aunque no pude oír lo que se dijo — explicó Alden. Agregó con expresión de curiosidad: —¿Viste lo que me pareció ver cuando le arrancaste la túnica?

Royce emitió un gruñido.

—Ese muchacho tenía un hermoso par de pechos.

Alden comenzó a reír ante la expresión de Royce, pero después se sonrojó.

—Ya fue bastante grave que me hiriese un jovencito. Pero, ¡una mujer!

—Consuélate, Alden. Acaba de sacar volando de la sala de baños a dos siervos. No se parece a las mujeres que conocemos.

—Tal vez. Es muy alta para se mujer, tan alta que hasta aquí nos engañó.

—Pero, ¿por qué habrán traído a una mujer en una incursión de guerra? — preguntó Royce.

Alden se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Para atender sus necesidades en el barco. Ella acudió tardíamente al combate. Imagino que la dejaron en la nave, pero vio desde allí el encuentro y quiso ayudar. Después de todo, si los vikingos perecían, ella quedaría sola. No me extraña que haya luchado tan fieramente con ellos.

—Sí. Y estaba dispuesta a soportar el látigo antes que revelar su condición de mujer. Dijo que era para defenderse de la violación de los sajones. — rió con dureza. — Los hombres son hombres. ¿Por qué una prostituta tiene que temer a los hombres de diferente raza?

—Tal vez quiere ser fiel a su propia gente, y detesta acostarse con el enemigo.

—Imagino que es así. Ahora comprendo por qué ellos se esforzaron tanto con el fin de ocultar el sexo de esta muchacha. En poco tiempo más los habríamos encerrado con ella durante la noche. Por el aliento de Dios, no entiendo qué ven en una mujer tan corpulenta y masculina.

12

La imagen que Kristen tenía de su aventura convertida en desastre varió bruscamente el día que ingresó por primera vez en Wyndhurst. Ya no se trataba sólo de preocuparse por mantener la boca cerrada y ocultar sus cabellos. Afrontaba el problema que había tratado de evitar antes: ¿Cómo la tratarían esos sajones en vista de su condición de mujer? ¿La detestarían a causa de su estatura y del hecho de que era una enemiga? ¿O la considerarían tan deseable como le sucedía a los hombres de su propio país?

El señor sajón había dicho que ella no representaba una tentación para sus hombres. Si ésa era su opinión, Kristen podía suponer que un hombre no desearía hacer el amor a una mujer que más alta que él, porque con ella se sentía inferior, menos capaz de ejercer el control de la situación. Muy bien, eso le creaba una situación segura, salvo en el caso de dos de los hombres que había visto en ese lugar. Uno era el guerrero a quien había intentado matar. El otro era el propio señor del lugar.

Kristen tenía sentimientos contradictorios frente a lord Royce. Lo había visto poco durante la última semana, y cuando se le ofreció la oportunidad de verlo había evitado mirarlo directamente. Pero tampoco podía olvidar la primera impresión que había recibido. Parecía un joven dios entrando al patio, tan erguido y orgulloso en ese corcel poderoso, tan seguro de sí mismo, tan imperioso frente a todos los que lo rodeaban. Se había acercado audazmente a dieciséis hombres hostiles, individuos enormes y musculosos, y había dejado entrever que los despreciaba.

Ese hombre no tenía miedo. Y ese mismo día, lord Royce se había abierto paso entre los vikingos para apoderarse de Kristen. Los hombres no sabían cómo interpretar el modo en que él se había acercado sin armas en la mano.

Ohthere pensaba que era un estúpido al mostrarse tan descuidado. Thorolf creyó que los tentaba intencionadamente, y estaba buscando una excusa para matarlos. Kristen se inclinaba a compartir la opinión de Thorolf, porque recordaba la mirada en sus ojos ese primer día y la orden fría e implacable de matarlos a todos.

Lo había temido precisamente por eso. Pero Kristen no podía evitar cierto sentimiento de admiración. Siempre le había agradado contemplar a los hombres fuertes y bien proporcionados. Precisamente la noche del festín en su casa, la madre la había sorprendido contemplando largamente a Dane, el hijo menor de Perrin y Janie, y Brenna le había hecho bromas y le había preguntado si estaba segura de que no le interesaba como marido ninguno de los presentes. Un cuerpo fuerte y apuesto era una fiesta para los ojos, y su madre le había enseñado que no debía avergonzarse por eso. Y el señor sajón tenía no sólo un cuerpo soberbio sino también un rostro muy armónico.

Sí, la verdad era que le agradaba mirarlo. Pero no deseaba que él la contemplase con el mismo sentimiento. En vista del odio que él demostraba frente a Kristen y a sus compañeros, hacer el amor con él no podía ser una experiencia grata. Mientras él no la deseara, Kristen estaba a salvo, incluso estando separada del resto. Los objetivos de Kristen eran los mismos de siempre: trabajaría y trataría de pasar inadvertida hasta que se le ofreciera

Librodot

la oportunidad de huir. Pero ahora se formulaba la pregunta: ¿Qué opinaría Royce de ella, ya que sabía que era una mujer?

Las mujeres la habían cepillado fieramente, sin duda con toda intención, y le dolía el cuerpo. Lo soportó sólo porque no deseaba provocar más dificultades y ofrecer la excusa que el sajón necesitaba para regresar.

Las prendas que le dieron eran cómicas. No se adaptaban a su cuerpo grande, ni siquiera soltando los bordes. Tal vez podía decirse que ella era esbelta en proporción con su estatura, pero comparada con las otras mujeres tenía el cuerpo muy grande. Las mangas de la túnica blanca que le entregaron, se ajustaban demasiado a las muñecas. Se suscitó una discusión acerca de la conveniencia de cortar las mangas, o de usarlas como estaban y agregarles un pedazo. Las túnicas que Kristen usaba en su casa no tenía mangas y, de todos modos, usarlas la hubiese obligado a soportar un calor excesivo. En definitiva, Kristen resolvió el problema arrancando las mangas. Nadie aprobó su actitud, pero se sentían tan renuentes a discutir con ella como ella a enfrentar a las mujeres. Además, no deseaban provocar nuevamente el desagrado del señor.

La túnica, que presuntamente debía ocultar los pies de una mujer, llegaba apenas a los tobillos de Kristen. Y la sobretúnica que le entregaron para que la vistiese sobre la prenda anterior no pasaba de las rodillas. Pero por lo menos no tenía mangas, y estaba cortada a los costados, de manera que podía darle la forma que deseara con el cinturón de cuerda que le entregaron. Decidió usar floja la cuerda, pese a que de ese modo la túnica caía irregularmente a los costados y revelaba la prenda que estaba abajo, excesivamente ajustada. Como no podría ocultar su figura, no importara lo que hiciera, por lo menos de este modo distraía la atención de sus curvas.

Le quitaron las botas le entregaron un par de zapatos de suela blanda, lo cual hubiera sido excelente si no hubieran tenido la intención de volver a ajustarle los grillos ya que los zapatos no cubrían los tobillos. No estaba dispuesta a usar nuevamente los hierros sobre la piel desnuda, y así lo dijo. La mayor de las mujeres, llamada Eda, decidió sensatamente dejar la decisión en manos de una autoridad superior, y se limitó a llevar consigo los grillos mientras ella y dos mujeres más acompañaban a Kristen al piso alto.

Aunque no podía decir exactamente cuál era la razón, Kristen se sentía nerviosa, porque sabía que volvería a ver a lord Royce. No creía que él la mirase con buenos ojos, y sin embargo todavía existía una minúscula posibilidad de que lo hiciera, ya que estaba lavada y vestida.

El estaba sentado frente a una mesita, afilando una larga espada de doble filo cuando Eda empujó a Kristen hacia el interior de la habitación. Sin explicar por qué Kristen no usaba los hierros, se limitó a depositarlos sobre la mesa, salió y cerró la puerta, dejó a Kristen en medio del cuarto.

Era una habitación espaciosa y tenía pocos muebles. Además de la cama ancha y baja a un lado de la puerta, y el gran cofre a los pies de la cama, estaba la mesita con cuatro sillas a su alrededor, en el centro de la habitación. Directamente frente a la puerta, otro cofre con cerradura estaba entre dos ventanas abiertas, también cumplía funciones de banco. Había otra ventana más grande del lado opuesto de la cama, que daba al patio del frente. No había tapices que adornasen la habitación, ni alfombras en el suelo, pero la pared que se levantaba a la derecha de Kristen aparecía adornada con una colección de armas.

Kristen no miraba directamente a Royce, aunque sintió los ojos del hombre fijos en ella. La joven esperó que él hablase, pero pasaron varios instantes, y él no pronunció palabra. Ella había examinado todo el contenido del cuarto, y ya no tenía dónde mirar. No estaba acostumbrada a bajar sumisamente los ojos para mirar el suelo. Lo había hecho afuera sólo porque Thorolf le había advertido que sus ojos tenían las pestañas demasiado largas para ser las de un varón, y ella no debía atraer la atención.

Comenzó por las botas de Royce y recorrió lentamente el cuerpo hasta que las miradas de ambos se encontraron. Ella no pudo apartar los ojos ni deseaba hacerlo. No vio odio en la mirada del hombre, sino sorpresa.

—¿Quién eres?

La pregunta pareció expresar el más profundo desconcierto. ¿Qué había estado pensando para sentirse tan confundido?

—¿Qué deseas saber exactamente? — replicó ella —. Me llamo Kristen, pero creo que deseas averiguar algo más que eso.

El modo en que él se puso de pie y avanzó hacia ella la indujo a creer que no había escuchado una sola de sus palabras. Su expresión todavía reflejaba sorpresa más que otra cosa, aunque había algo más que Kristen no alcanzaba a definir bien. Se detuvo a pocos centímetros de distancia, y después sus dedos dibujaron el perfil de una mejilla de la joven.

—Disimulaste bien tu belleza.

Cautelosa, Kristen retrocedió un paso.

—Dijiste que no podía tentar a nadie.

—Eso fue antes.

Kristen se estremeció. Sí, vio el deseo encendido en las profundidades verdes de los ojos del hombre, que se pasearon sobre su cara y después a lo largo de su cuerpo. Sabía muy bien que no podría defenderse frente a la fuerza de Royce.

El sajón llevaba una túnica de mangas largas, y los músculos que ella recordaba se dibujaban en el delgado hilo de la prenda. Podía aplastarla con sus manos grandes. Podía ponerla bajo él en pocos instantes. Y en ese lugar no había nadie que se lo impidiese, porque ella era su enemigo, y estaba derrotada y él podía hacer lo que se le antojara con Kristen.

—Comprobarás que no es fácil violarme — dijo Kristen en voz baja, como advertencia.

—¿Violarte? — La expresión de Royce cambió ante los ojos de Kristen, y una furia sombría marcó las líneas de su cara —. ¡No me rebajaré a violar a una prostituta vikinga!

En su vida Kristen jamás había sido insultada así. Estuvo a punto de decírselo, pero se contuvo porque la lógica la indujo a analizar las palabras del hombre. Había hablado con profunda repugnancia. Y no era tan absurdo que él la creyese una prostituta. Quizá de ese modo se explicaba su presencia en un barco de tripulación totalmente masculina.

El había regresado a su asiento y no parecía dispuesto a mirarla nuevamente. Kristen tenía la sensación de que ese hombre intentaba dominar su cólera, controlarla lo mejor posible. Se preguntó durante un instante por qué odiaba así a los vikingos, pues no creyó ni por un momento

Librodot

que ella era el objeto específico de sus sentimientos; era evidente que rechazaba a toda su gente.

—¿Tendrías tales escrúpulos si yo fuese una doncella vikinga? — preguntó.

—Sería una actitud rigurosamente justa si tuviese a mi merced a una doncella vikinga. Me agradaría tratarte como tus hombres tratan a las mujeres sajonas.

—Es la primera vez que venimos a tus costas.

—¡Otros como tú llegaron antes! — la interrumpió Royce con expresión agria.

De modo que era eso. Los vikingos habían incursionado antes en la región. Kristen se preguntó a quién había perdido ese hombre que se mostraba tan amargado, al extremo de que no estaba dispuesto a tocar a una prostituta usada primero por los hombres a quienes odiaba, y en cambio volcaba su odio en una virgen inocente sólo porque era una vikinga. ¡Por los dientes de Dios! ¡Que él la creyese una prostituta la ayudaría a conservar su virginidad!

Kristen se echó a reír al comprender la situación. Era increíble, pero si ése era el único medio de protegerse, lo utilizaría. Pero, ¿cómo se comportaba una prostituta?

—¿Deseas interrogarme? — le recordó, mucho más segura, ya calmada su principal inquietud.

—Sí. ¿Qué sabes de los daneses?

—¿Codician tu tierra? — preguntó ella, y no pudo evitar una sonrisa cuando él frunció el ceño ante la impertinencia que ella demostraba, pues había convertido la observación en una pregunta.

—¿Te parece que esto es divertido? — preguntó él con aspereza.

—No, discúlpame — dijo contrita, aunque continuaba sonriendo —. Sucede que no veo qué crees que yo sé de ellos. Venimos de un país diferente. Los únicos daneses a quienes he conocido eran mercaderas como... como muchos miembros de mi pueblo.

Necesitaba ser cuidadosa. Si le hubiese dicho que su padre era mercader, él se habría preguntado por qué Kristen se dedicaba a la prostitución. Era mejor que él no supiese que sus padres vivían, ni que ella tenía familia.

Los pensamientos de Royce seguían el mismo curso, y Kristen advirtió que él continuaba pensando especialmente en ella.

—¿Por qué una mujer de tu aspecto vende tan baratos sus favores?

—¿Importa realmente la razón?

—Imagino que no — replicó Royce con voz seca, y por un momento guardó silencio.

La opinión que Royce tenía de Kristen se reflejaba en el hecho de que la mantenía de pie mientras él estaba sentado, y eso a pesar de que habían tres sillas vacías. Ella había trabajado la mañana entera, había recibido latigazos, soportado un baño parecido a una sesión de tortura, y ahora tenía que permanecer allí de pie, y soportar el interrogatorio. El perverso Loki seguramente se reía de las dificultades que Kristen afrontaba. Bien, también ella podía reírse; se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, y vio que de nuevo se ensombrecía la cara del hombre.

—Por Dios, mujerzuela ¿no tienes modales?

—¿Yo? — exclamó Kristen —. ¿Y dónde están tus modales que me tienes de pie mientras estás sentado?

—Tal vez todavía no lo comprendes, pero aquí tu condición es más baja que la del siervo más bajo.

—Entonces, ¿el siervo más bajo puede sentarse y yo no? ¿Es lo que deseas que entienda? ¿Me despreciáis de tal modo que no puedo esperar ni siquiera la cortesía más usual?

—¡Sí, ésa es la situación!

¡Qué respuesta obstinada y perversa! ¿Qué esperaba ella? ¿Qué Royce se disculpase ante una prisionera?

—Muy bien, sajón. — Lo desconcertó al reírse e incorporarse nuevamente. — Que no se diga que una noruega no puede soportarlo todo.

Su sometimiento pareció que excitaba más la furia de Royce. Se incorporó de un brinco, avanzó un paso hacia ella y de pronto se detuvo, se volvió y permaneció frente a la mesa, al parecer esforzándose por controlar nuevamente su cólera ¿Qué le habría hecho si no se hubiese contenido?

Ella lo miró, en el rostro una expresión de desconcierto. ¿Qué había hecho para irritarlo tanto? Le había obedecido. ¿No era lo que él deseaba? ¿O debía enfrentarlo? Quizás él no deseaba que Kristen se sometiese tan fácilmente. Sí, quizá buscaba un motivo para castigarla, para usarla como blanco de su odio, y ella no se prestaba al juego porque se mostraba sumisa.

Kristen se equivocaba de medio a medio. Royce se había visto en un aprieto desde el momento en que ella entró a su cuarto. La joven lo había atraído instantáneamente, y esta reacción contrariaba tanto lo que él hubiera debido sentir que el guerrero sajón se sentía completamente confundido. Ella le repugnaba. La odiaba y detestaba a su pueblo. Pero cuando la miraba, su primer impulso era tocarla. Y al tocarla, comprobaba que su piel era tan suave y lisa como aparentaba.

Era demasiado hermosa para ser real, y Royce estaba furioso consigo mismo porque la deseaba, aunque fuese unos instantes, y peor aun, porque le había permitido comprobar que la deseaba. La humillaba más para su propio beneficio que para ofenderla. Tenía que recordar lo que era esa mujer. Vendería su cuerpo por un precio al primer hombre que la reclamase. No cabía duda de que ella había dormido con todos los hombres del barco. Era una prostituta vikinga. Sobre la tierra no había una mujer que le repugnase más.

Pero ella no le repugnaba, y ése era el problema de Royce. Habría debido mostrarse sumisa y atemorizada. Otra mujer habría adoptado esa actitud en la situación de Kristen. Hubiera debido intimidarse ante la cólera de Royce, y haber pedido compasión. En ese caso, él la habría despreciado todavía más. En cambio, lo desconcertaba, le ofrecía repuestas frívolas y después se sonreía cuando su actitud lo encolerizaba. Se reía cuando él la humillaba. ¿Cómo podía luchar contra esa profunda atracción cuando ella lo sorprendía con lo imprevisto?

—Quizá deba marcharme.

Royce se volvió bruscamente, y la detuvo con una mirada colérica.

—Mujerzuela, no saldrás de esta casa.

Librodot

—Me refería sólo a retirarme de tu presencia, pues la mía parece excitar tu ira.

—No se trata de ti — aseguró él, y la mentira brotó fácilmente de sus labios —. Si, puedes irte. Pero antes te pondrás estos hierros.

Recogió los grillos de la mesa y se los arrojó a Kristen. En un gesto reflejo, Kristen los recogió en lugar de dejarlos caer al suelo. La cadena se enroscó alrededor de su muñeca, y un anillo de hierro que le golpeó el antebrazo la indujo a contraer el rostro en un gesto de dolor. En sus manos, el hierro era un arma, pero ella no lo interpretó así. Miró con repugnancia los grillos.

—¿Me obligarás a llevar estas cosas?

El asintió brevemente.

—Sí, para que sepas que tu situación no ha mejorado.

Ella lo miró a los ojos, y una sombra de desprecio se dibujó en sus rasgos.

—No creí que las cosas fuesen de otro modo. — Bajó el brazo para permitir que la cadena se desenroscara lentamente y cayese a sus pies. — Tendrás que ponerme estos hierros.

—Sujétalos, mujerzuela — ordenó Royce con impaciencia, pues había interpretado mal la negativa de la joven.

—Hazlo tú mismo, sajón — replicó ella bruscamente —. Nunca limitaré voluntariamente mi libertad.

Los ojos de Royce se entrecerraron ante la temeridad de la joven. Sintió el impulso de aplastar inmediatamente el desafío, antes de que se acentuara. Pero sospechó que necesitaría más que los golpes que estaba dispuesto a dar antes de que ella se sometiese.

Caminó hacia Kristen y recogió los grillos, y después se arrodilló para ajustarlos con movimientos rápidos. Kristen permaneció inmóvil y dejó hacer, mirando fijamente la cabeza inclinada, los espesos cabellos castaños al alcance de su mano. Realmente era una lástima que estuviesen destinados a ser enemigos. Le habría agradado conocer a este hombre en circunstancias distintas.

El la miró. Como interpretó mal la causa de la expresión que se dibujaba en el rostro de Kristen, de pronto midió las consecuencias de lo que acababa de hacer.

—¿Dónde están tus botas?

—La vieja Eda dijo que eran inapropiadas para usar en la casa.

—Entonces, tendrás que poner una tela bajo estos anillos, para evitar que te lastimen la piel.

—¿Cuál es la diferencia, milord? Es sólo mi piel, y soy más baja que el más bajo de los siervos.

El frunció el ceño al incorporarse.

—Kristen, mi deseo no es maltratarte.

Que él recordase su nombre la sorprendió. Creía que ni siquiera lo había escuchado cuando ella lo dijo, pues después siempre la había llamado “mujerzuela”. Pero sus palabras anteriores continuaban resonando en los oídos de la joven. Ahora estaba engrillada, cuando había abrigado tantas esperanzas de que se le evitase esa tortura.

—¿De modo que por lo menos merezco el mismo cuidado que dispensas a tus animales?

El comprendió que ella se sentía herida por su observación anterior, pero no quiso cambiar lo que había dicho. — Sí, el mismo cuidado. Ni más ni menos.

Ella asintió brevemente, y no dejó entrever cómo la ofendían las palabras de Royce. La joven se volvió para salir, pero él le aferró el brazo, y su mano se deslizó hasta la muñeca de Kristen percibió absurdamente que el contacto del hombre era muy cálido. Y él no le soltó la muñeca hasta varios instantes después de que ella lo miró a los ojos.

—Como no puedes dormir en el salón con los restantes criados sin que un guardia te vigile, te asignaremos una habitación propia, donde podamos encerrarte. Con la cerradura, no hay razón para... — Hizo una pausa, frunciendo el ceño, y concluyó bruscamente: —No tendrás que dormir con la cadena puesta. Entregaré la llave a Eda, y te la quitará todas las noches.

Kristen no agradeció el ofrecimiento. Advirtió que él lamentaba el impulso que lo había inducido a conceder tanto. En cambio, se volvió y salió de la habitación con toda la dignidad que su paso lento y dificultoso le permitían.

Merecía todo lo que estaba sucediéndole. Lo merecía por haber desafiado a sus padres y haberse zambullido irreflexivamente en esa trágica aventura. De pronto se sentía impotente, sola y aislada del resto. Selig habría sabido qué hacer si hubiese estado allí. Le habría infundido esperanza antes de que la llevasen a la casa. Pero Selig estaba muerto. ¡Oh, Dios mío, Selig!

Como ya no necesitaba continuar ocultándolo, se entregó a su dolor. Lo hizo en silencio, sola, y se derrumbó en el mismo lugar, a medio camino entre la habitación de Royce y la escalera. Las lágrimas descendieron por sus mejillas, un lujo que su orgullo rara vez le permitía. Una parte de su dolor se relacionaba consigo misma.

Librodot

13

Desde el lugar que ocupaba al fondo del salón, en el sector dedicado a la cocina, a través de las puertas abiertas Kristen podía ver los cuatro carros grandes que salían del patio. Dos de los carros llevaban a los prisioneros, otro a los guardias, y el último estaba vacío. Los cuatro carros traerían cargas de grandes piedras, extraídas de las viejas ruinas cercanas. De no haber sido por el destino que había inducido al señor sajón a creer que ella era el líder, Kristen hubiera estado aún con sus hombres.

Y ése podía ser el día elegido para la fuga. Había sólo nueve guardias para dieciséis hombres. Podía suceder algo, quizás el golpe de suerte que necesitaban, y así lograrían alejarse de allí. Y ella quedaría atrás, para sufrir las consecuencias.

Ella les había dicho que no se preocupasen, que el señor sajón no la mataría. Había dicho que él estaba irritado porque había flagelado a una mujer. Pero, ¿acaso podía utilizar otros argumentos para inducirlos a pensar ante todo en ellos mismos? Explicar que era igualmente probable que él estuviese enojado porque había hecho el papel de tonto al creer que ella era el feje llevaría a varios de los guerreros vikingos a vacilar ante la perspectiva de dejarla atrás. Y ahora que estaba separada de ellos, no tendrían oportunidad de huir si intentaban liberarla con el fin de que los acompañase. Tenían que marcharse sin ella.

Kristen se compadecía un poco de sí misma mientras observaba las puertas que se cerraban después del paso de los carros. Había pasado una mala noche en un cuartito sórdido sobre un jergón duro. Hubiera debido sentirse complacida, porque la situación había mejorado mucho, si la comparaba con el suelo duro de las noches anteriores; en cambio, se sentía miserable y solitaria. Era mucho más fácil soportar las privaciones cuando se las compartía.

No era que tuviese que trabajar demasiado. Nunca le había molestado ayudar en las tareas de la casa en su propia tierra. De hecho, cuando en invierno se desataban las peores tormentas, nadie exigía que los criados saliesen de sus habitaciones tibias junto a los establos. Kristen y su madre cocinaban y limpiaban para toda la familia. En realidad, más Kristen que su madre, porque ésta nunca había mirado con simpatía lo que denominaba “trabajo de las mujeres”. Brenna reía y guiñaba el ojo, y juraba que estaba acostumbrada a pensar que ella misma era hombre. Pero a Kristen no le molestaba el “trabajo de mujeres”. Lo que la irritaba en Wyndhurst era recibir órdenes bruscas y secas, impartidas por criados que la miraban con altivez.

—¿Te duele mucho?

Kristen desvió la mirada y vio a una niña sentada al extremo de la mesa larga que ella había ayudado a preparar para la comida matutina. La niña estaba a unos dos metros de distancia de la mesa donde Kristen preparaba cortezas de pasta para las tartas de fresas que servirían más tarde. Tenía rostro bonito, limpio y sonrosado, y dos pulcras trenzas de cabellos castaños que caían sobre los hombros menudos. Los ojos verdes muy grandes

Librodot

encontraron los de Kristen, y por lo tanto ella supuso que la pregunta le estaba destinada.

—¿Si duele qué cosa?

—Tu tobillo. Está sangrando.

Kristen se miró los tobillos. En efecto, la sangre manaba hacia el interior del zapato del pie izquierdo. Se sintió irritada consigo misma, porque su actitud era completamente estúpida; había rehusado obstinadamente deslizar un trozo de lienzo bajo los anillos de hierro. Una actitud infantil, adoptada con la esperanza consciente de que cierto señor sajón se sintiera un poco culpable cuando viese que la piel de Kristen estaba herida a causa de esos condenados hierros. Pero, ¿a quién estaba lastimando, salvo as sí misma? A él sin duda no le importaría, porque después de todo eran los hierros que él le había ordenado llevar.

Ella miró a la niña que la contemplaba con profunda atención.

—No, no duele — le aseguró Kristen con una sonrisa.

—¿De veras? ¿No sientes ningún dolor?

—Sí, me duele un poco. Pero a decir verdad tengo muchas otras preocupaciones, de modo que no presté atención a un dolorcito allí abajo. — Y señaló sus propios pies.

La niña emitió una risita ante la referencia de Kristen a su propia estatura.

—¿Te sientes extraña de ser tan alta?

—No

—Pero eres más alta que un hombre...

La sonrisa de Kristen la interrumpió.

—En Noruega es muy raro que eso suceda.

—Oh, sí, los vikingos son todos hombres muy grandes. Kristen sonrió ante la maravilla que se manifestaba en la voz de la niña al mencionar el hecho.

—Pequeña, ¿cómo te llamas?

—Meghan.

—Es un día hermoso. ¿Por qué no sales a cazar mariposas, o a fabricar guirnaldas de flores, o a encontrar nidos de pájaros? Es lo que yo hacía a tu edad. ¿No es más divertido que quedarse en casa?

—Nunca salgo de Wyndhurst.

—¿No es seguro?

La niña miró sus propias manos, que descansaban sobre la mesa.

—Es seguro, pero no me agrada salir sola.

—Pero aquí hay otros niños.

—No quieren jugar conmigo.

Kristen se sintió conmovida por el acento de tristeza en la voz de la niña. Pero Eda, que se acercó a ella, explicó la razón de ese estado de cosas.

—Los niños temen jugar con la hermana del señor, y tú tampoco debes hablarle — zumbó Eda al oído de Kristen.

Kristen dirigió una mirada helada a la mujer mayor.

—Mientras no me lo prohíban, hablaré con quien me plazca.

—¿De veras, mujerzuela? — replicó Eda —. Entonces, no te sorprendas si te lo prohíben inmediatamente, pues él no parece muy complacido.

Kristen no tuvo tiempo para preguntarse el significado de las palabras de Eda, pues sintió que una mano cruel le aferraba el hombro y la obligaba a volverse para enfrentar a un sajón muy irritado.

Royce no estaba pensando en su hermana, pues ni siquiera había advertido que ella se encontraba en la sala. Cuando ingresó a la espaciosa habitación sus ojos enfocaron directamente la cabeza de cabellos castaños que estaba en el sector de la cocina. No la había visto desde el momento en que ella saliera de su cámara en la víspera, pues había cenado con sus primos en el cuarto de Alden, y se había mantenido intencionadamente lejos del salón, donde se encontraba la mujerzuela.

Mientras ella estaba de pie al extremo de la mesa, de espaldas a él, los ojos de Royce habían recorrido despaciosamente la extensión del cuerpo grande, de la cabeza a los pies. Pero cuando se detuvieron en el anillo de hierro que sujetaba los tobillos, claramente visible a causa de la escasa longitud de la túnica, se despertó su ira. Incluso desde el otro extremo de la habitación podía ver la sangre que empapaba el costado del zapato.

Su expresión era tormentosa.

—¡Si crees que las heridas de tus pies nos inducirán a quitarse esos grillos, estás equivocada!

Kristen se aflojó, pues sabía lo que había provocado la reacción del sajón.

—Nunca lo creía.

—Entonces, ¡explícate! Te dijeron que acolchases con lienzo ese hierro.

—Olvidé pedir el lienzo — dijo Kristen. Y después agregó audazmente: — Me trajeron aquí antes de que saliera el sol y me pusieron inmediatamente a trabajar. Confieso que estaba más dormida que despierta y no pensé en algo que ha llegado a ser casi una parte de mí misma.

La irritación desapareció del rostro de Royce y quedó sólo un gesto de sombría inquietud. Kristen advirtió que él no sabía si creer o no lo que ella había dicho. Y la situación le pareció tan divertida que se echó a reír, eso lo confundió todavía más.

—Ah, milord, veo que creíste que yo abrigaba la esperanza de excitar tu simpatía. Puedes estar seguro de que no soy tan tonta como para creer que eres capaz de tan tiernos sentimientos.

La cólera volvió a teñir de rojo el rostro de Royce, y ella temió que el hombre la golpease. Lo había insultado audazmente, pero con humor, de modo que hasta cierto punto sus palabras parecían un cumplido más o menos equivocado. Al parecer, él no era capaz de lidiar con esas tácticas femeninas tan sinuosas.

Royce se volvió hacia Eda, y aterrorizó con su expresión a la pobre mujer.

—¡Atiende ahora los pies de esta mujer, y cuida de que no olvide acolchar de nuevo los hierros!

Después de dirigir una última mirada furiosa a Kristen salió bruscamente. Eda fue a buscar el lienzo, y en el camino iba gruñendo que ya tenía bastante que hacer sin necesidad de mimar a una pagana, una mujer que no tenía el criterio suficiente para evitar las explosiones de cólera del señor. Kristen sonrió, sin hacer caso de la anciana, y sus ojos siguieron a Royce

Librodot

hasta que él desapareció. El sajón no era muy diferente de los hombres a quienes ella conocía.

—¿Cómo te atreves a reírte de él cuando está tan enfadado?

Kristen se había olvidado de Meghan. La miró y le dirigió una sonrisa; advirtió entonces que los grandes ojos verdes desbordaban asombro y reverencia.

—Su malhumor no era tan terrible.

—¿No le temiste ni siquiera un poco?

—¿Debía temerle?

—Yo sentí miedo, y ni siquiera era la causa de sus gritos.

Kristen frunció el ceño.

—Eda dice que es tu hermano. No me dirás que le temes…

—No… bueno, a veces.

—¿A veces? ¿Te castiga?

Meghan pareció sorprendida por la pregunta.

—No, jamás lo ha hecho.

—¿Entonces por qué le temes?

—Podría castigarme. Es tan grande y parece tan malo cuando se enoja.

Kristen rió con simpatía.

—Pequeña, los hombres tienen esa expresión de maldad cuando están enfadados, pero eso no indica que lo sean realmente. Y tu hermano es grande sí, pero mi padre es aun más grande, apenas un poco más, y también tiene un temperamento terrible. Sin embargo, no hay hombre más bondadoso que mi padre, ni más afectuoso con su familia. Mis hermanos también tienen mucho carácter, ¿y sabes lo que hago cuando me gritan?

—¿Qué?

—También les grito.

—¿Son más grandes que tú?

—Sí, incluso el más joven, que tienen sólo catorce inviernos, es más alto que yo, aunque no mucho. Todavía crecerá un poco. ¿No tienes más familia que tu hermano?

—Tuve otro hermano, pero no lo recuerdo. Murió con mi padre cuando otros vikingos nos atacaron. Fue hace cinco años.

Kristen esbozó una mueca. ¡Por los dientes de Dios! El sajón tenía motivos para odiarla y odiar a su pueblo. No le extrañaba que hubiese deseado matarlos a todos la primera noche. La sorprendió que él hubiese cambiado de idea.

—Lo siento, Meghan — dijo en voz baja —. Tu pueblo ha sufrido mucho a causa del mío.

—Esos eran daneses.

—No veo que haya mucha diferencia. También nosotros vinimos aquí para atacar, aunque no veníamos en busca de este pueblo, si eso te sirve de consuelo.

Meghan frunció el ceño.

—¿Quieres decir que tus amigos no habrían atacado a Wyndhurst?

Librodot

—No, lo que buscaban era un monasterio que está más lejos, y sólo por el botín.

—Jurro.

—Sí.

—Pero fue destruido por los daneses hace cinco años, y nunca lo reconstruyeron.

—¡Oh, Dios mío! — gimió Kristen —. Selig ha muerto, tantos otros hombres también, ¡y todo por nada!

—¿Selig era tu amigo? — preguntó Meghan con voz vacilante.

—¿Amigo? Sí, amigo... y hermano — contestó Kristen con voz quebrada.

—¿Perdiste a un hermano en el combate del bosque?

—¡Sí...sí...sí!

El puño de Kristen aplastó una corteza de pasta con cada afirmación, y como eso no calmó la angustia, volcó la mesa. Había recorrido la mitad de la distancia que la separaba de la puerta cuando Eda corrió tras ella, y trató de aferrarla del brazo y detenerla.

—No lo hagas, mujerzuela — advirtió la vieja —. Te castigaran.

—¡No me importa!

—Te importará. Oí lo que dijiste a la niña. Ojalá no me hubiese detenido a escuchar, pero lo escuché. Te compadezco por la pérdida, y nunca creí que diría una cosa así a una persona como tú, pero es cierto. Lastimarte tú misma ahora, a nadie ayudará. Regresa y limpiar lo que has hecho, y nadie sabrá que lo hiciste a propósito.

Kristen se detuvo, miró fijamente a Eda, y al fin asintió. Se volvió hacia el lugar destinado a cocina. Cuando vio lo que había hecho suspiró. Meghan había desaparecido. Felizmente no había otras personas a hora tan temprana.

—¿Y la niña?

Eda contestó con rezongo.

—Se asustó cuando te mostraste violenta. Lo pensará dos veces antes de hablar nuevamente contigo.

Kristen dejó escapar otro suspiro.

14

Habían pasado dos semanas desde el día en que Kristen fue trasladada a la casa. Thorolf y el resto, al parecer no habían tenido oportunidad de huir, pues continuaban trabajando en el muro. Kristen no había podido hablarles ni informarles que estaba bien. Si se acercaba a una ventana o a una puerta abierta, alguien siempre le gritaba que retrocediese. Parecía que la vigilaban constantemente, ya fueran los sirvientes o los hombres armados de Royce, que estaban a menudo en la casa.

Había aprovechado el tiempo para aprender todo lo posible acerca de los sajones. Los criados la trataban con una extraña combinación de miedo y desprecio, excepto Eda, que le dispensaba una suerte de renuente respeto, una actitud que casi podía pasar por simpatía, aunque era difícil precisarlo, pues la mujer exhibía siempre un gesto de irritación. Pero era fácil manejar a Eda de modo que suministrase información sin advertir que la estaba sonsacando.

Kristen ya sabía bastante acerca de Wyndhurst y su señor. La residencia era autosuficiente, una situación necesaria en vista de que el pueblo más próximo estaba muy lejos. Royce era uno de los grandes nobles del rey, y Wyndhurst abarcaba muchos kilómetros de tierra. Como en Noruega, había hombres libres que trabajaban la tierra y también prestaban servicio en la residencia, muchos con oficios específicos. Podían ser dueños de tierras, pero pagaban impuestos a la corona y a la iglesia y además prestaban servicio militar. Royce entrenaba a los que estaban en su región para la futura guerra con los daneses. Muchos ya eran sus servidores personales. También entrenaba a algunos de los siervos más aptos, a los individuos que no eran libres y en cambio estaban atados a la tierra; les suministraba armas y la oportunidad de comprar su libertad. Cuando llegase el momento, dispondría de un pequeño ejército para acudir a la defensa del rey Alfredo.

De Royce, Kristen había sabido que aún no estaba casado, aunque se proponía contraer matrimonio más avanzado el mismo año. Eda pudo decirle poco acerca de la prometida, que vivía más al norte, excepto que se llamaba Corliss y que todos afirmaban que era muy bella. Eda tenía mucho más que contar acerca de la primera prometida de lord Royce, es decir lady Rhona, y Kristen se sintió sorprendida cuando experimentó un verdadero sentimiento de simpatía por el sajón al saber que en la incursión de los vikingos había perdido mucho más que lo que ella imaginara inicialmente. El había amado a lady Rhona. Nadie sabía lo que sentía por lady Corliss.

La prima de Royce, llamada Darrelle, que dirigía la rutina doméstica de la casa, había ignorado a Kristen desde el primer día, y le había dejado a cargo de Eda. Observarla era fascinante, pues en su conducta mostraba muchos aspectos contradictorios: era altiva, condescendiente en un momento, y al siguiente necesitaba que la elogiasen y la reconfortasen. También era una mujer emotiva. Kristen la había visto una vez quejarse con voz aguda ante Royce, y romper a llorar cuando él perdía la paciencia y le contestaba ásperamente. También podía llorar ante un obstáculo tan secundario como unas puntadas mal dadas en el tapiz que estaba confeccionando.

Librodot

Darrelle no representaba un problema para Kristen, pues trataba a la prisionera como si ella no existiese. Tampoco Meghan era problema, aunque Kristen temió, en un primer momento, que lo fuese. La curiosidad natural de la niña había inducido a Kristen el día que se conocieron a decirle de sí misma mucho más de lo que era prudente; es decir, cosas que no deseaba que llegasen a oídos de Royce. Si él sabía que Kristen tenía una familia afectuosa y que su hermano era uno de los que habían muerto en el bosque, quizá modificase su opinión en el sentido de que Kristen era una prostituta. Pero era evidente que Meghan no había repetido nada de lo que Kristen le dijera, y durante los días siguientes todo sucedió como Eda había previsto: la niña no se acercó nuevamente a Kristen.

Royce también la ignoraba, o fingía hacerlo. Ella lo veía todos los días, pues Royce no podía atravesar la sala sin que ella lo viese. Pero en estas ocasiones el sajón no la miraba. Sólo cuando él estaba ocioso en el salón ella lo descubría observándola.

La actitud de Royce divertía a Kristen. Sabía que él la despreciaba por la profesión que le atribuía, y también que la odiaba a causa de su pueblo. Pero a pesar de eso, ella lo atraía. Que él luchase tan decididamente contra esa atracción era lo que le parecía muy divertido. Sentía la mirada del hombre siguiendo sus movimientos, y cuando ella volvía la cabeza Royce desviaba prontamente la mirada.

Pero él una vez no apartó los ojos. En realidad, esa noche Royce la miró con tal fijeza que el hombre que estaba al lado tuvo que pronunciar tres veces su nombre para atraer la atención del sajón. Kristen había reído estrepitosamente al ver eso, y la voz profunda y vibrante había llegado a Royce, y lo había enfurecido. Esa vez depositó sobre la mesa el jarro de cerveza y abandonó la sala con movimientos irritados. Sus hombres lo miraron divertidos y Kristen se sintió muy complacida porque ella podía afectarlo tan profundamente.

Kristen recordaba a menudo esa noche. En verdad, pensaba con frecuencia en Royce. La conciencia de que él la deseaba originaba en la joven un cálido sentimiento de placer y, gracias a su madre, conocía la razón de esa actitud.

Brenna le había dicho cierta vez: “Sabrás cuál es el hombre que te conviene cuando lo veas. Yo lo sabía, y sufrí mucho porque no quería reconocerlo, ni siquiera ante mí misma. Hija, no seas como yo. Cuando encuentres al hombre que complazca a tus ojos, te alegre tus sentidos, y consiga que te sientas extraña y maravillosa por dentro al acercarse a ti, tendrás al hombre con quien te sentirás feliz, el mismo a quien puedes amar como yo amo a tu padre”.

Kristen se había sentido fascinada por Royce la primera vez que lo vio. Mirarlo le deparaba un placer inmenso. Y cuando él estaba cerca, en efecto se sentía distinta, más vivaz, más consciente de sí misma. Le atribuía el mérito de su propio humor, pues sentía deseos de reír sólo cuando él estaba cerca. No era tan tonta como para creer amarlo, pues estaba dispuesta a salir de allí apenas pudiese. Pero armonizaba bastante bien con sus sentimientos la idea de que deseaba a Royce de Wyndhurst: tocarlo, sentir la fuerza de sus brazos, conocerlo como una mujer conoce a un hombre. El amor podía originarse en esos sentimientos y sin duda lo haría si ella permanecía allí el tiempo suficiente.

Librodot

Era una situación paradójica que el primer hombre a quien ella deseaba, después de ser deseada por tantos varones, fuese el único que se le resistía. Estaba segura de que podía tenerlo si se lo proponía. Pero, ¿demostraría honradez suficiente para casarse después con ella? Tenía que tener en cuenta a su prometida. Además, estaba la situación misma de Kristen como prisionera, un aspecto que de hecho la convertía en esclava, como lo había destacado bruscamente Eda cierto día. Y el odio que él profesaba al pueblo de Kristen. ¿Podía superarse todo eso con lo que comenzará sencillamente como pasión?

Los vikingos no creían conveniente dejar el futuro librado al destino, preferían plasmar su suerte. Pensaban que los dioses recompensarían a los que estaban dispuestos a actuar valerosamente para conquistar y vencer. Los vikingos no eran personas sumisas ni demostraban excesiva paciencia. Luchaban por lo que deseaban. La derrota no era honrosa.

Habían inculcado esos sentimientos en Kristen, pese a que era cristiana. Como cristiana sabía que debía dejar su futuro en manos de Dios, tener paciencia y depender de la recompensa que El le otorgase. Pero como hija de un vikingo sabía que si deseaba a Royce de Wyndhurst como esposo, tendría que conquistarlo, imponerse a los hados contrarios, luchar por lo que deseaba, del modo que las circunstancias le permitiesen.

¿Lo deseaba como marido? Sí, en efecto. Al fin había encontrado al hombre con quien podía ser feliz: su enemigo. Era como para reírse, si no fuese tan desalentador. Sin embargo, ella tenía confianza en su propia habilidad. Y el resultado tal vez mereciera que realizase el esfuerzo.

Era tarde. Dos de las cinco mujeres que preparaban las comidas y servían las mesas estaban enfermas, de modo que las tres restantes tenían más trabajo, y eso las mantuvo ocupadas más tiempo que de costumbre. Como Kristen era una de las tres, las restantes servidoras que habrían podido ayudar hacían lo menos posible, y pensaban que si alguien tenía que trabajar más, convenía que lo hiciera la mujer vikinga.

No le importaba. Esa noche Royce había permanecido en la sala más tiempo que de costumbre, y a ella le agradaba verlo jugar a los dados con sus hombres. A decir verdad, después del último plato ella dedicaba más tiempo a mirarlo que a retirar la vajilla. Pero no lo había visto salir de la sala, y por su parte, Eda la reprendía porque no prestaba atención a lo que estaba haciendo.

Todo estaba silencioso y oscuro e la sala con la única excepción de dos antorchas que aún ardían junto al gran hogar. Los criados habían extendido sus jergones sobre el suelo, y casi todos dormían. Sólo Eda y Kristen estaban levantadas, y Eda hacía preparativos para la mañana siguiente.

Kristen no estaba cansada, pero le dolían las piernas porque había estado de pie la mayor parte de la jornada. Así sucedía todos los días desde el momento en que despertaba, con las primeras luces del alba hasta que la encerraban en su cuarto, después de la última comida del día. Pero esta vez era diferente.

Kristen estaba estirándose cuando oyó los pasos que cruzaban la entrada. Miró con curiosidad, y los latidos de su corazón se aceleraron cuando vio a Royce saliendo de las sombras y dirigiéndose, no hacia la escalera, sino en línea recta hacia ella.

No se movió, y esperó que él llegase. La expresión de Royce era intensa, dura, y el corazón de Kristen latió todavía más intensamente, no a causa del temor sino de la expectativa. Cuando él se detuvo, Kristen sintió a lo sumo una sorpresa momentánea al advertir que la mano del hombre se deslizaba hacia la nuca apoyada sobre el jergón, y que los dedos le aferraban los cabellos para obligarla a mover la cabeza. Kristen contuvo la respiración cuando los ojos de Royce la miraron irritados.

—¿Por qué me tientas así?

La pregunta no estaba dirigida a Kristen, sino a sí mismo.

—¿Te tiento, milord?

—Lo haces a propósito — la acusó Royce. — Sabías que estaba en la entrada, mirándote.

—No, creía que te habías retirado.

—¡Mentirosa! — exclamó Royce antes de que su boca se posara sobre la de Kristen.

Kristen había esperado eso: conocer el sabor de sus labios, poder tocarlo. Había deseado que sucediera, pero no había imaginado que en la práctica sería tan abrumador. Nada la había preparado para un impulso tan violento, del deseo, puesto que en realidad antes nunca había sentido el deseo.

La boca de Royce se movió brutalmente, colérica, sobre la de Kristen. Le aferró los cabellos, inmovilizándola, para gozarla mejor, pero fuera de eso no la tocó. Kristen fue quien se inclinó sobre él, hasta que pudo sentir la longitud total de su cuerpo y conocer la profundidad del deseo masculino. Eso la inflamó todavía más. No le importó que no fuera eso lo que él deseaba, o que él la estuviera besando contra su propia voluntad, y probablemente odiándola más precisamente por eso. Cerró los brazos sobre la espalda de Royce y sus manos acariciaron los músculos duros, hasta que se detuvieron en los hombros y lo sostuvieron con más fuerza.

Oyó los gemidos de Royce cuando advirtió que ella lo aceptaba totalmente, y el otro brazo del hombre se deslizó alrededor de la cintura de Kristen, y la estrechó con más fuerza contra él. Su lengua se hundió en la boca de Kristen, y ella lo atrajo, capturándola como una presa, y rehusando soltarla. ¡Santo Dios! esto era maravilloso, más impresionante que lo que ella había sentido antes

Estaba dispuesta a permitirle que él la tomase allí, en la sala, sobre la mesa, sobre el suelo... no le importaba. Deseaba hacer el amor con él antes de que Royce recobrarse la calma y se detuviese.

Pero él se detuvo, y Kristen suspiró dolorida cuando los labios del hombre se apartaron. La miró, los ojos fieros, encendidos en parte por la pasión y en parte por la furia. Ella enfrentó audazmente esa mirada, pero su actitud sirvió solo para encolerizarlo todavía más.

Con un rezongo, él la apartó.

—¡Perra! ¡Dios mío! No tienes vergüenza ¿eh?

Kristen se habría reído de la observación de no haberse sentido tan decepcionada. Le atribuía la culpa, como si ella se hubiese acercado, y no a la inversa. Eso no la preocupaba tanto, porque había abrigado la esperanza de que él se acercara. Pero, ¿cómo podía rehusar él lo que ambos deseaban?

Librodot

¿Dónde hallaba la fuerza necesaria para proceder así, cuando ella ansiaba retornar a sus brazos?

—No me avergüenza desearte — le dijo en voz baja.

—¡O a otro hombre cualquiera! — se burló él.

—No, sólo a ti. — Sonrió ante el gesto de incredulidad de Royce. Y agregó intencionalmente con acento de burla: —Royce, eres el elegido de mi corazón. Empieza a aceptarlo. Lo harás tarde o temprano.

—Mujerzuela, nunca seré uno de tus amantes — afirmó enfáticamente Royce.

Ella se encogió de hombros, y su suspiro fue más ruidoso que lo necesario.

—Muy bien, milord, si ése es tu deseo.

—No mi deseo, la verdad — insistió Royce —. Y tú te abstendrás de usar conmigo tus trucos de prostituta.

Kristen no pudo evitar la risa ante esa orden.

—Milord, ¿cuáles son esos trucos? Sólo soy culpable de mirarte, quizá más de lo que debiera, pero parece que no puedo evitarlo. Después de todo, eres el hombre más espléndido que aquí mora.

El contuvo la respiración.

—Por Dios, ¿todas las prostitutas vikingas son tan descaradas como tú?

Ella ya estaba cansada de que la llamasen prostituta. Sabía que no era posible negarlo, pues deseaba que él actuase movido por la pasión, no por la venganza, el sentimiento con el cual sin duda la tomaría si supiera que era virgen. Pero que él la llamase prostituta ahora, después de turbar todos sus sentidos, la hería profundamente.

En su voz se expresó la irritación.

—No conozco a las prostitutas, de modo que no puedo responder a eso. Lo que tú llamas descaro, yo llamo sinceridad. ¿Preferirías que te mintiera y que te dijera que te odio, que desprecio tu imagen misma?

—¿Cómo es posible que no me odies? Te he convertido en esclava. Te mantengo sujeta por hierros. Y sé que odias las cadenas.

—¿Por eso ordenas que las use, porque sabes que las odio? — preguntó ella con suspicacia.

El no se molestó en responder a la pregunta.

—Creo que en efecto me odias, que me tientas a propósito, y que abrigas la esperanza de vengarte embrujándome.

—Si crees eso, entonces nunca aceptarás lo que estoy dispuesta a dar, sajón, y lo lamento. Sí, odio estos hierros. Pero no te odio. Y la esclavitud no es cosa nueva en mi familia — agregó con acento misterioso —. Si creyera que siempre viviría esclavizada y engrillada, en ese caso quizá te odiara.

—Entonces, ¿abrigas la esperanza de escapar?

Los ojos de Kristen se entrecerraron al mirarlo.

—Estoy cansada de decirte lo que espera hacer, cansada de explicarte la verdad cuando no estás dispuesto a creerla. Piensa lo que te plazca.

Le volvió la espalda, pero continuó tensa, esperando que él se alejase. Royce no se marchó inmediatamente. Kristen imaginó que él hacía todo lo

Librodot

posible para controlar el nuevo sentimiento de furia porque ella lo había despedido de ese modo. Se habría tranquilizado mucho si hubiese visto que los ojos del sajón se limitaban a recorrer el cuerpo femenino, y a revelar durante un instante el anhelo de su propia alma.

Librodot

15

La mañana siguiente Kristen no estaba de buen humor. Se había mostrado franca y sincera con el sajón, revelándole sus sentimientos, y ofreciéndole esa ventaja sobre ella, pese a que era su enemigo, y la única respuesta había sido la hipocresía del hombre. El la deseaba, y sin embargo estaba decidido a cerrar los ojos a ese hecho, y a ella, de modo que la consecuencia era que ambos sufrirían. Si eso no bastaba para inducirla a pensar que era más tonta que el propio Royce, ahí estaba Eda, que había presenciado el enfrentamiento y no se sentía muy complacida.

—No lo irrites más, mujerzuela — había advertido con enojo a Kristen —. Lo lamentarás si en efecto te lleva a la cama, porque nunca serás más que una esclava para él.

Eso bien podía ser cierto, y comprenderlo enfureció a Kristen. ¿Estaba dispuesta a entregarse a un hombre que quizá nunca la amase? Se había sentido tan segura de que lograría atraerlo... pero ahora alimentaba dudas, y no le agradaba sentirlas. Esa situación debilitaba su confianza y la deprimía terriblemente.

Esa mañana estaba limpiando las habitaciones de frente de la casa, como hacían todos los días. La habitación de Royce era una de ellas. Kristen había contemplado antes el lecho del guerrero con un sentimiento de excitación. Esa mañana sintió deseos de destrozarlo. En realidad, golpeó con tal fuerza la almohada, que las plumas brotaron por las costuras.

—Pasas de un extremo al otro — comentó Eda, meneando la cabeza a Kristen —. No pienses más en él.

—Déjame en paz — advirtió Kristen —. Anoche ya dijiste lo que pensabas.

—Pero no ha sido suficiente. Si concebiste la idea de dañarlo, será mejor que lo pienses de nuevo.

Para Kristen fue la gota de agua que colmó el vaso, después de pasar una noche miserable meditando en los nuevos sentimientos provocados en ella por el sajón.

—¿Dañarlo? — rezongó Kristen —. Si daño a alguien será a ti, en caso de que no ceses de molestarme.

Eda retrocedió, cautelosa. Había tendido a descuidarse con Kristen, quien hasta ese momento no le había demostrado hostilidad. También había empezado a simpatizar con la muchacha, olvidando que pertenecía a una raza que prosperaba en la muerte y la destrucción. Tanto se había descuidado que solía estar a solas con la joven, como en ese momento. Y cuando la miraba, cuando veía a la mujer joven y alta ardiendo de pasión, comprendía que, encadenada o no, para Kristen sería muy sencillo alzarla en brazos y arrojarla por la ventana abierta. Tenía corpulencia y fuerza suficientes para hacerlo. No creía que fuese tan tonta como para ejecutar la acción. Pero podía hacerlo.

Eda avanzó de prisa hacia la puerta, gruñendo obstinadamente con cada paso que la ponía a distancia segura de Kristen.

—Amenazas a una vieja ¿eh? ¿Y después que impedí que los demás te maltrataran? — En la puerta se volvió para mirar, hostil, a Kristen. —

Librodot

Termina sola la tarea. Y otra cosa, mujerzuela: será mejor que tu actitud cambie, porque de lo contrario irás abajo, o pasarás el resto del día encerrada, sin comida. Ya verás que lo consigo. Y nada de trampas, porque te enviaré a uno de los hombres que se ocupará de ti. No te será tan fácil arrojar por esa ventana a un hombre.

Kristen pensó un momento en la última y extraña afirmación de la mujer, y después la apartó de su pensamiento. Era la primera vez que permanecía sola en una habitación sin llave. Era el cuarto de Royce. En pocos minutos podía destrozar lo que allí había. Nadie se lo impediría hasta que todo estuviese terminado. Después, Royce la golpearía, y ella recibiría de buena gana el sufrimiento que eso implicaba, y el olvido, y después el odio, pues aún no lo odiaba. Debía odiarlo, pero no lo hacía.

La idea era tentadora, pero más la tentaba la posibilidad de encontrar un hacha, única arma segura que podía facilitar su fuga. Había perdido demasiado tiempo concentrando la atención en el sajón, cuando debió pensar únicamente en salir de ese lugar. Un hacha cortaría persianas que cerraban su cuarto todas las noches. Tenía solo una delgada manta y una áspera sábana sobre el jergón, pero con ellas y sus propias prendas anudadas, tendría longitud suficiente para pasarla por la ventana y bajar. Con el hacha abriría la puerta que encerraba a Thorolf y al resto. Si podía encontrar un hacha, esa noche...

No había ni un hacha en la colección de armas colgadas de la pared. Kristen se inclinó sobre el gran cofre que estaba a los pies de la cama de Royce y lo abrió. Movió con cuidado las prendas que estaban arriba, pero abajo sólo encontró más ropas. Examinó el cofre más pequeño que estaba entre las ventanas, pero la cerradura de hierro no cedió, pese a todos sus esfuerzos.

Se volvió hacia la pared donde estaban colgadas las armas. Había viejas espadas, algunas ricamente tachonadas con plata, y una incluso con una empuñadura de oro puro. También lanzas, un arco, un largo garrote que seguramente era antiguo y docenas de dagas de diferentes longitudes y diseños. Ansiaba robar una de ellas, pero sabía que el espacio vació sería descubierto inmediatamente. Sin embargo, una daga podía abrir la cerradura del cofre, y hacerlo de un modo que no fuese advertido, al menos por un tiempo.

Retiró la daga más pequeña, la que tenía más posibilidades de entrar en la cerradura, y se inclinó frente al cofre. La cerradura no era sencilla. A decir verdad, no encontró el orificio que le permitiría introducir una llave.

—Mira, no está cerrado. Estás manejando un mero adorno. El cofre no está cerrado. Vamos, levanta la tapa y compruébalo. Mi primo no tienen necesidad de guardad bajo llave sus objetos valiosos. Sabe que nadie le robará en esta casa.

Kristen, movió lentamente la cabeza, temerosa, sin haber identificado la voz. El temor desapareció cuando sus ojos se posaron en la cara del hombre. Lo conocía. Conocía esos ojos celestes muy claros, esa estatura que era apenas unos centímetros superior a la suya. Nunca olvidaría la visión de ese hombre con una espada en la mano y la de Selig cayendo al suelo.

—¡Tú! — exclamó Kristen y se incorporó de un salto —. ¡Deberías estar muerto!

El no prestó atención a sus palabras. Sus ojos la recorrieron con asombro.

—¡Por el aliento de Dios! La descripción que hizo Royce de ti no es justiciera.

Tampoco Kristen lo escuchaba. Deseaba arrojarse ahí mismo sobre él, pero no estaba tan dominada por la cólera como para olvidar su cadena. Avanzó hacia él con paso lento, la cadena rozando el suelo, de modo que atrajo la atención del hombre. El recién llegado miró con repulsión sus grillos. Su evidente compasión recayó sobre Kristen. Si él no veía la daga que la joven sostenía en la mano, era hombre muerto.

Ella habló para atraer de nuevo su mirada. Lo tendría en un momento.

—No pregunté por ti. Supuse que habías muerto pues nadie te menciono.

—Estuve recuperándome. Casi me...

Ella asestó el golpe, apuntando al cuello. Los reflejos del hombre eran mejores de lo que ella había previsto, de modo que Kristen rápidamente cambió la dirección del golpe y apuntó al brazo que él había levantado para contenerla. Pero él era buen luchador, y saltó hacia atrás para evitar el golpe. Si la daga hubiese sido un poco más larga, ella le habría infligido una herida grave. En definitiva, solamente consiguió rasgarle la túnica, y dibujar una delgada línea de sangre. Kristen lo advirtió en el mismo instante en que cambió de posición para realizar un ataque lateral sobre el cuello de su antagonista.

La mano izquierda del sajón le atrapó la muñeca a pocos centímetros del blanco al que ella había apuntado. Pero el hombre no tenía mucha fuerza en su mano y ella había volcado todo el peso de su cuerpo en la acometida. La hoja arrancó sangre de nuevo, y él no pudo impedirlo, a lo sumo desviar el golpe, obligándola a bajar la mano.

A pesar de su estatura era un hombre delgado, de ningún modo tan vigoroso como Royce. Y Kristen tenía la fuerza suplementaria que le daba el impulso de venganza. No pudo retener la muñeca de la joven con la mano izquierda. Ella sintió que el apretón se aflojaba, e intentó un vigoroso ataque. La hoja entró en el pecho, antes de que la mano derecha del hombre viniese a ayudar a la izquierda y retirase la daga.

—¡Por Dios, mujerzuela, acaba de una vez!

—¡Cuando estés muerto, perro sajón!

Con la mano libre, Kristen aferró un puñado de cabellos del hombre para obligarlo a perder el equilibrio. Pero él acercó el cuerpo al de la joven, y le sujetó el brazo derecho de modo que ella no pudo usarlo libremente, y él la obligó a abrir los dedos que sostenían la daga. Kristen gritó encolerizada cuando sintió que el arma se le caía de la mano. El cometió el error de soltarla en ese momento. Antes de que pudiese volverse para enfrentarla, Kristen juntó las dos manos y las descargó sobre las espaldas de su enemigo.

El golpe lo envió trastabillando hacia el corredor, y allí golpeó contra la pared contraria. La daga había caído al suelo, a mitad de camino entre ambos. Kristen saltó hacia ella, pero la maldita cadena le sujetó los pies de modo que la vikinga perdió el equilibrio. El primo de Royce se volvió en el momento mismo en que ella caía y se arrojó sobre la joven. El impulso los llevó de nuevo al cuarto, donde cayeron pesadamente al suelo. Este habría sido el fin de la resistencia de Kristen si ella hubiera sido una mujer

pequeña. En efecto, Alden creyó que ella estaba acabada. Había caído sobre la muchacha y con cada mano aferraba una muñeca, y las sostenía junto a la cabeza de su enemiga. La miró confundido y un poco impaciente.

—¿Por qué? — preguntó —. Royce dice que no te mostraste hostil con nadie. ¿Por qué conmigo?

—¡Mataste a Selig! ¡Yo lo vengaré!

Lo arrojó a un costado en el momento de pronunciar la última palabra. Un instante después estaba sobre él y le sostenía la cabeza con ambas manos. Dos veces le golpeó la cabeza contra el suelo antes de que unos brazos la tomasen de la cintura y la apartaran.

Kristen se debatió y los brazos la apretaron más fuerte, cortándole la respiración, y una voz silbó en su oído: —¡Quieta!

¡Oh, qué injusticia! ¡Era él! Kristen podía luchar contra todos, pero no contra él.

Obedeció la orden, y aflojó los músculos entre los brazos de Royce, pero continuó mirando fijamente al hombre tendido en el suelo. En un instante más lo habría aturdido lo suficiente para correr y retirar otra arma de la pared. Y esta vez habría elegido una que pudiese ejecutar la tarea. ¿Por qué tenía que aparecer el sajón?

—Alden, ¿qué demonios estabas haciendo? — preguntó Royce.

—¿Yo? — Alden se sentó, meneando la cabeza. —¡Mírame! ¿Te parece que estaba haciendo algo?

—No, y quiero saber por qué. Si me dices que una mujer te ha vencido dos veces, que Dios me ayude…

—Ten compasión, Royce — dijo Alden —. Me siento muy débil, y ella no es precisamente una frágil mujer. Trata de luchar contra esta joven y ya verás cómo te va.

—No es más que una mujer — murmuró despectivamente Royce. Dicho esto, apartó a Kristen, con un empellón que sólo consiguió apartarla a tropezones antes de que ella reaccionara y alzara la cabeza para mirarlo hostil.

—Nada más que una mujer, ¿eh? — Alden meneó de nuevo la cabeza. — Bien, esta mujer posee un extraño conocimiento de las armas, de modo que no me digas que no te lo advertí, si bien parece que sólo de mí desea vengarse.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo.

Royce se volvió hacia Kristen.

—¿Por qué? — repitió. Ella cruzó las manos sobre el pecho y rehusó contestar. Royce estaba perdiendo rápidamente la paciencia y se dirigió a Alden: —¿Qué te dijo?

—Que maté a alguien a quien llama Selig. Afirmó que lo vengaría.

—Sin duda, un amante.

—¡No era un amante! — escupió Kristen, los ojos sombríos de furia.

—Entonces, ¿quién era?

—Sajón, nunca lo sabrás.

—¡Por Dios, me lo dirás! — explotó él, y la aferró del brazo para sacudirla.

—¿De veras? — preguntó ella en son de burla. —¿Y cómo lo conseguirás? ¿Me golpearás, me aplicarás la tortura? Puedes hacerlo, pero sólo te diré lo que quiero decirte, y nada más. Y tampoco te pediré compasión, sajón, de modo que bien puedes matarme ahora y acabar de una vez.

—¡Vete abajo! — gruño Royce, empujándola de nuevo.

Ella se alejó lentamente, pero su cuerpo se mantenía tan erguido y altivo como el de una reina. Royce miró inquieto hacia la puerta después de que ella se marchó, y finalmente se volvió hacia su primo, en el momento mismo en que Alden se incorporaba.

—No, nada más, Royce. Que Dios me ayude, ya oiré bastantes gritos cuando Darrelle vea esta sangre.

—En ese caso, cura tú mismo tus nuevas heridas y no digas palabra sobre esto. No estás gravemente herido ¿verdad?

—Comenzaba a preguntarme si eso te interesaba — dijo Alden con una sonrisa —. No, sólo unos rasguños... aunque Dios sabe que estuve a un paso de que me degollase. Pelea como un demonio, y no me ofreció ningún indicio cuando se preparaba para atacarme.

—Atiende tus heridas, Alden — dijo disgustado Royce.

—Me propongo hacerlo antes de que Darrelle tenga la oportunidad de confinarme otra vez en mi cuarto. Por tratarse de una hermana afectuosa, su amor es sofocante.

—¿Alden?

—Sí. — El hombre se volvió en la puerta.

—Apártate de ella.

Alden sonrió.

—Esa advertencia es innecesaria. Con esa mujerzuela ya he tenido contacto suficiente para toda la vida.

Librodot

16

Royce se recostó en el respaldo de la silla, y esperó que Alden terminase su turno en el juego de dados. Era el día más caluroso del verano, y aunque la mesita frente a la cual estaban sentados había sido puesta junto a una ventana abierta, apenas soplaba cierta brisa fuera que poco refrescaba la sala.

Algunos hombres de Royce se había acomodado alrededor del gran barril, pese a que era apenas el atardecer. Habían pasado la mañana instruyendo a los hombres menos aptos en las artes de la guerra, pero el calor los había empujado desde temprano a la tranquilidad de la sala. Era un día en que sólo se hacían las tareas más indispensables.

Era el primer día en que Alden se aventuraba en la sala después de la llegada de los vikingos. Habían transcurrido dos días desde el incidente que lo había obligado a regresar a su lecho. Una de sus nuevas heridas era más grave de lo que él había sospechado al principio, y la hemorragia se había prolongado, pues él esperó demasiado tiempo antes de pedir a Eartha que lo curase. La pérdida lo había debilitado hasta el punto en que la cama, de nuevo, le parecía un lugar agradable. El único consuelo que tenía era que Eartha había mantenido cerrada la boca, y Darrelle aún no sabía nada del segundo y desastroso encuentro con la mujerzuela vikinga.

Royce no se había sentido muy feliz al ver la fea herida del pecho, cuando ese mismo día se acercó a Alden. Inmediatamente ordenó que aplicasen a Kristen una nueva cadena, que estaba asegurada a la pared de la cocina y a la que unía los pies de la muchacha, de modo que Kristen sólo podía llegar hasta la mesa larga donde ejecutaba la parte de su trabajo.

Cuando se calmó su cólera lamentó haber impartido la orden. Sabía que ella detestaba los grillos. Sin duda, mucho más odiaría esa nueva cadena que limitaría tanto sus movimientos. A partir de ese momento, él no había sido capaz de mirarla. No deseaba ver el sufrimiento reflejado en el hermoso rostro. Tampoco quería ver el odio que sin duda la vikinga sentiría hacia él.

Royce no sabía qué hacer con Kristen. Estaba ante un dilema que nunca había afrontado antes, y no tenía con quién tratar el asunto. Siempre había podido hablar de sus problemas con Alden, pero esta vez no deseaba que ni él ni otro cualquiera supiese cuán intensamente lo turbaba esa mujerzuela.

Por mucho que intentase evitarlo, ella estaba constantemente en su pensamiento. No podía escapar de su influjo, ni siquiera cuando dormía, porque ella también invadía sus sueños. No se parecía a ninguna de las mujeres que él había conocido. Ni una sola vez la había visto llorar o quejarse de su destino. Tampoco se había acobardado ante él. Odiaba sus grillos, y sin embargo no había rogado que se los quitasen, como habrían hecho otras mujeres. No pedía cuartel ni compasión, de hecho, no había pedido nada, es decir nada excepto... la persona del propio Royce. Había dicho que lo deseaba.

¡Dios, cómo le habían desgarrado las entrañas esas palabras, y cómo casi habían destruido su firme decisión cuando ella las pronunció! Royce había afirmado que sospechaba que ella tenía la intención de embrujarlo. Que

tuviese o no esa intención, lo cierto es que él ya se sentía embrujado, y tal era la situación desde él día en que la habían bañado y revelado la increíble belleza que se ocultaba bajo la suciedad.

Royce nunca había sentido un deseo tan intenso como el que esa mujer despertaba en él. Ni siquiera Rhona, a quien había deseado más que a todas las mujeres del mundo lo había afectado jamás tan profundamente. Era suficiente que volviera los ojos hacia la mujerzuela para que perdiese el dominio de sí mismo. En esos casos, le hervía la sangre. Le dolía el cuerpo a causa del deseo.

La otra noche ella casi había desbordado los límites de la resistencia de Royce. El había regresado a la sala con la intención de retirarse a su cuarto, y nunca hubiera debido detenerse para mirarla, pues se sentí atrapado, hipnotizado, por los movimientos lentos y sensuales de Kristen, y contemplaba cómo la mano de la joven se elevaba hasta la cara para retirar un mechón de cabellos rubios, y la veía estirar la espalda arqueada, y avanzar los pechos, dibujados más firmemente. Era como si una línea invisible lo sujetase; fue entonces cuando avanzó hacia ella sin pensarlo conscientemente, y nada hubiera podido impedirle que saborease esos labios seductores cuando al fin estuvo cerca.

Le hubiera agradado creer que era una bruja vikinga, poseedora de una magia especial revelada por sus muchos dioses. Ciertamente, de ese modo se explicaba el dilema que él estaba afrontando: cómo podía detestarla y simultáneamente desearla. Kristen provocaba en él sentimientos que el propio Royce no entendía. No debería inquietarlo que ella sufriese, pero lo molestaba. No debía importarle que ella fuese una prostituta, pero eso lo inquietaba. Experimentaba una agitación irracional cada vez que pensaba en los muchos hombres con quienes ella se había acostado, quizá todos los tripulantes del barco; por ese mismo evitaba evocar ese pensamiento. Pero saber que ella se había preocupado más por uno que por todo el resto, y con tal intensidad que deseaba vengar su muerte, lo inflamaba todavía más.

Había preguntado a Thorolf quién era este Selig, pero el astuto vikingo había respondido con otra pregunta, y había querido saber qué había dicho Kristen. Era evidente que no recibiría confidencias de los compañeros de la muchacha, de manera que Royce no había dicho más. Era como Kristen decía: sabría lo que ella deseara que supiera, y al parecer ya no estaba dispuesta a decirle nada más.

—Royce, si no deseas terminar el juego, dilo de una vez.

—¿Qué?

—Terminé mi vuelta hace varias horas.

Royce se inclinó hacia delante, y recogió los dados.

—No exageres, primo. Tengo muchas preocupaciones.

—Últimamente te he visto varias veces muy pensativo. Por supuesto, no me extraña en vista de todo lo que ha sucedido esta verano. ¡Y ahora recibimos la noticia de que el rey viene a visitarnos!

—Vendrá cuando venga—gruñó Royce —. Eso no me preocupa.

—¿No? entonces, seguramente te inquietan los prisioneros — aventuró Alden —. ¿O sólo tienes en la mente a un prisionero?

—¿A quién?

Librodot

—En efecto, ¿a quién? — repitió Alden riendo —. Vamos, Royce. ¿Por qué no me dijiste que era tan hermosa?

—Y tú, Alden, dime una cosa. Dos veces intentó matarte. ¿Por qué puedes reírte cuando hablas de ella?

—Imagino que tiene sus razones, pero incluso así, ¿quién podría odiar a una mujer tan hermosa?

—Yo puedo.

—¿De veras? ¿Por qué? ¿No le atribuirás la culpa de lo que han hecho los daneses? No es danesa.

—Olvidas que sus compañeros vinieron aquí para atacar y matar, y habrían destruido Wyndhurst si no los hubieses detenido en el bosque.

Una vocecita se incorporó a la conversación

—Habrían pasado de largo por aquí.

Royce y Alden miraron a Meghan que se había acercado a la mesa, en silencio, para observar el juego. Royce frunció el ceño, pero se apresuró a adoptar una expresión más benigna cuando Meghan bajó los ojos.

Preguntó con voz amable: —Pequeña, ¿por qué dices eso?

La niña lo miró, y se acercó más cuando advirtió que él no estaba molesto porque los había interrumpido.

—Kristen me lo dijo. Dijo que querían llegar al monasterio de Jurro, y sólo por el botín.

—¿Cuándo le hablaste?

—Un día después de que la trajeran a la casa.

—Meghan ¿te dijo otra cosa?

—Muchas cosas. Habló de su familia. Dijo que su padre es más alto que tú, y también tiene un carácter terrible. — Meghan se interrumpió, al advertir lo que había dicho sin querer. — No quise decir…

—Por supuesto, quisiste decirlo — bromeó Alden, y sonriendo la sentó sobre sus rodillas —. Todos sabemos que tu hermano tienen un temperamento terrible.

Royce sonrió a la niña para demostrarle que no estaba furioso.

—Continúa, pequeña. ¿Qué más te dijo la mujerzuela?

—No estarás revelando secretos, Meghan, ¿verdad? — continuó bromeando Alden.

—¡Alden! — dijo impaciente Royce.

—Ajá, estás interesado, ¿verdad?

Meghan sorprendió a los dos al pregunta: —Royce, ¿por qué ordenaste que la encadenasen a la pared?

Royce estaba irritado con Alden, y contestó con un gesto despectivo.

—Porque quiso matar a nuestro primo, y él no tiene fuerza suficiente para protegerse, de modo que he tenido que intervenir.

Meghan se volvió sobre el regazo de Alden, y miró asombrada al joven.

—¿Por qué quiere matarte?

—¿Por qué? — se quejó burlonamente Alden —. Soy un hombre tan bueno…

—Entonces, seguramente estáis equivocados — dijo Meghan.

—No, pequeña, en realidad es cierto — reconoció Alden —. Parece que maté a alguien a quien ella llama Selig, y dice que quiere vengar su mujerte.

—¿Tú mataste a Selig? — exclamó Meghan —. ¡Oh, Alden! ¿Por qué tuviste que ser tú? Estoy segura de que te odia terriblemente.

Royce se inclinó sobre la mesa y aferró el mentón de su hermana para obligarla a mirarlo.

—Meghan, ¿sabes quién era Selig? — preguntó en voz baja.

—Sí, ella me dijo quién era, ¡pero se impresionó tanto cuando lo mencionó! Fue después que yo le dije que Jurro había sido destruido por los daneses. Afirmó que Selig y la mitad de los hombres murieron por nada. Me asustó esa vez, porque golpeó la mesa con los puños, y después la volcó. Desde ese día no le hablé, pero ahora imagino que se mostró violenta sólo a causa de su dolor. Antes, siempre se había mostrado muy buena conmigo.

—Sí, puede ser una mujerzuela muy cordial cuando le conviene — murmuró Royce para sí mismo, pero no olvidó lo que le interesaba más —. Meghan, ¿quién era Selig?

—¿Alden no se lo preguntó?

—¡Meghan!

Ella palideció ante la voz potente y se apresuró a responder: —Su hermano, Royce, dijo que era su amigo y su hermano.

Incluso en la confusión que sentía después de oír estas palabras, Royce advirtió la ansiedad de la niña, y se maldijo, porque la había provocado con su impaciencia.

—Meghan, querida, no estoy enfadado contigo.

—¿Ni siquiera por haber hablado con ella?

—No, ni siquiera por eso — le aseguró —. Y ahora, ¿por qué no vas a ver los tesoros que Darrelle encontró? Trajo aquí parte de la carga que encontramos en el barco vikingo. Dijo que había adornos que podréis usar en vestidos nuevos tú y ella.

Meghan caminó alegremente hacia el fondo de la sala, donde estaban reunidas las mujeres. Royce miró fijamente a Alden, y advirtió que su primo estaba tan sorprendido como el mismo.

—¡Un hermano! — dijo incrédulo Royce —. ¿Cómo es posible que tuviese un hermano entre esos hombres? Eso significaría que él sabía que estaba allí, y que lo toleraba.

—Tal vez nos equivocamos al suponer que es una prostituta — sugirió Alden.

—No — replicó irritado Royce —. Ella misma lo reconoció.

Alden se encogió de hombros.

—En ese caso, es posible que acepten esas cosas de distinto modo. ¿Qué sabes realmente de su pueblo? Quizá no les parece mal que una mujer se entregue a muchos. ¿Quién puede negar que todas sus mujeres son prostitutas?

Royce frunció el ceño, pues recordaba que Kristen le había dicho que no conocía a las prostitutas. Pero no mencionó eso a Alden, pues vio que Darrelle se disponía a interrumpirlos.

Librodot

—Royce, mira esto — exclamó excitada Darrelle, mostrándole el vestido que había encontrado —. ¿alguna vez viste un terciopelo tan fino? Sin duda, viene del Lejano Oriente.

Royce se limitó a mirar sin interés la tela verde oscura que ella sostenía en las manos, hasta que Darrelle desplegó el vestido y lo sostuvo sobre su propio cuerpo, de modo que la cubrió por completo. Era un vestido sin mangas y, en efecto, muy lujoso, con perlas preciosas que formaban una gruesa hilera sobre la profunda V del cuello. Otra hilera de perlas formaba la estrecha cintura, y al parecer cumplía funciones de cinto. Una hebilla de oro macizo servía para sujetar el cinto.

—Hay otro vestido del mismo corte — continuó diciendo Darrelle —. Y zapatos haciendo juego, con líneas de oro puro, y también un collar de piedras de ámbar. Todo estaba en un mismo atado. Royce, ¿regalarás estas prendas a Corliss? Sin duda le encantarán unos regalos tan lujosos. De lo contrario, yo misma puedo usarlos. De todos modos, habrá que reformar los vestidos. Es necesario agregarles mangas, pero puede usarse la misma tela, pues habrá que acortar bastante. Como ves, los vestidos son demasiado largos; supongo que las mujeres noruegas son todas gigantescas. Para usar vestidos tan largos tienen que serlo.

Royce observó el segundo vestido, depositado en el suelo, a los pies de Darrelle.

—Prima, lleva todo a mi habitación.

—¿No quieres que los reforme? — preguntó ella decepcionada.

—No, todavía no.

Apenas Darrelle se alejó, los ojos de Royce se volvieron hacia el sector de la cocina, al fondo de la sala, y se fijaron en Kristen. La joven estaba de pie, la cabeza inclinada sobre la tarea que ejecutaba, y sin embargo sobresalía por lo menos quince centímetros comparada con las restantes mujeres. El cuerpo largo y grácil vestía las mismas prendas que le habían entregado, muy estrechas para ella y excesivamente cortas.

—Primo, ¿qué estás pensando? — preguntó Alden con suspicacia, al verlo distraído.

—Esas prendas pertenecen a mi bonita nueva esclava — replicó Royce sin apartar la mirada de Kristen.

—Vamos, ¡No puedes pensar eso! — se burló Alden —. Si viste ropas tan lujosas, no es una mujerzuela común. Ni siquiera la reina Ealhswith tiene un terciopelo verde tan fino. Y solamente las perlas valen una fortuna.

Royce volvió los ojos hacia Alden, la expresión ya no tan intensa, pero igualmente reflexiva.

—Imagino que eso es improbable, pero lo comprobaré antes de que termine el día.

—¿Cómo? No bastará preguntarle si las ropas son suyas. Te dirá que sí, sea cierto o no, pues, ¿qué mujer no reclamará vestidos tan hermosos cuando nadie puede desmentirla?

—Veremos…

Royce lo dijo con expresión tan siniestra que Alden dedicó un instante a compadecer a la mujerzuela vikinga, y a preguntase qué métodos bárbaros

Librodot

se proponía usar su primo para obtener la verdad. En todo caso, le pareció preferible abstenerse de preguntar.

Librodot

17

El trabajo del día estaba terminado, y Kristen deseaba descansar en su jergón. El calor intenso del día la había agotado, y además tenía que soportar el calor del hogar, cerca del cual estaba encadenada, y donde no corría la más mínima brisa.

Habría podido besar a Eda cuando la anciana se inclinó para retirar la nueva cadena que Kristen tenía que usar, pero se contuvo. Eda continuaba mostrándose hosca a causa de la brusquedad que Kristen le había mostrado varios días atrás. Kristen ya se había disculpado, pero eso no había contribuido mucho a suavizar a la anciana. Y su malhumor agravaba la carga de Kristen, pues Eda era la única con quien ella podía hablar. Si la anciana la trataba con frío silencio, el día de Kristen era en verdad muy tedioso.

Eda se llevó a Kristen, pero no la empujó hacia la escalera, el camino que solía seguir a la hora de acostarse. Le dijo secamente que debía darse un baño. A pesar de su cansancio, Kristen no estaba dispuesta a quejarse por eso. Sería apenas el segundo baño desde que la habían llevado a la casa. Sabía que Darrelle se bañaba con bastante frecuencia durante la semana, y que otro tanto hacía Royce, pero los criados rara vez tomaban baños. Acostumbrada a la limpieza, como era el caso de Kristen, el pequeño cubo lleno de agua que le entregaban diariamente para higienizarse, sencillamente no era apropiado.

La idea de que volvería a lavarse de la cabeza a los pies levantó su ánimo. Pero no fue un baño cómodo, pues los restantes criados estaban esperando con el propósito de utilizar la misma agua. De todos modos, ella fue la primera que entró a la bañera, de modo que su situación fue muy distinta. Esta vez el agua estaba tibia, y limpia, y en el cuartito sólo la acompañaba Eda.

Mientras Kristen se bañaba y se lavaba de prisa el cabello, Eda procedía a lavar las únicas prendas que la joven usaba. Se le entregó una túnica sin forma, de lana delgada y tosca, con el propósito de que la usara durante la noche, mientras se secaban sus prendas. No era más que un largo rectángulo de lienzo gris, con un círculo recortado en el centro para permitir el paso de la cabeza. Ajustado a los costados con un cinturón era suficiente para cubrirla, aunque por supuesto, como todas las restantes prendas, era demasiado corta para ella. Pero abajo no llevaba nada, y se sentía desnuda. La única razón por la cual no protestó ante la exigencia de usar una prenda sin costuras laterales era que después del baño debía ir directamente a su dormitorio.

Pero contrariamente a lo que había supuesto Kristen, no debía ir directamente a su cuarto. Una vez arriba, Eda la obligó a seguir caminando, después de pasar frente a la puerta del cuartito, y la anciana no se detuvo hasta que llegó al final de un corredor, donde estaba la habitación del señor. Kristen retrocedió cautelosamente.

—¿Por qué? — preguntó cuando Eda llamó a la puerta.

Eda no se molestó en mirarla, pero Kristen vio que se encogía de hombros.

—Hago lo que me ordenan. No me explican las razones.

—¿El dijo que deseaba verme?

—El dijo que te trajese aquí. Y aquí estás.

Eda abrió la puerta y esperó a que Kristen entrase. La joven vikinga vaciló, pero sólo un instante. No temía, pero no veía por qué la llevaban allí de noche. Si Royce deseaba interrogarla otra vez, lo habría hecho durante el día.

Entró a la habitación, por la fuerza de la costumbre dando pasitos cortos, pese a que después del baño Eda no le había puesto los hierros. Como la última vez que la habían llevado allí después del baño, Eda traía los anillos y las cadenas, y lo mismo que la vez anterior depositó todo sobre la mesa de Royce y salió de la habitación, cerrando tras ella la puerta.

Royce estaba de pie junto a una de las ventanas abiertas, de frente a Kristen. Ella ya estaba familiarizada con esa habitación, de modo que no paseó la mirada por el lugar, y en cambio observó directamente a Royce, esperando enterarse de la razón por la cual la habían llevado allí. La túnica que usaba la avergonzaba un poco. Debería haberse negado a recibir esa prenda. Si se aflojaba el cinturón, prácticamente estaría desnuda. No era modo de comparecer ante un hombre. Pocos días antes quizás ella hubiera contemplado una táctica parecida para quebrar el control de Royce, pero ahora no estaba segura de que aún lo deseaba. No, eso no era cierto. Todavía lo deseaba. De lo que no estaba segura era de que fuese buena idea conseguir lo que quería.

—He observado que las prendas que te dieron no se ajustaban muy bien a tu cuerpo.

Era lo que Kristen menos esperaba oír de los labios de este hombre. Que él estuviese pensando en su ropa, precisamente cuando ella pensaba en lo mismo, originó en Kristen el deseo de echarse a reír. Se contuvo.

—¿Te limitaste a observarlo?

—Sobre mi cama hay un vestido. Mira si te va bien.

—¿Deseas que me lo pruebe ahora?

—Sí.

—¿Saldrás, o te quedarás para mirar?

Royce se irguió ante la pregunta sarcástica. Por supuesto, a ella poco le importaba que él la mirase o no. Seguramente estaba acostumbrada a que los hombres la viesen desnuda. El mal carácter de Royce, comenzó a manifestarse, y al parecer sería difícil detenerlo.

Cuando replicó, lo hizo en tono cáustico.

—Mujerzuela, no deseo verte desvestida. Te volveré la espalda mientras te vistes.

Cobarde, pensó Kristen. Y replicó a Royce: —cuánta nobleza de tu parte.

Kristen se volvió hacia la cama para tomar el vestido, pero apenas había dado un paso cuando se detuvo bruscamente. El terciopelo verde estaba extendido sobre la cama, de manera que ella podía verlo claramente, y distinguir las hileras de perlas. Pero aunque no hubiese sido así, habría identificado la tela de ese vestido. Era su favorito, pues se lo había confeccionado su madre, y ella detestaba coser. Precisamente por esta razón el vestido era tan especial para Kristen. Brenna había pasado muchas horas

Librodot

el último año con el propósito de regalarle el vestido a su hija durante el festín del solsticio de invierno.

—¿Qué esperas?

Kristen miró por encima del hombro y vio que él no le había vuelto la espalda y en cambio la observaba. La joven descubrió la trampa. Si el quería vela ataviada con ese vestido, sólo podía haber una razón: creía que le pertenecía. Y un vestido así no podía ser propiedad de una prostituta. Seguramente eso era lo que Royce pensaba.

Kristen tenía sobradas razones para sospechar de los motivos de Royce. Y hubiera sido absurdo ocultar el hecho de que ella sabía lo que el sajón se proponía. Era demasiado evidente.

Decidió pasar al ataque.

—¿Qué significa esto?

—¿Qué significa qué?

Ella lo enfrentó, y entrecerró los ojos ante la evasiva intencionada.

—Milord, ¿por qué deseas que me pruebe este vestido?

—Ya e expliqué la razón.

—Sí, para ver si me cae bien. De ser así, ¿me lo darás? Creo que no. Entonces, ¿cuál es tu propósito?

—Mujerzuela, no te corresponde cuestionar mis motivos.

La irritación se manifestó francamente.

—¡Puedes decir eso a tus esclavos que nacieron esclavos! ¡Olvidas quién soy!

—¡No! — gritó Royce —. ¡Precisamente de lo que se trata es de saber quién eres!

—¿Otra vez? — Ella fingió sorpresa, pero en realidad temía porque le pareció que él estaba dispuesto a manifestar francamente sus sospechas. — ¿Qué tiene que ver un vestido con lo que soy?

—Es tuyo, ¿verdad?

Ella sintió deseos de maldecirlo por ser tan sagaz, pero en cambio le dirigió una sonrisa.

—¿Eso crees? Si te descuidas, dentro de poco dirás que soy virgen.

—¿Lo eres?

—Milord, ¿no quieres comprobarlo personalmente? — preguntó con un gesto provocativo y descarado, representando el papel, pero rogando a los dioses que él no la obligase a llegar hasta el final. La agresividad sexual de Kristen lo había irritado antes, y esta vez tuvo el mismo efecto. La miró, irritado, y ella se echó a reír. Presionó todavía más en el mismo sentido. — Vamos, milord ¿cómo puedes creer que una persona como yo sea dueña de un vestido de una princesa, o de la esposa de un rico mercader.

—¡O de una prostituta que tiene un amante rico demasiado generoso! — explotó Royce, sin soltar la presa.

Kristen le dirigió una sonrisa picante.

—Sajón, me concedes más mérito del que merezco. En verdad, me halagas. Pero te aseguro que si hubiera tenido un amante rico, jamás habría permitido que se me escapase de las manos.

—Muy bien, has negado que el vestido es tuyo. Ahora, desmiente mis sospechas y póntelo.

—No lo haré. Es cruel de tu parte pedírmelo.

—¿Por qué?

—Sería un lujo inaudito sentir ese terciopelo sobre mi piel después de usar tus toscos harapos de esclava. Pero, ¿cuánto tiempo puedo usar ese vestido? Sólo hasta el momento en que tus ridículas ideas acerca de mi persona se vean desmentidas — dijo Kristen —. Y entonces, me devolverás los harapos. ¿Eso no es cruel?

Royce le sonrió. Era la primera vez que ella lo veía sonreír. El gesto suavizó la dureza de su cara, y ella se sintió más reanimada.

—Mujerzuela, sabes manejar las palabras, y tienes respuesta para todo. Pero olvidas una cosa: en la situación en que estás, no puedes adoptar decisiones ni elegir. Harás lo que te ordenan, no importa lo que sea, y al margen de que te parezca cruel o no. ¿Estás en condiciones de entender una verdad tan sencilla?

—Sí.

—Entonces, ponte el vestido.

Había hablado con voz suave y agradable, pero dijo con mucha firmeza la última frase. No importaba lo que ella dijese, Royce estaba decidido a ver cómo le caía el vestido. Y lo que vería si ella se lo ponía, era que la prenda le ajustaba perfectamente. Sabría que le pertenecía. Y comprendería que ella le había mentido. Un momento antes él había podido preguntarle si era virgen, y eso significaba que algo lo había inducido a sospechar que Kristen no era una prostituta. Ese hombre quería pruebas, y estaba dispuesto a conseguirlas de un modo o de otro antes de que ella saliese de la habitación.

En una cosa se equivocaba. Sí, ella podía elegir. Podía ponerse el vestido y ver cómo él se convertía en un ser cruel y vengativo, y la violaba perversamente sólo por su propia crueldad, porque eso era lo que él había dicho que haría si se encontraba ante una virgen. O bien podía inducirlo a que la amase apasionadamente, porque él la deseaba como ella lo deseaba.

En todo caso, Kristen sabía que había llegado el momento. Esa noche perdería su virginidad. Y la decisión era sencilla. No podía soportar la idea de que su primer encuentro con un hombre fuese algo que ella recordaría más tarde con repugnancia. Royce la deseaba, pese a que detestaba reconocerlo. Ella lo deseaba. La unión de ambos sería realmente hermosa. Ella se negaba a permitir que las cosas fuesen distintas, sobre todo esa primera vez. Si él tenía que descubrir que Kristen era virgen, lo haría después de realizar la experiencia. Y en ese caso poco importaría. Y si ella tenía suerte, tampoco a él le importaría. Pero aunque él reaccionara de distinto modo, ella podría apelar entonces a otras defensas, y a la ventaja de conocer íntimamente a aquel hombre.

—¿Cuánto piensas hacerme esperar? — oyó que decía la voz de Royce interrumpiendo bruscamente sus pensamientos

—La noche entera, milord — dijo suavemente Kristen —. No pienso colaborar con esta tontería.

Librodot

Royce se acercó a ella con movimientos coléricos. Cuando se detuvo y Kristen lo miró, la joven tuvo la sensación de que él deseaba ponerle la mano encima y sacudirla.

—¿Te atreves a desafiarme?

Ella respondió con una mirada inocente a la expresión furiosa del hombre.

—¿Eso te sorprende? He sabido que los vikingos somos audaces y atrevidos, ¿y acaso no dijiste que yo era descarada? Lo soy. Si quieres verme ataviada con el vestido, milord, tendrás que ponérmelo tú mismo.

—¿Crees que no lo haré?

—No, no lo harás.

Era un desafío que él no podía eludir. Con un solo movimiento, Royce desató el cinturón de Kristen, después le pasó la túnica por la cabeza y la arrojó al costado. Pero no quería mirarla, por lo menos no por debajo de la cara. Durante un momento prolongado sus ojos perforaron los de Kristen. Después, él se volvió y caminó hacia la cama para tomar el vestido de terciopelo.

Cuando giró para acercarle el vestido la vio de cuerpo entero. Si hubiera podido evitar eso, si hubiese mantenido los ojos fijos sólo en la cara de la joven, quizá Royce habría logrado su propósito. Pero tal como se dieron las cosas, no pudo moverse, tan confundido quedó.

Ella estaba de pie, orgullosa y sin el más mínimo sentimiento de pudor a causa de su desnudez. No intentaba cubrirse, y él la miró larga y atentamente, devorando la realidad de lo que antes sólo había podido imaginar. Le pareció muy bella y perfectamente formada, a pesar de su estatura.

Royce no advirtió que había caminado hacia ella, pero estaba de pie al lado de la joven, y había olvidado el vestido de terciopelo, que yacía en el suelo. Lo olvidó todo cuando alzó las manos para encerrar entre ellas las mejillas de Kristen, e inclinó la cabeza para saborear el néctar de sus labios. Lentamente saboreó el beso, al principio con dulzura, y después con toda la intensidad de su ansia.

Durante esos primeros instantes estaba tan poseído por el deseo que no habría advertido nada si Kristen hubiese opuesto resistencia. Pero ella no se resistía en absoluto. Como antes, le devolvía el beso con abandono, sin ataduras. Una parte de Kristen temía que él se interrumpiese, como había sucedido antes. El resto de su ser desplegaba un caudal de nuevas sensaciones.

No era necesario que se inquietara. Royce no podía detener lo que había comenzado. No lo sabía, pero había perdido su batalla destinada a resistir la seducción de Kristen, y eso incluso antes de que ella entrase a su dormitorio. No controlaba sus actos, y por una vez eso no le importaba. Sólo la pasión lo gobernaba, una suerte de locura que no se calmaría ni siquiera con el goce.

Kristen gimió cuando la boca de Royce se apartó, pero fue sólo un momento, pues él se inclinó para alzarla en brazos. La joven experimentó un momento de pánico, no por lo que vendría, sino por la nueva y precaria posición en que se encontraba. No la habían alzado así desde que era niña.

Royce la sostenía con firmeza, y no tenía prisa para soltarla; permaneció así, de pie, un momento prolongado, y volvió a besarla. Los brazos de Kristen le rodearon el cuello, y retuvo la boca del hombre firmemente unida a sus propios labios, y el beso se acentuó mientras él la llevaba hacia su cama.

La depositó muy lentamente, de manera que los labios de ambos no se separaran. Y después él yació junto a Kristen, y sólo su pecho se inclinaba sobre ella, mientas continuaba besándola. Esto no era suficiente para Kristen. Se volvió hacia él con el fin de sentir el contacto de todo el cuerpo de Royce, y se esforzó por alcanzar cada centímetro de su ser. Pero tampoco eso fue suficiente. Las prendas que él vestía la molestaban, y le irritaban la piel.

Royce apenas tenía conciencia de lo que ella estaba haciendo. Se había conmovido con ese contacto total con la muchacha, pero no dejó de besarla cuando ella se apartó un poco para manipular impaciente el cinto que él usaba. Y cuando el cinto se desprendió, él cobró conciencia total de lo que ella se proponía, pues Kristen lo empujó hacia atrás y trepó sobre él, y se puso a horcajadas sobre las caderas del hombre.

Vio que ella jalaba de la túnica que él usaba, y separó un poco la espalda de la cama, para facilitarle la tarea. No pensó en ese momento qué extraño era que una mujer lo desvistiese. Estaba hipnotizado por la visión de Kristen sentada sobre él, los pechos redondos prominentes, pareciendo exigir el contacto. Y en efecto los tocó, y con cada mano apresó un firme montículo.

El sonido que ella emitió atrajo la mirada de Royce, y él contuvo la respiración al advertir el ardor en las profundidades de los ojos claros. Ella mantuvo los ojos fijos en los del sajón mientras manipulaba los cordeles de las bragas; no interrumpió el contacto hasta que llegó a los muslos, y con un movimiento súbito que él no esperaba, le desnudó el cuerpo a partir de la cintura.

Ella miró fijamente lo que había descubierto, la vigorosa raíz del hombre que ya estaba ansiando encontrarla. Que ella lo mirase así, sin recato, provocó una nueva oleada de ardor en Royce. Ella lo contempló con lo que parecía un sentimiento de maravilla, y después de nuevo, bajó los ojos y sus dedos envolvieron la erecta masculinidad.

Era más de lo que él podía soportar. Con un gemido, Royce se sentó en la cama y aferró los hombros de Kristen para tenderla sobre el lecho. Pero ella no se contentó con permanecer inmóvil. Mientras él se apresuraba a desechar las prendas restantes, los pechos de Kristen presionaron sobre la espalda de Royce, y sus manos se deslizaron y fueron a apoyarse en el pecho del sajón; una vez allí masajearon los fuertes músculos que lo recubrían.

Royce nunca se había desvestido con tal rapidez. Apenas concluyó se volvió y aferró los cabellos de Kristen, y su boca buscó la de ella en un beso que fue brutal, con la pasión que la vikinga había agitado en él.

La empujó para acostarla de nuevo, y habría concluido allí mismo su propia tortura, pero la visión de la joven yaciendo allí, ofreciéndose a la posesión, le recordó cuán a menudo el había ansiado saber cómo era Kristen, qué sentiría él al acariciar su piel. La obligó a permanecer acostada cuando ella intentaba incorporarse, y comenzó una lenta y minuciosa exploración. Yaciendo sobre el costado, apoyado en un codo para ver lo que exploraba, las manos de Royce descubrieron el terciopelo de la piel femenina.

Librodot

Fue un placer profundamente sensual para Royce. Y lo fue más para Kristen, pues él evocó tantas sensaciones maravillosas que ella creyó que no podría contenerlas todas. No había previsto que lo desearía más que antes. Se había equivocado. En ese momento ardía de deseo, y su cuerpo se ondulaba por propia voluntad, y le parecía que su piel se inflamaba y ansiaba el contacto de la mano de Royce.

Cuando los dedos de Royce se deslizaron entre los muslos femeninos, y alcanzaron el húmedo refugio que tanto lo deseaba, Kristen pensó que enloquecería a causa de la conmoción del placer. Su cuerpo se aquietó, y de lo más profundo de su ser brotó un grito. El gemido también detuvo a Royce, porque no comprendió qué sucedía. No deseaba herirla.

Kristen vio que la mano grande de Royce se elevaba lentamente sobre el vientre que ella le ofrecía, con los dedos largos y fuertes, y después lo miró, y vio que él la observaba. Royce se inclinó para besarla, y fue un beso tierno, como diciéndole que todo estaba bien, que no la lastimaría. La trataba con cuidado, pese a que la creía una prostituta. Ella se sintió conmovida por el gesto, más conmovida de lo que la propia Kristen comprendía en ese momento. La colmó un sentimiento nuevo y más cálido por él.

Ella le habló con su cuerpo, y sus manos buscaron el contacto del hombre, y lo alentaron a tenderse sobre ella, las piernas abiertas para recibirlo. Ella sabía lo que él le haría, pero no las sensaciones que todo eso podía causarle. Y entonces quiso saber cómo era.

Royce no necesitaba que lo alentasen más. Estrechó más fuertemente a Kristen, sorprendido porque podía tratarla de igual a igual, y por una vez no tenía que encogerse para adaptarse a una mujer, en vista de que él era mucho más alto que ella. Esta mujer se adaptaba perfectamente a su cuerpo, y él no temía aplastarla con su peso, pues ella lo soportaba sin esfuerzo, y se complacía sintiéndolo encima, como si él se regodease con este signo de la posesión masculina.

Comenzó a penetrarla lentamente, maravillándose porque tenía paciencia suficiente para prolongar ese momento con el cual había soñado. Lo maravillaba también el tenso estuche que ella le ofrecía, esa desgarradora tibieza húmeda. Y entonces encontró el obstáculo que interrumpía la penetración fácil, y todo su cuerpo se rebeló ante lo que eso significaba.

Kristen estaba preparada para ese momento de la verdad. Tenía las rodillas levantadas y plegadas, los pies bien apoyados en la cama para sostenerse. No le permitiría detenerse, de modo que comenzara más tarde de un modo distinto. Apenas sintió que el cuerpo de Royce se endurecía y que él comenzaba a levantarse para mirarla, Kristen aplicó sus manos sobre las nalgas de Royce y presionó hacia abajo mientras impulsaba hacia arriba sus propias caderas.

Con los hombros levantados sólo parcialmente, Royce no tenía apoyo para detenerla, y en realidad en esa posición contribuía al propósito de Kristen. Y como no tenía modo de saber lo que ella se proponía, tampoco dispuso de tiempo para intentar un solo gesto. Había penetrado por completo antes de que sus codos estuviesen apoyados firmemente para sostenerlo. Sólo tuvo tiempo de ver la expresión de Kristen, con los ojos entrecerrados, y el gesto de dolor que se dibujó en sus rasgos. No emitió gritos, sólo una exclamación ahogada.

Los rasgos de Kristen se suavizaron con bastante rapidez, y ella abrió los ojos para mirarlo. Pero él no pudo controlar la cólera que se manifestó en su propia cara.

—¿También tú terminarás?

—Sólo si tú lo quieres.

Royce gimió al oír la respuesta, y después se echó a reír y volvió a caer sobre ella, y la estrechó otra vez fuertemente contra su propio cuerpo, y la amó como si su vida dependiera de eso. Esta vez no preguntó por qué ella hacía las cosas que hacía. El fuego que ardía entre ellos excluía todo el resto.

Librodot

18

Una fresca brisa entraba por la ventana abierta, y era la primera en todo el día. Las velas que iluminaban la habitación parpadearon y se apagaron casi todas al mismo tiempo.

Royce se levantó para tomar una vela del corredor y encender nuevamente las que estaban cerca de la cama. Kristen se estremeció cuando de pronto desapareció el calor del cuerpo masculino y la brisa le acarició la piel húmeda. Deseaba dormir. Era evidente que Royce no sentía lo mismo.

Se volvió de costado para observarlo mientras salía del cuarto; el rayo de luz de luna que entraba por la ventana iluminaba el camino. ¿Qué pensaría, que sentiría Royce? Ella todavía no tenía modo de saberlo. Pero por lo menos tenía motivos para dudar de que estuviese encolerizado, pues la había abrazado constantemente desde el momento en que habían hecho el amor por segunda vez, poco después de la primera, y con tal rapidez que Kristen apenas había descendido a tierra después de la maravilla de su nueva experiencia, y de pronto se había visto arrastrada por la pasión de Royce. Sonrió para sí misma, y pensó que ya sabía por qué sus padres pasaban tanto tiempo en el dormitorio. Brenna había tratado de explicarle cómo era, pero no existían palabras apropiadas para describir esa felicidad increíble.

Royce regresó, protegiendo una vela con la palma de la mano. Era tarde. No había tratado de cubrirse para salir de la habitación. Al parecer, su propia desnudez no lo inquietaba, del mismo modo que la suya no molestaba a Kristen. Pero la de Royce sí inquietaba a Kristen, no por pudor, sino porque comprendía que al verlo así podía desearlo otra vez, y eso poco después que su deseo femenino se había visto totalmente satisfecho.

El cuerpo de Royce era una escultura de piel firme y sólidos músculos. Tenía un físico soberbio, desde las piernas largas y musculosas hasta el cuello grueso que partía de esos hombros inmensos. El matorral de cabellos oscuros que le llegaban al cuello se extendía sobre la parte superior del pecho, pero se reducía a una estrecha línea sobre los bordes duros del estómago. No era un hombre delgado como su primo, sino un individuo poderoso, y Kristen sabía que nunca se cansaría de mirarlo.

Las velas depositadas sobre el estante fijado a la pared ardieron de nuevo, y Royce se sentó en la cama. Como él no se acostó inmediatamente, Kristen extendió una mano para tocarlo, y sus dedos se deslizaron en una caricia sobre la espalda de Royce, y finalmente llegaron a la curva de la cadera. Ella apartó la mano cuando Royce volvió la cabeza para mirarla con expresión inescrutable.

—¿Por qué apartaste la mano?

—Ignoro si deseas que te toque — reconoció ella con franqueza —. Vengo de una familia acostumbrada a besar, abrazar y a demostrar su amor tocando. Pero si no estás acostumbrado a eso, me creerás audaz.

—Mujer, ya te creo audaz — dijo Royce como a la pasada, y se acostó al lado de Kristen, la cabeza apoyada sobre la palma, para poder mirarla —. Por Dios, nunca conocí a nadie como tú, que pudiera expresar su amor de un modo tan libre y descarado. Contigo deseo llegar a amarte del mismo modo, darte lo que me das.

Kristen cerró los ojos, con la esperanza de que él no hubiese visto el pesar que esas palabras le provocaban; y sí, también dolor, porque él podía decirlas después de que ambos habían compartido varias horas de amor más increíble. No necesitaba decir que no podía amarla. Podría haber callado ese hecho, y de ese modo hubiera permitido que ella continuase abrigando esperanzas un tiempo. Volvió a mirarlo, pero su orgullo estaba lastimado, y la indujo a preguntar: —¿Por qué mencionas el amor?

Advirtió que él se ponía tenso y después fruncía el ceño. Bien, él no podía ocultar su orgullo herido con la misma eficacia que ella.

—Acepto tu reprensión — dijo Royce con voz tensa —. No dijiste que me amabas, ¿verdad?

—No, no lo he dicho. Milord, me agrada tu cuerpo, pero eso es todo entre nosotros.

—Muy bien — dijo él con expresión sarcástica —. Para ser virgen, eres una prostituta eficaz.

Kristen respiró hondo. Esa burla era excesiva. Y no estaba dispuesta a continuar aceptando el insulto, ya que no tenía el más mínimo justificativo.

—¡Sajón, llámame prostituta otra vez, y te arrancaré los ojos! — zumbó Kristen con expresión colérica.

—Es un poco tarde para protestar por lo que aceptaste durante mucho tiempo.

—No, nunca dije que fuera una prostituta. Tú lo dijiste.

—Nunca lo negaste.

—Sabes por qué.

—No lo sé — replicó él —. Pero ahora siento mucha curiosidad por saberlo.

—Entonces, recuerda lo que me dijiste en este mismo cuarto. Dijiste que me violarías si era virgen. Yo te deseaba, pero no de ese modo.

El la miró sonriente, y de pronto emitió una risa sonora.

—¡Por el aliento de Dios, mujer! ¿Tomaste en serio algo que dije impulsado por la cólera?

Kristen lo miró hostil, sin entender el regocijo que él demostraba.

—¿Quieres decir que no me habrías violado si hubieses sabido que era virgen?

—No, pues a decir verdad si esta noche te hubieses resistido, de todos modos te habría tomado, y tú habrías dicho que era violación, mientras yo afirmaría que estaba en mi derecho.

—No me refiero a eso, sajón — replicó ella con impaciencia —. Sé que crees que tienes derecho de usarme como te plazca, y yo puedo discutir eso en otra ocasión, pero no ahora. Lo que yo...

—Ah, ¿de manera que estás dispuesta a discutir eso?

—¡Déjame terminar! ¿Me habrías tomado a propósito, por venganza?

—No, Kristen, eso no — dijo Royce en voz baja, y su mano elevó la cara de la joven para suavizar el ceño fruncido —. ¿Eso es lo que temías?

—Sí — murmuró ella.

El sonrió ante el tono de la vikinga.

Librodot

—Marchamos de la mano en este juego de confusiones. Yo te deseaba, pero no estaba dispuesto a tocarte porque creía que eras una prostituta.

—Y una vikinga — le recordó ella.

—Sí, pero cuanto más te veía menos me importaba eso. Lo que me repugnaba era la creencia de que entregabas libremente tu cuerpo.

Ella se echó a reír, le tomó la mano, y la apretó contra su mejilla.

—¿Y te repugno ahora que me he mostrado tan libre con mi cuerpo?

Royce sabía que ella estaba burlándose, pero no tenía la costumbre de aceptar ese género de burlas. Se acostó sobre la espalda, un poco separado de ella.

—¿Quién eres, Kristen?

—Creo que el asunto te preocupa mucho.

—¿El vestido era tuyo? ¿Acerté en eso?

—Sí, es mío. — Kristen suspiró.

—Como no puedes haber tenido marido, debo suponer que tu familia es rica.

—Mi padre lo es. ¿Pedirás rescate por mí?

—No — dijo secamente Royce, ya más cerca de ella, para mirarla.

Ella reaccionó ante el fastidio que se manifestaba en la voz de Royce.

—Milord, una sabia decisión, porque él te obligaría a desposarme.

—¡Al demonio! ¿Casarme con una doncella vikinga?

—No necesitas decirlo como si fuese un destino pero que la muerte — observó Kristen.

—¡Para mí sería eso!

—¡Oh! — exclamó ella —. ¡Sajón, para castigar ese insulto me ocuparé de que me desposes!

—¡Estás loca!

—¿De veras? Bien, ¡soy también la hija del hombre que te matará cuando venga a buscarme.

Lamentó haber dicho eso en cuanto pronunció las palabras, pero sobre todo cuando Royce se inclinó para aferrarle, colérico, los hombros. ¡Por los dientes de Dios! ¡Cómo se irritaban mutuamente con frases hirientes! ¿Qué le pasaba esta noche que no podía frenar su lengua?

—Kristen, ¿quieres decir que más vikingos vendrán aquí?

Ella gimió ante la frialdad del tono de Royce. Con sus palabras había provocado eso. Y apenas unos instantes antes él se había mostrado tan agradable... como ella misma.

Decidió decir la verdad.

—No, Royce, es improbable. Mi padre no hubiera aprobado el plan de sus hombres, y por eso no se lo revelaron. Es comerciante. Cree que su barco navegó en dirección a las ciudades comerciales, pues se trataba de un viaje de esa clase. No tiene modo de saber que primero vinieron aquí.

—Entonces, ¿por qué dijiste eso?

Ella empezó a sonreír, pero se contuvo.

—Deberías aplicar tu propio consejo, y no tomar en serio lo que dije impulsada por la cólera.

El emitió un gruñido al oír esto, pero insistió y quiso aclarar lo que ella había revelado.

—¿Dijiste que el barco era suyo? Entonces, ¿tu hermano Selig dirigía a los hombres?

—No dije que fuera mi hermano — observó Kristen con expresión suspicaz —. ¿Cómo lo supiste?

—Meghan me lo dijo. Pero, ¿por qué no querías que yo lo supiera?

—Pensé que te parecería extraño que mi hermano me acompañase en la nave, cuando creías que yo era la prostituta de la tripulación.

—En efecto, me pareció extraño, pero no conozco la moral de tu pueblo.

Kristen no sabía si debía ofenderse ante esa observación, pero lo hizo.

—Milord, tenemos una moral muy parecida a la que vosotros practicáis.

El la soltó, peor continuó mirándola con expresión preocupada.

—¿Por qué estabas en esa nave?

—¿Por qué tienes que hacerme tantas preguntas?

—¿Mi curiosidad te parece tan antinatural? ¿O tienes algo más que ocultar?

Ella emitió un rezongo ante esta referencia a las cosas en que ella había intentado engañarlo, pues Royce sabía por qué ella se había sentido obligada a ocultarle su verdadera identidad. Era razonable que, sobre todo ahora, él se mostrase curioso acerca de los detalles. Pero, ¿acaso ella deseaba satisfacer esa curiosidad? No. ¿Por qué tenía que hacerlo? No era necesario que él supiese todo acerca de Kristen, porque si se llegaba a eso tendría ventajas inmerecidas.

Pero tampoco deseaba aparentar que le ocultaba algo. ¿Qué pensaría ese hombre si sabía que una de las razones por las cuales había embarcado con su hermano era el deseo de encontrar marido? En cambio, había descubierto a ese hombre, y él jamás la desposaría.

—Las razones que me movieron a embarcar en la nave son muchas, pero carecen de importancia — dijo Kristen —. La verdad es que me embarqué sin permiso, y me oculté en la bodega hasta que el barco estuvo lejos de mi casa.

—¿Deseabas participar en una incursión pirata? — preguntó Royce con expresión incrédula.

—No seas absurdo, milord — replicó ella con disgusto —. Ya te he dicho que nadie sabía que el barco venía a estas tierras, y yo menos que nadie. Mi hermano se enfureció cuando me descubrieron. Me habrían llevado de regreso, pero temía que revelase a nuestro padre lo que él y sus amigos se proponían hacer.

—Y por supuesto, te sentiste impresionada cuando supiste que se proponía saquear una iglesia sajona.

Eso era sarcasmo puro, y la pregunta la enfureció.

—Eres cristiano, y para ti el saqueo de un lugar sagrado es un sacrilegio. Pero no pretendas que hombres de creencias distintas consideren sagrados tus santuarios. Estos eran hombres que nunca habían pirateado, pero sus

padres lo hicieron, y todos crecieron escuchando historias acerca de la riqueza que aquí podían saquear para llevar a su país. Sabían que los daneses codiciaban este país, y que proyectaban ocupar la isla entera. Pensaban que era la única oportunidad de apoderarse fácilmente de algunas riquezas antes de que los daneses lo arrebatasen todo.

—Si tu hermano te explicó todo eso, ¿debo imaginar que esa historia disculpa lo que él se proponía hacer? ¡Robar a los cristianos antes de que lo hicieran los daneses! Los cristianos de todos modos perderán sus posesiones; por lo tanto, ¿qué importa quién los mata y los robe?

La amargura de Royce la afectó, porque era un eco de la que ella había sentido cuando se enteró del proyecto.

—Mi hermano no quiso decirme nada de lo que planeaban hacer, porque... bien, no importa por qué. Thorolf me explicó lo que acabo de decirte, y eso sólo después de que nos encadenaron en ese patio. No estoy defendiéndolos. Sencillamente, comprendo sus motivos.

—Pero olvidaron un pequeño detalle — observó fríamente Royce —. Los sajones no renunciaremos a lo que es nuestro en beneficio de los daneses ni de cualquier otro.

—Sí, así lo comprobó la mitad de estos vikingos — convino ella con idéntica frialdad.

—Kristen, tu hermano murió a causa de su propio plan.

—¿Acaso por eso es más fácil soportar el dolor? — exclamó ella.

—No, imagino que no.

Ambos guardaron silencio, Kristen porque se veía en dificultades para dominar su renovado dolor en presencia de Royce. Habría deseado que él la confortase, y ese deseo la sorprendió. Pero sabía que él jamás le ofrecería consuelo por la muerte de un hombre a quien odiaba.

Kristen se acercó a su lado de la cama y se sentó.

La mano de Royce aferró la muñeca de la muchacha.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó, no bruscamente sino con curiosidad.

Ella miró los dedos que la retenían, y después a Royce.

—Regresaré a mi cuarto.

—¿Por qué?

—Estoy harta de contestar preguntas, milord — suspiró —. Estoy fatigada.

—Entonces, duerme.

—¿Deseas que permanezca aquí, contigo?

El no quiso pronunciar las palabras, pero el hecho de obligarla a acostarse en la cama fue respuesta suficiente. Ella no había esperado nada parecido.

Se volvió hacia él cuando el brazo de Royce encerró su cintura para acercarla.

—Tienes aquí una pared cubierta de armas. ¿No temes que te mate mientras duermes?

—¿Lo harías?

—No, pero podría huir — dijo ella —. No has cerrado tu puerta con llave.

El sonrió.

—Si ése fuese tu plan, no lo habrías mencionado. Descansa, Kristen. No he perdido la cabeza. Hay un hombre de guardia en la sala.

Ella emitió una exclamación.

—¡Sabías desde un principio que me harías el amor!

—No, pero contemplé todas las posibilidades. Y ahora, si quieres dormir, calla de una vez.

Kristen cerró la boca, con un sentimiento de enojo. Pero no le duró mucho. Royce deseaba que ella pasara allí la noche, deseaba tenerla cerca. Ese pensamiento la reanimaba mucho, tanto que se durmió con una sonrisa en los labios, y el brazo de Royce rodeando su cintura.

19

Kristen observo a Royce mientras él dormía. Era un lujo estar acostada allí y hacer eso, pues normalmente ella ya se habría levantado. Eda solía despertarla mucho más temprano. La anciana seguramente ya estaría trabajando abajo. Y Kristen no era tan ingenua como para pensar que sólo porque había compartido el lecho del señor, en adelante podría renunciar a sus tareas habituales.

Suspiró, y odió la idea de abandonarlo, pero deseaba retirar sus ropas de la sala de baños antes de que apareciesen en el corredor otras personas, además de los criados. Se deslizó fuera de la cama y con movimientos rápidos se puso la tosca túnica gris. Recogió el suelo el vestido verde, y durante un momento lo acercó a su mejilla. Después, volvió a suspirar y lo depositó cuidadosamente sobre el cofre de Royce.

Sabía que él no le permitiría usar sus propios vestidos. Habían hecho el amor, y probablemente volverían a hacerlo, pero eso no significaba para él lo mismo que para ella. Para Royce ella no era más que una esclava, y las esclavas no visten lujosamente.

—¿Kristen?

Se volvió con la mano sobre la puerta y vio que él había despertado. Estaba sentado sobre el borde de la cama, los cabellos en desorden, tan desnudo como la noche anterior, en la cara una expresión somnolienta.

Kristen no pudo contener la sonrisa afectuosa que se dibujó en sus labios.

—¿Sí, milord?

—¿Te habrías ido sin despertarme?

—No creí que quisieras levantarte tan temprano — replicó Kristen.

—Ven aquí.

Ella vaciló, pero sólo un momento. Si él deseaba hacer de nuevo el amor, Kristen no se opondría. No veía un modo más agradable de comenzar el día.

Cuando se detuvo frente a él, Royce buscó sus manos y la retuvo en una de las suyas. Cuando él la miró, la joven no vio el deseo en esos ojos.

—¿Adónde ibas?

—Abajo, a trabajar.

—En ese caso, olvidas algo.

—No, yo...

Se interrumpió, y se le agrandaron los ojos, porque él podía aludir a una sola cosa. Y Royce advirtió que ella entendía.

—Ponte los hierros, Kristen.

Ella trató de apartarse, pero él la sostuvo con más fuerza, reteniéndola muy cerca. Kristen meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Me obligarás a usar esa cadena después de..? ¿cómo puedes ser tan insensible?

—Sé que odias los hierros, y lo siento — replicó él en voz baja —. Si hubiera otro modo de conseguir que no huyas, lo utilizaría, pero no existe.

Muchos esclavos de Wessex han huido hacia el norte, para unirse al ejército de los daneses. Sé que harías lo mismo, que tratarías de llegar a tu casa.

Ella no escuchaba las palabras de Royce.

—Los hombres harían eso, sí, pero yo no los acompañaría.

—Si fueras libre, podrías ayudarlos a conquistar su libertad.

—¿Si te dijera que no lo haría, que no me iría de tu casa?

—No puedes pretender que te crea.

—¿Por qué no? — preguntó ella con enojo —. Me crees si digo que no te mataré, ¿pero no me crees si digo que no huiré?

—¡Sí, eso mismo! — La voz de Royce se elevó impaciente. —¡Puedo frustrar tus intentos contra mi vida, pero no correré el riesgo de perderte!

—¡No adoptas esta precaución con los restantes esclavos! — exclamó ella.

—Nacieron esclavos, son descendientes de los que conquistamos hace siglos. Wyndhurst es su hogar. Pero tú fuiste capturada y perdiste la libertad que conocías antes. No tienes motivos para permanecer aquí.

¿No tenia motivos? ¡Por los dientes de Dios, qué tonto era ese hombre que no veía que ella no deseaba abandonarlo! Pero era todavía más tonto si creía que ella se encogería de hombros y aceptaría los hierros.

En los ojos de Kristen apareció una luz fría, algo que él nunca había visto antes.

—Muy bien, milord. Ya puedes soltarme. Usaré tu cadena.

El la soltó, pero frunció el ceño cuando la vio caminar con el cuerpo rígido hacia la mesa, recoger los hierros, y después ponérselos.

—Kristen, puedes dejar la cadena larga, si prometes que no volverás a atacar a mi primo.

¿Imaginaba que ella le agradecería eso? Maldición, no tenía idea del efecto que su crueldad producía en ella.

Kristen se irguió cuan alta era, la voz serena pero impregnada de amargura cuando dijo.

—Habría prometido no fugarme, pero no prometeré eso.

—¿No te importa que yo le tenga mucho afecto?

—Yo tenía mucho afecto a mi hermano.

—Entonces, usarás también la otra cadena hasta que se curen las heridas de Alden y recobre del todo la fuerza. Si tú misma no fueses tan vigorosa, eso sería innecesario.

—Mi propia fuerza no me pesa. Me es muy útil en ciertos casos — dijo con expresión misteriosa. Y después, continuó con rígido orgullo: —¿Eso es todo, milord?

—¡Sí, vete! — rugió Royce, irritado por la frialdad que ella manifestaba.

Kristen asintió brevemente y partió, dejando a Royce dominado por un malhumor cada vez más profundo. Por Dios, ¿qué pretendía que él hiciera? ¿Qué confiase en ella? ¡Seguramente ella sabía que eso era irrazonable! Tenía que pensar no sólo en sí mismo, sino en las personas de cuya seguridad era responsable. Kristen podía ayudar a los hombres de su hermano a alcanzar la libertad, y en ese caso, ¿cómo detendría la masacre consiguiente? No podría hacer nada.

El problema estaba en el número de vikingos cautivos. Gracias a su corpulencia física, podían ser tan eficaces como un pequeño ejército. Hubiera debido matarlos a todos en el primer momento. En ese caso, no afrontaría este problema. Pero no, no podía hacer eso, porque en ese caso habría tenido que matar también a Kristen.

El pensamiento de que ella podría haber muerto a causa de una orden impartida por el propio Royce, sin que él supiese siquiera que era una mujer, calmó su malhumor. El resentimiento que ella experimentaba no duraría. Tenía inteligencia suficiente para comprender que hasta el momento en que él pudiese confiar en ella, las precauciones eran inevitables.

Pero la lógica no prevalecía en ese momento en la mente de Kristen. El sentimiento se imponía a la equidad. Se sentía herida, incluso traicionada, y esos sentimientos continuaron molestándole a lo largo del día. No dijo una palabra a nadie. Vivía sumida en sus pensamientos, y éstos se impregnaban de resentimiento. Como no tenía modo de expresar esta conmoción afectiva, estaba cayendo en una profundidad peligrosa en el momento en que Eda la acompañó a su cuarto, esa misma noche.

Eda pasó nuevamente de largo frente al cuarto de Kristen, y enfiló hacia la habitación de Royce. Pero Kristen no dio un paso más después de llegar a su propia puerta; y una vez que estuvo en su cuarto cerró la hoja de madera con fuerte golpe. Unos segundos después Eda abrió la puerta.

—¿Qué significa esto? Viste que yo continuaba caminando.

—¿Y qué? — preguntó secamente Kristen, acostada en su jergón.

—Mujer, me dijo que te llevase otra vez.

—¿Y qué?

Eda suspiró.

—No te muestres difícil, Kristen. No puedes oponerte a su voluntad.

—Eso crees. Y eso también cree él. Ya veréis que las cosas son diferentes. — Kristen volvió la espalda a la anciana. — Eda no necesitas quitarme los hierros. Cierra la puerta y vete.

Kristen no vio cómo Eda meneaba la cabeza al cerrar la puerta ni oyó el ruido de la cerradura. Acercó las rodillas al pecho, extendió las manos para aferrar la cadena que le sujetaba los pies, y tiró de ella con tanta fuerza que se lastimó la piel de la palma. Soltó la cadena con fuerte ruido y se acostó boca abajo, golpeando con los puños el jergón en un débil esfuerzo por descargarse de parte de su frustración. No le sirvió de nada. Solamente consiguió desgarrar la delgada tela en varios lugares, de los cuales comenzó a brotar la paja.

Continuaba inmóvil, siempre acostada sobre su vientre, la cabeza vuelta contra la pared cuando Royce abrió la puerta, unos minutos más tarde. El sajón se acercó hasta que sus pies casi tocaron el jergón, en el lugar donde estaba la cadera de Kristen.

No había visto ese cuarto desde el día en que los criados lo prepararan para la vikinga. De allí habían quitado todo, excepto el delgado y estrecho

jergón donde ella dormía. Era un lugar triste, y ella tenía que volver allí todas las noches. Ni siquiera le habían permitido tener una vela.

—Kristen, ¿por qué no viniste a mí?

—Estoy cansada.

—¿Y todavía enfadada? — No contestó a la pregunta. Royce se inclinó junto a ella, y le tocó el hombro. Siéntate, así podré quitarte los hierros.

Kristen se volvió para mirarlo, pero no se sentó. — Si piensas retirarlos definitivamente, quítamelos. De lo contrario, déjalos así.

—No seas obstinada, mujer. Toma lo que te ofrecen.

—¿Y además debo agradecerlo? — dijo Kristen con voz helada —. No. Si quieres tratarme como si fuese un animal, muéstrate consecuente.

El no hizo caso de la comparación, y recordó a Kristen:

—Antes aceptaste este arreglo.

—Eso era antes.

—Comprendo. Esperabas que la situación cambiase sólo porque compartiste mi cama. — Meneó la cabeza. —¿Es así? — Ella desvió la mirada, pero él le tomó el mentón, y la obligó a volver los ojos. —¿Es así, Kristen?

—¡Sí! — Su exclamación estaba cargada de amargura y de dolor. — Yo no te habría tratado tan cruelmente después de lo que compartimos. No entiendo cómo puedes hacerlo.

—Sé que entiendes por qué tiene que ser así. Sucede sencillamente que no te agrada — dijo con gesto impaciente —. Y debes saber que tampoco a mí me satisface.

—¿De veras? — replicó ella —. Eres el amo aquí. Lo que me hacen es porque tú lo ordenas, no por voluntad de otros.

El perdió la paciencia con Kristen y se incorporó, su expresión severa mientras la miraba con ojos apagados.

—Muy bien, te diré cuáles son las alternativas para esa cadena. Podemos encerrarte en un cuarto, el mío, si lo prefieres, pero no saldrás de allí. Puedo dedicarte poco tiempo durante el día, de modo que casi siempre estarás sola, excepto por las noches. ¿Prefieres eso?

—¡Tanto valdría que me encerrases en una celda!

—Aquí no tenemos celdas. Te ofrezco mi propio cuarto, en lugar de éste. Puedes elegir.

—Milord, eso no es elegir — replicó Kristen —. Me proponer una restricción todavía peor. Dijiste alternativas. Dame una que yo pueda aceptar.

—Hay otra forma que me permitiría ofrecerte la libertad de Wyndhurst. Puedo matar a tus amigos.

—¿Qué?

Se sentó sobre el jergón, y lo miró incrédula, pero él continuó inexorable:

—Puedo confiar en ti sólo si ellos ya no están aquí, y si desaparece la amenaza de que después de fugarse masacren a mi pueblo. Si estás sola, no llegarías lejos en el caso de que intentaras huir. Te encontraría.

—¡Bromeas! — dijo ella, en parte esperanzada y en parte incrédula.

—No.

—¡Sabes que no aceptaré mi libertad a ese precio! — dijo con furia —. ¿Por qué dices que es una alternativa? ¿De veras podrías matar a hombres indefensos?

—Kristen, esos hombres son mis enemigos. Me matarían sin vacilar un instante si se les ofreciese la sombra de una posibilidad. Nunca me agradó tenerlos aquí, y de buena gana me libraría de ellos. Alden fue quien me convenció de que podrían ser aprovechados.

—¡Entonces, sajón, líbrate también de mí! — exclamó Kristen —. ¡Soy una de ellos!

—Sí, mujer, también eres mi enemiga — replicó él en voz baja —. Pero me agrada tenerte cerca. Ahora, permíteme que te quite los hierros por esta noche, o elige otra cosa.

Ella lo miró, hostil, pero le ofreció los pies antes de que él le impidiese elegir. Aún lo miraba hostil cuando él volvió a incorporarse, depositó la cadena sobre su propio cuello, y sostuvo en cada mano un círculo de hierro.

—Kristen, quiero hacer el amor contigo. — La voz se el enronqueció. — Imagino que te negarás porque estás enojada, pero de todos modos te lo pediré. ¿Vendrás a mi lecho?

—No — murmuró ella con expresión hosca, sin hacer caso del eco que el tono y las palabras de Royce provocaban en lo más profundo de su propio ser.

—Podría insistir.

—Entonces, sajón, descubrirás cómo es luchar conmigo.

Oyó el suspiro de Royce antes de que él dijese:

—Mujer, ojalá domines muy pronto tu cólera.

Royce se retiró, y esta vez Kristen oyó el ruido de la cerradura en la puerta.

20

—Mujer, ¿qué le has hecho a mi primo que está de un humor tan horrible?

Kristen dirigió una mirada fugaz a Alden. Estaba de pie frente a ella, entre los dos la mesa. Era la primera vez que se le acercaba después de que ella lo atacara. La compañía de ese hombre no era grata para Kristen.

—No soy responsable de su humor — dijo ella con expresión hosca.

—¿No? — sonrió Alden —. He visto cómo te mira. En efecto, eres responsable.

—Vete, sajón — replicó ella, dirigiéndole una mirada dura —. Tú y yo no tenemos nada que decirnos.

—¿De modo que todavía quieres matarme?

—¿Si quiero matarte? Es algo que estoy obligada a hacer.

Alden esbozó un suspiro burlón.

—Es una lástima que no podamos ser amigos. Yo podría aconsejarte bien acerca del modo de manejar a mi primo, pues parece que con tu propio criterio no lo haces muy bien.

—¡No deseo consejo! — explotó Kristen —. Y no quiero manejarlo. ¡No quiero tener nada que ver con él!

—Quizá, pero he visto que también tú lo observas. Esas miradas hambrientas que se cruzan entre tú y...

—¡Maldito seas! — lo interrumpió Kristen con expresión de furia —. Sin duda, eres de la ralea de Loki. ¡Apártate de mí, antes de que te arroje algo a la cabeza!

Alden se alejó riendo. Kristen golpeó enojada la masa que estaba preparando. ¿Cómo era posible que ese hombre se atreviese a dirigirle sus burlas? ¿Creía que ella no hablaba en serio cuando deseaba su muerte? Kristen lo decía con la más absoluta seriedad. No le importaba que él tuviese una naturaleza tan amistosa. Y tampoco influía sobre ella el hecho de que hubiese sabido que él era indirectamente el responsable de que la propia Kristen y sus amigos aún viviesen. Y finalmente, menos aún le importaba que le recordase a su hermano Eric, con su encanto seductor y su sonrisa aniñada. Estaba dispuesta a matarlo... si un día recuperaba la libertad.

Las trenzas largas, y gruesas habían caído sobre los hombros de Kristen, y ella las rechazó enojada. Estaban en mitad del verano, y era el tiempo más cálido que Kristen había padecido jamás. En su país habría salido a nadar con Tyra, o a correr a través del campo montada en Torden. En todo caso, no se habría visto obligada a trabajar cerca de un fuego que ardía en día entero. Tenía muchos motivos de pesar, pero en todo caso ellos sólo servían para recordarle que estaba allí por propia voluntad.

Había pasado poco más de un mes desde el día en que la nave había anclado en el río, aquella mañana desastrosa. A veces, Kristen veía a Thorolf y al resto por una ventana abierta, cuando salían a trabajar en el muro, o al regreso. Pero ellos no podían verla, porque la joven estaba en un rincón del fondo de la sala.

Librodot

Kristen sabía que probablemente ellos continuaran preocupándose por la suerte que ella había corrido; por lo menos, Ohthere y Thorolf sin duda la recordaban. A esa altura de los hechos, los vikingos ya deberían haber escapado. Abrigaba la esperanza de que la necesidad de dejarla en la casa no les impidiese intentar la huida; pero lo más probable es que el intento fuese imposible a causa de Royce y de sus condenadas precauciones.

Había contemplado la posibilidad de preguntar a Royce si podría hablarles, pero Alden estaba en lo cierto: Royce había mostrado pésimo humor la última semana, después de que ella se negara a compartir su lecho, y Kristen no dudaba de que él rechazaría todo lo que le pidiese. Impartía órdenes con voz áspera y tenía una expresión sombría. La hermana y los criados se mantenían a la mayor distancia posible del amo, y exhibían una reserva desusada, con el fin de apartar de ellos la atención de Royce. ¿Ella era la responsable de su malhumor?

A Kristen le habría agradado pensar que así era, pero no creía tener tanta influencia sobre el sajón. Era cierto que acudía todas las noches a pedirle que compartiese su cama, y que ella invariablemente mostraba su resentimiento y se negaba. Seguramente Alden estaba enterado del asunto. Quizás había escuchado la voz de Royce que se elevaba colérica junto a la puerta de Kristen una de las últimas noches, pues la paciencia que él demostraba frente a la vikinga estaba debilitándose cada vez más. O quizá, como él mismo decía, se limitaba a interpretar las miradas que Royce le dirigía.

Era dudoso que Royce comentase el asunto con su primo. ¿Qué necesidad tenía de hacerlo? Kristen no era nada más que una mujerzuela que le interesaba sólo para compartir el lecho, pero no con tal intensidad que necesitase mencionarla a los miembros de su familia. Royce no reconocería que una esclava lo atraía de ese modo, y sobre todo una esclava que pertenecía a un pueblo enemigo odiado por ellos.

Eda sabía lo que estaba sucediendo, pero se mostraba fiel a Royce, y no parecía dispuesta a decir a nadie que Kristen desafiaba al amo y que él le permitía salirse con la suya. Reprendía diariamente la obstinación de Kristen, pues la anciana creía que si Royce deseaba a la muchacha, debía tenerla. También sabía que la única noche que habían pasado juntos había resultado agradable para ambos, pues esa vez no se habían escuchado gritos provenientes del dormitorio, y al día siguiente la piel suave y lisa de Kristen no había exhibido marcas. Kristen había mantenido ese día un frío silencio, pero ella adivinaba la razón al ver que la joven a menudo miraba hostil las cadenas que la sujetaban.

Después, Eda la había calificado de tonta, porque no intentaba obtener los favores del señor apelando a ese recurso tan antiguo. Kristen había replicado que podía vivir perfectamente sin apelar al favor de un hombre que la mantenía encadenada como si fuera un animal.

De todos modos, la desconcertaba que Royce acatase sus deseos. Continuaba pidiéndole que compartiese su lecho, y también continuaba aceptando la negativa de Kristen, aunque en los últimos tiempos lo hacía con gesto más agrio. Ella nunca había creído que él se avendría a aceptar la situación. En realidad, había esperado que el sajón la forzara. Esa actitud habría concordado mejor con la posición que ella ocupaba y que la ponía

totalmente a merced del hombre. Pero él no lo hacía. Y que no apelase a ese medio provocaba en Kristen un sentimiento de imprevista frustración.

Aún lo deseaba Y como ya sabía cómo era hacer el amor, lo deseaba más que antes. Pero el orgullo, bastante acentuado en ella, le impedía volver a decírselo... por lo menos, al propio Royce.

Esa noche Kristen esperó ansiosa que Royce volviese al cuarto, pero él no apareció. Pensó en la posibilidad de que él buscase su placer con otra mujer, y trató de convencerse de que no le importaba. Se habría sentido menos irritada la mañana siguiente si hubiera sabido dónde el sajón había pasado la noche.

En definitiva, el día fue muy largo, y ella se sentía cada vez más frustrada y deprimida. Gran parte de su sufrimiento se originaba en ella misma. Estaba segura de que Royce no volvería al cuarto que ella ocupaba, y que todo había terminado. El hecho de que no lo viese a lo largo de toda la jornada fortaleció esa conclusión.

De todos modos, Kristen esperó un rato después de que Eda le quitó los hierros y cerró con llave la puerta. En la oscuridad se sentó sobre el jergón, y deshilachando los extremos ya gastados del cinturón de cuerda continuó esperando. No deseaba que Royce renunciara a ella. Quería que él la obligase a entregarse. Su orgullo le impedía ceder, y por lo tanto él tenía que superar el obstáculo. ¿Por qué no lo hacía?

Después de esperar largo rato, Kristen suspiró y se quitó las ropas para dormir. Eso era algo que no había hecho la última semana, cuando Royce venía a verla por la noche. La víspera había dormido vestida, pese a que eso era muy incómodo. Pero esa noche... no, él no vendría. Continuaba despierta cuando se abrió la puerta. Una antorcha que ardía en el vestíbulo, detrás de la figura, delineó la enorme silueta oscura en el umbral. El cuerpo de Kristen inmediatamente revivió con temblores excitados. La colmó de alegría que él hubiese ido por ella, que aún no hubiera renunciado. Pero estos sentimientos no se reflejaron en su rostro cuando lo miró, impedida de ver los rasgos del visitante porque la luz le iluminaba la espalda.

El permaneció de pie, sin hablar, y Kristen comprendió que no estaba dispuesto a pronunciar palabra. Bien, también él tenia su orgullo. Y no eran necesarias las palabras para saber por qué estaba allí.

Ella dejó pasar un momento, y después quebró el silencio.

—Milord, ¿me quitarás definitivamente las cadenas?

—No.

—¿Ni siquiera si juro por la vida de mi madre que no saldré de esta casa?

—No, porque por lo que sé, bien podrías odiar a tu madre, o ella estar muerta, y tu juramento no tendría valor.

Kristen controló el enojo que comenzaba a dominarla. Se apoyó en un codo, y permitió que la delgada manta cayese bajo los pechos. Era una táctica no muy limpia de su parte, pero a decir verdad estaba fatigada y quería terminar con ese callejón sin salida.

Puso en su voz enojo suficiente para inducirlo a creer que no había advertido el movimiento de la manta.

—Sucede que amo profundamente a mi madre, y ciertamente vive, y sin duda está terriblemente preocupada por mí. ¿Crees que porque soy mujer

carezco de honor? ¿O procedes así porque soy una mujer vikinga y no confías en mi palabra?

El había avanzado un paso, pero se detuvo.

—Mujer, es fácil hablar. Los hechos narran otra historia, y los tuyos no te benefician mucho.

—¿Por qué? ¿Porque quiero matar a tu primo? — preguntó, y después le envió una flecha: —¿O porque no acudo corriendo cuando me llamas?

El puño de Royce golpeó la palma de la otra mano y le indicó que la punzada había dado en el blanco. Por lo menos estaba excitando la pasión del hombre, y eso, aunque fuese una pasión equivocada.

—¡Por el aliento de Dios! — masculló Royce, exasperado —. ¡Mira que eres audaz! Veo que aquí pierdo el tiempo. Sencillamente, te niegas a entender.

—Entiendo, Royce — replicó Kristen con voz serena —. Y estaba dispuesta a encontrarte a medio camino.

—No, ¡quieres todo a tu propio modo!

—No es así — insistió ella —. Te he dado mi palabra, y eso me costó mucho, pues la mitad de mi ser todavía quiere salir de aquí y volver a casa.

—Y yo no puedo confiar en la palabra de nadie, mujer u hombre, a quien conozco desde hace tan poco. Ni creo que una parte de ti realmente desee permanecer aquí, en la condición en que te encuentras: sin derechos, sin esperanza de ser jamás otra cosa que una esclava.

—Sí, cuánta razón tienes, milord — confirmó Kristen con expresión irónica —. ¿Por qué querría permanecer aquí? Sin duda, no a causa de ti.

—¿De mí? — preguntó Royce —. ¿Quieres inducirme a creer ahora que soy la razón, cuando noche tras noche me rechazas? ¿O vendrás conmigo esta noche?

—Milord, ¿me quitarás definitivamente las cadenas? — replicó ella en el tono más amable que pudo hallar.

—Por los santos...

No completó la frase, giró sobre sí mismo con un bronco rezongo, y abandonó el cuarto. Kristen sintió deseos de gritar cuando se cerró la puerta.

—¡Sajón, aceptas muy fácilmente la derrota! — exclamó dominada por la frustración, quizás en voz excesivamente alta, pues la puerta volvió a abrirse, y al advertirlo ella apenas pudo contener una exclamación.

—Mujer, ¿te oí bien? — preguntó Royce con voz serena, en vista de la fuerza con que había abierto esa puerta.

La dejó abierta para permitir el paso de la luz, y caminó hacia ella con movimientos lentos e intencionados. Kristen se cubrió hasta el cuello con la manta. Le habría agradado incorporarse de un brinco, pues se sentía vulnerable, acostada en el suelo, y él un hombre tan fuerte y tan alto; pero no estaba dispuesta a mostrarle que su proximidad la inquietaba. En cambio, le volvió la espalda.

—¿Qué creíste oír? — preguntó cautelosamente.

—Un reto — su voz mantenía la calma, pero en la respuesta había una amenaza definida —. Y cuando uno formula un desafío, debe atenerse a las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

Como respuesta, él se inclinó y le arrancó la manta. Un instante después, su cuerpo yacía sobre el de Kristen, y las dos manos sostenían la cabeza de la joven sobre la cual descendía la boca del sajón. Pero antes de que los labios se unieran, Kristen aplicó un vigoroso empellón que envió a un costado a Royce. Ella sabía que sólo lo imprevisto de su reacción le había permitido obtener ese resultado, pero de todos modos se apresuró a aprovechar la situación, y con movimientos rápidos se incorporó. La mano de Royce aferró un pie, y la obligó a caer cuando ella daba el primer paso hacia la puerta.

Kristen cayó al suelo, torció el cuerpo y descargó el otro pie sobre Royce, y de ese modo recuperó su libertad. Pero él ya se había sentado, y aunque ella recogió los pies de manera que él no pudiese atraparlos otra vez, la joven comprendió que nunca llegaría a tiempo a la puerta.

Ambos se habían puesto de pie, y ella retrocedía lentamente, los brazos extendidos para mantenerlo a distancia. El se desvió a un costado, y de ese modo obligó a Kristen a apartarse del camino que llevaba a la puerta. Royce se detuvo cuando dejó eficazmente bloqueada la única salida.

—Kristen, vuelve a tu jergón.

Había una advertencia ominosa en esa orden fría, pero ella meneó obstinadamente la cabeza, se alejó de él hacia un costado del cuarto, y quedó a escasos centímetros de la pared. No había modo de escapar, pero en realidad ella no quería escapar. El le impondría finalmente su voluntad, y si bien Kristen no deseaba que él conquistase fácilmente esta victoria, en realidad quería que la victoria perteneciese a Royce, o por lo menos deseaba que él creyese que había vencido. El orgullo de Kristen no le permitía ceder, pero la fuerza bruta podría alcanzar ese resultado.

El corazón de Kristen latía aceleradamente cuando lo vio desabrocharse el cinturón y la túnica y arrojarlos irritado a un costado. En efecto, la cólera lo poseía. Eso era peligroso, pues podía lastimarla. Era un hombre terriblemente corpulento, con una fuerza inmensa en brazos y manos. Y quizá sentía en ese momento que necesitaba imponerle su misión. Era lo que la mayoría de los hombres habría hecho. Pero ella había tenido conciencia del riesgo que corría al provocarlo así.

Royce no se movió hasta que las últimas prendas yacieron dispersas en el suelo. Había permanecido de pie frente a ella, mirándola siempre, y la luz iluminaba un solo costado de su cuerpo, y dejaba el otro en la sombra. Si ella misma no hubiese estado desnuda, quizá él se hubiera calmado, o por lo menos reconsiderado lo que se proponía hacer. Pero la visión del cuerpo femenino lo había excitado demasiado.

No creyó que él saliera de la habitación para buscar una vela. Se proponía esquivarlo apenas él cerrara la puerta y dejase la habitación en sombras. Ese era el plan de Kristen, por lo menos hasta ese momento. Pero Royce no pensó cerrar la puerta, quizá porque la oscuridad lo estorbaría hasta que consiguiera atraparla. Kristen tuvo que recomponer rápidamente su estrategia cuando él comenzó a avanzar.

Se apartó de la pared, y trató de mantenerse alejada de las esquinas de la habitación, que representaban otras tantas trampas. Podía mantenerse fuera de su alcance quizás un momento, no muy prolongado si él actuaba

con rapidez. Pero él estaba encerrándola, y maniobrándola de modo que acortase la distancia hacia el jergón, siempre en una posición tal que ella no podía rodearlo para llegar a la puerta.

Kristen decidió optar nuevamente por la maniobra imprevista, y con ambas manos fuertemente unidas detuvo la retirada y se volvió hacia Royce para golpearlo, como había hecho con Alden. El golpe había desconcertado al hombre más delgado, pero Royce no le volvía la espalda, y Kristen fue la sorprendida cuando él le atrapó con una mano los puños unidos. Y no detuvo el golpe, sino que le agregó su propia fuerza, de modo que ella describió casi un semicírculo, y permitió que el otro brazo de Royce la sujetase por la cintura y la alzara en el aire.

Fueron suficientes dos pasos para llegar al jergón, y la arrojó sobre él. Como el jergón era muy delgado, fue como si la hubiesen arrojado al suelo.

Kristen estuvo aturdida un momento, sin aliento. Era todo lo que Royce necesitaba para ponerse entre las piernas abiertas y penetrarla antes de que ella pudiese usar sus fuertes extremidades para rechazarlo.

Ella había recuperado aliento; Royce oyó la exclamación ofendida y sonrió cuando las manos de Kristen se deslizaron entre ellos para rechazarlo. Fue un esfuerzo inútil. El estaba firmemente inserto y preparado para todo lo que ella pudiese intentar.

—Renuncia, zorra. — Se inclinó sobre ella para murmurarle al oído. — Has perdido la batalla, y estás dándome lo que no querías dar.

En respuesta, ella arqueó la cadera para tratar de desequilibrarlo. También fue inútil, y sólo sirvió para introducirlo más profundamente en el cuerpo de Kristen. Ella jadeó de nuevo, pero esta vez a causa del sentimiento exquisito que experimentaba al recibirlo íntegramente. El emitió una exclamación también, por la sensación deliciosa que esa penetración profunda le provocaba.

—¡Ah, mujer! retiro lo dicho — jadeó con voz ronca —. Lucha contra mí todo lo que quieras.

Kristen casi se echó a reír ante la petición apasionada, aunque eso había destruido la impresión de que la forzaban a someterse a la fuerza superior del hombre. Pero la boca de Royce, le impidió reír, y clausuró la de Kristen en un beso ardiente. Ella desplegó la última resistencia cuando quiso mover la cabeza, pero la boca de ella, finalmente, renunció al fingimiento, y aceptó el beso del hombre y lo retribuyó con toda su fuerza.

El buen humor de Royce, aunque sin duda consecuencia del sentimiento de que él había vencido, la reconfortó. No le importó el origen. Mientras él no estuviese enojado, no se mostraría brutal, aunque en ese momento Kristen también podría haber soportado eso, tan inflamados estaban sus sentidos.

Las manos de Kristen se deslizaron entre ambos, aferraron la cabeza de Royce, y mantuvieron las dos bocas unidas, mientras él comenzaba a mover el torso de un modo delicioso, sin retirarlo del todo, pero realizando con las caderas un movimiento de vaivén, y después con el vientre, y el pecho, todo combinado en una caricia erótica.

Kristen alcanzó su culminación casi inmediatamente, y sin advertirlo elevó todo el peso de su pelvis varios centímetros sobre el jergón, para reclamar la totalidad del hombre. El impulso del propio Royce cuando alcanzó también esa sensación feliz la devolvió de nuevo al jergón, y acentuó el placer que

ella sentía arrancando a su garganta un gemido profundo. Ella sintió el pulso de la culminación en su intimidad, y de ese modo su propio latido duró mucho más de lo que ella misma habría creído posible.

Apenada, regresó a la realidad. El era como un peso muerto sobre el cuerpo femenino, pero a Kristen no le importaba. Royce había inclinado la cabeza a un costado, y todavía jadeaba. Los dedos de Kristen acariciaron soñadores, los cabellos del hombre. Sintió que podía permanecer así eternamente. Aunque era demasiado esperar tal cosa.

No podía adivinar lo que él pensaba de esa entrega total. En vista del orgullo que un hombre sentía por sus lides amatorias, quizás él se limitara a atribuir la capitulación de Kristen a su habilidad como amante. De todos modos, poco le importaba lo que él pensara, mientras no sospechara que ella lo había maniobrado para obligarlo a hacer el amor. Se imaginaba que se sentiría furioso si él llegaba a comprenderlo.

Las manos de Kristen se apoyaron en los hombros del sajón, y después en el pecho, cuando él se inclinó para mirarla. Podía sentir los latidos regulares del corazón; eran latidos fuertes. Lo miró, tratando de adivinar por su expresión lo que él pensaba, pero Royce no reveló nada. En realidad, parecía que estudiaba los rasgos de la vikinga por la misma razón, para ver qué pensaba ella. Si él supiera... Sonrió ante la idea.

—Entonces, ¿no estás enojada conmigo? — preguntó Royce.

—Por supuesto, estoy enojada.

Royce sonrió complacido.

—¿Siempre te ríes cuando estás enojada?

—Sólo a veces.

Lo dijo con tanta seriedad, que Royce meneó la cabeza. Aceptar como válido todo lo que ella decía implicaba sentirse constantemente sorprendido. El prefería pensar que Kristen bromeaba.

—Imagino que debería disculparme — dijo Royce.

—Sí, deberías hacerlo.

El emitió un sonido burlón ante el pronto asentimiento de Kristen. No hablaría más del asunto. Ella lo había desafiado. Tal vez ella no merecía una respuesta tan dura del hombre, pero en todo caso, en definitiva lo había aceptado y también ella había alcanzado su propio placer. ¿Por qué al principio se había negado obstinadamente...? El conocía la razón, y no había nada que pudiera hacer para modificar las cosas.

Se apartó un poco más, pero durante un momento las caderas de ambos estuvieron apretadas con más fuerza que antes. El aún estaba dentro de Kristen; ella cerró los ojos y saboreó el contacto antes de que él se apartara. Al observarla, Royce contuvo la respiración.

—Por Dios, mujer ¿lo haces a propósito?

Ella abrió muy grandes los ojos.

—¿Qué?

En verdad, no sabía qué había hecho esta vez.

—Esa expresión... la cara que pones cuando nosotros...

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso me observas?

—Sí.

Ella se mostró intrigada.

—No lo había pensado. Lo probaré la próxima vez que haga el amor.

—Contemplar esos hermosos ojos tuyos en un momento así puede enloquecer a un hombre — afirmó Royce.

Ella sonrió intencionadamente.

—Milord, no necesitas inquietarte. No pensé que en un caso así tú fueras el objeto de mis miradas.

—Ojalá estés bromeando, mujer — dijo Royce con expresión severa, y la atrajo hacia sí —. No te agradarán las consecuencias si hablas en serio. No permitiré que tengas otros amantes. Mientras te desee para mí, me serás fiel.

Ella enarcó el ceño, y experimentó cierta satisfacción ante la posibilidad de burlarse de él.

Royce no contestó, y la llevó consigo, después de recoger sus ropas, y también las de Kristen. Kristen sintió que se le enrojecían las mejillas cuando advirtió que la puerta había permanecido abierta todo el tiempo, y que cualquiera hubiera podido pasar y verlos. Alguien podría haberse detenido en la puerta y observarlos durante todo el episodio, tan absorta había estado ella con su amante.

Su amante. Cómo le agradaba el sonido de la palabra. Ahora habría cambios. Era inevitable. Y él no lamentaría haber cedido. Ella le demostraría que en efecto él era el elegido de su corazón.

Apenas Royce llegó a su cuarto y cerró la puerta, dejó caer al suelo el montón de prendas y abrazó a Kristen.

—Ahora, te castigaré por haberte negado tanto tiempo. Esta noche no dormirás.

—Milord, ¿eso es un desafío? — ronroneó Kristen, alentada por la esperanza de que fuese una promesa.

21

El cielo era sólo una mancha rosada cuando uno de los hombres despertó a Royce. Se había suscitado un desorden entre los prisioneros. Los soldados habían dominado el disturbio, pero Thorolf deseaba hablarle.

Royce despachó al hombre. Si el disturbio había concluido, no necesitaba bajar de prisa al patio. Pero tampoco podía demorarse. Suspiró, y volvió los ojos hacia su compañera de cama. El alba difundía apenas una luz penunbrosa en la habitación, pero él podía ver claramente a Kristen desde el lugar que ocupaba, sentado junto a ella.

Kristen continuaba durmiendo, indiferente al sonido de las voces. Royce no estaba sorprendido. La había mantenido despierta la mayor parte de la noche, o mejor, ella lo había mantenido despierto con su sola presencia. Sucedía sencillamente que él no podía dejarla. Sonrió al recordar, un tanto sorprendido de que él mismo no se sintiera agotado esa mañana.

Kristen yacía acurrucada, sobre un costado, las manos entre las piernas como si hiciera frío, una costumbre que sin duda había adquirido a causa de los fríos inviernos a los cuales estaba habituada. Sus cabellos estaban sueltos y en desorden, y se extendían sobre su cabeza como un estanque dorado. La delgada sábana que los había cubierto cuando al fin decidieron dormir le cubría sólo las caderas, y dejaba el busto expuesto ala mirada de Royce.

El hombre sintió una excitación peculiar porque podía mirarla de este modo sin que ella lo supiera. Era la primera mujer que compartía su cama una noche entera, la primera a quien observaba mientras dormía. Las siervas a quienes favorecía eran poseídas en el lugar mismo en que las encontraba. Las pocas a quienes había traído a su cama se retiraban apenas concluía el encuentro. El propio Royce se retiraba del lecho de Corliss, pues no deseaba pasar la noche entera en su cama. Lo mismo sucedía con las damas de la corte a quienes había conocido íntimamente.

¿Por qué no se oponía a compartir su lecho con esa mujer vikinga para hacer algo más que el amor? ¿Oponerse? No, le agradaba que durmiese con él. Pero ¿por qué ella? Aún la despreciaba por lo que era. ¿O no? Ella y su gente la habían infligido el peor de los males concebibles. Era una mujer, pero aun así había sido educada en las mismas creencias que los hombres que habían desembarcado en esas tierras para robar y matar al pueblo de Royce. Ella era una vikinga, una pagana, una abominación para los cristianos temerosos de Dios.

Y si aún no la despreciaba, llegaría a eso. También hubiera debido resistir con más éxito la atracción que sentía. Se sentía disgustado consigo mismo por esta debilidad que ella había revelado en él mismo, y sobre todo porque había demostrado que su voluntad era más fuerte que la de Royce. Ella aún lo deseaba. Lo sucedido durante la víspera en esa habitación lo demostraba. Sin embargo, se le había negado la semana entera, y habría continuado haciéndolo si él no la hubiera obligado a someterse.

Royce emitió con la lengua un chasquido de repulsión. De nada le serviría torturarse. El daño estaba hecho, y él no estaba dispuesto a olvidar el asunto. Entregarse una vez al deseo que sentía de ella no había sido suficiente. Aún la necesitaba. Y resistirse a ella habría sido cortarse la mano después de amputar los dedos; provocaría más sufrimiento sin razones valederas. Incluso en ese momento la deseaba. La única razón por la cual no la despertaba era la conciencia de que la tendría más tarde.

Saber que esta mujer estaba en su poder aceleraba los latidos del corazón de Royce. Una esclava capturada tenía incluso menos derechos que los britanos nacidos en la esclavitud, o que los individuos sometidos a esclavitud como castigo por ciertos delitos, o porque no podían pagar las multas y las compensaciones en que habían incurrido. La iglesia aplicaba severos castigos a los que maltrataban a estos esclavos cristianos. Los que estaban esclavizados a causa de los delitos cometidos, incluso podían ser rescatados por sus parientes después de un año. Los que nacían en la esclavitud podían comprar su libertad. También se les permitía vender los productos de su trabajo en el tiempo libre. Pero los esclavos enemigos eran otro asunto. Podía pedirse rescate o no, vendérselos o no, matarlos o mantenerlos con vida. La decisión pertenecía exclusivamente a sus dueños.

De manera que Kristen dependía exclusivamente de la voluntad de Royce, y de un modo tan absoluto como si hubiera sido su esposa. El podía tomarla cuándo y dónde quisiera, y ella no tenía derecho a negarse. Pero se acentuaba el placer cuando él sabía que Kristen no rechazaba el deseo de Royce, y que gozaba con el cuerpo masculino tanto como él con el de la esclava vikinga.

Si continuaba alimentando esos pensamientos, en definitiva la despertaría. De todos modos, no pudo resistir la tentación de tocarla antes de abandonar la cama, de deslizar las manos entre los pechos y sostener uno en la palma de su mano. Kristen sonrió en el sueño. Royce sonrió al ver la reacción de la joven.

Sí, ella podía lograr que él se sintiera bien, y lo conseguía de muchos modos distintos. Royce se preguntó si ella tendría conciencia de que era una mujer extraña a causa de lo mucho que podía gozar con los sentidos. Royce no conocía a otra mujer que pudiese demostrar tanta pasión... y además, tan fácilmente.

Se vistió. Mientras bajaba la escalera llegó a la conclusión de que ese sería un día maravillosos. Ni siquiera la perspectiva de que hubiese problemas con los prisioneros pudo agriar su buen humor esa mañana.

Los encontró en el patio, reunidos frente al refugio que les había construido. Waite había ordenado que no salieran a trabajar antes de la llegada de Royce. Royce puso a todo el grupo al cuidado de Lyman y retuvo sólo a Thorolf. El vikingo sin duda estaba inquieto por algo, y por la expresión de la cara del vikingo cuando con un gesto ordenó a Thorolf que regresara a la choza, donde podían hablar a solas, Royce llegó a la conclusión de que se trataba de una cuestión que tenía que ver con él mismo.

—Thorolf, me dijeron que hubo una disputa entre vosotros esta mañana. ¿Me explicarás la razón?

Thorolf movió su cadena al volverse, una expresión de inquietud en la cara.

—¿Eso? — Desechó el tema con un gesto de la mano. — No tuvo importancia. Fjarni enojó a Ohthere con bromas. — Calló un momento y después buscó la mirada de Royce, los ojos entrecerrados. — Acerca de ti y Kristen.

Royce pensó un momento, y dudó que llegase a saber exactamente lo que había sucedido.

—¿Quiere decir que se molestaron a causa de las bromas de Bjarni?

—Sí. Hace mucho tiempo que no vemos a Kristen. Necesito hablarle... por favor.

Royce se puso alerta, consciente de que la petición seguramente había costado mucho al rudo vikingo. Comenzó a sospechar de sus motivos. Ese era el hombre a quien a menudo había visto en una actitud de protección hacia Kristen cuando los sajones aún creían que ella era un muchacho. Decía que era sólo un amigo. Pero, ¿se trataba de la verdad?

—Thorolf, ¿desde cuándo conoces a Kristen?

—Desde siempre. Vecinos en casa. Cuando niños, nadamos, montamos, cazamos juntos. Mi hermana Tyra y Kristen, amigas íntimas, muy íntimas.

—De modo que es amiga de tu hermana, y sin embargo parece que te sientes responsable de ella. ¿Por qué? — Thorolf no respondió a la pregunta. Royce caminó alrededor del vikingo, hasta que quedó a su espalda. — ¿Porque su hermano está muerto, o porque ella es para ti más que una amiga?

Thorolf se volvió para mirarlo.

—Sajón, habla más lento. O mejor, trae a Kristen que hable por ti.

—Oh, qué astuto — se burló Royce —, pero creo que no haré eso. Ella está cómoda en la casa y no necesita que le recuerden la situación en que os encontráis. No puede deciros nada más que lo que yo os digo. Está bien y no trabaja demasiado. De modo que ya ves, no tenéis motivo para preocuparos por su suerte.

—Eso dices tú. Que lo diga ella.

Royce meneó la cabeza al oír estas palabras.

—Si eso es todo lo que querías decirme... — comenzó caminar hacia la puerta.

—¡Sajón! — gritó irritado Thorolf —. No toques a Kristen. Royce se volvió, incrédulo.

—¿Realmente estás diciéndome que aparte de ella mis manos?

—Sí.

Royce se echó a reír.

—¡Qué arrogancia! Quizá no lo advertiste, pero no estás en condiciones de formular exigencias.

—¿Te casarás con ella?

—¡Basta, vikingo! — dijo Royce con impaciencia —. Es una esclava, no una invitada. Como dije antes, lo que le suceda depende de ti y tus compañeros. Nadie la ha dañado, no obligado a hacer lo que no quiere hacer.

—Entonces, ¿aún no la has tocado?

Esta vez Royce no respondió. Thorolf extrajo sus propias conclusiones, y éstas encendieron su temperamento noruego. Royce no previó el ataque,

pues en realidad no había creído que un hombre de menor estatura y musculatura se atrevería. De pronto se vio en el suelo, el cuello apretado por un par de manos que se cerraban implacables. Sintió que se le cortaba el aliento, hasta que la punta de su daga tocó el costado de Thorolf.

—Apártate, con cuidado — ordenó Royce.

El vikingo obedeció, y después se puso de pie y retrocedió, una mano sobre el costado que le sangraba. Aún estaba encolerizado, y ahora más porque había fracasado. Royce también mostraba un profundo enojo.

—¿Qué pretendías logra con esa actitud absurda? — preguntó.

—Que no tocases de nuevo a Kristen.

—¿Matándome? Sí, lo habrías conseguido, pero después no habrías vivido para verlo.

—No matar — insistió Thorolf —. Hay otros modos de evitar que vuelvas a tocarla.

Royce frunció el ceño y Thorolf hizo un elocuente movimiento con la mano. Entonces el sajón comprendió.

—Sí, de modo que es eso. Tendré que recordarlo para mantenerte a distancia en adelante, pues me agrada contar con todas las partes de mi cuerpo. — Meneó la cabeza y se puso de pie. — Joven estúpido. ¿No me creíste cuando te dije que nadie forzó a Kristen? No tiene de qué quejarse en la casa... por supuesto, está encadenada.

Thorolf lo miró hostil.

—¡Mientes! Muchos desean a Kristen. Muchos — subrayó la palabra —. Rechazó a todos.

—¿De veras? Entonces, puedo considerarme afortunado — observó secamente Royce.

—Sajón, si dices la verdad tendrás que casarte.

Royce suspiró ante tanta obstinación.

—Thorolf, ya tengo una prometida, pero aunque no fuese así, no me casaría con una pagana, vikinga y esclava; y Kristen es las tres cosas. Ya me pertenece. Dame una razón por la cual tenga que casarme con esta mujer, y una razón que se aplique a mi persona, no a tu criterio.

—Bjarni no bromeó. Kristen simpatiza contigo. Sea. Pero si no te casas, no simpatizará mucho tiempo. Sajón, ella te eligió. O arreglas las cosas, o pierdes.

—No puedo perder lo que es mío — dijo confiadamente Royce, y se alejó antes de que la lógica del vikingo lo enfureciese del todo.

Thorolf se acercó a la puerta para observar al sajón mientras cruzaba el patio, de regreso a la casa. Waite se aproximó para acompañarlo hasta el muro, pero el vikingo no dirigió ni siquiera una mirada al guardia. De modo que, después de todo, Bjarni estaba en lo cierto. Había dicho que mientras todavía estaba con ellos Kristen varias veces había mirado al señor sajón, y que él nunca había visto una mujer que se sintiera más seducida por la visión de un hombre.

Si en definitiva ella lo había elegido, era una decisión equivocada. Y como estaba apartada de ellos, no había un amigo que se lo advirtiera. El sajón jamás la respetaría. Ejercía el poder, y ella era una esclava capturada.

Thorolf, que era un hombre libre y tenía varios esclavos en su propia casa, podía entender el razonamiento del señor sajón. Pero por otra parte, Kristen no era una mujer nacida en la esclavitud. Si decidía oponerse a su servidumbre reaccionaría con todas sus fuerzas.

Thorolf se preguntó por qué se había molestado en advertir al sajón acerca del sesgo probable de la situación. Ella era cristiana, aunque sin duda no había revelado el hecho a esa gente. Pero también era noruega, y tenía el orgullo y la decisión que caracterizan a su raza. En realidad, era mejor que se mostrase más flexible, pues Thorolf sabía que se vería en una situación muy difícil si ella se volvía contra su carcelero.

22

Kristen estiró perezosamente su cuerpo. Sonrió al pajarillo encaramado en el alféizar de la ventana; el canto del ave la había despertado. Cuando ella se sentó, el pájaro huyó volando.

Estaba sola. Se preguntó si habían cerrado con llave la puerta, y se levantó para averiguarlo. No, no estaba cerrada. Volvió a sonreír y la cerró. Si, los cambios ya habían comenzado. Royce trataría de confiar en ella. Tendría que hacer todo lo posible para lograr que no se decepcionara.

Las ropas de Kristen y las de Royce yacían en el mismo lugar en que él las había dejado caer la noche anterior. Kristen se vistió de prisa, y después procedió a arreglar la habitación. Sentía deseos de cantar, y lo hizo, con una sencilla tonada celta que su madre le había enseñado cuando era niña.

—De modo que conoces otra lengua además de la nuestra, ¿eh?

Kristen apartó la mirada de la manta que cubría la cama y vio a Eda de pie en el umbral de la puerta. Sonrió al ver a la anciana.

—Sí, conozco muchas.

—Bien, no permitas que lord Royce te oiga hablar en esa lengua, pues la mayoría de los celtas son nuestros enemigos.

—¿La mayoría?

—Algunos viven en Wessex junto a los sajones, y en Devon, e incluso en Dorset. Pero los que están sobre la costa del oeste siempre fueron nuestros enemigos, e incluso unieron fuerzas con los daneses contra nosotros.

—¿Y los galeses celtas del noroeste? — preguntó Kristen, pensando en su madre.

—También son enemigos, aunque están demasiado lejos para causarnos dificultades. Han pasado muchos años desde que atacaron con sus fuerzas a Mercia y contra ellos se pidió ayuda al rey Ethelwulf, el padre de Alfedo. El condujo a su ejército hacia el norte y obligó a los galeses a prometer tributo. Pero los celtas del oeste todavía nos atacan. Hace dos días un pequeño grupo robó parte de nuestro ganado. Lord Royce recuperó los animales, pero aunque él y sus hombres persiguieron a los ladrones durante la noche, éstos huyeron. De modo que no le agradará oír esa lengua en tus labios, y la conoce bastante bien para identificarla.

Kristen sonrió, pero no pudo evitar una risita. De modo que por eso Royce no había llegado a su habitación la otra noche. Ella se había sentido muy mal, creyendo que estaba con otra mujer, y en realidad cabalgaba por el campo persiguiendo a los ladrones.

—Tu humor es muy bueno, mujer — la reprendió la vieja.

—No comprendes, Eda — dijo Kristen —. De todos modos, lamento que Royce no atrapase a los ladrones. No sabía que los celtas eran tus enemigos.

Eda emitió un rezongo.

—También hay otros, e incluso unos pocos señores sajones, y sobre todo uno que vive no lejos de aquí. Lord Eldred desearía más que nada ver muerto a nuestro señor. Tuvieron disputas desde el día en que ambos se conocieron en la corte.

—¿Sabes por qué?

—Sí. Lord Eldred siempre miró con malos ojos la amistad entre Alfredo y nuestro señor. Eso fue antes de que Alfredo ocupase el trono, cuando todos cazaban y se divertían juntos en la propiedad real. La mayoría de los hijos menores viven en la corte. Milord estuvo allí hasta que su padre y su hermano murieron. Ahora va rara vez, o cuando Alfredo lo convoca. Sólo la amenaza de los daneses ha logrado que ambos depongan un tiempo su animosidad.

—Una sabia decisión. No me agradaría pensar que Royce tiene que combatir también con un enemigo a la espalda.

—¿Te importa tanto? Muchas veces, los esclavos quedan libres a la muerte de sus señores; la iglesia fomenta esa costumbre.

—Eda, deseo mi libertad, pero no de ese modo — exclamó Kristen.

Eda esbozó un gesto en parte de incredulidad, y en parte de complacencia ante la respuesta.

—Bien, ven conmigo. Milord dijo que te permitiese dormir, pero no habló de que estuvieses ociosa el día entero. Ya te has perdido una comida.

Kristen sonrió y caminó hacía la puerta. Eda señaló los hierros que la joven había arrojado horas antes en un rincón, y fue a buscarlos. Kristen la detuvo.

—Deja eso, Eda Ya no los usaré.

—¿El lo ha dicho?

—No, pero...

Eda no hizo caso del gesto de Kristen, y recogió la cadena.

—Hasta que me ordenen lo contrario, continuarás usando esto.

—No, te digo que ahora no me obligará a usar los hierros. Ve a preguntarle.

—¿Estás loca, mujer? No me atrevería a hablarle de un asunto tan trivial. — La expresión de Kristen se ensombreció, pero Eda levantó una mano para impedir la respuesta. — Kristen, no me causes problemas con esto. Si ahora él está dispuesto a confiar en ti, me lo dirá. ¿No puedes esperar hasta que llegue ese momento?

Ella sintió deseos de gritar y negarse, pero ¿de qué serviría? Pocos minutos más tarde, o a lo sumo pocas horas más tarde, ella lo vería y el

sajón enmendaría su olvido. A decir verdad, podía esperar, aunque la idea no le agradaba en absoluto.

Pero pasaron más que unas pocas horas antes de que ella lo viese, pues Royce se ausentó el día entero. Eda supo por Udele, la criada de Meghan, que el sajón había salido a cabalgar con la niña. Meghan regresó al vestíbulo en las primeras horas de la tarde, muy entusiasmada y con las mejillas sonrosadas, pero Royce no estaba con ella. Eda observó que era desusado que Royce tuviese tiempo para entretener a su hermana. A juzgar por la expresión de Meghan, la niña lo había pasado muy bien.

Kristen conservó la serenidad un rato, y durante esos momentos pensó que Royce demostraba un corazón bondadoso, pues robaba tiempo a sus obligaciones para atender a su hermana. Pero la impaciencia comenzaba a carcomerla, y se convertía prontamente en irritación, y después en el mismo resentimiento que había sentido la última vez que él le hizo el amor, para insistir más tarde en que ella continuase encadenada. Quizás ella se equivocaba en sus cálculos. ¿Podía mostrarse tan afectuoso en el lecho, y después encadenarla sin experimentar el más mínimo sentimiento de culpa?

Los hombres estaban tomando la última comida del día cuando Royce entró a la sala. Kristen lo observó ávidamente mientras él cruzaba la habitación en dirección a la larga mesa de caballetes, dispuesta frente al gran hogar. Cuando las miradas de ambos se cruzaron, él le sonrió y la cólera de la joven se disipó. ¡Dios mío! Era un hombre impresionante. Kristen abrigaba la esperanza de que él nunca advirtiese el tumulto que provocaba en su sensibilidad femenina. Ya disponía de armas suficientes, sin necesidad de que tuviese conciencia del efecto que provocaba.

Darrelle reclamó la atención de Royce, y Kristen continuó preparando las fuentes que llevarían a la mesa. Ella se había equivocado otra vez. Royce no era un hombre duro, sólo olvidadizo. Apenas viera que ella continuaba encadenada, se arrepentiría y trataría de corregir su olvido.

Antes de que la sala estuviese medio vacía y preparada para la noche, Royce se acercó. Había comido bien y se lo veía satisfecho, había bebido con sus hombres, y se estaba calentando agua para que él tomase un buen baño. La propia Kristen había llenado dos de los cubos con agua puesta a calentar sobre el fuego.

Se detuvo junto a ella, no muy cerca, y no la miró, y en cambio volvió los ojos hacia los montículos de masa dispuestos sobre la mesa, en preparación para la mañana siguiente.

—¿Cómo pasaste el día, mujer?

Ella desvió los ojos y advirtió que él tampoco la miraba directamente, y comprendió que adoptaba precauciones en vista de que aún había tanta gente alrededor.

—Bien, milord.

—Tu noche será todavía mejor.

El sajón habló con un murmullo ronco, y provocó un estremecimiento en el vientre de Kristen. Pero después se alejó en dirección a la sala de baños, y ella lo miró incrédula. No era posible que no hubiese visto los anillos de hierro alrededor de sus tobillos al acercarse, pues aunque eran negros, se destacaban claramente entre la falda y los zapatos, ambos de color más claro. Tampoco debió pasarle inadvertida la cadena más larga que

atravesaba el suelo desde la pared hasta el lugar que ella ocupaba, frente a la mesa. Las mujeres se quejaban porque durante el día, a menudo tenían que salvar este obstáculo. Se destacaba muy claramente.

La cólera la dominó, y le temblaron las manos. ¡Que Dios destruyese los ojos verdes y el negro corazón de ese hombre! ¡Compartir el lecho sin gozar de la confianza de Royce equivalía a desempeñarse como una prostituta! Estaba harta de que la usaran.

—Te lo dije antes, mujer. Es demasiado pronto para pedirle que confíe en ti. Ten paciencia.

Eda estaba de pie, detrás de la joven. Kristen no se volvió para contestar. Se aferró las manos una con otra, para dominar el temblor, y trató de controlar sus sentimientos. La rabia se convirtió en desprecio.

—Me quedarán cicatrices en los tobillos si tengo paciencia. Muy bien. Es lo que merezco por mantener relaciones con mi enemigo. Aceptaré las cicatrices y las soportaré como castigo.

—¡Castigo! Por Dios, casi pareces una cristiana. Entonces ¿vosotros tenéis sacerdotes y vuestros dioses reclaman castigo?

Kristen no contestó.

Preguntó con voz fría: —Eda, ¿hemos terminado?

—Sí.

Eda se inclinó para soltar la cadena unida al muro. Retiró los grillos, de manera que Kristen pudiese subir más fácilmente la escalera. En realidad, comprendía parte del sufrimiento de la joven. No era fácil verse favorecida por el señor, pero sólo hasta cierto punto.

—Entonces, vamos — dijo Eda con expresión hosca.

Confiaba en que Kristen la seguiría. La joven obedeció, pero sólo porque realizar un intento de reconquistar su libertad sin un arma o un plan habría sido absurdo. Pero como antes, no fue más lejos de su propia puerta, aunque Eda continuó caminando. Pero esta vez se detuvo en el umbral de su cuarto. Siempre había sido un lugar desolado y esta vez, además, lo encontró vacío.

Sintió la presencia de Eda a su espalda.

—¿Qué significa esto? — preguntó Kristen con voz áspera.

—Kristen, el señor Royce no dijo nada de las restricciones que te hemos impuesto, pero sí aclaró que no usarías más esta habitación. La única cama que ahora puedes usar es la suya.

Esas palabras provocaron una risa dura.

—¿De veras? Bien, prefiero el suelo duro antes de lo que él ofrece.

—Mujer, se enojará.

—¿Crees que me importa? — replicó Kristen.

Eda fue a informar a Royce de la actitud de Kristen. La vikinga no se movió hasta que oyó girar la cerradura. Hubiera sido excesivo abrigar la esperanza de que Eda olvidase encerrarla, pues como Royce estaba abajo, Kristen hubiera podido apoderarse de un arma de la habitación del señor, si bien todavía no estaba segura de lo que hubiese hecho con ella.

Kristen se acercó a la pared del fondo de su cuarto, y se sentó a esperar.

Librodot

23

Cuando Royce abrió la puerta, Kristen estaba sentada con la espalda contra la pared, las rodillas dobladas ante ella, de modo que pudiera incorporarse prontamente si era necesario. Vio que él aún no estaba enojado. Pero en todo caso, no se sentía muy complacido.

Como venía directamente de su baño, vestía sólo una túnica blanca de mangas largas, y sobre ella el tipo de túnica que entregaban a Kristen cuando se bañaba, aunque ésta era de mejor calidad, e incluso tenía un ruedo de seda verde en todo el borde del lienzo blanco que le llegaba a los pies. El blanco le sentaba bien con los cabellos oscuros y la piel bronceada por el sol estival.

Si no hubiese sentido tanta furia, ella habría esperado, conteniendo el aliento, que apareciese una pierna desnuda cuando la túnica se abría al compás del andar de Royce. Pero lo miró fijamente a la cara, iluminada por la vela que él sostenía en alto, de modo que la luz también a ella la alcanzase.

—Eda me dijo por qué estás aquí nuevamente, en lugar de ocupar el sitio que te corresponde. Quiero saber por qué creíste que habías conquistado tu libertad en la sala, cuando yo no te había dicho nada de eso.

Kristen se sintió orgullosa porque la voz no le tembló, y le pareció serena, incluso a ella.

—Es sencillo, sajón. Tú sabías por qué me negué a compartir tu lecho esta última semana. Pero ayer me llevaste allí. Fue tan tonta que creí que si hacías eso era porque habías renunciado a las restricciones que me imponías.

—Tienes razón — replicó Royce con sequedad —. Fue una idea absurda de tu parte. Te dije por qué es necesario engrillarte. También te expliqué las alternativas.

Kristen ya no conservaba la misma serenidad, porque ahora le había oído confirmar las conclusiones que ella misma había extraído.

—¡Escupo sobre tus alternativas! Usaré tus malditos hierros, pero no quiero saber más de ti. No puedo soportar tus tiernos cuidados y también las cadenas.

El se acercó lentamente. Con gesto cauteloso ella se puso de pie, pero Royce se detuvo a dos brazadas de distancia.

—Mujer, creía que eras más fuerte.

Ella contuvo una exclamación ante el desprecio intencionado.

—Milord, no carezco de fibra. Mi padre fue capturado y estuvo prisionero en su juventud. Mi madre también soportó un tiempo la esclavitud. Soy lo que mis padres me hicieron, y no sería digna de ellos si no pudiese soportar también yo la esclavitud. A mis ojos, es el castigo que recibo por desobedecer a mis padres y salir a navegar con mi hermano. Puedo soportar eso, Royce. Pero hay un límite para lo que puedo soportar sin luchar. En adelante, déjame en paz y no tendrás problemas conmigo.

—No puedo — se limitó a contestar Royce —. Y tú, Kristen, en realidad no deseas que te ignore.

—Lo deseo. Ya no te quiero.

A él no le agradó en absoluto lo que oía, y su reacción se reflejó en los labios apretados, y en el verde turbulento de sus ojos.

—¿Puedes decir eso después de lo que sucedió anoche?

—Sí.

—Mentirosa. Aún me deseas, y lo demostraré.

Ella emitió un rezongo despectivo ante el desafío.

—La obstinación es uno de mis defectos, heredado de mi madre. Cierta vez, ella se negó a hablar a mi padre a causa de una disputa, y no le dijo una palabra durante un mes. Son dos personas que se aman apasionadamente, Royce. Quizá todavía te deseo, porque me siento atraída por ti y no puedo evitarlo. Pero nunca me oirás reconocerlo, y tampoco te aceptaré otra vez por propia voluntad, porque cuando tú me encadenas me demuestras que no soy nada para ti, que no tienes el más mínimo sentimiento hacia mí. Necesito algo más que eso del hombre a quien me entrego. Necesito algo más que la mera pasión.

—Entonces, ¿harás que ambos suframos?

Kristen cerró un momento los ojos, y se sintió dominada por una profunda decepción. ¿Qué había esperado que él contestase? “Te amo, Kristen. Por supuesto, me inspiras sentimientos, sentimientos muy hondos. ¿Cómo puedes dudar de eso?” ¡Estúpida! Jamás oiría de él tales palabras.

Abrió los ojos y vio que la expresión de Royce continuaba siendo severa. Pero no se le movió un solo músculo de la cara. La mano en la cadena estaba cerrada para formar un puño. Las cejas oscuras se habían unido y los ojos eran nada más que rendijas verdes. Al fin estaba irritado. Muy bien. Por lo menos, compartía algo con ella.

—¡Contéstame, mujer!

—Sí, milord. Conseguiré que ninguno de los dos goce de ese placer.

—¡Eso te crees! Ya pudiste decir lo que pensabas. Ahora, escúchame. Tenerte o no tenerte es cosa que yo decido, y tu voluntad para nada influirá. Una vez dejé la decisión en tus manos, pero fue un error, y yo aprendo de mis errores. Dejar la decisión librada a tu voluntad sólo sirvió para inducirte a creer que tenías derecho de elegir. No es así, Kristen. Soy tu dueño. Tu vida, tu cuerpo, tu mente me pertenecen.

La crueldad de esa afirmación la encolerizó.

—¡Nunca! Es cierto que me posees, puesto que puedes matarme, venderme, violarme, hacer lo que te plazca. Pero no siempre será así, porque si me vendes, o huyo, o me arrebatan, ya no me poseerás más. ¡Y pertenecerte! Créelo si quieres, pero a menos que yo lo acepte, la palabra carece de significado. Tendría que amarte para pertenecerte realmente. Tendría que desear que nunca nos separáramos, tendría que querer retornar a ti si me viese alejada de esta casa.

—No pido tu amor — dijo él con dureza.

—¡Magnífico! — replicó ella con el mismo acento —. Porque no te lo daré. Hablas de elegir. Sí, que me tengas o no es tu decisión. Que yo esté dispuesta a tenerte es mi decisión. Y no estoy dispuesta, sajón.

—Entonces, ¿te resistirás?

—Sí.

—Ya viste que es inútil.

—No, lo que he visto es que puedo manipularte fácilmente con un simple desafío. — Ella estaba tan irritada que lo reconocía. Con una risa burlona, continuó azuzándolo: —Sajón, tendrás que conocer la medida total de mi resistencia. Ayer no hiciste nada que yo no quisiera que hicieses, pues en ese momento te deseaba. Pero si ahora me fuerzas y me resisto en serio, te prometo que la experiencia no te agradará.

La burla acentuó todavía más la cólera de Royce. Lanzó una maldición, y en su cólera arrojó la vela al suelo. Pareció que sus manos estaban sobre ella antes de que se hubiese apagado la llama, aunque Kristen no lo vio saltar.

Una mano se deslizó bajo el brazo de Kristen y le aferró la muñeca, y ella se vio arrastrada hacia la puerta. Kristen esperó hasta que estuvieron en el estrecho corredor para desprender de un tirón la mano. Lo consiguió, y le agradó oír la maldición de Royce cuando ella corrió hacia la escalera. El sajón la derribó al suelo antes de que Kristen llegase allí, y su cuerpo cayó pesadamente sobre la joven.

Apenas él levantó una parte de su cuerpo para incorporarse, permitiendo que ella hiciera lo mismo, Kristen descargó hacia atrás el codo. Le golpeó el vientre, y oyó el gruñido de Royce. Ella disponía de espacio suficiente, entonces rodó de costado y habría apartado de un puntapié a su antagonista si él no hubiese pasado el brazo sobre las piernas de la vikinga. Un momento después él le atrapó la mano, y Kristen se encontró cargada sobre el hombro de Royce.

Royce tuvo dificultades para incorporarse con ese peso que se movía convulsivamente, pero lo consiguió y echó a andar hacia su dormitorio. Pero Kristen no había terminado con él. Colgando medio cuerpo sobre la espalda del hombre, tiro hacia atrás la mano y le aferró un mechón de cabellos. Jaló con tanta fuerza que había quebrado el cuello de un hombre menos vigoroso. En todo caso, Royce perdió el equilibrio y chocó contra la pared.

Kristen contuvo una exclamación cuando sintió que caía, y esta vez aterrizó sobre la espalda. Pero no soltó los cabellos de Royce, y lo obligó a arrodillarse junto a ella. Royce gruñó furiosamente y de un golpe apartó la mano de su enemiga, dejándola con un puñado de cabellos. Esta vez, cuando le atrapó la muñeca, la retorció y levantó tras la espalda de Kristen, hasta que ella temió que le quebrase el brazo. Pero su intención era obligarla a incorporarse, y ella lo hizo de prisa.

La mantuvo delante de él, y cuando ella no caminaba, el brazo se elevaba. De ese modo la introdujo en su cuarto, y una vez allí la arrojó bruscamente hacia delante.

Kristen apenas trastabilló, y en un instante reaccionó y se volvió para enfrenar a Royce. Con movimientos tranquilos él echó llave a la puerta. Con la misma calma cruzó la habitación y arrojó la llave por la ventana, en un gesto intimidatorio.

Ella sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Pero Royce todavía no se le acercó. La habitación estaba bien iluminada, y ella advirtió una expresión fría y decidida en la cara de Royce cuando la miró. Pero no se le aproximó. En cambio, se acercó a la cama. Allí retiró la manta, y utilizó la daga para cortar finas tiras.

A Kristen se le agrandaron los ojos al ver esto. Aún no podía imaginar qué se proponía hacer ese hombre con las finas tiras que cortaba. Creyó que había enloquecido, pues la manta era una obra de artesanía confeccionada con suave piel de oveja y finalmente bordada con media docena de hilos de diferentes colores.

Royce se detuvo después de cortar cuatro tiras largas. Ató una tira a uno de los postes bajos de la cama, y después pasó al siguiente. Al observarlo, Kristen se sintió desconcertada, pero sólo un momento. Sintió que se le cortaba la respiración, pues podía existir una sola razón para explicar lo que él estaba haciendo.

—De su garganta brotó un alarido y la vikinga corrió hacia el muro cubierto de armas, y de allí retiró una espada de hoja ancha. ¡Ese hombre estaba loco!

—Deja eso, Kristen.

La voz sonó muy razonable. ¿Cómo podía ser razonable cuando se proponía torturarla?

—¡No! — Kristen se volvió para mirarlo. —¡Tendrás que matarme antes de que te permita practicar conmigo tus crueldades!

El meneó la cabeza y continuó asegurando una tira al tercer poste, y después pasó al cuarto. No la miraba, y en cambio atendía lo que estaba haciendo. Kristen no apartó de él los ojos, y vio una sonrisa en los labios del hombre. Sintió que se le helaba la sangre, pues en ese gesto no había el más mínimo humor.

La espada era pesada, mucho más que todo lo que ella había conocido. Pero el tiempo que había perdido observando los movimientos de Royce le había arrebatado la posibilidad de elegir otra arma. No estaba pensando con claridad. Demasiado tarde, comprendió que debió atacarlo en lugar de esperar hasta que él le concediese toda su atención.

Royce devolvió la pequeña daga a la vaina que llevaba sujeta al cinto. Sin armas, caminó hacia Kristen. Podía elegir una cualquiera de una serie de armas colgadas de la pared, pero tendría que haber pasado primero alrededor de ella, y Kristen no pensaba permitírselo.

Kristen expulsó de su corazón todo lo que sentía por él. Su expresión trasuntaba la intención mortal que la animaba. Mantuvo baja la espada, dispuesta a levantarla y descargarla en busca del blanco. Pero Royce se detuvo a distancia suficiente, de modo que ella habría tenido que avanzar para alcanzarlo. La expresión del sajón era impenetrable.

—Dime una cosa, Kristen. ¿Todas las mujeres noruegas se entrenan de manera que puedan defenderse solas?

—No — replicó ella cautelosamente.

—Pero tú fuiste entrenada, porque dos veces demostraste tu destreza para beneficio de mi primo. Imagino que te enseñó tu padre. ¿O fue tu hermano Selig? Por supuesto, su habilidad no era tanta...

Ella lanzó un grito furioso y descargó la espada que descendió en un arco que habría abierto limpiamente el hombre de Royce si éste no hubiese dado un paso al costado. Pero en lugar de retroceder para evitar el golpe siguiente de la hoja, Royce se acercó más. Su puño cayó sobre la muñeca de Kristen antes de que ella pudiese mover la pesada espada para atacar otra vez.

La espada cayó ruidosamente al suelo, y Kristen fue empujada de manera que dio la espalda a Royce cuando los brazos de éste la rodearon. Los dos brazos de la vikinga quedaron encerrados en el apretón. Por mucho que quisiera, no podía aflojarlos.

—Muchacha tonta. ¿Nunca te enseñaron a ignorar los comentarios de tu adversario?

Ella descargó hacia atrás el talón y golpeó el hueso del tobillo de Royce, pero el zapato de suela blanda hizo poco daño, y Kristen estaba segura de que el pie le dolía más que a él. El golpe lo indujo a apresurar el traslado de Kristen a la cama. La arrojó allí y cayó sobre la espalda de la muchacha, antes de sacar los dos brazos de su prisionera. Royce aferró rápidamente el brazo que ella consiguió soltar, y Kristen gimió, cuando sintió la tela que le envolvía rápidamente la muñeca.

El había atado la muñeca izquierda al poste derecho, y ella estaba preparada, esperándolo, porque creyó que tendría que volverla. Pero su puño alcanzó sólo el aire cuando él se incorporó, pues lo que ahora el buscaba eran los pies, y no la mano libre. Y Royce fácilmente pudo inmovilizar una pierna con su peso, mientras concentraba los esfuerzos en atar al poste el otro pie. Y la mano de Kristen golpeó el aire a pocos centímetros de su antagonista.

Kristen sentía deseos de llorar, a tal extremo llegaba su frustración; pero no lo hizo.

—Sajón, cuando termines será mejor que me mates, porque por esto te enviaré al infierno.

Royce no habló. Las piernas de Kristen estaban extendidas sobre la cama, los pies firmemente asegurados a los postes. El se incorporó y se detuvo junto al último poste que aún no había sido usado.

Kristen lo miró hostil, manteniendo lejos de él le brazo derecho. Cuando Royce se inclinó para apresarla, el puño voló hacia su cara, y esta vez el sajón no se apartó a tiempo.

Ella experimentó un sentimiento de satisfacción, pese a que los nudillos le dolieron al rozar los dientes de Royce. Pero él tenía los labios manchados de sangre, y sus rasgos ya no mostraban esa máscara inexpresiva. Irritado, le atrapó el último miembro libre y envolvió alrededor la tela, ató luego un nudo suplementario sobre la mano. Después, retrocedió un poco, y esos ojos que a ella le habían parecido tan bellamente verdes parecieron colmados de amenaza al clavarse en los de Kristen. Con movimientos lentos se limpió la sangre de la boca usando el dorso de la mano.

Ella cerró los ojos, abrumada por la conciencia de que él había triunfado. Había sido demasiado fácil para él. Y ahora la flagelaría, o haría cualquier otra cosa para castigar esa resistencia a su voluntad. En cambio, él se dedicó a desgarrarle las ropas con la daga.

Kristen gimió íntimamente, pero mantuvo el rostro inexpresivo y los ojos firmemente cerrados. No estaba dispuesta a gritar cuando comenzara el dolor, ni a llorar, ni a rogar compasión, pues si él podía hacerle eso, significaba que carecía de sentimientos.

—Abre los ojos, Kristen.

Ella se negó. Sintió el movimiento de la cama, y comprendió que él se había sentado a su lado. Finalmente, como él no dijo nada más, ni hizo

ningún movimiento, Kristen se inquietó tanto que tuvo que mirar. Descubrió que los ojos de Royce estaban fijos en ella, y después, pausadamente, recorrían la extensión del cuerpo femenino. Siguió la dirección de su mirada, y sintió una oleada súbita y cálida.

Al verse así, ella comprendió más claramente su impotencia. Podía plegar levemente las rodillas, pero no mucho. Los brazos no estaba completamente estirados, pero tampoco podía usarlos, ni le servían las piernas, pero por extraño que pareciera no se sentía incómodo en esa posición. Las tiras de lienzo no le dañaban la piel, a menos que ella hiciese presión. Lo que provocaba sufrimiento era su incapacidad para seguir luchando, y la intriga acerca del castigo que recibiría.

—Hasta ahora, has cumplido tu promesa.

La voz de Royce la indujo a mirarlo.

—¿Qué promesa? — preguntó.

—Que no recibiría placer de ti si te resistías. Pero te aseguro que es un placer verte así.

¡Dios la ayudase! El quería vanagloriarse.

—¡Sajón, trae tu látigo y acaba de una vez! — dijo ella.

Royce sonrió.

—En efecto, dijiste que practicaría contigo ciertas crueldades. Es bueno que me lo hayas recordado.

Retiró la larga trenza que estaba bajo el cuerpo de Kristen, y concentró en ella toda su atención.

—¿Piensas castigarme con eso? — preguntó ella con expresión incrédula.

—Una ida interesante. — Royce rió, y dejó que la trenza se deslizara a través de su mano hasta que el extremo quedó entre sus dedos. — Tal vez... ¿así?

Las puntas de los cabellos se desplegaron como un abanico entre los dedos de Royce y rozaron la punta de un seno. La sangre afluyó a esa zona, el seno cobró más fuerza y el pezón se convirtió en una punta dura.

En diferentes partes del cuerpo de Kristen se erizó la piel. Al advertir la respuesta involuntaria del apetecible cuerpo, Royce continuó sonriendo y paseó el abanico por el valle formado por los senos y acarició con la sedosa textura el otro pezón.

El cuerpo de Kristen revelaba estas sensaciones a Royce, pero él no sabía lo que ocurría en la intimidad de la vikinga. Lo que había sido un temor muy real, aunque casi inconsciente en la boca del estómago de la joven, se había convertido en excitación. Quedar completamente impotente en poder de un hombre que sabía bien cómo complacerla... Ella no había contemplado esa posibilidad.

—Tú... ¿no piensas castigarme?

—¿Por qué te sorprendes tanto? — preguntó Royce en voz baja, y con el abanico de pelo acarició el estómago de Kristen, de modo que sus músculos se contrajeron —. Me agrada tu piel así como es. ¿Creíste realmente que yo podría dañarla?

—Estabas tan enojado...

Librodot

—Con buenos motivos. Hoy me convertiste en mentiroso. Juré a tu amigo Thorolf que no tendría que obligarte a compartir mi lecho, y sin embargo he tenido que hacer precisamente eso.

—Le dijiste... ¡oh!

Royce se encogió de hombros con un gesto negligente:

—Estaba preocupado y quería asegurarse de que yo no me aprovechaba impropiamente de mi poder sobre ti.

—¿Y no estás haciéndolo? — explotó ella, mirando intencionadamente su propio cuerpo.

—¿Tenías que decírselo a Thorolf?

—¿Preferías que se preocupase por ti?

—¡Prefería que no pensara lo que seguramente está pensando ahora! — gritó ella con furia.

—¿Qué te agrado?

—Sajón, el demonio te lleve. No me agradas... ahora — se corrigió, pero contuvo una exclamación cuando él se inclinó para depositarle un beso sobre el vientre —. ¡No, basta!

La lengua de Royce trazó un círculo alrededor del ombligo.

—¿Todavía te resistes, zorra? Puesto que no puedes detenerme tú misma, ¿me rogarás que te deje?

—¡No!

Royce se irguió, extendió ambos manos sobre el estómago de Kristen, y comenzó a elevarlas lentamente hacia los pechos.

—No pensé que me rechazarías, porque en realidad no deseas que me marche.

Había rodeado los pechos con sus dedos. Ella oyó su propia voz temblorosa cuando dijo: —No es así. Yo... sencillamente no quiero rogar... por nada.

—¡Qué mujer tan orgullosa!

Le apretó los pezones entre los pulgares y los índices hasta que ella se puso rígida, y después volvió a acariciarlos con la mayor ternura. Continuó aplicando esa mezcla de placer y dolor a un área muy sensible, hasta que ella temió que en efecto acabara pidiendo compasión. Ya no podía mantenerse inmóvil. No podía conservar una expresión impasible, pese a que sabía que él esperaba una reacción. El corazón le latía desordenadamente, su pulso era irregular.

Royce parecía hipnotizado por la expresión seductora de esos ojos claros, y por el modo en que los dientes de Kristen mordisqueaban su propio labio inferior. Todavía no estaba dispuesto a besar esos labios, pues no dudaba de que si lo hacía ella le clavaría los dientes. Pero sus manos finalmente se elevaron para encerrar la cara de la muchacha y sostenerla quieta mientras la besaba en todos los rincones, salvo la boca.

Le dijo al oído: —Kristen, dime que me deseas.

—Jamás me oirás decir eso.

El se irguió para mirarla. En los ojos de Kristen parecía haber fuego. Royce jamás había visto a una mujer más dispuesta para el amor.

Sonrió y meneó la cabeza.

—Eres tan obstinada como dijiste. Pero también lo soy yo, hermosa zorra. Y te oiré decirlo.

Se puso de pie y se acercó a los pies de la cama. Allí se detuvo, y lentamente, con los ojos fijos en el cuerpo de Kristen, comenzó a quitarse la chaqueta y la túnica. Ver cómo él la miraba era casi lo mismo que sentir el contacto de sus manos. Kristen sentía una verdadera revolución en sus entrañas.

Kristen cerró los ojos para borrar la imagen. Deseaba que su cuerpo se relajara, que se calmase. No le sirvió de nada. La inquietud acerca de lo que él haría inmediatamente determinaba que su excitación aumentase en lugar de calmarse.

No tuvo que esperar mucho tiempo. La cama se hundió a los pies, y entonces ella sintió una mano en cada tobillo. No quiso mirarlo. Las manos avanzaron lentamente por la cara interior de ambas piernas. Ella tampoco ahora quiso mirar; pasaron sobre las rodillas, en un movimiento más lento cuando treparon por los muslos. Ella tampoco quiso mirar. Más cerca, más cerca...

Royce se interrumpió, mientras Kristen contenía la respiración, pues estaba segura de que se encontraba a un paso de la explosión, el corazón le latía tan desordenadamente. Entonces, los dedos del hombre cambiaron de rumbo, y se deslizaron sobre la superficie superior de los muslos, y después hacia fuera, pero para llegar solamente a las rodillas. En el mismo momento en que ella suspiraba serenamente, tuvo que contener otra vez la respiración, pues Royce de nuevo había comenzado a subir con esos dedos bien separados.

Una y otra vez él ascendió por los muslos, y cada vez se acercaba más al centro de la femineidad, pero nunca tocaba ese lugar, sólo la inducía a creer que lo haría, a abrigar la esperanza de que lo haría. Estaba siendo castigada con sensaciones eróticas. Se la preparaba para que rogase.

—Mírame, Kristen.

Ella meneó bruscamente la cabeza.

—Kristen.

Ella echó hacia atrás la cabeza, de modo que si en efecto abría los ojos no podría verlo allí, arrodillado entre sus piernas. Advirtió que él sonreía, y sintió moverse la cama cuando él se acostó a sus pies. Y después, él deslizó los brazos bajo los muslos de Kristen, y los levantó casi hasta sus propios hombros. Sus manos reaparecieron para extenderse sobre el estómago de la muchacha, y su mentón descansó sobre el triángulo de vello.

—Kristen, ¿ahora me deseas?

Ella no contestó. Las manos de Royce se apoderaron de los pechos. El levantó el mentón y Kristen pudo sentir su aliento cálido... ¡Que Dios la ayudase!

La lengua de Royce tocó el pequeñísimo punto que controlaba la pasión de Kristen, y eso fue todo lo que se necesitó. Kristen explotó en un placer tan violento que el nombre de Royce brotó de sus labios. Elevó hacia él la pelvis, reclamando la presión de la lengua del sajón. Lo habría retenido contra su cuerpo si hubiese podido. El no la privó del placer. Kristen experimentó cabalmente su goce.

Pero Royce no había terminado con ella. Kristen apenas había retornado a la realidad cuando ya él comenzaba un nuevo ataque a sus sentidos. Kristen ya no tenía voluntad de resistencia. Estaba demasiado absorta y sorprendida por lo que él había hecho. Nada más que pensarlo, volvía a excitarla profundamente.

El ya estaba sobre Kristen, y sus labios formaban senderos de calidez sobre la piel femenina. Pero no la penetraba, no parecía dispuesto a calmar su propia y ardiente pasión. Podía hacerlo, pero de nuevo la torturaba; en todo caso, él se abstenía.

Se irguió sobre ella, y Kristen imaginó que veía esmeraldas relucientes cuando contempló los ojos de Royce.

—Me deseas — respiró casi junto a los labios de la vikinga —. Dilo.

—No lo diré.

Los dientes de Royce mordisquearon los labios de Kristen.

—¿Deseas que ahora te deje?

Que Dios la ayudase. Se moriría si él se apartaba. Pero, ¿podría hacerlo? ¿Tendría la voluntad necesaria? No, no podía.

Permaneció en silencio, sus ojos impregnados por una mezcla de orgullo obstinado y deseo. El gimió, pues comprendió su derrota. Pero fue sólo un detalle secundario comparado con lo que sintió al hundirse en ella, al arrastrarla para iniciar otro desordenado crescendo de felicidad.

Después, cuando Kristen regresó a la realidad, Royce estaba cortando las ligaduras. Al terminar, la cobijó en sus brazos, y yació con ella apoyada en su pecho. Kristen ya no deseaba continuar la resistencia, y él lo sabía, de modo que lo aprovechó.

—Tú sabías que no te dejaría.

En su voz había un acento acusador.

—Sí, lo sabía.

El emitió un gruñido.

—Mujer obstinada — dijo.

Kristen sonrió somnolienta.

24

Un beso muy tierno despertó a Kristen. Suspiró y se estiró, pero aún no abrió los ojos. Había soñado con su casa, y el sueño le había parecido real. Detestaba interrumpirlo pero la presión que se ejercía sobre sus labios era una motivación intensa.

—Zorra, ¿ya no estás dispuesta a luchar?

Kristen sonrió, pues sabía que Royce estaba sentado a su lado, en la cama.

—Sí, estoy dispuesta.

—Entonces debo esperar otro desafío.

—¡Oh!

Kristen abrió los ojos y aferró la almohada para arrojársela a Royce. El retrocedió hacia la puerta.

—No, Kristen... ¡tregua! Esta mañana hay mucho que hacer, y dispongo de poco tiempo. Ya ordené a Eda que traiga tus ropas y... — Hizo una pausa cuando Eda apareció en la puerta. — Bien, Eda, explícale tú misma.

Y se marchó.

Kristen se sentó en la cama para mirar con desagradado a la anciana.

—¿Qué sucede? Dijo que esta mañana hay mucho que hacer.

—Sí, hoy viene Alfredo.

—¿El rey viene aquí? — preguntó Kristen.

Eda asintió mientras se acercaba a la cama.

—Varios jinetes trajeron la noticia. Disponemos de pocas horas para prepararnos

—Pero, ¿por qué viene?

—Es un honor.

—Si no lo sabes, limítate a decirlo.

Eda sonrió.

—Así es. ¿Cómo puedo saber por qué viene? Pero después del tratado, adoptó la costumbre de visitar con frecuencia a sus señores para inspeccionar las defensas, juzgar la preparación, y recordarles que esta paz no durará. También elogia y alienta a sus hombres, de manera que ellos se adiestren con más entusiasmo. Esta será la tercera vez que viene a Wyndhurst desde el Año de las batallas.

—Ya lo ves, sabías más de lo que creías saber — sonrió Kristen.

—No, hay otras razones posibles. En ciertas ocasiones visita a los señores con quienes simpatiza sólo para olvidar durante unas horas o unos días la amenaza de los daneses. Y lord Royce siempre ha gozado de su favor.

—¡Qué agradable! — opinó Kristen con cierto sarcasmo. No simpatizaba tanto con Royce a la luz de la mañana, cuando él no estaba cerca para

confundir sus pensamientos y sus sentidos. — En fin, ¿qué me traes? ¿Más prendas que no me sientan bien?

—No, éstas fueron confeccionadas para ti, de modo que el largo debe ser el apropiado.

Kristen miró intrigada las ropas, y después frunció el ceño cuando Eda le presentó la túnica; esas ropas estaban confeccionadas con las mismas telas toscas que las que habían sido rasgadas la víspera por la daga de Royce.

—¿Royce las ordenó?

—No, lady Darrelle — replicó Eda —. Le pareció que era indecente que mostrases tanto de tu cuerpo. Le oí decir que esa demostración podía ser una tentación para nuestros hombres menos virtuosos. Los labios de Eda se curvaron al decir esto. Kristen sonrió, y después ambas rompieron a reír. La alegría de Kristen se disipó con la misma rapidez cuando vio que Eda sostenía sobre el brazo los hierros, y que se preparaba para entregárselos. Pero no hizo comentarios, y ella misma cerró los anillos sobre sus tobillos. No había logrado nada al resistirse a Royce. Nada conseguiría si continuaba mostrando cuánto detestaba esa parte de su equipo. Si estaba condenada a soportar permanentemente los grillos, así sería. Con ellos, a su tiempo llegaría a concebir el odio que necesitaba para rechazar realmente el dominio del sajón sobre ella.

Cuando Kristen y Eda bajaron la escalera, la sala estaba casi completamente vacía. La mayoría de las mujeres estaban preparando habitaciones para el rey y su séquito. Royce y sus hombres habían salido a cazar para aumentar la existencia de carne. Los criados de sexo masculino trabajaban fuera y trasladaban a la mayoría de los caballos a los prados con el fin de dejar espacio a los que traían los huéspedes; además, acumulaban heno y forraje, e introducían en la sala más barriles de cerveza.

Las dos mujeres que habían estado trabajando frenéticamente junto a la cocina salieron apenas vieron llegar a Kristen y a Eda. Kristen se sintió tan sorprendida que ni siquiera esbozó un gesto de resistencia cuando la unieron a la segunda cadena.

—¿Tendríamos que preparar solas la comida?

Eda sonrió.

—Regresarán con el resto de los criados en cuanto lady Darrelle haya terminado arriba. Siempre se pone muy nerviosa con las visitas reales, y obliga a sus criadas a correr de aquí para allá, aunque nadie hace gran cosa. Se haría más y más rápidamente si la dama se acostase a dormir.

—¡Eda!

—Bien, es cierto — insistió la anciana.

Kristen sonrió para sí misma cuando ambas comenzaron a trabajar, una junto a la otra. Esa mañana Eda había revelado una nueva faceta de su carácter, el humor. Desde su llegada a esas tierras el humor había estado ausente de su existencia. Por eso apreciaba todavía más a Eda, y comprendía que había llegado a simpatizar mucho con la anciana. Con su carácter hosco, sus consejos a menudo inoportunos, y su oficiosidad, recordaba a Kristen la figura de la vieja Alfreda, en su propio hogar, una mujer que había sido tan mandona como una madre, no como Brenna, sino como las madres de las amigas de Kristen, pero al mismo tiempo una amiga muy querida.

Un rato después se manifestó de nuevo el carácter agrio de Eda.

—¡Qué te parece! Aquí no hay una sola mujer para recibir a esos tres con una sonrisa de bienvenida. Eso queda a cargo de una anciana... como si ya no tuviera bastante tarea.

Kristen siguió la dirección de la mirada de Eda, y vio cerca de la puerta a tres jóvenes que acababan de entrar.

—¿Son los mismos que trajeron la noticia de la llegada del rey?

—Sí, y por la apariencia son todos jóvenes señores.

Los tres hombres reían a causa de una broma que había dicho el más alto de ellos. Se quitaron las capas cortas, pero no se despojaron de las armas, y se dirigieron en línea recta al gran barril de cerveza que estaba al fondo de la sala. Eda limpió de prisa varios jarros y los llevó a los hombres; regresó con una expresión preocupada en el rostro.

—Me pareció que había reconocido al joven de rostro liso. Es lord Eldred. No, mujer, no mires — advirtió bruscamente Eda —. No querrás atraer su atención.

Kristen ya había llamado la atención del joven, y también la de sus dos acompañantes. Como la sala estaba prácticamente vacía, era natural que se ocupasen de las únicas dos mujeres que estaban allí. Y una vez que alguien la había visto, era difícil ignorar a Kristen. Era demasiado diferente de lo que los sajones solían ver, demasiado alta, una apariencia impresionante, y en todo caso una apostura excesivamente noble para ser una sierva común.

Kristen mantuvo los ojos bajos, acatando la indicación de Eda, pero quiso saber.

—¿Cuál es?

—El de cabellos rubios. Sabíamos que podía venir con el séquito del rey, pero me extraña su audacia al adelantarse sin la protección del rey. Me pregunto si lord Royce sabe que está aquí. No, seguramente no — dijo, respondiendo su propia pregunta —, pues no permitiría que ese hombre esté solo en la casa.

Kristen observó extrañada que Eda la empujaba hacia el extremo de la mesa, de modo que tenía que dar la espalda a la sala. No había olvidado lo que Eda le dijera acerca de lord Eldred. Era el enemigo de Royce. En efecto, ¿por qué se acercaba casi solo a las posesiones de su antagonista? ¿Para demostrar que no temía a Royce? ¿O contaba con la inminente llegada del rey que impediría se suscitasen altercados? Eda había dicho que ambos hombres habían concertado una tregua a causa de la amenaza de los daneses. Pero, ¿hasta dónde era segura esa tregua si los rencores dominaban a los antagonistas?

Evocó la imagen de lord Eldred tal como lo había visto al entrar a la sala. Supuso que si se acercaba más comprobaría que tenía más o menos la misma altura que ella. De modo que no era un hombre pequeño, excepto si lo comparaba con Royce.

Tenía un año o dos más que su adversario, pero el cuerpo no tan robusto. De todos modos, se encontraba en excelentes condiciones físicas gracias al entrenamiento militar riguroso. Y era el hombre de rasgos más armoniosos que ella hubiera visto sin exceptuaba a sus propios hermanos. Pero los hombres que tenían el cuerpo como el de Royce eran los que atraían a

Librodot

Kristen, y quizá por eso, sólo sintió una superficial curiosidad por Eldred y sus acompañantes.

—Randwulf, has perdido la apuesta. No es un hombre con prendas femeninas, sino una mujer.

Kristen contuvo una exclamación al oír la primera palabra y se volvió bruscamente. Eda hubiera debido advertirle que se acercaba, pero quizá la anciana había confiado en que los tres cambiarían de idea. No fue así.

—No me preocupa mucho haber perdido esa apuesta — replicó Randwulf, un hombre de cabellos oscuros.

Arrojó a Eldred una moneda de oro, pero no apartó la mirada de Kristen. La moneda cayó al suelo, pues también Eldred estaba fascinado por lo que había descubierto.

—Dinos, mujer, ¿por qué te encadenan? — preguntó Eldred con bastante amabilidad —. ¿Es tan grave tu delito?

Fue un error preguntarlo así, pues en lugar de conseguir que Kristen les temiese, provocaron su ira.

—Soy una mujer peligrosa. ¿No lo parezco?

—Oh, sí — replicó uno de ellos, y los tres se echaron a reír.

—Dinos la verdad, mujer — insistió Eldred.

—Soy noruega — dijo ella con sequedad —. ¿Necesita más explicaciones?

—¡Por el aliento de Dios, una vikinga! — exclamó el tercer hombre —. Ahora comprendo la necesidad de las cadenas.

—Lástima que no sea una danesa — se lamentó Randwulf —. En ese caso, sabría cómo tratarla.

Eldred sonrió.

—Eres un tonto, Randwulf. ¿Qué importa lo que haya sido? Ahora es esclava.

Alzó la mano para tocar la mejilla de Kristen. Ella apartó la cara. Se sentía muy nerviosa. Se habían reunido a su alrededor, estaban muy cerca, y ella tenía la mesa a su espalda, de manera que no podía retirarse. Pero, ¿hasta dónde podría huir si la larga cadena la ataba a la pared?

—Basta ya, señores — dijo Kristen —. Tengo que trabajar.

En una actitud audaz, les volvió la espalda y confió en que ellos aceptarían el rechazo. Fue un error.

Un cuerpo sólido presionó sobre su espalda, y dos manos la rodearon para cerrarse sobre los pechos.

La reacción de Kristen fue veloz. Solamente necesitó volverse parcialmente para apartar al hombre. Era Randwulf, quien retrocedió trastabillando, con una expresión de asombro que era casi cómica.

—¿Cómo te atreves, mujer? — barbotó, apenas recuperado el equilibrio —. En verdad, ¿cómo te atreves?

Kristen miró sucesivamente a los tres hombres. Eldred se mostraba divertido; no era el caso de los dos restantes. Que Dios la ayudase, si por lo menos hubiese tenido un arma para rechazarlos. Pero mientras trabajaba, jamás le habían permitido usar siquiera un cuchillito. Las restantes mujeres se encargaban de cortar lo que era necesario.

—Señores, no estoy aquí para complacerlos. Me usan como rehén, para garantizar la conducta de los hombres con los que vine. Y Royce no querrá que me maltraten.

Estaba fanfarroneando, pues no tenía modo de saber lo que haría Royce si esos hombres la violaban. Quizá no le importaba que lo hicieran, pero también podía usar esa excusa para retar a Eldred y alegrarse del episodio.

Eldred se interesó especialmente en las palabras de Kristen.

—¿Royce? ¿Llamas por su nombre a tu señor? Me agradaría saber por qué.

—Sin duda, porque comparte su cama — se burló Randwulf —. Y si él puede tenerla, también nosotros.

—¡No! — gritó Kristen, pera esta vez miró hostil a Eldred —. ¿Estás dispuesto a arriesgar la ira de Royce? ¡Te matará!

—¿Crees eso, mujer? — sonrió Eldred —. En ese caso, te rectificaré. Tu Royce no hará nada, porque a Alfredo no le agrada que sus nobles disputen entre ellos, y Royce jamás hace algo que desagrade a Alfredo.

Se había acercado mientras hablaba, y otro tanto hicieron los dos restantes. Como Kristen tenía que vigilar a los tres al mismo tiempo, Eldred la tomó desprevenida. Sus manos se cerraron sobre las muñecas de Kristen y se las llevó a la espalda, obligando a los pechos de la joven a rozar el pecho del hombre. El trató de besarla, pero no podía mantener quieta la cara de Kristen porque tenía ambas manos ocupadas. Quiso remediar esto sosteniendo juntas las dos manos de la joven con una sola de las suyas. Fue un error, porque subestimó la fuerza de la vikinga.

Cuando consiguió soltar la mano, no descargó una bofetada sobre el rostro de Eldred, sino un buen puñetazo que lo alcanzó en una de sus sienes y lo obligó a retroceder, aturdido. Pero los otros hombres, inmediatamente le aferraron las manos y la inmovilizaron. Eldred estaba furioso, y una cólera sombría deformaba sus rasgos regulares, y los afeaba.

—Pagarás por eso, mujer — le prometió —. Pediré tu vida... después que haya acabado contigo.

—¡Basta ya!

Todos se volvieron para mirar a Alden que se acercaba, seguido de cerca por Eda. Kristen sintió deseos de besar a la anciana porque había traído a alguien, aunque fuese Alden.

—Apártate de esto, Alden — advirtió Eldred —. La mujer me golpeó.

—¿De veras? Bien, no me sorprende, porque no es una mujer común y corriente. — Alden rodeó al grupo para acercarse al anillo de la pared que sostenía la larga cadena de Kristen, y lo señaló con la punta de su espada. —¿Por qué creéis que está encadenada?

Eldred no hizo caso de la pregunta.

—Te lo advierto, Alden, me propongo tomarla.

—Sí — convino Randwulf —. Y yo también.

—¿Piensas combatir con los tres? — Eldred sonrió.

—¿Yo? — Alden fingió sorpresa. — No será necesario. La mujer libra sus propias batallas, y lo hace muy bien. Y para ser justos, hay que permitírselo.

Antes de que ellos supieran lo que se proponía hacer, con la punta de su espada Alden quebró la cadena unida a la pared. Su actitud no preocupó a los tres hombres. Continuaron mirando a Alden, la espada desenfundada a pocos metros de distancia, de modo que Randwlf de nuevo se sorprendió cuando Kristen desprendió su brazo de un tirón y se inclinó para recoger la cadena.

El tercer hombre no pudo soltar el otro brazo de Kristen con rapidez suficiente. Ella tenía el arma en sus manos. Kristen hizo girar el extremo suelto de la cadena alrededor de su propia cabeza, y obligó a retroceder al círculo de hombres. No podrían acercarse a ella sin ser heridos.

Randwulf demostró audacia suficiente para intentarlo, creyendo que si podía conseguir que la cadena se enroscase en el brazo, lograría arrastrar a la joven, pues el otro extremo aún estaba unido a los anillos de hierro. Estaba dispuesto a soportar el dolor, seguro de que la cadena golpearía la parte carnosa de su brazo, y el sufrimiento no sería peor que el de un fuerte golpe. Pero no estaba preparado para recibir el ataque debajo del brazo levantado, sobre las costillas.

Una costilla crujió. Randwulf no oyó el ruido porque prevaleció el aguijón terrible del hierro al herir su carne. Se le desprendió la piel; el dolor fue tan intenso que casi se desmayó y ni advirtió que caía gritando al suelo.

Kristen no sintió el más mínimo remordimiento por lo que había hecho. Estaba completamente dispuesta a repetir la hazaña. Eldred fue el primero en comprenderlo, y con un gesto ordenó al otro hombre que retrocediera. Pero él no había terminado, y se volvió hacia Alden.

—No te equivoques, el rey se enterará de esto. El nos envió aquí.

—¿Para maltratar a una de las esclavas de mi primo? No lo creo. En tu lugar, Eldred, yo me preocuparía con lo que Royce hará, no con lo que Alfredo puede hacer.

—Hirió a un hombre. Tendrá que pagar eso.

—Mi primo pagará la multa.

Eldred esbozó un gesto de desprecio y salió de la casa para calmarse. El otro hombre ayudó a Randwulf a salir.

Kristen no bajó la guardia hasta que todos estuvieron fuera de la sala. Después, se volvió hacia Alden. La cadena yacía flojamente en su mano, pero de todos modos aún la sostenía. Alden la miró a los ojos, y adivinó sus pensamientos.

—Mujer, ¿estás dispuesta a hacerlo? —Habló con voz suave.—¿Incluso después de que te ayudé?

—No pedí tu ayuda.

—Pero la necesitabas.

Ella libró una batalla íntima, pero finalmente asintió.

—Muy bien. Por eso... — Dejó caer la cadena, indicando con ese gesto que no lo atacaría con ella. — Pero lo que hiciste antes... jamás podré olvidarlo.

Alden suspiró.

—Lo sé, y lo siento.

Kristen le volvió la espalda.

25

Cuando las mujeres comenzaron a regresar a la sala, nadie mencionó la libertad parcial de Kristen. Por otra parte, pocas dispusieron de tiempo para advertir siquiera el hecho, pues estaban muy atareadas preparando el festín. La propia Kristen apenas dispuso de un momento para pensar acerca de lo que había sucedido. Después de rodear su cintura con la larga cadena para evitar que se arrastrase ruidosamente por el suelo, reanudó su labor.

Pero apenas una hora más tarde se sintió abrazada de nuevo, y se vio totalmente sorprendida por un par de brazos que se deslizaron desde atrás, se cerraron sobre su cintura, y la oprimieron suavemente. Experimentó un momento de pánico, pero eso no fue nada comparado con la inquietud que siguió, porque supuso que se atrevían a abordarla nuevamente. Esta vez todos los criados estaban en la sal, y también Darrelle, quien miraba con expresión de curiosidad.

—¿Te sientes bien?

Kristen sintió simultáneamente calor y frío. Y después confusión. Era Royce quien la sostenía, y en su voz se expresaba una inquietud inequívoca. El mismo hombre que tanto se había esforzado para suscitar la impresión de que no le prestaba atención, que incluso había fingido que estaba ocupado con otra cosa cuando ella le había hablado la víspera, en ese mismo sitio, ahora la abrazaba de tal modo que todos tenían que verlo. Kristen no alcanzaba a entender.

—Milord, ¿has perdido el juicio?

Se volvió para comprobar si él estaba ebrio. No parecía ser ese el caso. La miraba con el ceño fruncido, tan confundido como ella.

—Te dirijo una pregunta del todo pertinente, y me contestas con una burla. Por supuesto, no he perdido el juicio. ¿Y tú?

—Comenzaba a inquietarme — replicó ella, fastidiada —. Vienes a buscarme, aquí, ahora, cuando jamás lo hiciste antes. ¿No ves que todos están mirándote?

Royce paseó la mirada por la sala. Sus ojos incluso encontraron un momento los de Darrelle, y percibieron el desagrado que su conducta provocaba en ella; pero eso no lo afectó. Volvió a mirar a Kristen. Sus brazos continuaron aferrándola.

—Ya estoy cansado de ignorarte sólo para impedir las murmuraciones — se limitó a decir —. Si Eda no hubiese estado contigo esta mañana... Nadie habría procedido con la misma eficacia que ella. Esta vez todos sabrán lo que significas para mí. Si pudiera, te aplicaría mi sello. Si los nobles de Alfredo supiesen leer, colgaría un cartel de tu cuello. Nadie podrá ignorar jamás que gozas de mi protección. Si es necesario demostrarlo con actos, así se hará.

Ella no podía creer en las palabras de Royce.

—¿Por qué? No soy más que otra de tus esclavas.

—No te muestres tímida, mujer — protestó él —. Sabes que eres especial para mí.

—¿Por un tiempo?

—Por un tiempo.

Si hubiesen estado solos, ella lo habría puesto en su lugar por contestar eso sin la más mínima vacilación. Pero Kristen sabía que muchos ojos los miraban. No era conveniente demostrar tanta impertinencia cuando hablaba con un hombre a quien todos consideraban su “señor”, y no por ella, sino por él. Aunque ella misma no sabía por qué tenía que respetar el orgullo de Royce.

Dijo secamente: —Milord, estoy segura de que tienes mucho que hacer, lo mismo que yo.

El percibió que se lo despedía, pero no hizo caso de la advertencia, si bien apartó las manos.

—Juro que jamás te comprenderé. Otra mujer habría llorado, me habría gritado a causa de las ofensas que le infligieron, y habría exigido venganza. Tú ni siquiera mencionas la agresión. Incluso me acusas de que estoy loco porque te pregunto si te sientes bien.

Kristen empezó a sonreír, pero sin poder evitarlo la sonrisa se convirtió en una risa sonora.

—¿Se trata de eso? ¿De lo que sucedió esta mañana?

—¿El incidente ni siquiera te conmueve un poco?

—Pero, ¿por qué? No sufrí daño.

La actitud de Kristen era tan distinta de lo que él había esperado, que Royce se sintió irritado. Había corrido hacia la casa para consolarla, para jurar que la vengaría, y ella trataba con indiferencia el asunto. Había querido arrinconar a Eldred contra una pared cuando Alden le dijo lo que el canalla había intentado hacer, y probablemente lo habría hecho si Eldred hubiese estado cerca en ese momento. Pero más intensa que su cólera era la inquietud por Kristen, la preocupación por la ofendida.

—Quizá no adviertes que se cometió un delito — dijo con voz dura.

—¿Contra una esclava? — se burló ella, y recordó que Royce le había dicho que ella carecía de derechos.

—Contra el hombre a quien heriste.

Ella endureció el cuerpo, y el brillo de sus ojos se convirtió en un azul frígido.

—¿Qué delito? ¿Defenderme? ¿Te atreves a llamar delito a eso?

—No lo llamo yo de ese modo. Es la ley. Un esclavo no puede usar armas salvo por orden de su dueño, ni atacar a nadie, especialmente a un noble. El ataque a un noble se castiga con una multa elevada, aunque el atacante sea un hombre libre; pero si es un esclavo...

—¿Por eso pensabas que yo estaría inquieta? — se burló Kristen —. ¿Me ahorcarán porque intenté protegerme?

—No seas absurda, mujer. Soy tu señor, y me corresponde pagar la multa, y sin duda lo haré. Sólo deseaba que comprendieses la gravedad de lo que consideras un episodio sin importancia.

—No te lo agradeceré — replicó ella obstinadamente —. No me agrada la idea de que se pague a ese cerdo. Si estuviera en mi casa, esos hombres estarían muertos por lo que intentaron hacerme.

—Kristen, no puedes pretender que aquí las cosas sean como eran en tu casa. — Royce habló con voz más suave, pues su cólera se había atenuado al recordar que ella no siempre había sido esclava, y que estaba acostumbrada a un trato más respetuoso. — No me agrada ver recompensado a ese pillo de Randwulf, y me ocuparé de que sufra un poco más antes de recibir su *wergild*.

Wergild era el precio asignado a todo hombre libre, la suma en la cual se estimaba el valor o la importancia de cada hombre para la sociedad, de acuerdo con las normas legales. Era la suma pagadera como compensación por el daño infligido a un hombre, o por el daño que él había cometido. En Wessex había sólo tres categorías: mil doscientos chelines, si se trataba del rey y su familia; seiscientos chelines, si eran los nobles del rey; y doscientos chelines los plebeyos. No se asignaba *wergild* a los esclavos, pero en general se los justipreciaba en ocho bueyes.

Gracias a Eda, Kristen sabía todo eso. Sabía que se exigía el *wergild* completo de un hombre por una muerte, y cantidades menores por una herida, e incluso sumas precisas por determinadas heridas, de acuerdo con la ley. Imaginaba que una costilla rota, que limitaba un tiempo las cualidades de un hombre, implicaría una multa elevada, como había dicho Royce, sobre todo por tratarse de un noble cuyo *wergild* completo se elevaba a seiscientos chelines, una suma enorme para la mayoría de los hombres.

Kristen llegó a la conclusión de que Royce de ningún modo estaba enojado a causa de la necesidad de pagar la multa por ella. Lo había irritado que ella menospreciara su inquietud. Y había dicho que se ocuparía personalmente de que Randwulf se viese castigado aun más. Decía que la vengaría. De todas las personas que ella conocía, e incluso en su propio pueblo, ¿cuántas se hubieran mostrado dispuestas a vengar a un esclavo? ¡Por los dientes de Dios! ¿Por qué conseguía que ella se sintiera la más baja de las criaturas en cierto momento, y al siguiente una persona amada y apreciada?

Kristen bajó la mirada, y se arrepintió de la obstinación que había mostrado durante los últimos minutos.

—Aprecio lo que quieres hacer, milord, pero es innecesario. Como te dije antes, no hubo daño...

No llegó a terminar la frase. Dos de los siervos más jóvenes y ágiles irrumpieron en la sala, gritando que había llegado el rey. Royce caminó hacia la salida, al parecer desentendiéndose totalmente de Kristen. Pero no era así. Se volvió, y llamó a Eda.

—Eda, quítale los hierros. — Después desvió la mirada hacia Kristen, y sus ojos la examinaron con una expresión fiera. Finalmente, agregó en voz baja: —Tú y yo haremos un trato, pero ahora no dispongo de tiempo para hablar del tema. Mujer, por Dios, compórtate bien.

Kristen lo vio caminar de prisa hacia la entrada de la sala. Vio a lady Darrelle reunirse de prisa con él y tratar de hablarle, pero con un gesto de su mano él la silenció, y no aminoró el paso con el fin de que ella pudiese acompañarlo. Todos los que estaban en la sala corrieron para asomarse a las ventanas y ver la llegada del rey Alfredo.

Kristen no se movió, ni siquiera cuando sintió que se aflojaban los odiados hierros de sus tobillos, y Eda desprendía de su cintura la cadena más larga. Sus labios dibujaron lentamente una sonrisa luminosa. Royce se proponía

hacer un trato con ella, aceptar su palabra y concertar un acuerdo. Finalmente estaba dispuesto a confiar en ella. Se sentía eufórica. Tenía deseos de proclamar a gritos su alegría, y lo habría hecho si Eda no hubiese estado mirándola. La anciana había acertado. Sólo había sido necesario que Kristen tuviese paciencia.

—Sí, veo que estás muy complacida. — Eda no sonrió. — Mujer, recuerda su advertencia. No hagas nada que lo obligue a imponerte de nuevo estas cosas.

Arrojó las cadenas a un rincón.

Kristen asintió, pero distraídamente. Royce ocupaba sus pensamientos y reflexionaba en lo que podía significar su confianza. Renacía la esperanza de que, después de todo, nos e hubiera equivocado al elegir a Royce de Wyndhurst. El todavía la creía su enemiga, pero Garrick y Brenna otrora también habían sido enemigos, y pese a todo habían unido sus vidas.

Los visitantes comenzaron a ocupar la sala intensamente reanimada, Kristen pudo sentir algo de la excitación de los demás porque podía ver a ese gran rey de los sajones. Pero fue la única que se sorprendió, pues los otros ya lo conocían. Era muy joven, seguramente más joven que Royce.

Al principio pensó que se había equivocado. Ese no podía ser el hombre que había mandado a los sajones contra los fieros daneses, y que había conquistado una paz temporal para su pueblo. Después de todo, nada había que lo distinguiese de los nobles reunidos alrededor de su persona. Todos iban ataviados con finas prendas, algunas más espléndidas que las del monarca. Había también otros hombres de mayor edad y aspecto más fiero, y un observador desprevenido habría pensado que cualquiera de ellos era el verdadero rey.

Sin embargo, ese joven era el monarca. En realidad, Kristen no necesitó la confirmación de Eda para saberlo. En él había cierta actitud que faltaba en los otros. Era lo que ella había observado en Royce la primera vez que lo vio, cuando su a apostura, y no su atuendo, le reveló quién era. Este era un hombre acostumbrado al mando. Los restantes, todos señores y también individuos acostumbrados a mandar, se sometían a él.

Salvo su juventud y el poder que le confería su condición real, a primera vista Alfredo de Wessex no era un hombre que atrajese la atención. Era alto, para tratarse de un sajón, tenía la piel y los cabellos claros, y los ojos azules, muy vivaces, y capaces de observar todo el entorno sin esforzarse demasiado. No tenía el aspecto de un guerrero, y Kristen sabría más tarde que en realidad era un estudioso de carácter benigno. También se enteraría de que, si bien su apariencia no era muy notable, en todo caso se destacaba por su impulso, su energía, y su decisión inflexible de mantener el reino bajo el dominio sajón.

En ese momento se semejaba a otro cualquiera de los hombres, un poco cansado a causa del viaje, satisfecho de recibir el cáliz de vino que lady Darrelle le llevó, y atento a las presentaciones cuando Royce volvió a mencionarle los nombres de varios de sus hombres, antes de que todos pasaran a las mesas que ya estaban preparadas para el festín. Kristen sintió cierto orgullo al observar a Royce. Sin duda, no tenía derechos sobre él, pero de todos modos experimentaba ese sentimiento de orgullo.

Comprobó que Eda había acertado también en eso. El rey favorecía a Royce. No había ceremonias entre ellos. Se hablaban como podían hacerlo dos amigos, en un plano de igualdad. Incluso advirtió que otros hombres se incomodaban cuando Alfredo se reía de algo que Royce había dicho, y Kristen se preguntó si Royce sabría que los restantes señores lo envidiaban.

En general, los nobles que formaban el séquito de Alfredo eran individuos de edad semejante a la del monarca, los hijos más jóvenes que seguían a la corte con la esperanza de ganar el favor del monarca. Había también media docena de damas, esposas e hijas que acompañaban a sus señores, si bien la reina no estaba entre ellas.

Sólo una de esas mujeres despertó la curiosidad de Kristen. Era una dama muy bonita de cabellos sujetos por una red de perlas. Era joven, con el busto prominente protegido por una hermosa túnica ribeteada de piel, una prenda que Kristen podría haber envidiado, sólo que creía que su propio vestido de terciopelo verde era mucho mejor. Pero en ese momento Kristen no estaba usando el terciopelo verde, y nadie le prestó atención. Parecía que la dama de los cabellos adornados con perlas no podía apartar la mirada del rey y de Royce, y que dividía su atención por partes iguales entre ellos.

Kristen desvió la mirada, y por primera vez en su vida sintió celos. Pero como no había conocido ese sentimiento, no supo de qué se trataba. Sólo advirtió que la inquietaba observar a esa dama, tan hermosa con sus prendas y sus joyas, tratando de atraer la atención de Royce. El único consuelo de Kristen fue que él estaba tan ocupado con su rey que no advirtió lo que sucedía.

Librodot

26

El festín continuó ininterrumpidamente la tarde entera, e incluso durante la noche. Se habían encendido fuegos en el patio para asar los animales más grandes, por lo menos tres, con el propósito de obtener cierta diversidad: el venado procurado esa mañana por los cazadores, una oveja y una ternera joven. En el hogar de la casa se preparaban las piezas más pequeñas, y las verduras frescas cultivadas en los huertos de la propiedad. También había queso, proveniente del sótano, y frutas recogidas poco antes. Con ellas se habían preparado tartas, pasteles y salsas.

Kristen comió cuando pudo, siempre que encontró unos pocos segundos libres. Esa clase de festines no era cosa nueva para ella. Incluso había ayudado antes a preparar los platos destinados a los comensales, pues en medio del invierno, en su casa, no era desusado que uno o más criados estuviesen enfermos, y que se necesitara ayuda en la cocina. Pero había una diferencia importante: nunca había ayudado a preparar un festín durante los meses del verano.

En invierno, cuando en el sector cerrado destinado a la cocina hacía demasiado calor, podía abrirse la puerta del fondo para permitir el paso del aire frío. Aquí, incluso con la ventana abierta cerca del hogar, Kristen sentía que ella misma estaba en el horno, junto a las muchas hogazas de pan de miel.

El calor parecía más intenso que en cualquiera de los días precedente. La causa estaba en el número de personas que ocupaban la sala, y en el hecho de que la habían ocupado desde la mañana. También le molestaban las mangas largas de su nueva túnica. La túnica y la chaqueta estaban pegadas a la espalda y los costados. Los cabellos que se habían desprendido de las trenzas formaban mechones húmedos adheridos a la cara.

Aunque era una mujer sana y fuerte, Kristen estaba usando ya sus últimas reservas. Las otras mujeres aprovechaban todas la posibilidades que se les ofrecían para correr afuera para respirar un poco. Ella no podía hacerlo. Tal vez ya no estaba encadenada, pero la vigilaban Eda, las otras mujeres, y varios de los hombres de Royce, constantemente. Poco a poco llegó a comprender que los hombres, aunque parecían descansar tranquilamente, habían recibido la orden de vigilarla. ¡Eso valía la confianza total de Royce!

Quizás el hecho no hubiese encendido su ira de no haber sido por el calor. Pero a causa de la temperatura, Kristen se sentía tan irritable como las restantes mujeres. Las reprimendas severas y las bofetadas menudeaban y pasaban de las mujeres más viejas a las más jóvenes. Incluso Eda tironeó las orejas de una muchacha sólo porque había permanecido ociosa unos minutos para abanicarse.

El malhumor prevalecía en los agobiados servidores. Alrededor de las mesas, los comensales se mostraban alegres, pues los invitados estaban pasándolo bien. Habían bailado un rato en el centro de la sala, entre las mesas, y Kristen había mirado atentamente, y observado que las danzas

sajones no eran muy diferentes de las noruegas. Los bardos habían narrado historias de dragones y brujas, de gigantes y duendes. Un trovador que tocaba el arpa había relatado la historia de los héroes de siglos pasados, pero se había referido sobre todo al rey Egbert, el abuelo de Alfredo, que había cambiado la historia del reino, y después de reconocer la supremacía de Mercia sobre Wessex, dos veces la había derrotado, y finalmente había liberado al reino del control de Mercia.

¿Qué parte de esos relatos será verdad? Tal era la pregunta que Kristen se formulaba, pero en todo caso también tuvo que escuchar que ese abuelo de Alfredo había derrotado a los galeses, a los hombres que habitaban el norte de Humber, y a los gigantescos celtas de Cornwall, que se complacían en las narraciones, y se exhortaba al trovador a trovador a continuar cantando.

Así pasó el día, y los nobles fueron agasajados con buena comida y bebidas, mientras los criados trabajaban para suministrarlos. En cierta ocasión Kristen fue llamada por dos señores que deseaban que ella los sirviese. Eda ya le había dicho que no debía servir, pese a que gozaba de libertad de movimientos. De todos modos, Kristen no deseaba asumir esa tarea. Preparar comida en la oscuridad del sector de la cocina era una cosa. Servir a los señores y las damas, a quienes no consideraba mejores que ella misma, otra muy distinta. Se limitó a no hacer caso de los dos señores, hasta que ellos renunciaron al intento y ordenaron a otra mujer que atendiese a sus necesidades.

Fuera de eso, no le prestaron atención. O por lo menos, eso creyó. Se habría sentido un tanto intimidada si hubiese sabido que en realidad despertaba la curiosidad de todos los que estaban allí, incluido el rey. En el grupo de los nobles, algunos la señalaban, otros formulaban comentarios, pero nadie condescendió a preguntar acerca de una esclava, pues se suponía que era eso, en vista de su atuendo y el trabajo que hacía. Solamente Alfredo no tuvo empacho en preguntar a Royce para satisfacer su curiosidad.

Kristen se habría irritado de haber escuchado la conversación. En todo caso, la encolerizaba oír frecuentes comentarios acerca de los vikingos capturados. Se alabó a Royce por la hazaña, y se lo elogió porque había puesto a los “salvajes” a trabajar en las labores de la defensa. A esos *salvajes* los mantenían hoy en un recinto sin ventanas porque el resto de la residencia estaba festejando. ¡Esos *salvajes* eran sus amigos y vecinos!

Si no era suficiente la irritabilidad que la afectaba a causa del calor, además había escuchado muchos comentarios despectivos acerca de sus amigos, en la medida suficiente para acercarla al límite de la explosión, de modo que la más leve mirada equívoca o una sola palabra mal interpretada podía provocar el desastre. La mirada equívoca provino del propio Royce.

Durante una pausa en la canción del trovador, Kristen fue a sentarse sobre el alféizar de la ventana y se abanicó con ambas manos. Los guardias no podían verla allí, pues las otras mujeres que estaban alrededor de la mesa bloqueaban la línea de visión, y eso convenía al malhumor de la joven. Pero Royce podía verla claramente, y Kristen percibió su expresión severa, y la interpretó acertadamente como lo que era: una advertencia en el sentido de que se mantuviese alejada de la ventana. ¿Creía que deseaba escapar pasando por allí? Por supuesto, lo creía. Estaba dispuesta a negarle incluso ese leve alivio al calor.

Era demasiado. Se puso de pie. Con furia, lentamente, sin apartar sus ojos de él, arrancó las largas mangas de su túnica, exactamente como ya había hecho una vez, y las arrojó por la ventana. Sintió inmediatamente el fresco de la brisa. También oyó la risa sonora de Royce, que festejaba lo que ella había hecho.

Esa risa la salvó de adoptar una actitud más extrema, pues le permitió imponerse a su propia incomodidad y percibir el humor de su propia irritación. El enojo que había sentido el día entero se disipó. Incluso sonrió cuando Eda comenzó a reprenderla y la obligó a regresar a la mesa.

Eso había sucedido menos de una hora atrás. La sala ya comenzaba a aquietarse. Estaban retirando los alimentos de las mesas. Ya comenzaban a realizarse preparativos para la comida matutina.

Kristen supuso que pasarían aún muchas horas antes de que pudiera acostarse. Se equivocó. Royce se puso de pie y se acercó a ella. Sin decir palabra, le aferró firmemente la mano y comenzó a llevarla hacia la escalera.

Si no se hubiese sentido tan exhausta, podría haber protestado ante esa falta de delicadeza, pues sabía exactamente lo que él estaba haciendo. Royce había dicho que ella gozaba de su protección. ¿Había un modo más eficaz de realizar ese propósito que proclamando que ella compartía su lecho? Nadie que observara podía equivocar la intención. Royce incluso se detuvo un momento al pie de la escalera para besarla brevemente.

Aunque parecía extraño, lo que él estaba haciendo no molestaba en lo más mínimo a Kristen. Si ella hubiese sido la esposa, ambos se habrían retirado de una velada precisamente así. Pero lo que en realidad la indujo a asentir en silencio fue que Royce estaba dejando al rey a todos sus invitados al cuidado de su primo Alden, para retirarse con ella. Proteger a Kristen significaba mucho para él.

—Kristen, me alegro de que no te hayas resistido.

Dijo estas palabras en cuanto cerró la puerta de su dormitorio y soltó la mano de la vikinga. Por su tono, ella comprendió que estaba agradeciéndole porque había permitido que su pequeña exhibición se desarrollara sin tropiezos. Kristen caminó hacia la cama, y no dijo palabra hasta que se sentó y alivió un poco su fatiga.

—Milord, no disputaré contigo frente a otros.

El se acercó y se detuvo frente a ella, el ceño levemente fruncido.

—Quizá no sabes lo que…

Ella lo interrumpió con una breve risa.

—Tu método fue un tanto tosco, pero no equivoqué el sentido… y creo que tampoco lo equivocaron tus huéspedes. Has anunciado a todos lo que dijiste que anunciarías.

—¿Y no te importa?

—No, porque si me importara estaría enojada. O quizás estoy tan fatigada que no puedo encolerizarme. No lo sé. Pero, ¿qué te inquieta? ¿Te habría agradado más traerme aquí dando puntapiés y gritando?

—Estaba dispuesto a afrontarlo — gruño Royce.

Ella le dirigió una sonrisa, y meneó la cabeza.

—Como dije, no disputaré contigo frente a terceros.

—¿Y por qué? — quiso saber Royce —. Cuando estuvimos solos, no vacilaste.

—He vivido la vida entera rodeada por hombres, y conozco su orgullo. Jamás me perdonarías si te venciese frente a alguien. Pero aquí, solos, no importa.

El rió ante la explicación.

—Zorra, creo que eso también se te aplica.

Ella se encogió de hombros antes de recostarse en la cama y mirarlo con los ojos entrecerrados. Royce contuvo la respiración. La invitación de Kristen era evidente en el modo en que ella yacía ante él, relajada, expectante. Una llamarada de calor le recorrió las entrañas, y sin embargo él no se movió, temeroso de que si lo hacia ella reaccionarse. Era un cambio demasiado drástico después del encuentro tormentoso de la víspera.

La vacilación de Royce provocó la risa de Kristen, un sonido profundo y grave.

—Entiendo, milord.

Royce sintió que su irritación se avivaba y mezclaba con el deseo. El trato con Kristen lo obligaba a pensar constantemente. La muchacha nunca hacía lo que era normal o lo que él esperaba.

—¿Qué es lo que entiendes? — Su voz sonó áspera, incluso a los oídos de Royce.

Ella se apoyó en los codos. Otra mujer se habría encogido ante el tono que él había usado. Kristen le dirigió una sonrisa.

—Estoy bañada en mi propio sudor. No es extraño que no me consideres atractiva.

Royce respiró hondo.

—¿Qué no eres atractiva? — casi gritó.

Ella continuó ignorando la agitación del sajón.

—Sí. Desearía bañarme, salvo que para hacerlo tendría que bajar a la sala, y mi actitud sería demasiado evidente para tus invitados. Creerían que lo hago porque lo ordenas, y que no estás dispuesto a tomarme tal como estoy. Yo también tengo mi orgullo.

El la miró asombrado durante un segundo, y después apoyó una rodilla sobre la cama para inclinarse sobre ella.

—Mujer… — comenzó a decir.

Ella apoyó las manos sobre el pecho de Royce para detenerlo.

—No, y seguramente también huelo. ¿Cómo puedes aceptarme?

El sonrió.

—Puedo, y me agradará. Pero si en realidad deseas un baño, hay un pequeño lago aquí cerca.

Los ojos de Kristen se iluminaron.

—¿Me llevarás allí?

—Sí.

El presionó sobre las manos de Kristen para robarle un beso, y experimentó una extraña complacencia al ver el goce que la expresión de la joven trasuntaba. Pero de nuevo se sorprendió cuando ella gimió.

—¡Oh, qué injusto! ¡Me tientas con un baño en agua fresca, cuando estoy tan cansada que apenas puedo levantar la mano de esta cama!

—¡Por Dios! — gruñó él, y se apartó un poco —. ¡Mujer, quieres enloquecerme!

—¿Por qué?

El la miró con los ojos entrecerrados. Y de pronto pensó que ella no estaba burlándose. Hablaba en serio. Y entonces interpretó de distinto modo todo lo que ella había hecho desde el momento en que había entrado a la habitación. Un auténtico sentimiento de decepción lo indujo a exclamar desalentado:

—¿De veras estás tan cansada?

Kristen sonrió.

—Me temo que el calor de tu sala me hay robado las fuerzas. El trabajo no me importa, pero había tanta gente... — Volvió a caer sobre la cama con un suspiro. — Me alegro de que ahora no me desees. No creo que ninguno de los dos se sintiera muy complacido con eso.

El iba a decir: "habla por ti misma", pero no lo hizo. Unas semanas atrás esa afirmación tan descarada de Kristen le habría chocado. Quizás él estaba acostumbrándose al modo en que Kristen decía lo que pensaba, ya que no a sus contradicciones.

—¿Todavía deseas ese baño?

Ella cerró los ojos, aunque los labios continuaron sonriendo.

—Sería agradable, pero de todos modos no bajaré. Ojalá no me obligues a discutir el asunto.

Un sonido irritado brotó de la garganta de Royce. Ella estaba dispuesta a discutir, pero no a hacer el amor. Y Royce aún la deseaba, pese a su agotamiento y su estado. Pero tenía que reconocer que Kristen estaba en lo cierto. El se sentiría frustrado si la respuesta que evocaba en ella era escasa, cuando lo que más le agradaba era la fiera pasión de la vikinga.

Kristen había abierto los ojos al oír el sonido de protesta de Royce, y alcanzó a verlo entre sus pestañas. Sintió que su mente estaba tan fatigada como su cuerpo. Había formulado un supuesto que se basaba en lo que ella misma sentía. No era lo que él estaba sintiendo, como podía adivinarlo por el modo en que la miraba, con una expresión caso dolorida. En realidad, él la deseaba. Advertir el hecho no le encendió la sangre. Kristen pensaba que nada podría excitarla en ese momento. Pero en todo caso, que él la deseara provocaba en la joven un sentimiento de inconcebible satisfacción.

—Milord, si eso te complace.

Percibió que el cuerpo de Royce se ponía tenso ante el ofrecimiento, pero después él aflojó los músculos, y también sus rasgos se suavizaron.

—Sí, me complace, mujer, pero en cambio haré lo que a ti te complazca. Ven, tendrás tu baño.

Ella gimió cuando él le tomó la mano para obligarla a levantarse.

—No, Royce. Preferiría dormir.

Sí, debía estar muy fatigada para usar el nombre de pila, cuando antes sólo lo había llamado *sajón* o utilizado el burlón *milord*. El nunca había

creído que llegaría a verla así. Se sintió un tanto divertido. El agotamiento había anulado por completo la bravura de Kristen.

—Sólo necesitas mantenerte de pie unos minutos — le dijo con una sonrisa —. Yo haré el resto.

—¿De pie?

—Sí, aquí.

La acercó al recipiente de agua depositado sobre la mesa. Había también un lienzo plegado, una esponja, y un pan de jabón.

—Esto no es normal — dijo ella con el ceño fruncido —. Siempre te lavas abajo.

—La sala de baños será utilizada por mis invitados. Cuando tenemos invitados, siempre me traen agua al dormitorio. No eres la única afectada por el calor en una sala atestada, aunque imagino que tú lo has pasado peor.

—Puede imaginar — dijo ella. — Pero la realidad es mucho peor.

—Zorra, ¿nuestro clima realmente te molesta tanto? — preguntó cuando comenzó a desvestirla —. Hasta ahora no había amortiguado tu espíritu.

Apenas dijo esto lamentó haberse burlado de ella, pues sabía que el orgullo de Kristen podía reafirmarse, y que ella quizá creyera que él tomaba a la ligera su sufrimiento. Pero Kristen lo sorprendió porque se echó a reír.

—Mira, si no te hubieses reído de mí cuando me arranqué las mangas, creo que habría hecho algo absurdo; el calor me puso de muy mal humor. ¿Por qué el gesto te pareció tan divertido? — El no quiso contestar, y ella sonrió. —¿Te parecía una niña caprichosa? Así me sentí yo después de oír tu risa.

El gruñó, pues en efecto estaba demostrando que era muy sagaz. En todo caso, ahora no la veía como una niña caprichosa. No, no era una niña, y él había cometido un grave error cuando le propuso bañarla. Tan pronto ella estuvo totalmente desnuda, Royce comprendió su equivocación. Pero ella no estaba dispuesta a hacer ningún esfuerzo. Tenía los ojos cerrados. Ya no hablaba. De hecho, estaba dormida en esa posición, de pie frente a él.

Royce vació bastante, mirándola.

—Milord, no necesitas hacer esto. — Mantenía los ojos cerrados.

Royce sintió que estaba ante un desafío.

—Lo sé — dijo.

Tomó el jabón, y se alegró de que ella no viese cómo le temblaban las manos. Trató de jabonarla rápidamente, y de apartar los ojos de los lugares que sus manos tocaban. No era fácil. Y eso no lo beneficiaba en nada. Lo que no podía ver, lo sentía.

Había sido un absurdo acometer esa tarea, puesto que no tenía la intención de compartir después con ella el lecho. Y en efecto, no lo haría. El hecho mismo de que ella permaneciera allí, de pie, y que le permitiese lavarla, confirmaba su agotamiento. La culpa era del propio Royce. No había previsto que el trabajo suplementario la agotaría de ese modo. Sus criados estaban acostumbrados a esas tareas especiales. Pero también estaban acostumbrados a los veranos de Wessex. Kristen no estaba acostumbrada a ninguna de las dos cosas.

Utilizó la esponja para enjuagarla, y permitió que el agua cayese sobre las prendas que estaban a los pies de Kristen. En el rostro de la joven se dibujó una expresión de profundo placer cuando el agua fresca le corrió por el cuerpo, y quizá por eso Royce llegó a la conclusión de que su propia tortura valía la pena. Incluso prolongó ese momento para acrecentar el placer de Kristen.

Finalmente, la secó con el lienzo, y para defenderse un poco, envolvió con él el cuerpo de Kristen antes de llevarla de regreso a la cama. Hubiera debido transportarla en brazos, pero eso habría sido el desastre. En todo caso, el murmullo de satisfacción de Kristen cuando se estiró sobre la cama arrancó un gemido a la garganta de Royce.

La voz de Royce era particularmente áspera cuando cubrió el cuerpo femenino con la delgada sábana, con el cobertor a los pies de la cama.

—Por la mañana puedes dormir todo lo que desees.

—Milord, estás mimándome.

—No, sólo soy egoísta.

Ella entreabrió los ojos.

—Qué tiene que ver eso con...

—¡Duerme, mujer!

—¿No te acuestas conmigo?

Royce lanzó un violento juramento y se apartó de ella. Al salir recogió del suelo las ropas de Kristen. Las entregaría a Eda, con el fin de que las lavasen, y después iría al lago para sumergirse en el agua fría. Pero dudaba de que esa noche él pudiese dormir en su propia cama.

Librodot

27

Kristen recogió la impresión de que lord Eldred había estado esperando que ella apareciese, pues apenas llegó al sector de la cocina y Eda le puso en las manos un cuenco de comida, él abandonó su asiento, al fondo de la sala y se acercó. Ella no se intimidó ante la actitud del joven, y se sentó sobre un taburete, al extremo de la mesa de trabajo, junto a la ventana, para empezar a comer.

La sala parecía haber retornado a la normalidad: los criados trabajaban en silencio, y varios hombres de Royce estaban distribuidos en distintos lugares. Habría sido una situación normal, salvo la presencia de varias mujeres alrededor de lady Darrelle, en el sector de la sala que ella ocupaba. Eran las invitadas. Kristen oyó fragmentos de conversación acerca de una cacería, y supuso que el rey y los nobles estaban en eso, es decir, todos menos lord Eldred.

—Mujer, llegas tarde a tu trabajo.

Eldred se había sentado al extremo de la larga mesa de caballetes que sería desarmada sólo después de la partida de los huéspedes. El extremo de la mesa estaba a poco más de un metro de la mesa de Kristen. Allí trabajaban dos mujeres más, pero Kristen comprendió que el noble sajón se había dirigido a ella. Las mujeres no miraron; Kristen mantuvo los ojos bajos pero contestó.

—En efecto, llego tarde.

Siguieron varios minutos de silencio, y después él dijo: —Veo que ya no te castigan.

—No me encadenaron por castigo — replicó ella con voz neutra, mientras continuaba comiendo.

—Sí, dijiste que era porque te creen peligrosa. — Había burla en su tono. — Incluso podría creerlo después de lo que sucedió ayer, sin embargo, si fuera cierto ahora no te habrían dejado en libertad.

Kristen se encogió de hombros.

—Quizá lord Royce crea que yo no soy el peligro principal.

—¿Y cuál sería ése? Maldita seas, ¡mírame cuando te hablo!

Ella elevó lentamente los ojos, y finalmente clavó la mirada en el rostro irritado de Eldred. Tenía la cara enrojecida, la boca estaba feamente torcida. No era tan apuesto cuando se enojaba.

La mirada de Kristen lo abandonó, como si no mereciese su atención más que un perro vagabundo. Regresó a la comida antes de contestar.

—Milord, tú eres el peligro. Recuperé mi libertad para protegerme. Lord Royce sabe que lo hago muy bien.

De nuevo se desentendió de él. Eldred jamás había sido tratado de ese modo por una mujer. Las mujeres lo cortejaban, lo amaban, luchaban unas con otras por su favor. Esta lo trataba como si él fuese un ser inferior, ¡Y era una esclava! Por eso estaba dispuesto a matarla. Si hubiesen estado solos, la habría derribado al suelo... y la habría obligado a pagar caro su desprecio.

—Royce te encadenó — se burló Eldred —, como encadena a los salvajes del patio que están construyendo el muro. Dime, mujer, ¿también te encadena a su cama?

Las mujeres que estaba al lado de Kristen contuvieron una exclamación ante la grosería de la pregunta, pero aquella a quien estaba dirigida no pareció impresionada por las palabras. Permaneció sentada allí, mostrándose serena, tomando su alimento; él sintió deseos de estrangularla precisamente por eso. ¿Cómo había conseguido que él perdiese el control? Eldred solamente había deseado ridiculizarla, de modo que pagase por lo que había hecho la víspera.

Si Eldred no renunciaba inmediatamente al intento, habría murmuraciones, del mismo género de las que había oído esa mañana: que Royce no había podido esperar siquiera hasta el momento de estar solos para llevarla a su lecho, y en cambio ambos habían salido juntos de la sala. Había demostrado su preferencia por un esclava ¡y en presencia de su rey!

Eldred hubiera deseado presenciar esa manifestación de estupidez, pero le había parecido mejor abstenerse de enfrentar a Royce en presencia de Alfredo después de que Alden le aclaró que esa esclava tenía un significado especial para Royce. Habría implicado provocar una disputa con Royce por lo que Eldred había intentado hacer, y Eldred nunca salía bien parado cuando se trataba de Royce. Habría trabajado mucho para conquistar el respeto de Alfredo, y no deseaba perderlo en un altercado con Royce a causa de una esclava.

Pero no consiguió interrumpir la conversación. Su cólera era demasiado intensa. Podía calmarse únicamente con la humillación de Kristen.

—Mujer, tráeme cerveza — ordenó con voz dura. Como una de las criadas se dispuso a servirlo, Eldred afirmó: —No, lo hará la vikinga.

Ella lo miraba. Eldred experimentó apenas un momento de satisfacción por haber atraído finalmente la atención de la joven, pues los ojos de Kristen chispeaban de humor.

—Milord, si de veras deseas cerveza, será mejor que permitas que Edra te la traiga. Si ella no lo hace, tendrás que servirte tú mismo.

—¿Te niegas a servirme?

Kristen se vio en dificultades para evitar una sonrisa.

—No, milord — dijo con voz serena —. Cumplo las órdenes de lord Royce... cuando me agrada. Y me agrada que él me haya prohibido servir a sus invitados.

Había llegado demasiado lejos. Ella sólo necesitó un segundo para acercarse. Con una mano la obligó al ponerse de pie, y retrocedió la otra para golpearla. Ella no se lo permitió, porque lo apartó de un empellón. Eldred avanzó de nuevo, pero esta vez fue detenido por una voz dura que dijo detrás de él:

—Milord, no la toques.

Se volvió bruscamente, y miró con furia a Seldon, el siervo de Royce. Otro de los hombres de Royce, estaba detrás de Seldon. Ambos apoyaban la mano en la empuñadura de la espada.

—No, ¡esta vez no me detendréis! — gruñó Eldred —. La mujer será castigada.

—No por ti. Lord Royce ha ordenado que nade toque a esta mujer.

Kristen se irritó inesperadamente al oír eso.

—No necesito ayuda con esta culebra. Puede destriparla con su propia arma.

Antes de que ellos supieran lo que sucedía, ella se apoderó de la daga que Eldred tenía a su cintura. En una actitud de mero desprecio la clavó sobre la mesa en lugar de conservarla para defenderse. A causa de esta humillación, Eldred ignoró la advertencia recibida y descargó sobre la cara de Kristen una sonora bofetada. Kristen replicó uniendo los puños y apuntando al mentón de su antagonista. El golpe envió a Eldred sobre la mesa. Los hombres de Royce lo ayudaron a incorporarse, pero no lo soltaron, pese a que estaba debatiéndose y maldiciendo.

Kristen alcanzó a oír los gritos de Darrelle que se imponían al estrépito provocado por Eldred, se volvió y vio que corría hacia la entrada. Se estremeció, pues ahí estaba Royce, y no solo, sino en compañía de Alfredo. Royce parecía dispuesto a matar. Rechazó a Darrelle con una palabra brusca.

Eldred oyó la voz de Royce y cesó en su resistencia. También lo vieron los dos hombres, y soltaron a Eldred. Nadie se movió mientras Royce y el rey cruzaban la sala en dirección al grupo.

Nada de lo que estaba sintiendo se manifestó en la expresión de Kristen. Externamente se la veía serena, aunque en realidad estaba temblando. Suya era la culpa. Había provocado intencionalmente al noble sajón. Había deseado enfurecerlo, y lo había conseguido. Debería pagar por su actitud. Royce parecía tan furioso que no se limitaría a encadenarla nuevamente.

Eldred vio la oportunidad de vengarse y la aprovechó: reclamó a Alfredo antes de que Royce pudiese hablar.

—Milord, reclamo que se castigue a esta esclava. Dos veces utilizó armas contra tus nobles. Randwulf yace en su lecho con una costilla rota a causa de una cadena que ella descargó sobre su cuerpo. Ahora se atreve a golpearme y...

Seldon interrumpió el relato para decir a Royce: —Milord, se le advirtió que tu voluntad era que nadie la tocase.

—Eldred, ¿es cierto eso? — preguntó Alfredo con voz serena.

—¡Ella me provocó! — insistió Eldred.

—No importa la causa — replicó Alfredo —. No te corresponde castigarla, y fuiste advertido. Este desorden en el hogar de tu anfitrión es una falta bastante grave. Saldrás de aquí, y no regresarás a la corte hasta que seas convocado.

Eldred palideció al oír estas palabras. Pareció dispuesto a protestar, pero sin duda lo pensó mejor, pues hizo un breve gesto de asentimiento y se alejó.

Con los puños apretados a los costados, Royce lo vio salir de la sala.

—Milord, hubiera preferido que no hicieras eso.

Alfredo tuvo la sensatez de abstenerse de sonreír.

—Lo sé. Habrías preferido desenvainar la espada contra él. Pero ten paciencia, amigo mío. Ahora Wessex necesita de todos sus hombres, e incluso de la gente como Eldred. Cuando conquistemos una auténtica paz, podrás resolver tu querella con él.

Royce miró con dureza al rey, y después, parte de la tensión se disipó. Asintió. Miró a Kristen. Avanzó hacia ella, y con su mano grande tocó la marca roja en la mejilla de la joven.

—¿Estás bien?

Kristen hubiera podido derrumbarse a los pies de Royce, tan aliviada se sentía. Esa expresión de cólera sombría no había sido para ella. Por desgracia, después del alivio, Kristen experimentó un violento acceso de cólera. Como ya no temía la represalia, recordó lo que la había llevado antes a perder los estribos.

Señaló con el índice a los dos hombres de Royce.

—Milord, no necesito a tus dos perros guardianes.

La mano de Royce se apartó de la mejilla de la muchacha.

—Eso vimos.

¿Lo habían visto? La inquietud atemperó la cólera de Kristen. Muy bien, habían visto el final, pero no sabían todo lo que había sucedido. Kristen miró a los dos hombres para comprobar si se disponían a decir más. También ellos la miraban. Seldon le sonreía. No hablaron entonces, podrían hacerlo después. Y lo que podían decir a Royce era que ella había provocado con sus palabras a Eldred, y que con sus insultos se había buscado la bofetada que él le propino.

La irritación de Kristen se suavizó un poco. Sólo quedó el resentimiento, y lo expresó con voz tranquila.

—Milord, sé por qué les ordenaste vigilarme. No fue para protegerme, pues sabes que puedo hacerlo sola. Ellos reemplazan a mis hierros, y se ocupan de que yo no escape. ¿Es así como confías en mí?

Royce frunció el ceño. Alfredo estaba escuchando la conversación, y en esas condiciones Royce no podía conciliar con Kristen. No estaba dispuesto a eso. Pero ya conocía a Kristen bastante bien, y sabía que si la encolerizaba todas las relaciones con ella después serían más difíciles, y él sería el único que sufriría las consecuencias.

—Zorra, hasta que hagamos nuestro trato, no discutas mis órdenes.

El tono de su voz era duro, y el esmeralda oscuro de sus ojos lo decía todo. Kristen recordó demasiado tarde la presencia de Alfredo. Desvió la mirada hacia él, y descubrió que se sentía muy divertido ante esa discusión entre la esclava y el señor. ¡Por los dientes de dios! ¿Cómo era posible que hubiese cometido la tontería de desafiar a Royce en presencia de su rey? Y en efecto, ella había olvidado el acuerdo mencionado por Royce.

No le agradaba mucho reconocer sus errores. Mostró a Royce una sonrisa vacilante, e hizo más para expirar su culpa.

—Perdóname, milord. Mi lengua a veces desobedece los dictados de la razón. Y lamento el incidente. Lord Eldred quiso enojarme... y yo quise enojarlo. Ambos logramos nuestro propósito, pero siento que hayas tenido que presenciar esta locura.

Royce se asombró más por la disculpa que por la confesión. Pero la confesión indujo al rey de Wessex a echar hacia atrás su cabeza leonina y reír estrepitosamente.

—Royce, por Dios. Esa sinceridad es temible. Y yo pensé que envidiaba tu posesión. No, amigo mío, es demasiado franca para la vida de la corte, que abunda en sutilezas y falsas lisonjas.

Royce rezongó. — Milord, ella no ha sido ofrecida a nadie.

Kristen contuvo una exclamación ante esa audaz afirmación, pero Alfredo no se ofendió. En realidad, volvió a reírse.

—Veo que su áspera franqueza es contagiosa. Convendrá que mantenga a mis nobles lejos de ella, porque de lo contrario nunca volverán a decir que soy un excelente cazador.

Royce sonrió.

—Milord, hoy no te mezquinarán tales elogios, pues nos has procurado la comida de la noche.

Los dos hombres se alejaron, pero no antes de que Royce dirigiese a Kristen una mirada extraña, y después una semisonrisa. Ella lo había calmado, tal como se lo había propuesto. Más tarde, él tendría que calmarla a ella.

Librodot

28

Eda envió a Kristen al piso alto. Que la enviasen sola, sin la escolta de Eda o de los dos guardias, contribuyó en mucho a mejorar el humor de la joven. No concibió siquiera la idea de ir a un lugar que no fuese la habitación de Royce.

El aún estaba en la sala. Era tarde. La mayoría de los invitados se habían retirado. Pero el rey continuaba bebiendo y narrando historias, exactamente como hubiera podido hacerlo uno de sus trovadores. La cortesía mandaba que Royce no se retirase una segunda noche antes que su rey.

Kristen lo sabía, y tenía que mostrarse paciente. La víspera ella estaba tan fatigada que ni siquiera recordaba el trato del cual habían hablado. No sucedía lo mismo esta noche. Durante el día había trabajado muy poco, pues muchas de sus tareas habituales habían pasado a otras personas. A menudo se le había permitido descansar junto a la ventana. Y Eda incluso la había retirado varias horas de la sala muy calurosa para enviarla a arreglar en el primer piso los dormitorios de los invitados.

Kristen recordaba todo lo que había trabajado un día antes, y sabía que sus tareas más livianas era consecuencia de una orden de Royce. Esperaba el placer de una noche en los brazos del sajón. Ya no contemplaba la posibilidad de negarle nada. El le concedía su liberta. Y también le ofrecía muchas pruebas que demostraban su interés por ella.

El sajón estaba adoptando una actitud más sensata. Con el tiempo reconocería que era el elegido del corazón de Kristen. Y cuando llegase a ese punto, la desposaría. También liberaría a sus amigos, y por intermedio de éstos Kristen enviaría un mensaje a sus padres. En definitiva, todo podría arreglarse. Por supuesto, el camino que llevaba a esa situación no sería fácil.

Kristen sonrió al ver que había dos grandes jarras con agua sobre la mesa de noche además de una pila de lienzos para secarse. Utilizó prontamente estos elementos, y después se deslizó desnuda bajo la delgada sábana de la cama, para esperar a su señor. Sí, podía pensar que él era su señor, pues alcanzaría realmente esa condición cuando ambos se casaran.

Royce llegó unos quince minutos más tarde. Kristen se habría regocijado de saber cuán inquieto estuvo Royce en la sala después de que ella se marchó, y cómo Alfredo se había compadecido de él y se había retirado, de modo que su anfitrión pudiese hacer lo mismo. De todos modos, la regocijó la expresión de alegre sorpresa que él mostró al verla ya acostada.

Kristen yacía acurrucada sobre su lado de la cama, apoyada en un codo, la cabeza descansando sobre la palma de la mano, para verlo mejor mientras él se acercaba. Lo que ella veía le parecía muy agradable. A veces la voluntad de ese hombre contrariaba la de Kristen, pero no había un solo rincón de su cuerpo que no pareciese grato a la joven vikinga.

Desde la llegada del rey, Royce había vestido con más lujo que de costumbre. Usaba un manto asegurado sobre el hombro derecho, a semejanza del que vestían los restantes señores; el suyo era pardo oscuro, con un ribete de seda. La misma seda color azafrán ribeteaba la túnica en el

borde y el cuello, y las largas mangas se cerraban sobre las muñecas. Esos colores le sentaban perfectamente, pues destacaban el verde oscuro de sus ojos. También usaba un ancho cinturón adornado con piedras de ámbar. Incluso la daga que portaba al cinto estaba tachonada con piedras preciosas.

No había hablado con ella después del incidente con Eldred, de modo que la sorprendió al decir: —Hoy me ofreciste una disculpa, pero no estoy seguro de que la desee.

—Milord, de todos modos la tienes, y puedes hacer con ella lo que te parezca — contestó Kristen.

—Entonces, te la devuelvo. — Se sentó junto a ella sobre la cama, una rodilla doblada para poder mirarla a los ojos. Deslizó la mano sobre la cadera de Kristen, vaciló y después la retiró. — Conozco desde hace mucho a Eldred. Sé cómo funciona su mente cuando quiere provocar dificultades.

Kristen se limitó a decir: —No mentí, milord. En realidad, lo provoqué a propósito.

—Pero él comenzó, no fuiste tú la que inició el disturbio.

Kristen sonrió.

—No discutiré eso.

Royce adelantó la mano hacia ella, y esta vez la apoyó un momento sobre la cadera.

—No te agradecí por la discreción que demostraste en presencia de Alfredo.

—Sí, lo hiciste — replicó Kristen en voz baja.

Royce había temido que ella no interpretase la sonrisa que le dirigiera al retirarse con Alfredo, pero no había sido así. La joven lo conocía mejor de lo que él creía, y eso lo gratificó.

Le sonrió antes de ponerse de pie para apartarse de la cama. No podrían conversar si él se mantenía demasiado cerca de Kristen, y en efecto, él deseaba cerrar un trato. No pediría mucho a Kristen. Aunque la vikinga amaba apasionadamente su propia libertad, Royce no creía que pudiese negarse.

Comenzó a quitarse la capa, pero los dedos se le paralizaron sobre el cierre de oro cuando Kristen se sentó en el centro de la cama. La sábana cayó hasta su cintura, y ella no la levantó nuevamente. Lo miraba expectante, tan despreocupada en su estado natural que no advirtió cómo la percibía Royce. A decir verdad, él estaba hipnotizado, y su mirada se sentía atraída por los suaves montículos de los pechos femeninos; no podía desviarse.

—¿Tu trato, milord?

—¿Qué?

Apartar sus ojos de lo que los atraía para encontrar la mirada de Kristen fue quizás el más difícil de los trabajos que él había realizado hasta entonces. Y después, ¡soportar esa mirada expectante de la vikinga! Royce se volvió bruscamente y sintió una llamarada de calor en el cuello. ¡Ese poder que ella tenía de enturbiarle la mente y controlar su cuerpo! Si alguna vez llegaba a cobrar conciencia de la situación... que Dios lo ayudase.

Tragó con dificultad, y se mantuvo de espaldas a ella mientras terminaba de desvestirse. Era mejor que al terminar hubiesen concluido la charla, porque de lo contrario ésta tendría que esperar otra vez.

Royce se aclaró la garganta. Su voz sonó como un gruñido ronco.

—La dificultad que afrontaste ayer me demostró claramente que no podías defenderte bien si estabas cargada de hierros. Y por supuesto, lamento que te hayas visto en necesidad de defenderte.

Miró por encima del hombro y comprobó que ella lo escuchaba estática. Y aún no se había cubierto. Se acercó a la mesa para salpicar agua fría sobre su cara y el pecho. Para continuar necesitó aclarar de nuevo la voz.

—Kristen, no me agrada sujetarte. Puedo ordenar a los hombres que te vigilen, como ya hice antes, pero no es lo mismo que permitirte que te defiendas tú misma cuando no estoy aquí para cuidar de ti.

—Milord, no necesitas explicar por qué me quitaste las cadenas.

Sin volverse para mirarla, Royce supo que ella le sonreía. Se sentó frente a la mesa para quitarse los zapatos y las perneras de cuero.

—Muy bien. Lo que necesito de ti es tu palabra de que no volverás a atacar a mi primo mientras Alfredo y su séquito estén aquí.

—Me pides mucho — replicó ella en voz baja.

—Piensa en lo que significaría que dañaras intencionadamente a Alden mientras Alfredo está aquí. En un hombre justiciero, ya viste cómo protege a sus nobles. En justicia, yo tendría el derecho de retar a Eldred. Alfredo sabía que lo deseaba vivamente. Sin embargo, alejó de aquí a esa culebra y lo protegió de mi cólera. En este momento desea disponer de todos los hombres posibles para enfrentarse a los daneses cuando éstos vuelvan a atacar. Trata con dureza a todo los que intentan debilitar a su ejército.

—Milord, comprendo tu punto de vista. Pero, ¿por qué pides que comprometa mi palabra hasta que tu rey se marche?

El contestó sin vacilar.

—Cuando todos sus nobles se hayan alejado, volverás a estar segura.

—¿Y después?

—El peligro habrá desaparecido. Retornaremos a la situación anterior. Bien, ¿me darás tu palabra?

Kristen continuó sentada un momento; miraba aturdida la ancha espalda de Royce. Después, bajó de la cama, llevando consigo la sábana. Se acercó a Royce por la espalda, tan silenciosamente que él se puso tenso un segundo cuando ella deslizó un brazo alrededor del cuello del sajón, porque no la había oído acercarse.

—Sí, te prometo que no tocaré a tu precioso Alden — ronroneó al oído de Royce —. Pero con respecto a ti...

Contrajo con fuerza el brazo, tirando hacia atrás al hombre y la silla. Oyó el grito de dolor, y después la violenta maldición de Royce, pero ella ya corría hacia la puerta sin llave. Pero una vez que estuvo en el comedor afrontó la desagradable conciencia de que no podía bajar la escalera en esas condiciones. De manera que corrió hacia la puerta más cercana, con el propósito de ocultarse allí sin inquietarse por la identidad de la persona que ocupaba el dormitorio.

Un excelente plan, en vista del escaso tiempo que había tenido para concebirlo; pero no había contado con ese ocupante en particular. Una vela aún ardía junto a la cama, y Kristen identificó inmediatamente al rey de Wessex que se incorporaba, espada en mano. Ambos se desconcertaron, pero él sólo un segundo. Sonrió, al ver el atuendo de la joven: los cabellos que descendían sobre los hombros, la sábana que a lo sumo colgaba frente a ella, pues Kristen no había tenido tiempo de envolverse.

Por desgracia, Kristen permaneció así demasiado tiempo, sorprendida. Habia cerrado la puerta que conducía a la habitación de Royce, pero él la abrió bruscamente. Kristen no podía encerrarse en ese cuarto. Tampoco lograría mantener la puerta cerrada para impedir la entrada de Royce, ni el rey se lo permitiría. Y ya no podía huir hacia otro lugar si que él la atrapase.

Pensó todo esto antes de volverse para enfrentar a Royce, sin advertir que estaba ofreciendo a Alfredo una excelente visión de sus partes posteriores desnudas. Pero Kristen no volvió a pensar en el rey, sobre todo cuando vio la expresión de furia en la cara de Royce que se acercaba a ella.

El no le dijo una palabra, y aferró la mano que ella adelantó para rechazarlo. Kristen soltó la sábana para golpearlo con la otra, pero él también la aferró; llevó las dos manos tras la espalda de la joven, y las apretó contra su propio pecho.

—Perdón, milord — dijo Royce a su rey.

Alfredo sonrió.

—No, no, ha sido muy interesante.

Con los labios apretados, Royce asintió y cerró la puerta. Después, arrastró a Kristen de regreso a su propio dormitorio. Royce no deseaba hablar todavía porque temía estallar. Sentía deseos de estrangularla, y estaba muy cerca de contemplar seriamente esa posibilidad.

De un puntapié cerró la puerta del dormitorio y arrastró a Kristen hacía la cama. Se sentó sobre ella, y al mismo tiempo deposito a la joven sobre sus rodillas. La sostuvo de tal modo que ella no podía mover ninguna de las manos, y tampoco las piernas le servían de mucho. Un largo rato la sostuvo así, tratando de dominar su furia mientras ella se agitaba y debatía para liberarse.

Finalmente, se agotaron las fuerzas de Kristen y permaneció quieta. Sólo sus ojos ardían de cólera. Royce no le veía la cara. Había cerrado sus propios ojos para evitar la visión del cuerpo desnudo que se retorcía sobre sus rodillas.

—¡Te odio!

Las palabras lo sacudieron, porque encerraban un profundo rencor. Una extraña angustia le oprimió el pecho, y sofocó casi toda su cólera. Aunque Kristen era imprevisible, Royce nunca habría creído que diría eso.

La miró a los ojos, inquisitivo.

—¿Por qué? — preguntó con voz serena.

La voz de Kristen se elevó cálida y vibrante.

—¡Me engañaste! ¡Sabías lo que yo pensaba, y me permitiste pensarlo!

—Kristen, no puedo conocer tu mente.

—¡Mentiroso! — exclamó ella —. ¿Acaso había otra razón para explicar por qué yo venía a tu dormitorio sin protestar? Me quitaste las cadenas y dijiste que haríamos un trato. No hablaste de que sería un acuerdo temporal.

En efecto, él se había sorprendido ante la aquiescencia de Kristen, pero esa actitud lo había complacido tanto que no había querido averiguar demasiado.

—Mujer, me juzgas mal — suspiró Royce —. ¿Cómo podía saber lo que pensabas, cuando el retiro permanente de esas cadenas nunca estuvo en mi intención? Si la idea no pasó por mi mente, ¿cómo podía saber que tú habías pensado eso?

—Bien, de modo que yo soy la estúpida... otra vez. Veo en ti lo que no existe y lo que nunca existirá.

La amargura de esas palabras impresionó a Royce.

—¿Qué ves? ¡Por Dios, Kristen! ¿Qué deseas de mí?

—Ya no hay nada que desee... excepto que me dejes en paz.

El meneó lentamente la cabeza, los ojos casi pesarosos.

—Lo haría, si pudiera.

—¿Si pudieras? — se burló ella —. Sajón, ¿tu voluntad es tan débil?

—Sí, cuando se trata de ti.

Ya era algo que él lo reconociese. Pero no alivió el profundo resentimiento que ella sentía en ese momento.

El habló nuevamente en voz baja.

—Kristen, tú no me odias. Estas enojada conmigo, pero no me odias. Reconócelo.

Era cierto. Aún no lo odiaba. Deseaba hacerlo, pero no era el caso. De todos modos, mantuvo cerrada la boca.

—Bien, si no quieres decirlo, demuéstramelo — dijo Royce en un murmullo, mientras se inclinaba para besarla.

Kristen deseaba que las cosas fuesen de otro modo, pero en efecto, se lo demostró.

29

Nuevos invitados llegaron a Wyndhurst. Lord Averill fue a ver al rey. Llevaba consigo a su único hijo varón, Wilburt, y a sus tres hijas.

Kristen habría prestado escasa atención a los nuevos visitantes, excepto que uno de ellos era lady Corliss de Raedwood, y Edra, que trabajaba junto a la vikinga, se apresuró a destacar el hecho. Kristen hubiera podido adivinarlo sola, teniendo en cuenta los grandes esfuerzos que hacía Darrelle para dar la bienvenida a la dama.

De modo que ésa era la prometida de Royce. Kristen no se sorprendió al comprobar que Corliss era increíblemente hermosa, pero esa comprobación la deprimió profundamente. Corliss era pequeña, delicada y grácil, todas las cualidades que Kristen no tenía. ¿Y ella había pensado en la posibilidad de separar a Royce de esa mujercita? ¡Por los huesos de Dios, era más estúpida de lo que ella misma pensaba!

Kristen podía sentirse agradecida de una sola cosa: que Royce no estuviese presente para dar la bienvenida a su prometida. Verlo cuando prodigara a esta mujer los tiernos cuidados y las galanterías que ella ansiaba para sí misma hubiera sido más de lo que ella podía soportar. Según estaban las cosas, se vio obligada a presenciar la deferencia con que Corliss era tratada por Darrelle, los criados y Alden, que entró más tarde.

A decir verdad, era desagradable, pero lógico. Aunque la dama no gozara de la simpatía general, se le dispensaban atenciones, pues pronto sería la señora de Wyndhurst, en reemplazo de Darrelle, que había ocupado esa posición por su carácter de única mujer en la familia de Royce.

Pero en la casa una persona no intentó conquistar el favor de la dama: fue Meghan. Por supuesto, no podía pretenderse que la niña comprendiese que esa mujer un día sería la encargada de dirigirla, y que le convenía mostrarse amable con Corliss. Pero Kristen aplaudió en silencio cuando vio que Meghan meneaba la cabeza a Corliss en un momento en que la dama le pidió que se acercara. Y después, la niña llegó al extremo de hacer una mueca a la dama antes de retirarse del sector de las mujeres.

Kristen casi rió estrepitosamente, pero contuvo el impulso, pues no deseaba que los criados se preguntasen qué le había parecido tan divertido. Sabía que Darrelle llamaría a Meghan y la castigaría si se enteraba del episodio, pero tampoco ella insistió en llamar a Meghan. De todos modos, Kristen no habría sido capaz de contener la risa si hubiese advertido que Alden había sido testigo del asunto y también había hecho esfuerzos para ocultar su propio regocijo.

Kristen se sorprendió unos pocos momentos después, cuando sintió que le jalaban la falda. Se volvió vio que Meghan se había deslizado a través de la sala para situarse detrás de la propia Kristen. De todos modos, la niña evitaba mirarla.

—¿Estás... todavía estás enojada conmigo?

Kristen frunció el ceño, pues no sabía cuál era la causa de la pregunta.

—Pequeña, ¿por qué debería estar enojada contigo?

—Dije a mi hermano lo que tú me contaste antes; pero Alden afirmó que yo estaba revelando secretos. — Meghan la miró cautelosamente. — La verdad, yo no sabía.

—¿Y creíste que yo estaría enojada?

—Estabas enojada — dijo Meghan —. Te vi al día siguiente y parecías muy enojada.

Kristen sonrió al recordar.

—Pero no contigo, preciosa. Lo que le dijiste de mí a tu hermano no tuvo nada que ver.

Era mentira, porque precisamente por eso él le había hecho el amor la primera vez, pero en realidad Kristen no podía lamentar el hecho.

Meghan adoptó una expresión de disgusto consigo misma.

—Entonces, me oculté de ti por nada.

Kristen rió, y atrajo sobre ellas la atención de Eda.

—Niña, ¿qué haces aquí? — preguntó la anciana.

—Hablo — replicó Meghan con expresión desafiante. Eda dirigió una mirada de reproche a Kristen.

—Mujer, estoy trabajando.

—¿Puedo ayudar? — preguntó Meghan.

Al oír esto, Eda meneó la cabeza y regresó a sus propias tareas. Kristen no sabía que decir a Meghan, que esperaba su respuesta con expresión esperanzada. Miró al grupo de mujeres reunidas al fondo de la sala, y después de nuevo a Meghan. Suspiró.

—Meghan, ¿te parece bien que estés aquí?

Meghan miró también a las damas y después dijo con expresión obstinada: —Prefiero estar aquí y no allí.

Kristen contuvo otra sonrisa.

—¿Por qué la dama Corliss te parece antipática?

Meghan miró sorprendida a Kristen.

—¿Cómo lo supiste?

—Vi tu gesto.

La niñita se sonrojó e inclinó la cabeza; después dijo en actitud defensiva, como explicación: —en realidad, ella no quiere saber nada de mí. Hace y dice cosas, pero no es auténtica. Tiene muchas palabras tiernas, pero no las decía antes del compromiso.

—Comprendo.

—¿Comprendes? — dijo esperanzada Meghan —. ¿No crees que está mal de mi parte sentir antipatía hacia ella?

—Tus sentimientos te pertenecen, y no pueden ser impuesto por otro. Pero como tu hermano le profesa afecto, quizá tú deberías intentarlo.

—Lo hice — reconoció Meghan con un atisbo de rencor —. Hasta que Royce me llevó con él a Raedwood y ella me pellizco, porque quería que me fuese y la dejase sola con él.

—¿Y qué hizo Royce?

—No lo vio.

Kristen frunció el ceño.

—Debiste decírselo.

—No, se hubiera enojado.

Y Meghan jamás haría nada que desagradase a Royce. Kristen suspiró. A decir verdad, era necesario demostrar a la niña que no debía considerar tan terrible la cólera de su hermano, o por lo menos que no sería tan terrible para ella. Kristen ya había visto el tierno cuidado que Royce dispensaba a Meghan. Lo había observado una noche en que él había llevado al primer piso a la niña después de que ella se durmiera en la sala. Esa actitud le recordaba a su propio padre, y al modo en que Garrick solía hacer lo mismo con ella. Royce amaba profundamente a la pequeña, y sin embargo Meghan continuaba temiéndole.

Kristen meneó la cabeza al pensar en eso. Meghan se inquietó, y la miró.

—¿Quieres que me marche?

—No, preciosa, quédate si lo deseas. — Kristen comprendió que en ese momento ella era probablemente el menor de dos males en la mente de la niña. —¿Pero estás segura de que no te reprenderán si continúas aquí?

Meghan se apresuró a negar con la cabeza. — Hay tantos invitados que nadie sabrá dónde estoy.

—Entonces, siéntate sobre ese taburete, y te mostraré cómo prepara el pan de nueces, el favorito de mi padre.

—¿Le agradan las nueces en el pan?

—En efecto. — Kristen guiñó un ojo mientras hundía la mano en un hueco de su túnica exterior, donde guardaba un puñado de nueces. — Se las robé a Eda antes de que las diese a las gallinas. Prepararemos dos hogazas especiales, sólo para nosotras. ¿Te agradaría?

—¡Oh, sí, Kristen! — La cara de Meghan se iluminó con un placer infantil. — Será nuestro secreto.

Meghan se equivocó cuando supuso que nadie vería dónde estaba. Royce la vio apenas entró a la sala, pues como siempre, su mirada buscó en primer término la figura de Kristen. Y no dejó de advertir que Meghan estaba sentada al lado de la noruega, pues las cabezas de ambas se hallaban muy juntas, y reían a causa de algo, desentendidas de todo lo que sucedía alrededor.

Se detuvo un momento, y experimentó un cálido impulso de placer al observarlas: su hermana y la mujer que le pertenecía. Como todos miraban con temor a Kristen, él había creído que Meghan, que temía a todos los extraños, sentiría más miedo. Al parecer, no era el caso. Era evidente que simpatizaban, y eso satisfizo a Royce.

Se habría acercado a ellas si Darrelle no lo hubiese llamado. Y entonces vio a Corliss, y se le endureció el cuerpo. ¿Cómo podía haber olvidado que ella también estaría allí? Lord Averill había acudido al campo de maniobras donde, obedeciendo la orden de Alfredo, los nobles debían realizar demostraciones de destreza. Y siempre de Averill iba a Wyndhurst, sus hijas lo acompañaban. Hubiera sido demasiado confiar en que esta vez sería distinto. No era distinto.

Rechinó los dientes y fue a saludar a su prometida.

Kristen observó toda la velada a Royce y a Corliss. Estaban sentados juntos frente a la larga mesa. No podía apartar los ojos de ellos, y sencillamente no hacía caso del punto doloroso que le oprimía el pecho. Aunque se decía que no importaba, que de todos modos Royce no le pertenecía, se sentía traicionada, sentía que él era suyo.

Sólo que no podía luchar por él, ni disputarlo, no podía hacer nada para separarlo de esa mujer.

Esa situación la hería, y la llevaba a comprender su posición mucho mejor que antes. Durante toda esta experiencia se había mostrado desaprensiva porque creía que en definitiva lograría lo que se proponía. Y así cada tropiezo la había llevado a perder la paciencia pero no a abandonar del todo la esperanza.

¡Qué ingenua había sido! Que su padre se hubiese enamorado de una esclava y la hubiera desposado no significaba que lo mismo podía suceder en Wessex. En su tierra, la familia de Kristen creaba su propia ley porque vivía muy aislada del resto de los habitantes de la región. Su tío Hugh era un Jarl, en Noruega un hombre con tanta autoridad como la que el rey Alfredo tenía aquí. Pero incluso así, había sido necesario liberar a su madre antes de que Garrick pudiera desposarla. Noruega tenía sus propias leyes acerca de los esclavos, y el amor no las suspendía. Y aquí, había tantos señores y tantas leyes... ¿Royce no había dicho que estaba loca cuando mencionó la posibilidad de matrimonio?

Al verlo con su prometida, Kristen comprendió que había estado loca al creer que ese hombre podría ser suyo. Ni una sola vez había considerado las cosas desde el punto de vista de Royce. En una ocasión él había dicho que Kristen ocupaba un lugar inferior al del más bajo de los siervos. Sin duda había hablado así movido por la cólera pero, ¿cuán cerca estaba esa afirmación de lo que él sentía realmente en relación a ella? Era una esclava. Royce tenía muchas. Ella le calentaba la cama, pero pronto dispondría de una esposa que cumpliría esa función. La preocupación que demostraba por Kristen no era mayor que la que podía conceder a cualquiera de sus posesiones.

—¿Estás distraída?

Kristen necesitó un momento para ver a Eda.

—Sí, imagino que así es.

Eda le dirigió una mirada sagaz, y advirtió el sufrimiento en el tono de la joven.

—Mujer, siempre esperaste demasiado.

—Lo sé.

Eda meneó la cabeza.

—Deberías sentirte agradecida por lo que tienes. Estás viva, cuando él podría haberte matado y haber destruido a los que tú llamas amigos. Atiende tus necesidades. ¡Por Dios, incluso te protege de otros hombres! La mitad de las mujeres aquí presentes, habrían sido tumbadas por esos señores esta misma noche, pero tú no corres ese riesgo.

—No necesitas decirme que soy muy afortunada.

Eda sonrió, pues sabía identificar el sarcasmo. — Si no te agradan las cosas como están, siempre puedes buscar otro hombre. Tengo ojos, y he

visto cómo te miran esos hombres. Tal vez, si se lo pides amablemente a nuestro señor, te venderá cuando él se case.

—Sí, quizá lo haga.

—¡Vaya! No, mujer, sólo era una broma. Si haces eso todos sufriremos las consecuencias de la tormenta que tú desencadenas.

—Eda, te contradices.

—Te digo la verda. Nunca te venderá. No eres estúpida — agregó Eda con impaciencia —. Sabes que tus actos influyen directamente sobre él.

—No es así — replicó Kristen.

—¿Qué? Y esa semana en que nada le agradaba, cuando tú lo expulsaste de tu cuarto... ¿qué fue eso, mujer? Aquí todos sabían que tú eras la causa de su humor sombrío, aunque sólo yo conocía la razón exacta. — Eda volvió a sonreír. — Pero en cuanto te tuvo en su cama, retornó su buen humor.

Kristen desvió la mirada, y sintió que el rubor le encendía las mejillas.

—Bien, ahora me desea. Pero eso no durará.

—Mujer, ese hombre te deseará siempre. Lo veo en el modo de tratarte. Podría explicarte otras cosas que te convencerían, pero no deseo llenarte la cabeza con ideas raras. No, nunca te venderá, ni permitirá que pertenezcas a otro. Pero se casará con su dama.

Kristen endureció el cuerpo.

—Entonces, anciana, ¿por qué me dices todo esto?

—Porque también a ti te retendrá. Porque no me agrada verte sufrir tanto. Porque debes comenzar a aceptar lo que tienes y no tratar de llegar más alto. Si no eres feliz él también será desgraciado, y eso nos afecta a todos.

—Ya basta, Eda. No creo que yo tenga tanto poder sobre él. Si fuese el caso...

—Si tuvieses poder, ¿qué? Sí, lo sé. Ignorarías todo lo que dije. Mujer, siempre quieres volar demasiado alto.

—No, te comprendo perfectamente. Lo que tú no entiendes es que yo no puedo aceptar las cosas como se presentan. Mi madre fue otrora esclava, y la capturaron lo mismo que a mí. En su país era hija de un gran señor, y su orgullo no tenía límites. Nunca aceptó que era esclava ante le hombre que la poseía, ni ante sí misma. Yo no soy tan obstinada. Sé cuál es mi situación ahora. Pero soy la hija de mi madre. Eda, no continuaré siendo esclava.

—No tienes alternativa.

Kristen desvió la mirada y contempló la sala, a oscuras excepto unas pocas antorchas encendidas. Mientras ella estaba allí, sumida en su depresión, casi todos se habían retirado. Había jergones distribuidos por doquier, pues allí dormían no sólo los hombres y los criados de Royce, sino también los que habían llegado con los invitados. No había visto salir a Royce ni a su dama.

—¿Pasará aquí la noche? — preguntó Kristen a Eda.

La anciana gruñó, muy consciente de lo que la joven quería decir.

—Sí, no volverán a sus casa en la oscuridad. Ya he hablado bastante y mis palabras cayeron en oídos sordos. Ven, esta noche dormirás conmigo.

Una nueva oleada de dolor sacudió a Kristen, pero ella la ocultó tras una expresión estoica.

—Entonces, ¿dormirán juntos?

—¡Qué vergüenza, qué pensamientos! — la reprendió Eda —. Sabes que arriba tenemos sólo seis habitaciones. Las damas dormirán con lady Darrelle y Meghan. Lord Alden cedió su propio cuarto al rey, y se unió a los señores que ocupan las dos cámaras restantes.

—Entonces, ¿por qué..?

—Calla — dijo Eda —. A milord no le agradó, pero como también han llegado lord Averill y su hijo, lord Royce ya no puede reservar el dormitorio para sí mismo. Arriba no había más espacio.

Kristen imaginó a Royce compartiendo su cama con los futuros parientes políticos, y casi sonrió. Pero en el fondo no se sentía muy contenta.

Librodot

30

Una antorcha chisporroteó y se apagó, de modo que permaneció encendida sólo una junto a la escalera. En la sala había ruidos esporádicos: ronquidos estrepitosos y suaves, una tos, algunos gruñidos. Eda era una de las que roncaban suavemente.

Había conducido a Kristen al sitio que le estaba reservado junto al hogar frío, un lugar codiciado porque era fresco en verano y tibio en invierno. No había jergón para Kristen; todos lo que estaban disponibles habían sido distribuidos entre los invitados. Una delgada manta y el suelo duro fueron su lecho, y la incomodidad contribuyó a mantenerla despierta. De todos modos, era difícil que esa noche pudiese dormir.

Kristen se sentó lentamente y miró a su alrededor. Vio cerca de unas pocas mujeres, pero no tan próximas como para que ella pudiese molestarlas. Había esperado hasta que Eda se adormeció. Le habría agradado esperar un poco más, ante la posibilidad de que otros continuasen despiertos, pero no deseaba perder demasiado tiempo.

Se proponía huir. La decisión había sido fácil, porque ésta era la única oportunidad que probablemente tendría. Había preguntado a Royce la víspera cuánto tiempo permanecería el rey. Fue la única observación que ella hizo después de hacer el amor, y Royce no había podido ofrecerle una respuesta. Podía ser la mañana siguiente, o una semana más tarde, pero cuando Alfredo se marchase Kristen volvería a usar los hierros. También era probable que la encerraran en la cámara de Royce y sería más difícil y mucho más arriesgado tratar de escapar cuando él estuviese cerca.

Aquí las ventanas permanecían abiertas, y bastaba un breve salto para salir de la casa. Y ella disponía de mucho tiempo para alejarse antes de la mañana, el momento en que advertirían su ausencia.

Sí, la decisión había sido fácil, sin embargo, Kristen no había previsto la honda tristeza que acompañaría al intento, aunque sabía que allí no había esperanzas para ella; de todos modos se sentía dolorida al pensar que jamás volvería a ver a Royce.

Miró por última vez a Eda, que estaba acostada de espaldas, sumida en profundo sueño. También extrañaría a la anciana, con su aspereza y su hosca humanidad. Y a la pequeña Meghan, que con su curiosidad y el silencioso pedido de su amistad había conseguido que Kristen olvidase sus dificultades, por lo menos un rato de ese día.

En todo caso, estos pensamientos no impidieron que Kristen se acercase a la ventana que estaba junto al sector de la cocina. No hubo una voz de alarma cuando ella levantó las piernas para sentarse sobre el alféizar. Pero un signo de su depresión fue que vaciló varios instantes. Y finalmente el orgullo la indujo a dar el paso decisivo.

Una luna casi llena enviaba sus rayos sobre un extremo de la sala. Kristen cayó de pie, e inmediatamente retrocedió para refugiarse en las sombras, al lado del muro. Con movimientos cautelosos, caminó detrás de la casa, en dirección al lugar donde se encontraba el establo, la choza donde dormían su primo y los restantes vikingos.

No había visto ese refugio una vez terminado, pero sabía que era sólo una habitación estrecha, sin ventanas. Qué ingrato debía ser dormir allí, cuando por la noche cerraban la gruesa puerta. Pero no peor que dormir bajo la lluvia, como habían hecho antes.

Hubiese preferido que esa noche lloviese, para reducir la visibilidad y disimular mejor el ruido de sus movimientos. Pero en el cielo había pocas nubes, y éstas ni siquiera se encontraban cerca de la luna demasiado brillante. De todos modos, ese hecho no la detendría. Todos estaban dentro y dormían. Nadie podría verla.

Del fondo del establo le llegó el relincho de uno de los caballos, y eso le recordó que necesitaría una montura. Pero no una de ésas. El gran portón de madera estaba cerrado durante la noche, y sin duda habría un guardia que vigilaba. Y aunque no hubiese guardia, si retiraba uno de los caballos guardados allí, haría mucho ruido. Pero ése no era problema pues Kristen sabía que la mayoría de los caballos de Royce estaban pastando en el prado.

Pero se encontró ante un problema cuando rodeó la choza de los prisioneros y vio un guardia sentado frente a la única puerta. Se refugió junto a un costado de la construcción; el corazón le latía aceleradamente. Quizás él había oído sus pasos. ¿La había visto? No oyó movimientos del hombre, y después de unos minutos reunió valor suficiente para espiar desde la esquina.

El hombre continuaba sentado, la espalda contra la puerta, la cabeza inclinada hacia atrás y un poco al costado. Kristen respiró hondo, y comprendió que el guardia estaba dormido. Eso era algo con lo cuál no había contado, pues la puerta estaba cerrada con llave, y no se necesitaba la presencia de un guardia. Pero ese problema era secundario si lo comparaba con otro que ella había previsto: abrir la puerta cerrada con llave. Sin embargo, la presencia de ese hombre representaría una bendición si en efecto él tenía la llave del grueso candado.

Kristen retrocedió unos pasos, y buscó una piedra que por su tamaño le permitiese golpear al hombre. Podía haberle arrebatado la daga mientras dormía, para matarlo, pero no podía decidirse a hacer eso. Por desgracia, en el patio no había piedras del tamaño suficiente, y finalmente ella tuvo que acercarse al lugar en que estaban construyendo el muro. Allí perdió cierto tiempo buscando una piedra que no fuese demasiado grande. Finalmente la halló, y regresó son incidentes adonde estaba el guardia.

Se le aceleró el pulso al acercarse. Si el hombre emitía un grito cuando ella lo golpease, Kristen estaba perdida. Si lo golpeaba con fuerza excesiva... ¡Dios la ayudase! En realidad no deseaba herirlo gravemente, sólo sumirlo en un sueño más profundo.

La piedra lo golpeó en la sien, y el hombre cayó de costado. Continuó respirando. Eso fue suficiente para tranquilizar momentáneamente la conciencia de Kristen, y la joven se apresuró a revisar el cuerpo en busca de la llave. Pero no tuvo tanta suerte. Tendría que perder más tiempo tratando de quebrar el candado. Por lo menos el guardia le suministraría la daga que ella necesitaba.

Abordó de prisa la tarea, y llamó con voz intensa que no podía oírse muy lejos: —Ohthere, Thorolf...

Una mano grande le apretó la boca, silenciándola, y otra aferró la muñeca que sostenía la daga.

—Suelta eso. Ahora.

Ella obedeció, experimentando una extraña mezcla de miedo y alegría al reconocer la voz. El le soltó la muñeca apenas la daga cayó al suelo, y su mano enlazó la cintura de Kristen. No la apretaba con fuerza, pero ella sabía que podía hacerlo si su prisionera ofrecía resistencia.

Y entonces experimentó un profundo sentimiento de pesar, al oír a Thorolf del otro lado de la puerta todavía cerrada. El vikingo había escuchado la llamada. Creía que estaba allí para ayudarlos a huir.

—¿Kristen? Kristen, contesta. Dime que no estuve soñando.

—¿Qué dice? — murmuró Royce al oído de Kristen.

—Sabe que soy yo.

—Entonces, dile lo que sucedió.

Ella tragó saliva con dificultad. ¿Qué había sucedido? ¿Y cómo? Había llegado hasta allí. No se había dado la alarma. Sin embargo se había visto frustrada, y precisamente por el único hombre contra el cual ella no estaba dispuesta a luchar. Si hubiera sido otro...

—Thorolf, lo siento. Casi lo logré, pero el señor sajón lo descubrió. Está aquí.

Hubo un prolongado silencio detrás de la puerta y después: —Kristen, no debiste venir a buscarnos. Tendrías que haber huido mientras podías.

—Eso ya no importa.

—¿Qué te hará?

¿Cómo podía responder a eso? Kristen dijo a Royce: —Quiere saber qué me harás.

—¿Qué habría sucedido si lograbas abrir esa puerta?

La voy de Royce revelaba una terrible calma. ¡Por los dientes de Dios! ¿Por qué no gritaba? Tenía que estar furioso. Aún no lo había observado para comprobarlo. Pero si Royce podía ocultar su furia, ella podía disimular su miedo.

Con la misma calma, ella dijo: —Si yo hubiese abierto la puerta, habríamos corrido hacia esa empalizada, para escapar de aquí.

—¿Después de la masacre?

—Bromeas, milord. Son dieciséis hombres. Tienes un número igual de señores en tu casa, y tus servidores, y también los servidores que ellos trajeron. Tienes un ejército bien entrenado. Los vikingos son temerarios, pero no estúpidos.

—Entonces, diles que no te sucederá nada, porque lo único que hiciste fue castigar a un guardia que lo merecía por dormirse mientras estaba en servicio.

Kristen no podía creer el testimonio de sus oídos. Es más, no podía creer que él lo dijese en serio. Haría algo. Tenía que hacerlo. Ella era una esclava que había intentado fugarse y también ayudar a otros en su fuga. Pero no deseaba que Thorolf lo supiese, y tampoco quería revelar sus pensamientos a Royce.

Explicó la situación con frases rápidas, pero Thorolf sentía tantas dudas como ella.

—Milord, no te cree.

—En ese caso, diles que por la mañana les traerás la comida, y que entonces podrás explicarles exactamente lo que te hice.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Repitió a Thorolf las palabras de Royce, y eso pareció satisfacerlo, lo cual era conveniente, pues Royce estaba cansado de hablar. La apartó de allí, y su brazo aún sostenía firmemente la cintura de Kristen. En temor que ella sentía se acentuaba. La frase le había parecido amenazadora exactamente lo que te hice. Kristen contempló la posibilidad de reconsiderar alguna forma de resistencia, y en ese momento él se detuvo.

Estaban frente al establo. El la obligó a volverse, hasta que Kristen estuvo frente a frente. Los dos brazos de Royce sujetaban la cintura de Kristen, pero él no la acercó. Echo hacia atrás la cabeza; su mirada se paseó por el cielo claro y luminoso, y percibió la belleza de la luna casi llena. Ella lo oyó suspirar.

—La otra noche propuse llevarte al lago, donde puedes bañarte — dijo en voz baja —. ¿Desearías ir ahora?

—¿De manera que puedas ahogarme?

El la miró, y en sus labios se dibujó una levísima sonrisa.

—¿No creíste lo que te dije allí?

—Intenté fugarme. Lo impediste, pero volví a intentarlo. ¿Qué dice tu ley en este caso?

—Eres una prisionera y esclava, no una britana. Las leyes son más benignas cuando se trata de los prisiones. Pero aquí nada tiene que ver la ley, pues sólo yo sé lo que hiciste.

—Y el guardia.

—El hombre pensará que recibió en el sueño ese golpe en la cabeza. Quizá no vuelva a dormirse cuando preste servicio.

Ella lo miró con los ojos muy grandes.

—Eres sincero. ¿De veras no me harás nada?

—El lobo puede destrozarse la pata para librarse la trampa. Escapa, pero paga un precio elevado. Si hubieses escapado con ellos, no dudes de que te habría encontrado. Tus amigos habrían luchado, y hubiésemos tenido derramamiento de sangre. Eso habría sido un castigo suficiente para ti. Pero no lo conseguiste. Y así como puedo comprender al lobo, entiendo la voluntad que lo impulsa. Deseas tu libertad. No puedo castigarte por eso pero tampoco te permitiré huir.

—Podrías — dijo ella con expresión inmutable —. Ellos construyen tu muro. Lo que hacen es necesario para Wyndhurst. Pero lo que yo hago en la casa tiene escasa importancia. Nada justifica que me retengas aquí.

—Kristen, ¡eres necesaria para mí!

La intensidad de estas palabras la silenció. Royce hablaba en serio, y saberlo la conmovió. Pero ella ya no se mostraría tan tonta. Sucedía sencillamente que Royce estaba obsesionado por ella, porque nunca había conocido a una mujer semejante. Pero con el tiempo, se debilitaría la

obsesión, y él no la necesitaría más... probablemente cuando se casara con su dama. Tal vez ella lo convenciera de que le permitiese salir de allí.

Entretanto, por Dios, ella tendría que continuar sufriendo y deseando y rogando que se le permitiese conservar cierta parte de su orgullo. No sería fácil.

Royce la acercó y sintió que ella endurecía el cuerpo.

—¿Aún dudas de mí?

—No, pero que me lleves al lago, después de lo que hice... es como si pretendieses recompensarme por haberte desafiado. Sajón, tú me confundes.

El se echó a reír y la acercó todavía más.

—Me alegra saberlo. Durante tanto tiempo estuve confundido, que me complace contar con cierta compañía. No, no te enojes conmigo — dijo cuando ella trató de apartarse —. Aliviaré tu confusión, que es más que lo que tú haces por mí.

—¿Bien? — insistió Kristen cuando vio que la cara de Royce se ensombrecía nuevamente.

—Sencillamente, decidí olvidar lo que hiciste. Bajé al vestíbulo para llevarte al lago. Y cuando descubrí que te habías ido...

No deseaba decirle lo que había sentido. No deseaba volver a sentir jamás lo mismo.

La estrechó más fuertemente contra él, y acercó su mejilla a la de Kristen antes de continuar.

—Kristen, no hay nada que lamentar. Puedo ignorar la intención y abrigar la esperanza de que ahora veas que es inútil que trates de salir de aquí. Siempre adivinaré tus intenciones.

Ella contuvo una exclamación.

—¡Tú sabías! Por eso había un guardia.

—Pero fue mal elegido — gruñó Royce —. No, no lo sabía. Sucede sencillamente que no corro riesgos cuando se trata de ti.

La intuición le dijo a Kristen que él continuaría mostrándose prudente mientras la deseara. En realidad, ella no abrigaba la esperanza de escapar de ese lugar, por lo menos mientras él no encontrase su placer en otras mujeres.

—Milord, ¿cuándo te casarás?

Advirtió que la pregunta lo sorprendía. Percibió que se le endurecía el cuerpo. Al parecer, Royce no alcanzaba a comprender qué tenía que ver eso con lo que estaban discutiendo.

—Mujer, ¿en qué estás pensando?

—¿Acaso no me concierne?

—No, no te concierne.

—Pero milord, siento curiosidad.

—Creo que eres más astuta que curiosa. ¿Intentas irritarme?

Esta vez, Kristen fue la sorprendida.

—¿Por qué piensas tal cosa? Fue una pregunta sencilla, y en realidad el asunto me concierne. Cuando tu esposa viva aquí, habrá cambios. Ella y no yo compartirá tu dormitorio.

Si creyó que de ese modo lo calmaría, Kristen fracasó.

—¡Y ansías que llegue ese momento! — explotó Royce —. Bien, te decepcionaré, pues te aseguro que no será muy pronto. Aún no se ha hablado de la fecha de la boda.

Casi sin pensarlo, Kristen replicó sinceramente.

—En realidad, eso no me decepciona.

Esas pocas palabras consiguieron calmar completamente a Royce. Kristen sintió deseos de retirar lo dicho cuando oyó que él se reía. Su intención no había sido revelarse que aún lo deseaba. Estaba irritada porque había hablado demasiado, y porque él había recobrado el buen humor.

Y cometió un error más grave cuando manifestó su enojo con otra frase:

—Tu alegría está fuera de lugar. Tu prometida bien puede...

—Calla. No hables más de ella — le advirtió Royce. Y después, en voz baja: —No deseo volver a mi habitación, donde Averill ronca como un león. ¿Quieres venir conmigo al lago?

Kristen no estaba tan enojada como para perjudicarse. Respondió en tono conciliador:

—Sí, me agradaría ir contigo.

La voy de Royce cobró un tono grave.

—¿Y allí querrás hacer el amor conmigo?

Kristen contuvo una exclamación.

—¡No hablaste de imponer condiciones!

Royce sonrió.

—En ese caso, tendré que correr el riesgo.

31

Esa noche Royce y Kristen hicieron el amor. Y durmieron acostados sobre el pasto, a orillas del lago. O por lo menos, Kristen durmió.

Después de gozar de la caricia del agua fresca, ella se sintió tranquila y en paz un rato, e incluso olvidó por un momento que Royce la vigilaba desde la orilla. Royce no nadó. Confesó que no sabía hacerlo. Pero Kristen chapoteó hasta cansarse. Era como recuperar la libertad, como estar en casa, excepto que el agua allí no era tan fría. Y en su casa no habría tenido un amante que la esperara en la orilla.

Cuando al fin salió del agua. Royce ni siquiera la dio tiempo para secarse. La recibió inmediatamente en sus brazos y procedió a recoger en sus labios las gotas que salpicaban las mejillas y los pechos de Kristen. Ella no deseaba negarle nada allí, a la luz de la luna. Ni siquiera pudo presentar una resistencia simbólica. Lo deseaba, deseaba retribuirle parte del placer que él le había deparado al llevarla al lago.

Royce no podía adivinar cuánto significaba eso para ella. Pero quizás entonces lo supo, pues ella lo había amado sin reservas y había dado rienda suelta a su pasión hasta sobrepasar, incluso, la de Royce. El no olvidaría muy fácilmente ese interludio a orillas del lago.

Pero después, a diferencia de Kristen, Royce no se sumergió en el sueño reparador. Kristen despertó con el primer canto de los pájaros en los árboles, anunciando el alba, y advirtió que Royce estaba completamente despierto. También lo vio muy fatigado.

El la abrazó con más fuerza. Kristen había dormido junto a Royce, para recibir el calor del cuerpo amado, pues ninguno de ellos se había vestido, y el aire nocturno era fresco junto al lago. Los cubría únicamente la delgada túnica de Kristen.

Kristen se sentó, estiró los brazos y miró hacia atrás. Encontró que Royce la observaba.

—Milord, debiste dormir.

—¿Cuándo podías apoderarte de mi caballo?

—Qué injusto. No me culpes por tu falta de descanso. Habrías podido llevarme de regreso y ordenado a tus hombres que me vigilasen.

—Tú te opones enérgicamente a la vigilancia de los guardias. Por lo menos, eso recuerdo.

—¿Y qué fuiste tu esta noche? — replicó indignada Kristen.

Royce también se sentó, y dirigió una sonrisa a Kristen.

—Pero yo debo retenerte, mujer. Fue una obligación que no me molestó.

—Eres imposible. — Kristen se echó a reír, y se inclinó hacia delante para besarlo apenas en los labios. — Pero me siento agradecida. Se está mucho mejor aquí, sobre el pasto que sobre el suelo de tu sala.

—¿Y yo soy una buena almohada?

—También eso.

El dedo de Royce siguió la línea del cuello, y después se desvió juguetonamente hacia el valle entre los pechos.

—Esta noche te llevaré de nuevo a mi lecho.

—¿Y por qué crees que yo querré estar allí? — dijo airosamente Kristen.

—Lo deseas.

Kristen meneó la cabeza.

—Aquí concertamos una tregua, pero al regreso...

—Calla. — Royce se inclinó hacia delante, y sus labios rozaron suavemente el cuello de Kristen. Y después, bruscamente, forzándola a gritar a causa de la sorpresa, Royce la acostó bajo su propio cuerpo. — Reconócelo. Te agrada mi cama.

Esa mañana se había convertido en un hombre de humor chispeante. Y ella tampoco deseaba mostrar excesiva seriedad.

En los ojos de Kristen bailoteó una pícara alegría.

—Sajón, tu cama me parece excelente. Es muy cómoda.

El tono dejaba poca duda de que ella se refería únicamente a la cama.

—No te permitiré salir de aquí — comenzó a decir Royce mordisqueándole los labios — hasta que reconozcas — su lengua se introdujo en la boca de Kristen — que me deseas.

—Entonces, milord... — los brazos de Kristen rodearon el cuello de Royce, y los dedos femeninos se hundieron en las suaves ondas del cabello del sajón — tendremos que estar aquí muchísimo tiempo.

Bien entrada la mañana, regresaron a la casa. No pasaron la mañana entera junto al lago, aunque Kristen, en efecto nadó otra vez antes de vestirse. Pero cuando Royce la montó en su caballo, y después ocupó su lugar detrás de la joven, no enfiló la montura hacia la casa.

Atravesaron los bosques y los campos sembrados, los prados de flores silvestres y los pastizales. Royce le mostró la región, la gente, las aldeas. Kristen comprendió que los que trabajaban en la casa eran sólo un puñado. Había muchos que trabajaban la tierra, que cuidaban los rebaños, que cazaban en los bosques. Y advirtió el orgullo que Royce sentía por todo lo que le mostraba.

La mañana fue un momento casi mágico. El cálido sentimiento de satisfacción con que Kristen había despertado se prolongó, y lo mismo sucedió con el buen humor de Royce. La mayoría de los hombres se mostraban irritables en los momentos de excesiva fatiga. Royce adoptaba una actitud alegre y juguetona, casi hasta el ridículo. No le molestaba nada de lo que ella hacía o decía. Dejaba caer las riendas para inducirla a recogerlas, y entonces él le sostenía los pechos. Las manos del sajón se desviaban constantemente hacia las piernas de Kristen, pues ella montaba el caballo como un hombre, la túnica levantada sobre los muslos. El no dejaba en paz la piel desnuda de la muchacha y para el caso, poco importaba que ella le apartase las manos con palmadas. Le hacía cosquillas hasta que ella

pedía compasión, y después frotaba su nariz contra la espalda de Kristen y le besaba el cuello. Se reía de ella y con ella. Sencillamente, no podía dejarla tranquila.

Y a Kristen le agradaba eso. Durante unas horas se sintió libre. Y se sintió amada, aunque los sentimientos de Royce no fuesen tan profundos. Por eso mismo, fue natural que lamentase regresar a la casa y a la realidad. En la casa tendría que reanudar sus tareas. No dudaba de que el se acostaría inmediatamente, pues en ausencia de Royce, Alden acompañaba al rey y a su séquito en una partida de caza. Incluso los habían oído en el bosque, aunque Royce no intentó acercarse. Y la ausencia de los caballos en el establo indicaba que no habían regresado.

Royce ayudó a Kristen a apearse del caballo, pero sus manos no se apartaron inmediatamente de la cintura de ella. El había adoptado una expresión más reservada. Quizá también lamentaba el fin del idilio. A ella le hubiera agradado pensar que se trataba de eso.

—Tus mejillas se han coloreado. — Kristen sonrió y propuso una explicación.

—Por el aire fresco.

—Quizá, pero eso nada tiene que ver con tus ojos chispeantes. Me agradaría oírte decir que lo pasaste bien.

—¿De veras?

Un criado había retirado el caballo, y había por lo menos tres hombres cerca, y él continuaba reteniéndola.

—¿Me mantendrás aquí hasta que lo admita?

El sonrió al recordar eso, después se echó a reír, y la alzó para darle un fuerte beso antes de abandonarla con una palmada en el trasero.

—Zorra. No seré tan grosero que te retenga en el establo. Pero después…

—¡Amenazas! — exclamó ella con acento juguetón. — En ese caso, tendré que reconocerlo. Sí, me agradó mucho.

—En ese caso, ya que estás dispuesta a admitir cosas…

—No, sajón, hago una sola confesión diaria.

El contuvo la risa, y trató de parecer decepcionado.

—Mujer, no tienes compasión — dijo, y salió con ella al patio.

—Imagino que tu persistencia es elogiable — dijo Kristen con un suspiro.

Esta vez él se echó a reír.

—Por ahora, renuncio. — La mano de Royce continuó descansando sobre la espalda de Kristen mientras ambos caminaban hacia la casa. Y después, él agregó vacilante: —No podremos hacerlo con frecuencia, pero cuando se ofrezca la oportunidad, ¿volverás a acompañarme al lago?

Kristen lo miró por el rabillo del ojo. No había esperado esa pregunta. Lo supiera o no, Royce estaba aportándole una luz de esperanza. Y eso era algo que ella necesitaba desesperadamente en ese momento.

—Me agradaría, milord. Pero, ¿la próxima vez puedo tener un caballo para mi?

—No.

Ella enarcó el ceño.

—Sé montar.

—Eso me dijo Thorolf.

—Entonces te niegas porque no confías en mí.

—Por supuesto, no confío en ti. — Sonrió al ver la expresión en el rostro de Kristen. — Pero sobre todo, me agradó tenerte en mi regazo, donde pude...

—¡Royce!

—Mujer, ¿te sonrojas? ¡Por el aliento de Dios, así es!

—Termina de una vez, sajón, porque de lo contrario...

El no pareció dispuesto a escuchar lo que ella se proponía hacer. Siguió la dirección de su mirada y vio lo que la había inducido a callar: halló la figura de Corliss de pie el umbral de la entrada, acompañada por una de sus hermanas. Era indudable que no estaban allí para darle la bienvenida, porque ninguna de las dos damas tenía aire muy acogedor.

—Milord, cero que olvidaste que ella estaba aquí. — murmuró Kristen a Royce.

Ciertamente, él había intentado olvidarlo, pero no lo dijo en voz alta. Una ojeada a Kristen le reveló que la joven no lo compadecía en ese momento. En sus ojos había una expresión de secreto humor. ¡Mujerzuela implacable! Le agradaba verlo en dificultades por haber descuidado a su prometida.

—Milord — dijo Corliss con sequedad, sin moverse para permitir la entrada de Kristen a la casa. Miró directamente a Kristen mientras preguntaba: —¿Quién es esta monstruosa gigantona?

A Royce se le endurecieron los músculos de la cara. Los del cuello palpitaron de un modo alarmante. Kristen se hubiera asombrado al advertirlo, aunque habría supuesto que la cólera de Royce se originaba en los celos ácidos manifestados en la actitud de la dama. Pero Kristen no estaba mirando a Royce. Observaba a la dama, y en realidad tenía que bajar los ojos, pues la cabeza de Corliss no sobrepasaba el mentón de la noruega.

Si Kristen no se hubiese sentido cómoda con su propia estatura, quizás el menosprecio intencional de la dama la habría lastimado. En cambio, se sintió muy divertida, pues percibió los celos, y las correspondientes implicaciones la halagaron mucho.

Y como era su carácter, no cuidó las palabras ni se mostró sumisa. Dijo audazmente: —Señora, si la pregunta está dirigida a mí, debo decirle que en el país de donde vengo a menudo se deja morir a los niños de cuerpo pequeño, porque no pueden sobrevivir a nuestro clima tan difícil.

—¡Qué barbarie! — exclamó Corliss.

—Sí, comprendo la razón por la cual piensa así — replicó Kristen, y su mirada expresó mucho más mientras recorría el cuerpo menudo de la dama.

—Milord... — comenzó a gemir Corliss, las mejillas enrojecidas.

Kristen se apresuró a interrumpirla, los labios curvados.

—Perdóneme, señora. Veo que después de todo usted no me dirigió su pregunta. Por otra parte, lord Royce sólo puede decirle que soy su prisionera y que estoy esclavizada por su voluntad. Acerca de mi persona sabe lo que le he dicho, que es muy poco ¿no es así, milord?

Alcanzó apenas a percibir la cólera de Royce cuando desvió la mirada hacia él. La expresión del sajón era casi neutra, pero eso no impidió a Kristen comprender que estaba disgustado, pues con la mano apoyada sobre la espalda de la noruega, de un empellón la obligó a pasar frente a Corliss. La orden de que se dedicara a sus tareas fue breve y seca.

De modo que, supuso Kristen, él creía que la joven había exagerado. Pero a Kristen no le importaba, y la mirada que dirigió a Royce por encima del hombro mientras entraba a la casa lo dijo claramente.

Royce tuvo que apartar rápidamente los ojos de Kristen antes de echarse a reír, pero al hacerlo, su mirada se posó en Corliss. Se dominó inmediatamente y lanzó una dura maldición. Fue suficiente para ahuyentar a la hermana de Corliss, y ésta también retrocedió un paso.

La mano de Royce detuvo el movimiento de la joven.

—No, señora, tendrá que explicarse.

—¡Royce, me lastimas!

El volvió a maldecir cuando los ojos de Corliss se llenaron de lágrimas. Inmediatamente él soltó la muñeca de Corliss. Esa joven tenía la fragilidad de un niño. El no lo había advertido hasta ese momento. Pero después de conocer a Kristen, que descargaba golpes tanto como los recibía, que despreocupadamente aceptaba luchar cuerpo a cuerpo con él, y que jamás decía que él la había lastimado, Corliss avivó el disgusto que provocaban en Royce las lágrimas de todas las mujeres.

—Sécate los ojos — dijo bruscamente —. Conozco mi fuerza, y sé que no te lastimé. Entonces, ¿por qué lloras?

Las lágrimas de Corliss cesaron inmediatamente, como respondiendo a una orden, pero la expresión de la joven continuó manifestando dolor.

—¡Eres insultante!

—¡Yo! ¿Y cómo calificas ese mezquino insulto que arrojaste a la cara de la vikinga?

—¿Qué insulto? — preguntó Corliss en actitud defensiva —. Dije la verdad. La altura la convierte en un monstruo.

—No es tan alta como yo, corliss. De modo que, ¿también soy un monstruo?

—¿Tú? Pero tú eres hombre — señaló ella sin necesidad —. Es natural que seas como eres. Pero ella es más alta que la mayoría de los hombres. Y eso es antinatural.

—No la mayoría de los hombres — dijo Royce con voz tensa —. Eso es cierto si hablamos de la mayoría de los sajones, pero aquí tenemos a dieciséis vikingos que navegaron con ella, y todos son más altos que esa muchacha. ¿Deseas verlos?

—¿Bromeas? — exclamó Corliss.

—Sí, bromeo. — Royce suspiró. — Lo siento, Corliss. Me muestro infantil cuando estoy cansado, y ahora estoy muy fatigado.

Ella no hizo caso a la sugerencia.

—Pero Royce, ¿qué estuviste haciendo con ella?

El rechinó los dientes para contener otra maldición.

—Todavía no eres mi esposa para preocuparte por mis asuntos.

—¿Y cuando sea tu esposa?

La mala conciencia aguijoneó a Royce, y lo indujo a responder bruscamente: —Entonces aprenderás a no interrogarme.

Corliss no se ofendió ante esta actitud, pues no era distinta a la que adoptaban la mayoría de los hombres frente a las mujeres. Pero le desagradó el tono que arrancó lágrimas a sus ojos, el modo en que ella lo comunicaba su queja. Royce, que odiaba las lágrimas, y nunca permitía que provocasen en él otra reacción que la cólera, se alejó disgustado ante el sentimiento de culpa inducido por el renovado fluir de lágrimas de la joven.

32

Ese mediodía se distribuyó tarde la comida destinada a los prisioneros. Edrea, que generalmente la llevaba con ayuda de Uland, no creyó a Kristen cuando ella dijo que se le había permitido ejecutar esa tarea. Eda se mostró prudente, y se abstuvo de enviar la comida hasta que pudo conseguir la confirmación de Royce.

De modo que esperaran hasta que Royce bajó de su habitación, y en verdad lo hizo bastante tarde. Pasó allí toda la tarde, después de dejar a Corliss junto a la puerta. Kristen había observado desde su rincón mientras él hablaba con su prometida. Estaba encolerizado. Corliss lloraba. El se alejó furioso. Las lágrimas de Corliss cesaron, en cuando Royce le volvió la espalda, y su expresión reflejó irritación, no sufrimiento.

Kristen meneó la cabeza disgustada cuando la escena concluyó. Tenía demasiado orgullo para utilizar jamás esos ardides, pero conocía a algunas mujeres que se complacían en esgrimir la fuerza de sus lágrimas. Darrelle era una. No cabía duda de que Corliss era otra y Kristen casi podía compadecer a Royce, pues nunca sería feliz teniendo por esposa una mujer así.

Kristen no pasó la tarde sumida en sombríos pensamientos, como le había sucedido la víspera. El sentimiento de satisfacción perduró, y ella no intentó preguntarse la razón. En todo caso, estuvo atareada preparando pan de nueces.

Eda había saboreado un trozo del pan confeccionado por Kristen para ella misma y Meghan, y le agradó tanto que hizo un trato con la noruega: ella suministraría las nueces y Kristen podía preparar media docena de hogazas para los prisioneros, si confeccionaba el mismo número para los invitados de Royce. Kristen no pudo negarse, y de nuevo contó con la ayuda de Meghan.

De modo que pasó agradablemente el resto del día. Sin embargo no dejó de inquietarse cuando Eda comenzó a rezongar, porque se hacía tarde y Royce aún no bajaba. El potaje de los prisioneros estaba espesándose. Edrea tenía que atender otras obligaciones, pues los invitados ya iban a comer, y por lo tanto la joven no podría ocuparse de llevar la comida a los prisioneros. Y Kristen sabía lo que Thorolf pensaría si ella no se presentaba ese día.

Finalmente, Kristen dijo a Eda: —Ve a despertarlo y pregúntale. De todos modos, no querrá dormir tanto tiempo.

—Mujer, insistes en decir que duerme. ¿Por qué tiene que pasarse el día durmiendo?

Kristen desvió la mirada y se encogió de hombros.

—Haz lo que te digo, Eda. No se enojará porque lo despiertes.

Eda obedeció, y regresó pocos minutos más tarde, meneando la cabeza.

—Sí, estaba dormido, y protestó porque nadie lo despertó antes.

Kristen sonrió al oír esto, y al verla, Eda le dirigió una mirada dura.

Librodot

—Después de todo, dijiste la verdad, pero no comprendo por qué lord Royce está dispuesto a permitirte... Lleva la comida, pero que te acompañen dos guardias. Y Uland te ayudará a llevarla.

Eda llamó a los hombres y les impartió instrucciones. Kristen no pudo oponerse. Deseaba tanto hablar con Thorolf y los otros, que no podía dejar de sonreír mientras caminaba hacia la choza de los prisioneros.

Estaban todos adentro. Habían abierto la puerta. Los dos guardias apostados al frente, absortos en jugar con sus cuchillos, apenas la miraron cuando ella se acercó con Uland y sus dos guardias.

La razón de esta indiferencia quedó clara para Kristen cuando oyó el tintineo de las cadenas. La deprimió un poco advertir que, a diferencia de ella misma, ellos todavía tenían que usar constantemente sus cadenas. Pero apenas llegó a la puerta, otra vez se reanimó.

Su mirada se posó primero en su primo, y después de dejar en el suelo el canasto de pan y fruta, se arrojó a los brazos de Ohtheres. Oyó tantos gritos de sorpresa de los hombres, al verla, que comprendió que Thorolf no había dicho nada de lo sucedido la víspera, probablemente porque sospechaba que ella no se presentaría. Ohthere la soltó y la joven fue abrazada por uno tras otro de sus viejos amigos. Gritando y riendo, recibió fuertes abrazos, saludos y bromas.

Uland, que estaba de pie en el umbral, observando esta alegre bienvenida, apenas podía creer lo que sus ojos veían. Edrea había afirmado que por lo menos uno de los vikingos, el que siempre se adelantaba para recibir de ella la comida, no podía ser tan salvaje como el resto, pues a menudo le sonreía. Pero suponía que ésa era la charla absurda de una muchacha fascinada por un hombre apuesto. Sin embargo, esta muestra de calidez y afecto hacia la gigantesca joven... ¡Por los huesos de Dios! casi parecían humanos, no los monstruos paganos que todos suponían. Sorprendido, Uland depositó en el umbral el gran caldero de potaje, y se apresuró a regresar a la casa para contar a sus amigos lo que había visto.

En la choza, Kristen llegó finalmente adonde estaba Thorolf. Al verlo, su alegría se disipó, pues la expresión del vikingo era casi solemne cuando la miró de arriba abajo, y ella de pronto recordó lo que Royce le había dicho. Experimentó un sentimiento de vergüenza que era sobremanera incómodo, sobre todo porque ella rara vez se avergonzaba por nada.

Su reticencia fue como un golpe para Thorolf, y el hombre se sonrojó, pues sabía que él había sido la causa de que la sonrisa desapareciese de los labios de Kristen. Thorolf se había angustiado el día entero, preocupado por ella, y se sintió muy aliviado cuando vio que en efecto llegaba, y que no le sucedía nada; pero por eso mismo, le había costado dominar su ansiedad.

Todavía buscaba con la mirada las señales de los golpes que ella podría haber recibido, cuando en realidad hubiera debido manifestar su alegría al verla, exactamente como habían hecho los otros.

Levantó una mano, y los dedos elevaron suavemente el mentón de Kristen.

—Perdóname, Kristen. El sajón te castigó una vez. Yo estaba seguro de que...

—¿De que volvería a hacerlo? — interrumpió ella con una semisonrisa —. Yo también lo creí, pero no fue así.

—¿Es posible que aún lo haga?

Kristen reflexionó un momento acerca de lo sucedido la víspera. Royce la había llevado a nadar, la había complacido. Le permitía ver a sus amigos, y eso también era una alegría para ella. Y le había hecho el amor bajo las estrellas...

Con absoluta confianza meneó la cabeza en respuesta a la pregunta de Thorolf.

—No, ya olvidó el incidente.

El vikingo se echó a reír, e inclinó hacia atrás la cabeza y de nuevo dio un fuerte abrazo a Kristen.

—¡Por los dientes de Thor! Me alegro de saberlo.

—¿Qué sucede, qué fue lo olvidado? — queso saber Ohthere.

El y otros estaban de pie alrededor de Kristen. La joven consideró brevemente la posibilidad de mentir, pues ellos no podían saber de qué hablaban ella y Thorolf. Pero no podía mentirles. De todos modos, no fue fácil explicarles el intento de fuga y por qué no la habían castigado, pues necesitó omitir muchos detalles y adelantarse a las preguntas. Pero después pasó a explicarles lo que sabía de Wyndhurst y Wssex, que no era mucho, pero más de lo que ellos conocían hasta ese momento. Les explicó dónde podían encontrar los caballos, el asentamiento probable del ejército danés, que por desgracia estaba lejos, hacia el norte. También les habló de los celtas gigantescos que, según había oído decir, eran hostiles a los sajones, y del modo en que podían ayudarlos si los vikingos decidían huir hacia el oeste y no hacia el norte. Por lo menos, de ese modo podrían elegir entre varios planes.

La fuga siempre ocupaba la mente de estos hombres. Oyó muchas quejas acerca de las grandes precauciones que los sajones adoptaban. Cuando ella les comentó que todos los vikingos le parecieron ahora muy fuertes y ágiles, y sonrió al pasar los dedos sobre los músculos más fuertes de varios brazos, Bjarni rió y demostró su nueva fuerza alzando a Kristen sobre su propia cabeza. Ella lo miró con dureza cuando él la depositó en el suelo, pero Bjarni no se mostró en absoluto arrepentido.

—De modo que estáis preparados para la fuga — observó Kristen.

—Sí, el transporte de las piedras no nos ha perjudicado — replicó Odell —. Cuando regrese a casa, el trabajo en mis campos será un juego de niños.

—Kristen, estos muros no pueden retenernos — dijo Ohthere con expresión seria —. Pero de nada serviría derribarlos si no tenemos un hacha para cortar primero estas cadenas.

—No he visto ninguna en todas estas semanas — dijo Kristen con expresión pensativa —. En la casa veo toda clase de armas, pero ni un hacha. No me sorprendería que las hubiesen guardado todas en un lugar especial, pues en ese sentido el sajón es muy prudente.

—En ese caso, necesitamos la llave de la puerta y de estas cadenas.

—¿Sabes quién la tiene? — preguntó Kristen.

—El constructor del muro, el hombre llamado Lyman.

Ella lo recordaba, pero no lo había visto desde el día en que la separaron de los hombres.

—No viene a la casa. Seguramente vive fuera de aquí.

Vio el efecto suscitado por la noticia. La decepción de los hombres se convirtió en su propia decepción. ¡Por los dientes de Dios, nada de todo esto era justo!

Ohthere le acarició el mentón.

—Vamos, prima, no te inquietes. Ya encontraremos el modo. Están acostumbrándose a nuestra presencia. Más tarde o más temprano alguien cometerá un error, y se nos ofrecerá una oportunidad.

—También a mí estás acostumbrándose, pero aun así no confían. — Frunció el ceño. — Hoy es la primera vez que me permitieron salir de la casa.

—Está esa mujer Edrea, a quien Bjarni corteja. ¿Crees que podrá convencérsela de que nos ayude si él logra conquistar su afecto?

Kristen lo miró sorprendida, y después se echó a reír.

—¡Por los dientes de Dios!, piensas en todo. Pero ahora que lo mencionas, en efecto me pareció deprimida cuando supo que esta vez no traería la comida. — Miró atentamente a Bjarni. —¿Cómo cortejas a una mujer si no puedes hablar su lengua?

El sonrió con expresión perversa.

—Thorolf está enseñándome las palabras que yo necesito saber.

—Ah, *esas* palabras. — Kristen también sonrió.

—¿Esa mujer tienen libertad para ir y venir? — preguntó Ohthere.

—Sí, por lo menos hasta donde yo sé. Pero conozco muy poco a Edrea, y no puedo decir si estaría dispuesta a ayudar... incluso por Bjarni. Los sirvientes me temen y apenas me hablar, excepto la vieja Eda, pero ella es muy fiel a su señor. De todos modos, trataré de hablarle y veré si siente algo por Bjarni. Por lo menos, puede explicarle que él es un hombre excelente, leal y fiel.

Kristen lo dijo con otra sonrisa, pues todos sabían que el joven vikingo era un mujeriego. Pero en efecto, era el más apuesto de todos. Si uno de ellos podía conquistar el corazón de una joven e inducirla a traicionar a su propia gente, ése era Bjarni.

Continuaron acribillándola a preguntas, deseosos de saber cómo eran los jóvenes señores que habían ido a verlos el día anterior. Se sorprendieron al saber que uno de ellos era el rey de esos sajones, y que estaba viviendo unos días en Wyndhurst. Kristen tuvo que describirlo minuciosamente, pues no cabía duda de que ese hombre era el rehén perfecto si conseguían acercarse bastante a él y atraparlo. Con Alfredo de Wessex en sus manos y amenazado, podrían exigir su libertad, y también la de Kristen; sería el modo más fácil.

Pero aunque Kristen trató de responder a todas las preguntas, en el fondo dudaba que el sajón permitiese que su rey se acercarse demasiado a los prisioneros, y precisamente porque sin duda temía que hicieran lo que estaban planeando. Se mostraba descuidado con su propia persona, pero no adoptaría la misma actitud con Alfredo.

Finalmente, Kristen reprendió a todos porque estaban permitiendo que se les enfriase la comida. Los hombres fueron a buscar los toscos cuencos de madera, una vajilla de la cual extraían tantas astillas como comida. Comieron todos, excepto Thorolf. Apartó a Kristen y la obligó a sentarse

junto a él, contra la pared; enlazó sus dedos con los de la joven, y apoyó las dos manos sobre la rodilla plegada.

No la miró, y en cambio observó el interior de la choza. Ohthere había preferido abstenerse de hacer preguntas a Kristen, pues una simple ojeada le permitió comprender que la joven estaba sana de cuerpo y alma. Thorolf no demostró tanta renuencia para abordar un tema edelicado.

Fue derecho al grano.

—Entonces, ¿es cierto lo que dijo el sajón? ¿Te agrada?

Royce era el enemigo de los vikingos. Los había convertido a todos en esclavos. Kristen sabía lo que Thorolf estaba pensando. ¿Cómo podía entender él, si la propia Kristen no lo conseguia?

Tampoco Kristen mezquinó las palabras, y se limitó a decir: —Cuando lo miro, me siento maravillosa por dentro, Thorolf. Eso nunca me sucedió antes.

—¿Lo querrías por esposo?

Ella sonrió de mala gana, aunque Thorolf no vio el gesto.

—Lo querría, pero él no me quiere.

Los dedos de Thorolf apretaron suavemente los de Kristen.

—Temí que no lo supieras, que esperases que él te honrara.

—No perdí la mente o la razón junto a mi... Se precisamente lo que puedo esperar. Ahora le agrado bastante... pero...

—¿Ahora?

—Al principio creyó que yo era una prostituta. No Thorolf. — La joven sonrió cuando él la miró irritado. — Tienes que reírte. Y le permití que lo creyese. Eso le repugnaba, y lo mantuvo apartado de mí un tiempo. Pero llegué a lamentar esa distancia. Y me sentí muy dispuesta cuando al fin... Como dije, ahora le agrado bastante, pero no confía en mí cuando no puede verme. Y sin embargo, evita que otros hombres se acerquen. Incluso ordenó quitarme las cadenas mientras esos jóvenes señores se alojen en Wyndhurst, de manera que yo pueda protegerme cuando él no está cerca.

—Entonces, ¿tienes a ese hombre, o la mitad?

—Sí, la mitad, y perderé esa mitad cuando se case. Y sin embargo...

Suspiró en lugar de completar la frase. Thorolf le apretó de nuevo los dedos para indicarle que entendía. No se mostraría hipócrita, ni le diría que procedía mal porque deseaba al sajón. Sabía que daría exactamente lo mismo si hubiesen trocado los lugares y él hubiera deseado a su enemiga. Trataría de satisfacer su necesidad mientras pudiese, aunque se tratara de una enemiga. Que ella fuese mujer y que se le exigiese una conducta distinta no modificaba la situación a los ojos de Kristen. Era la hija de su madre, y Brenna Haardrad era una mujer temeraria, que pensaba en sí misma antes que en lo que era propio en una mujer.

—No te preocupes, Kristen.

—¿Qué no me preocupe? — la joven habló con voz suave, teñida de desconcierto. —La lógica me dice que ya debería odiarlo. En efecto, alimenté esperanzas — reconoció de mala gana —. Pero las he perdido ahora que vi a su prometida. Y sin embargo, Dios me ayude, Thorolf, él me llevó a nadar después de sorprenderme tratando de huir. ¿Por qué procedió así?

Librodot

—Quizá porque de ese modo se sintió más complacido.

—Pudo haber obtenido su placer aquí o allá. Para eso no necesitaba llevarme al lago.

—Bien, así están las cosas. Ese hombre está embrujado por ti, y no es probable que la situación cambie.

—¿Embrujado? No, yo soy la embrujada. Sé que más tarde o más temprano lo odiaré, pero preferiría que fuese ahora y no después. Desearía que él se casara muy pronto y prescindiese de mí.

Thorolf sonrió ante el tono sombrío, y se echó a reír cuando ella lo miró con el ceño fruncido.

—Mujer, compadezco a tu sajón. De veras, lo compadezco. ¿Prescindir de ti? Odín sea loado, será al revés. Cuando tú termines con él, confiemos en que no tenga el corazón demasiado destrozado.

Kristen sonrió ante la improbabilidad de que a Royce se le destrozara el corazón y después, de nuevo rió de buena gana. En realidad, era demasiado absurdo, pero apreciaba el intento de Thorolf de realzar la dignidad de la propia Kristen.

Así la vio Royce cuando entró por la puerta abierta: casi sentada sobre el regazo del vikingo, las manos entrelazadas y ambos riendo. Su primer impulso fue separarlos bruscamente y castigar al vikingo hasta convertirlo en desechos, pero se dominó. Había olvidado lo que esos vikingos sentían por ella.

Reinó el silencio en la habitación y Kristen volvió los ojos para conocer la razón, y entonces sintió que se le oprimía el corazón.

—Creo que me he demorado demasiado tiempo.

La mano de Thorolf la aferró con más fuerza cuando ella empezó a incorporarse.

—Kristen, ¿se acercará aquí para llevarte?

La pregunta la abrumó.

—Míralo. No tiene una expresión amable. Te lo aseguro. ¿Quieres que me arrastre fuera de aquí?

—Pienso en lo que sucedería si lo intentase.

En ese momento la mente de Kristen comprendió lo que su amigo pensaba, y ela exclamó: —¡Thorolf!

—Podemos apresarlo, Kristen — dijo Thorolf en voz baja, sus ojos fijos en los del sajón mientras hablaba —. Como rehén, tendrá la misma eficacia que el rey. Aquí no pueden dispararnos flechar para obligarnos a soltarlo.

La mente y el cuerpo de Kristen querían negarlo todo, negarlo a gritos, pero su voz trató de expresar un pensamiento razonable.

—Lo conozco, Thorolf. Escúchame bien. Para él su gente y su deber están primero. Está seguro de que habrá una masacre si recuperáis la libertad. No es posible convencerlo de otra cosa. Se sacrificará antes de dar la orden de que os dejen en libertad.

Thorolf tenía su propio razonamiento.

—Sus guardias no lo escucharán si ven amenazada la vida del señor.

—¡No lo conseguirás, te lo aseguro!

—Tu primo discrepa. Míralo, Kristen. Ohthere ya ha llegado a la misma conclusión que yo. Si tu sajón es tan estúpido que se acerca aquí para atraparte, merece lo que suceda.

Que Dios la ayudase, casi podía odiar a Thorolf porque la obligaba a elegir entre ellos. Si ella salía corriendo de allí, nadie la detendría, pero eso equivalía a negar a sus amigos la oportunidad de la libertad, y nada garantizaba que se les ofreciese después otra posibilidad. Pero si permanecía allí... si permanecía, Royce bien podía morir.

Thorolf adivinó algunos de sus pensamientos, probablemente a causa de la expresión de angustia de Kristen. Aflojó la presión sobre la mano de la muchacha. La obligaba a decidir, y dejaba la decisión totalmente en sus manos. Pero en voz baja dijo: —Kristen, no lo mataremos. Eso de nada nos serviría.

Las palabras de Thorolf no modificaron la situación. La decisión ya no estaba a cargo de Kristen, pues Royce se impacientaba. En lugar de carrar la puerta y obligarla a salir apelando a otros medios, su arrogancia, su maldita y absurda arrogancia, lo indujo a avanzar. Se comportaba como si estuviera en su propia casa, rodeado por sus criados de confianza. Así se lo veía, sereno y tranquilo, mientras salvaba la distancia entre ellos.

Fue evidente que Ohthere no creía que tal cosa pudiese suceder. Había esperado para ver lo que haría Royce, pero cuando el sajón adoptó la actitud más improbable, Ohthere permaneció allí, dudando de lo que veía. También Thorolf, seguramente, alimentaba dudas, pues se puso de pie y obligó a Kristen a hacer lo mismo, y la expresión de su rostro trasuntaba inseguridad. Aun así, ella percibió la tensión en la mano de Thororlf, que aún la aferraba. El vikingo se proponía ejecutar su plan y apoderarse de Royce. Y ella no podía advertir a Royce, porque de ese modo sólo conseguiría que la situación se desencadenara, pues que ya estaba en medio del grupo.

Los vikingos eran por naturaleza un pueblo supersticioso. A los ojos de los hombres que nunca aceptaban poner el pie en un barco al que conocían por dentro y por fuera sin hacer primero un sacrificio a los dioses, la audacia de Royce, tan cercana a la locura lisa y llana, era inquietante. Eso le permitió caminar a través del grupo sin que un solo hombre se levantase a detenerlo. Lo había hecho antes, y entonces no le habían creído; aquella vez estaba rodeado de guardias que vigilaban con los arcos y las flechar preparados. Pero ahora, solo, con su espada todavía en la vaina, y las manos vacías...

Llegó adonde estaban Kristen y Thorolf, y se detuvo frente a ellos. Thorolf soltó la mano de Kristen. Ella suponía que inmediatamente sentiría la mano de Royce, los dedos largos rodeando su muñeca para arrastrarla afuera. La expresión de Royce era casi neutra, sin embargo ella sabía que tenía que estar dominado por una cólera terrible para hacer lo que había hecho.

Kristen ya no estaba en condiciones de expresar sentimientos, tenía el estómago comprimido, los nervios entumecidos, esperando... esperando.

La mano de Royce salió disparada, pero aferró a Thorolf, en un movimiento tan veloz que fue casi una mancha ante los ojos de Kristen. Royce se había puesto detrás de Thorolf y tenía el cuello de su prisionero torcido en un ángulo extraño, entre el brazo que lo había apresado, y la otra mano sobre la cabeza del vikingo. Le hubiera bastado un segundo para quebrar el cuello de Thorolf.

—Royce… — comenzó ella.

El la interrumpió sin mirarla, y asombrada, comprobó que hablaba con voz seca.

—Mujer, quizás ahora estés dispuesta a salir.

Thorolf emitió un sonido que atrajo la mirada inquieta de Kristen, pero lo que vio determinó que sus sentimientos recobraran vida, y en exceso. ¡Se estaba ahogando en su propia risa! ¡Por los dientes de Dios! Si creía que era divertido que le hubiesen trastocado su propio plan para usarlo contra él.

Volvió la espalda a los dos hombres y se acercó bruscamente a Ohthere.

—¿Le permitirán salir, o prefieren que mate a Thorolf? Quizá Thorolf se reía al verse en esa situación, pero el sajón no comparte su humor. Lo matará.

—Así parece — replicó Ohthere, y después también él pareció sentirse divertido. — El sajón puede irse, creo que sin nuestra ayuda. ¡Por los dientes de Thor! El es un hombre divertido. Veamos un poco cómo lo hace. Adelante, niña, sal de aquí. Estoy seguro de que él te seguirá.

La abrazó antes de dejarla salir, pues era improbable que después del incidente se permitiera a Kristen verlos de nuevo, y ambos lo sabían. Después, la empujó hacia la puerta. Ella caminó entre los hombres, recibiendo saludos de despedida y palmadas en el trasero, tal como solía hacerse en su tierra. ¿Todos habrían enloquecido, puesto que la escena les parecía divertida, y no decepcionante?

Bien, si después todos reirían mientras comentaban el episodio, ella tendría que afrontar a Royce, y tenía sobradas razones para suponer que su situación no sería agradable. No estaba dispuesta a permanecer allí y a espera que él manifestara su cólera. Royce le había dicho que se marchara. Fue lo que hizo Kristen, que regresó a la casa.

Librodot

33

—Me pregunto lo siguiente: si me oculto bajo esta mesa, ¿él me verá?

Eda volvió los ojos hacia Kristen.

—Mujer, ¿qué clase de pregunta es ésa?

—Una pregunta caprichosa — replicó Kristen mientras se sentaba en un taburete.

Después de las emociones que había vivido, tenía derecho a mostrarse irritable, pero no era el caso. No le agradaba que le atribuyesen la culpa de algo que no había hecho, de modo que con el propósito de defenderse adoptaba la actitud apropiada para enfrentar la furia de Royce. Hubiera preferido evitarla. En realidad, habría sido mejor tener un lugar donde ocultarse un rato hasta que él se calmara. Pero no había un lugar así, por lo menos en la casa.

—¿Volviste sola? — preguntó Eda —. ¿Dónde está lord Royce?

Kristen esbozó un gesto con la mano.

—Hubo cierta dificultad sin importancia con los prisioneros.

De pronto lo vio, y sus ojos se clavaron en ella desde la entrada de la sala. Pero al parecer aún no estaba dispuesto a hablarle, pues la miró apenas un instante, y después se acercó a una silla vacía, frente a la mesa larga, y no a Kristen.

De modo que parecía dispuesto a regresar a su bebida y a sus entretenimientos, como si hubiese estado a un paso de perder la vida. ¿Por qué esa actitud la irritaba todavía más?

—Eda, ¿dormiré nuevamente contigo?

—Sabes que no. Ya viste que hoy se han marchado lord Averill y su familia.

—Si, pero preferiría dormir contigo.

—¿De veras? Pero ayer te quejarse porque habías perdido tu blanda cama.

—¡No me quejé! — exclamó Kristen.

—Vaya, vaya, ¿y por qué estabas tan malhumorada?

Eso no merecía respuesta.

—Eda, ¿por qué él fue a buscarme? No me demoré tanto.

Eda se encogió de hombros.

—Vio a Uland que entro y comenzó a relatar una escena que atrajo su atención. Milord envió a Edrea a comprobar qué era. Esa muchacha tonta consideró sorprendente que los vikingos te recibieran como a una hermana perdida hacía mucho tiempo; y además dijo que después de ser abrazada por todos esos gigantes probablemente no te quedaría un hueso sano.

—Eso lo movió a buscarme.

—No. continuó comiendo. Y yo lo observé. — Eda sonrió. — El miraba la puertas, y esperaba tu regreso. Quizás al fin decidió que realmente tardabas demasiado.

Y Kristen supuso que en ese momento Royce no estaba dispuesto a permitir que el rey advirtiese su cólera. Pero no dudaba de que ella soportaría después las consecuencias. No permitiría que el incidente fuese olvidado sin castigo, como había hecho con el intento de fuga.

Desvió la mirada hacia el lugar en que estaba Royce, pero no pudo verlo porque Alden se había sentado a su lado y se interponía con su cuerpo. Alfredo estaba del otro lado de Royce, y desde el lugar en que se encontraba Kristen tampoco podía ver al rey.

Edrea se acercó a Kristen, y depositó sobre la mesa una bandeja de madera. Sobre ella sólo quedaban unas pocas migajas de pan.

—Mira, tu pan les agradó — dijo Edrea —. Milord incluso preguntó quién lo había preparado.

—¿Se lo dijiste?

—No, temí que la mitad de los señores lo escupiesen, temerosos de que estuvieses envenenándolos.

Los ojos oscuros de Edrea chispeaban. La joven había hecho una broma. Kristen apenas podía creerlo, y mucho menos le parecía concebible que la joven le hablase por propia iniciativa.

—Deberías haberlo dicho después que ellos lo comieran — replicó Kristen.

Edrea rió sonoramente.

—Uland tenía razón. No eres tan extraña. También Eda lo dijo, pero la vieja simpatiza contigo, lo cual es extraño.

Kristen sonrió a pesar de su mal humor.

—Es difícil saber si simpatiza o no, porque la vieja es tan cascarrabias...

Elevó la voz hacia el final de la frase, de manera que Eda pudiese oírla.

Se oyó un rezongo de Eda, y Edrea sonrió.

—Sí, Eda puede ser muy engañosa. Y quizá tampoco los vikingos son tan temibles.

—El muchacho se llama Bjarni — dijo Kristen.

—¿Quién?

—El que simpatiza contigo.

La pobre joven no supo disimular su placer. El rostro bonito se iluminó.

—¿El lo dijo?

Kristen no estaba precisamente de humor en ese momento para promover la causa de Bjarni y el resto de los vikingos, pero en todo caso la distraía hablar con la muchacha.

—Está enojado porque no puede decírtelo él mismo. Ha conseguido que Thorolf le enseñe las palabras que vosotros usáis, pero cuando las escuches no te sorprendas si no entiendes, porque tampoco Thorolf conoce muy bien la lengua.

Durante la hora siguiente Edrea no cesó de formular preguntas acerca del joven vikingo, y Kristen le ofreció una imagen espléndida que sin duda le provocaría luego una decepción, pues Bjarni en realidad no era un dechado de virtudes. Era un hombre para pasarlo bien con él, no para tomarle en serio. Pero si Edrea era tan tonta que creía todo lo que ella le decía con el fin de obtener su ayuda en el plan de fuga, Kristen no podía compadecerla.

Sus amigos y la libertad que ellos buscaban estaban antes que los sentimientos de una joven sajona. Si Kristen podía llegar a Lyman y a la lave, lo haría por cuenta propia. Pero debía retornar al dormitorio del señor.

—Están sentadas aquí y no hacen nada — dijo Eda, y reprendió a Kristen cuando Edrea se alejó para servir otra vuelta de cerveza —. Más vale que vayas a acostarte, porque así podrás levantarte temprano por la mañana. La propia lady Darrelle ha pedido que le lleven más pan de nueces. Cree que es una receta que yo guardé en secreto todos estos años.

—Y por supuesto, permitiste que pensara eso.

—Por supuesto. — Eda sonrió. —¿De qué estabais hablando tú y Edrea?

—Le agrada uno de los prisioneros.

La anciana enarcó prontamente el ceño.

—Ojalá le hayas dicho que eso no puede conducirla a nada.

—¿Por qué no? Son hombres, exactamente como Royce. Sin duda, él no es tan cruel como para haber decidido privarlos permanentemente de las mujeres que pueden satisfacer sus necesidades naturales. Si procede de ese modo, habrá muchas frustraciones. Y después problemas. Sería muy razonable que...

—¡Dios nos ampare! — la interrumpió la sorprendida Eda —. Primero les llevas el alimento. Y ahora quieres conseguirles prostitutas. Vete a la cama, mujer antes de que pienses que se les permitirá contraer matrimonio e instalarse aquí.

—Y ahora que lo mencionas...

Kristen se alejó de prisa antes de que Eda pudiese continuar hablando. Hubo una sonrisa en sus labios hasta que llegó al final de la escalera. Allí olvidó el diálogo con Eda y se asomó a la habitación que estaba al fin del corredor. Con un suspiro, avanzó lentamente, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que Royce fuese a buscarla.

Tuvo que esperar, a lo sumo, medio minuto. Sin duda, él había salido de la sala casi al mismo tiempo que Kristen. Estaba de pie junto a la mesa, de espaldas a la puerta. Ella había pensado desvestirse y utilizar el agua depositada allí. Ni siguiera se había despojado de la túnica cuando se abrió la puerta.

—Kristen, ¿qué sucedió con los prisioneros?

Ella se volvió bruscamente, y se le agrandaron los ojos cuando vio a Alden, no a Royce. Necesitó un momento para calmar su sorpresa, y después volvió los ojos hacia las armas colgadas en la pared.

—No — dijo Alden, que adivinó su pensamiento —. Escucha lo que tengo que decirte antes de que intentes nuevamente cortarme el cuello. Conozco a mi primo. Cuando está enojado, grita, escandaliza, y golpea a la gente. Cuando está furioso, adopta una actitud de mortal calma, ¡y Dios ayude al alma infortunada que perturbe esa calma! Ahora está furioso. ¿Qué sucedió que lo llevó a ese estado?

—¿Por qué no se lo preguntas?

—¿Preguntárselo? — se estremeció Alden, y Kristen se preguntó si su temor sería fingido a real. — Cuando está así, no deseo acercarme a él.

—Y yo, sajón, no deseo estar cerca de ti. No tienes por qué temer mis ataques. Ofrecí a tu primo mi palabra en el sentido de que mientras el rey esté aquí me mantendré alejada de tu persona.

Una semisonrisa se formó en los labios de Alden.

—¿Quieres decir que no corro peligro al acercarme a ti?

—Yo no te propondría que lo hicieras — replicó ella con expresión sombría.

—¿Por lo menos me dirás lo que sucedió? Tal vez así encuentre el modo de calmar parte de su furia.

Ella se encogió de hombros, en un gesto de indiferencia, pero sus palabras indicaban que en el fondo, estaba preocupada.

—Se comportó como un estúpido. Se metió entre los prisioneros para retirarme de allí. — Comenzó a levantar la voz, y la irritación la dominó. — Thorolf me retuvo, pero en lugar de comprender que era mejor dejarme allí, porque entonces yo saldría por mí misma, Royce entró a buscarme. Fue la actitud más estúpida y arrogante que pudo adoptar. ¡Era precisamente lo que ellos esperaban que hiciera!

—Y sin embargo, no sucedió nada.

La expresión de Kristen reflejó su disgusto.

—Esa no es la cuestión. El consiguió cambiar la situación, y se impuso, pero con la misma facilidad hubiera podido encontrarse a merced de esos hombres.

—¿Y eso te desagrada?

Ella lo miró hostil.

—Te dije lo que deseabas saber. Ahora, sal de aquí.

El asintió, pero antes de volverse para salir agregó:

—Mujer, una advertencia: no le digas lo que me has dicho. Creo que no tolerará que lo llames estúpido.

Abrió la puerta para salir y se encontró con Royce. Alden rogó íntimamente que Royce no hubiese oído nada de lo que se había dicho. Kristen se preparó para lo peor, porque advirtió que Alden estaba en lo cierto. Royce parecía bastante sereno en la superficie, pero la realidad era otra. Un examen más atento revelaba los labios apretados, el brillo peligroso en los ojos.

—¿Qué haces aquí, primo?

Alden contestó en broma: —Ayudo a la mujer a prepararse para el asedio.

Royce no pareció divertido.

—Ayudarla se ha convertido en una de tus costumbres insensatas. Llegará el momento en que por sus esfuerzos te claven un cuchillo en la espalda. Sal de aquí.

Todo fue dicho con voz suave, pero Kristen identificó la amenaza oculta. Volvió la espalda cuando se cerró la puerta, y se mordió el labio inferior. Una sola vez había visto así a Royce: el día que lo conoció. En ese momento había hablado fríamente de la necesidad de matarlos a todos. ¿Y ahora? Ella no temía tanto, pues estaba segura de que Royce no la mataría. Lo que sentía era la aprensión de afrontar lo desconocido.

—Ahora me pregunto si todo lo que dices y haces es mentira.

Kristen endureció el cuerpo. Dios la ayudase, porque en efecto ella no podría ayudarse si no conseguía entender a ese hombre. ¿Qué relación tenía esa observación casual con lo que había sucedido?

—Debo suponer que tienes razón para hablar así. ¿Me la dices, o la adivino?

El se acercó mientras Kristen hablaba, y por eso no lo oyó, y contuvo una exclamación cuando los dedos del hombre se hundieron en sus hombros y la obligaron a volverse. Pero al mirar los ojos oscuros de Royce la expresión de Kristen era inmutable. No estaba dispuesta a tolerar que jugasen con ella como el gato con el ratón.

—¡Hazme tu acusación y acaba de una vez! — dijo Kristen.

—Ese Thorolf es más que un amigo para ti.

—¿Lo dices porque le permití que me retuviese? — preguntó Kristen incrédula —. Sí, se lo permití, porque no pensé que fueses tan tonto como para caer en su trampa.

—¿Quién fue el tonto?

A Kristen se le agrandaron bruscamente los ojos.

—¡Lo sabías! ¡Sabías lo que él se proponía hacer y sin embargo entraste! ¡Estás loco!

El la sacudió por los hombros.

—Lo que estoy es impaciente. ¿Lo amas?

Que ella pudiera apartarle las manos, pese a que la sostenían con fuerza, demostró que también Kristen había perdido la paciencia.

—¡Otra pregunta que nada tiene que ver con lo que sucedió! Por supuesto, lo amo. Es como un hermano para mí. Y ahora, dime qué tiene que ver eso con lo que sucedió. Te pusiste a disposición de esos hombres. Thorolf dijo que no te matarían, pero tú no podías saberlo, era suficiente que regresaras a la casa, sajón, y yo te habría seguido por propia voluntad.

—¿Acaso yo sabía eso?

Kristen advirtió que él estaba gritando y que ya no era furia lo que sentía, sino sólo cólera, si podía creerse en la palabra de Alden. Kristen se preguntó cuál de sus afirmaciones lo había tranquilizado en la medida suficiente para determinar el cambio.

Moderó su propia voz.

—El sentido común debió decírtelo. Fuera de ese cuarto, ejercías el control. Podías haberme obligado a salir apelando a distintos medios. Y yo lo sabía. Mi intención no era permanecer allí — reconoció —. Tampoco me propuse permanecer tanto tiempo, pero hacía mucho que no les hablaba.

—¡O que no los tocabas... o no estabas con él! Mujer, tengo ojos. ¡Estabas prácticamente sobre él!

—¡Oh, qué injusto! — exclamó Kristen —. Estaba sentada a su lado. El retenía mi mano. ¿Cómo pudiste atribuir a eso más importancia de la que tenía? Te dije hace mucho tiempo que me criaron de tal modo que no temo demostrar mis afectos. Para mí es natural tocar a una persona a quien amo.

—Entonces, Kristen, tócame.

Esas palabras la golpearon como un rayo, e irrumpieron en su mente como una carga eléctrica. De pronto, la expresión de Royce pareció saturada

de deseo, no de cólera, y provocó en Kristen una respuesta parecida. Ella ya se sentía estimulada emocionalmente. La expresión de Royce simplemente encauzó ese sentimiento, lo concentró en los sentidos de Kristen, que ansiaban arrojarse en los brazos del sajón.

Casi lo hizo. Casi dio el paso que hubiera fundido en uno los cuerpos de ambos. Necesitó hasta el último átomo de voluntad para negarse. ¡Que dios la ayudase! Si él lo hubiese dicho de otro modo, si no se hubiese tratado del amor...

—¿Kristen?

—¡No! — La palabra brotó de la garganta de Kristen —. ¡No te amo!

Ella advirtió que lo había negado con excesiva energía. No le extrañó que él no le hiciese caso y que diese el paso que ella deseaba que diera, y que la estrechara fuertemente contra su pecho. Otro rayo, pelvis contra pelvis, pecho contra pecho, y los labios que eran un bálsamo para la fiebre que la agobiaba. Ardiente, insistente, él la obligó a aceptar sus labios.

Royce se inclinó hacia delante, sosteniéndola de modo que el cuerpo de Kristen formó una curva para adaptarse al de Royce, y los dos cuerpos se unieron firmemente, y él acercó los labios al oído de la muchacha. — Lo acepto, Kristen. Tócame, no porque me ames, sino porque te necesito. ¡Tócame!

El gemido provocó el milagro, pues venía de lo más profundo de Royce, como si él estuviese soportando un dolor mortal. El corazón de Kristen no pudo resistir ese reclamo. Su cuerpo ya había perdido la batalla. Las manos de la vikinga rodearon la cara de Royce, y lo obligaron a mirarla, y la expresión del hombre fue más potente que todas las caricias del mundo.

—Sí, mi sajón, te tocaré. Te tocaré hasta que llegue a tu corazón.

No lo dijo en voz alta, pero estaba en sus ojos y él pudo verlo: su propia necesidad, su deseo... su amor de mujer. Pero ella le besó los ojos cerrados, pues no deseaba que él descubriese tantas cosas. Y después, volvió a besarlo en los labios y procedió a enloquecerlo precisamente con lo que él había pedido. Lo tocó hasta satisfacerse ella misma.

34

Seis hogazas calientes de pan de nueces fueron depositadas en un canasto y cargadas en los carros de equipajes que esperaban afuera. Eda había despertado temprano a Kristen, con el propósito de que bajara a la sala y preparase el pan antes de la partida del rey. Al fin se alejaban el monarca y su séquito.

De nuevo se reunieron los criados frente a las ventanas para contemplar la partida de los muchos nobles que cabalgaban en sus hermosos caballos. El cielo estaba cubierto por espesas nubes. Era probable que la lluvia los empapase antes del final de la mañana. De todos modos, no se impartió la orden de retrasar la salida. Alfredo no esperaba al tiempo.

A diferencia de lo que había sucedido el día de la llegada, Kristen pudo observar la partida lo mismo que el resto. Presenció la escena en que el rey abrazó a Royce. Los vio reír juntos a propósito de algo que Alfredo dijo. Y después, vio como el joven rey de los sajones salía de Wyndhurst.

No lamentaba que se marchase, pues le había desagradado el trastorno provocado por la visita. Y sin embargo, sabía lo que la partida significaba para ella: el trato que había concertado con Royce llegaba a su fin.

Caminó lentamente de regreso al sector de la cocina; Eda estaba a su lado.

—¿Royce te dijo algo esta mañana? — preguntó.

—Sí, me dijo.

—¡Oh!

—Mujer, no sabía que fueses tan débil — dijo secamente Eda —. Si quieres saber algo acerca de las cadenas, pregúntamelo. No, no me preguntes. Oí su orden, y es la que tú esperabas.

—Sí, no esperaba otra cosa.

—Si eso te consuela, te diré que no lo vi más feliz que tú a propósito de esto.

—No es un consuelo.

Eda reaccionó con hostilidad ante la apatía de Kristen.

—Has hecho un trato con él. Haz otro. Tienes inteligencia, mujer. Usa la que tienes para conseguir lo que deseas.

Finalmente la anciana consiguió encender la ira de Kristen, y ese sentimiento adoptó la forma de sarcasmo.

—Actúas contra los intereses de tu señor al sugerirme esto. Olvidas que no se puede confiar en mí. Es probable que intente huir a la luz del día.

—Sí, no me escuches. Nunca me escuchas. ¿Qué sé yo? Sólo puedo decir que conozco a este hombre desde que era un niño, que yo...

—¡Dios me ayude! — La irritación de Kristen explotó. — Si no dejas de molestarme, vieja, yo...

—¿Qué Dios te ayude? — preguntó desde atrás Royce —. ¿Qué Dios es ése?

Librodot

Kristen se volvió bruscamente, demasiado excitada para advertir la sorpresa del sajón.

—¿Qué deseas, sajón? ¿No tienes que salir de caza, o ir a entrenarte, o hacer algo por el estilo? ¡Detesto que se me acerquen en silencio desde atrás!

El sabía lo que la enojaba. Había previsto que no sería fácil volver a encadenarla. Por eso estaba allí, para comprobar que no sucediese nada impropio. Pero ella lo había desconcertado al utilizar una exclamación que era exclusiva de los cristianos.

—¿A qué dios te dirigiste? — repitió Royce.

Ella apretó los labios, en un gesto de obstinación. No deseaba contestar. El le aferró los brazos y la sacudió hasta que, en un acceso de furia, ella lo apartó de un empellón.

—Sajón, obliga otra vez a que mis dientes choquen, y juro que te abriré la mejilla con el puño.

El habría explotado también. En cambio, se echó a reír. — Kristen, no fue más que una pregunta. ¿Por qué te molestas así?

La risa de Royce fue como un bálsamo que suavizó el filo de la irritación de Kristen. ¿Por qué aún conservaba el secreto? Había tenido motivos al comienzo, pero ya no era el caso.

Kristen sonrió ante su propio mal humor. Eda se volvió y meneó la cabeza, desconcertada al ver esos rápidos cambios de humor. Royce parecía muy confundido. El modo en que ella podía pasar tan fácilmente de una emoción turbulenta a otra, era inquietante.

—Perdóname, milord — dijo Kristen, aunque no parecía en absoluto arrepentida —. No quise empujarte. Bien, lo hice, pero lo siento.

—Lo cual no significa que no volverá a suceder.

—Muy cierto. — Los ojos de Kristen miraron burlones a Royce.

Royce sonrió, y meneó la cabeza.

—¿Responderás ahora a mi pregunta?

Ella se encogió de hombros.

—Ruego al Dios de mi madre.

—¿Entonces, por qué no lo llamas por su nombre?

—Eso hice. — Ante el ceño fruncido de Royce, Kristen explicó: —El Dios de mi madre es tu Dios.

El la miró severamente.

—¿Cómo es posible eso?

—Muy fácilmente, milord. Los vikingos han incursionado en otros países durante muchísimos años. Esas incursiones determinaron que llevasen a casa a muchos cautivos cristianos. Mi madre fue una. La madre de mi padre también era cristiana. Mi padre y mis hermanos — aquí sonrió — no corren riesgos, y veneran a todos los dioses.

—¿Y tú?

—Creo en un solo Dios verdadero.

El frunció el ceño, y recordó ásperamente a Kristen — Defendiste el proyecto de tus amigos de saquear un monasterio.

Ella lo miró con la misma severidad.

—No lo defendí. Comprendí, que es más que lo que tú estás dispuesto a hacer. Te dije que mi hermano no quiso revelarme su plan. No te dije la razón, pero la razón es que él sabía que yo lucharía con todo mi corazón para obligarlo a desistir. Por eso no me lo dijo. ¡Por eso llegó aquí y murió! Sé que fue la voluntad de Dios, pero la mitad de mi sangre es sangre vikinga, y mi corazón clama venganza. ¿Me dirás que los cristianos sajones no vengan la muerte de un ser amado?

Royce no podía decir tal cosa. La iglesia condenaba las disputas de sangre, pero no podía impedirlas.

—¿Por qué nunca me dijiste que eres cristiana? — preguntó Royce.

—¿De que habría servido? Otros de tus esclavos son cristianos, y eso no los salva de la esclavitud.

—Kristen, saberlo hubiera modificado las cosas. Crea un terreno común entre nosotros, y me ofrece el punto de apoyo que no he tenido para tratarte. Es algo en lo cual puedo confiar.

Ella entrecerró los ojos en un gesto de suspicacia.

—Sajón, ¿qué estás diciendo?

—Puedo aceptar tu palabra si juras en nombre de Dios. Jura que nunca tratarás de escapar de aquí, y gozarás de la misma libertad que se otorga a los restantes criados.

—¿No más cadenas? — preguntó ella con incredulidad.

—No más cadenas.

—Entonces, juro…

Aquí se interrumpió. Las cosas se desarrollaban con excesiva rapidez. Estaba comprometiéndose sin meditar demasiado.

—¿Kristen?

—¡Por los dientes de Dios! — exclamó la joven —. Dame un momento.

El había dicho “nunca”. Nunca significaba para siempre. ¿Qué sucedería cuando él ya no la deseara, cuando tuviese una esposa que atendiese sus necesidades? Al llegar ese momento Kristen odiaría el lugar, y sin duda acabaría odiando también a Royce, y sin embargo, estaría comprometida por su juramente, y tendría que permanecer allí y continuar sirviendo hasta el fin de su vida en esa casa.

Ella lo miró a los ojos. A Royce seguramente le agradaría eso. ¿Qué le importaban los sentimientos de Kristen? O sí, algo debían importarle, porque de lo contrario no se hubiese mostrado dispuesto a concertar ese trato con ella.

—Muy bien, milord. Juro en nombre de Dios que no intentaré escapar de Wyndhurst… hasta el día de tu casamiento. — Royce entrecerró los ojos, y ella agregó con expresión razonable: —Lamento decirlo, pero tu prometida no me agrada. No creo que yo sea capaz de tolerar este lugar cuando ella sea la señora de la casa.

—Hecho — exclamó él.

—¿Hablas en serio? — preguntó Kristen, sorprendida —. ¿Aceptas esas condiciones?

—Sí. Significará sencillamente que al llegar ese momento volveremos a encadenarte.

Ella rechinó los dientes, contrariada.

—Sea. Pero eso es todo lo que juraré.

—No, también jurarás que no ayudarás a fugar a tus amigos. — Con un dedo tocó los labios de Kristen, para callar la exclamación colérica. — Hasta que yo me case.

—¡Hecho! — replicó ella agriamente —. ¡Pero no juraré suspender mi venganza!

—No, sé que no lo harás — dijo él, pesaroso —. De todos modos, Alden se ha recobrado lo suficiente como para protegerse de ti. Confiaré en su habilidad, mientras no lo ataques cuando duerme.

—Busco venganza, no el asesinato — replicó ella con desprecio.

—Muy bien. Entonces, sólo necesito advertirte que si matas a Alden, me veré obligado a cobrar tu vida en pago.

Esas fueron las últimas palabras de Royce. Se alejó, y la dejo sumida en la exasperación. No sabía muy bien por qué, pero tenía la sensación de que no había sacado la mejor parte de ese acuerdo.

35

Royce regresó a la casa hacia el final de la tarde, después de obligar a sus hombres a realizar fatigosos ejercicios en el campo de entrenamiento, una práctica de la cual habían carecido los últimos cinco días. La sala había retornado a su estado normal. Y Darrelle de nuevo ocupaba con sus damas el sector destinado a la costura. Apenas había hablado a Royce desde el día que comprendió que él dormía con Kristen.

Darrelle expresaba su desaprobación con un gesto agrio, una actitud que normalmente no habría molestado en lo más mínimo a Royce. Pero Royce de pronto descubrió que de nuevo la comparaba con Kristen, que no hacía secreto de su desagrado y lo expresaba del modo más directo. Era extraño, pero esa áspera franqueza no parecía tan irritante como una sucesión de caras ácidas a lo largo de semanas.

Tal vez debía buscar marido para Darrelle, pese a la tenaz insistencia de la dama en el sentido de que no deseaba casarse.

—¿Tu hermana prestó atención especial a alguno de nuestros invitados? — preguntó Royce a Alden.

Estaban sentados frente a una mesita, entretenidos en un juego de guerra. Alden prestó escasa atención a la pregunta, pues lo absorbía el juego.

—No pensé mucho en eso.

—Hazlo.

Alden miró a Royce, y en sus labios se dibujó una lenta sonrisa.

—Ciertamente, en los últimos tiempos piensas las cosas más extrañas. Ahora que lo mencionas, me pareció que se mostraba más vivaz en presencia de Wilburt.

—¿El hermano de Corliss? — Royce se sorprendió, pero después de asimilar la información, se aventuró a decir: —¿Crees que lo aceptaría como esposo?

Alden silbó por lo bajo.

—¿Ella sabe que estás pensando en eso?

—¿Cómo puede saber lo que estoy pensando si no me habla?

—Sí, no se siente feliz contigo, pero, ¿por esa razón estás dispuesto a entregarla en matrimonio?

—Sin duda, prefería que otro fuese el objeto de su malhumor, pero ¿no crees que es hora de que contraiga matrimonio?

—Sí, hace mucho que debió hacerlo. Pero no querrá, mientras tú no te cases.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto? — preguntó Royce.

—Vamos, primo. ¿Por qué crees que todos estos años se negó a permitir que le concertases un matrimonio? Teme que si no hay una mujer en esta casa se descuidará todo, y reinará el desorden, lo cual sin duda es cierto.

Royce gruñó: —Si tú sabias que ésa era su razón, primo, y puesto que eres el hermano, debiste decírmelo antes.

—¿Y soportar su pésimo humor por haber revelado una confidencia? — Alden pareció abrumado. — Bromeas, primo. Pero ya que hablamos de matrimonio, ¿cuándo piensas comprometerte?

—Cuando disponga de tiempo — respondió secamente Royce —. Y no me digas que ahora dispongo de tiempo, porque lo negaré.

Alden meneó la cabeza.

—Si no quieres casarte con ella...

—Alden, nunca quise. Sencillamente, pareció que era lo más conveniente después de... bien, pareció apropiado.

—Entones, anula el compromiso.

—Sí, eso puede decirlo fácilmente un hombre que no está implicado en el asunto — dijo agriamente Royce.

Alden sonrió con aire de conocedor.

—Ciertamente, la vida era más sencilla aquí antes de la llegada de los vikingos.

La frase determinó que Royce lo mirase sobriamente y al advertirlo, Alden rió todavía con más fuerza.

La atención de los dos hombres se vio atraída bruscamente por lo que sucedía cerca de la puerta, por donde habían entrado dos de los hombres de Royce escoltando a un forastero. Era un individuo sumamente alto, y a juzgar por la apariencia, celta. Los dos factores lo convertían en un individuo interesante; sobre todo el segundo, después de las dificultades que poco antes los sajones habían tenido con los celtas de Cornwall.

Se detuvo ante Royce, mientras los acompañantes informaran que lo habían encontrado hacia el oeste, en tierras de Wyndhurst. Se había practicado una amplia investigación para determinar si en realidad viajaba solo, como decía, y no se había hallado a nadie más. Montaba un fatigado jamelgo que ya merecía que lo retirasen del servicio. No tenía otra posesión más que una vieja espada oxidada, con la empuñadura de un antiguo diseño celta.

Royce aceptó todos estos datos por lo que valían mientras miraba pensativo al hombre. Nunca había visto a un hombre tan apuesto, a pesar de su apariencia raída. Tenía los cabellos demasiado largos, y los sujetaba con una tira de cuero. Estaba vestido como el más pobre de los siervos, con la túnica de mangas largas asegurada por un cordel deshilachado, y las calzas agujereadas en varios lugares. Sin embargo, en su actitud no había nada que pudiera denominarse servil. Los ojos grises miraron fríamente a Royce. En ellos no había beligerancia, ni cautela, ni astucia, y ni siquiera tensión. Era una mirada que Royce había visto en sus iguales, y en efecto, avivó su curiosidad.

—¿Quién eres?

—No comprendo.

Royce se irguió al oír la lengua celta. La mayoría de los celtas que estaban al oeste de Wyndhurst hablaban la lengua sajona, pues vivían en estrecha proximidad con los sajones. No era el caso de los celtas de Cornwall, que con tanta frecuencia habían incursionado en el territorio.

Repitió la pregunta en la lengua del forastero.

—Me llaman Gaelan.

—¿De Cornwall?

—Devon.

—¿Hombre libre?

—Sí.

Royce frunció el ceño. Ese hombre libre de Devon no era muy excplícito.

—¿Cómo sé que lo que dices es verdad?

—¿Por qué tendría que mentir?

—En efecto, ¿por qué? — gruñó Royce —. Estás muy lejos de tu casa. ¿Adónde vas, que necesitas atravesar mis tierras?

—Busco un señor a quien servir, un señor que esté dispuesto a combatir a los daneses. ¿Lo he hallado?

Alden rió ante la sorpresa de Royce.

—Era lo que menos esperaba oír, ¿eh, primo?

Royce le dirigió una mirada de furia, y después miró al celta con los ojos entrecerrados.

—Entre este lugar y Devon hay muchos señores dispuestos a combatir contra los daneses. ¿Por qué te acercaste tanto al este?

—No vi ninguno que se preparase seriamente. Quiero estar seguro de que participaré en la verdadera lucha.

—¿Por qué?

—No ha sido suficiente que los daneses ocupasen tierras y se estableciesen en el norte; además atacan por mar. Yo vivía en una aldea de pescadores de la costa sur. Fue destruida durante una incursión vikinga. Perdí a mi esposa, a mis dos hijos, a mi familia y mis amigos. Nadie quedó vivo.

—Salvo tú. ¿Por qué?

—Yo estaba cazando tierra adentro. Regresé a tiempo para ver la partida de la nave.

Era una historia que Gaelan había relatado muchas veces en el curso de su búsqueda. Era útil con esos señores sajones. Y los dos hombres que tenía ante él parecían más perturbados que los otros. Quizá su búsqueda había terminado.

—¿Cuándo fue eso? — preguntó Royce.

—Al comienzo del verano.

—¿Por qué dices que fueron daneses los atacantes de tu aldea?

—¿Acaso otros han incursionado desde hace mucho en estas tierras?

Royce y Alden se miraron antes de que el primero bajase los ojos hacia su puño, fuertemente apretado sobre la mesa. No hubo respuesta a la pregunta.

Alden dijo a Gaelan: —Si los daneses ingresan nuevamente en Wessex iremos a detenerlos. Tienes voluntad de luchar, pero, ¿sabrás hacerlo?

—Yo... necesitaré entrenamiento.

—Y si mi primo acepta entrenarte, ¿cómo le servirás en pago?

—Ofrezco servir como guardia personal... a causa de mi estatura.

—Incluso si supieras luchar, mírame — lo interrumpió Royce —. ¿Te parece que necesito protección?

Los ojos grises chispearon cuando una leve sonrisa se dibujó en los labios de Gaelan.

—Milord, los otros señores a quienes presenté mi solicitud no estaban tan desarrollados como tú. Estoy dispuesto a servir como lo requieras, si me aceptas.

Alden pasó de nuevo a la lengua sajona para preguntar a Royce: —¿Bien, primo? Siempre nos viene bien otro hombre, y un individuo de esta estatura con buen entrenamiento, será muy valioso.

—No me agrada — replicó Royce.

—¿Crees que satisfará su ansia de venganza cuando vea a tus prisioneros?

—Es una razón.

—Pero los vigilas tan eficazmente que no podrá acercarse a ellos.

—Es una razón.

—Pero los vigilas tan eficazmente que no podrá acercarse a ellos.

—Kristen no está tan bien vigilada — dijo secamente Royce.

Alden elevó los ojos al cielo.

—Naturalmente, ahora ella puede moverse con libertad en Wyndhurst; no se la vigila. Siempre puede obligarla a permanecer en la sala, y prohibir al celta que entre allí.

—He hecho un trato con ella. No puedo modificarlo ahora.

—Royce, era sólo una broma. No creo que él intente atacarla. Desea la sangre de los vikingos, no la de una mujer. Si lo dudas, ponlo a prueba. Pero no lo despidas por un motivo tan endeble. Una actitud así implicaría que llevas demasiado lejos tu precaución a causa de esa mujer, sobre todo porque no conozco a ninguna mujer que sea tan eficaz como ella en el arte de la defensa propia. Y si eso no es suficiente, recuerda que tu propósito es el mismo que manifiesta este hombre, y sin embargo tú no intentaste agredir a la joven vikinga.

Los labios de Royce esbozaron una mueca de disgusto. Todas esas razones eran valederas. Miró nuevamente al celta, que permanecía de pie, en silencio, como un modelo de paciencia.

—Este verano también fuimos atacados por los vikingos — dijo Royce, observando atentamente los ojos del hombre —. Tuvimos más suerte que tu aldea, y los derrotamos.

—¿Los mataron a todos?

Incluso Alden enarcó el ceño al percibir la energía con que fueron dichas estas palabras en intervino para decir: —Es improbable que fuesen los mismos vikingos. Estos eran noruegos y buscaban riquezas. No creo que atacasen una aldea de pescadores, donde no había mucho que saquear.

—Pero, ¿los mataron?

—No a todos. Los que fueron capturados, ahora son nuestros prisioneros. Los hemos obligado a trabajar en nuestras defensas.

—Además, están bajo mi protección — agregó Royce, a quien no agradó en absoluto el modo en que el forastero pareció tranquilizarse apenas Alden mencionó que los tenían prisioneros.

Gaelan oyó la amenaza y replicó en concordancia.

—Si convirtieron en esclavos a esos vikingos, se ha hecho justicia. No volverán a incursionar. Yo quiero encontrar a los que todavía están libres en el norte, porque es probable que de allí haya salido el barco que atacó a mi aldea.

—Gaelan de Devon, si te acepto, ¿trabajarás en la construcción de mis prisioneros?

El cuerpo del hombre manifestó cierta tensión.

—Milord, no intentaré vengarme en ellos, pero no me pidas que trabaje al lado de esos hombres.

—En efecto, eso pido. Es la única tarea que puedo ofrecer ahora a un hombre de tu corpulencia. Dijiste que estabas dispuesto a hacer lo que se te pidiera.

—Eso dije. — Hubo un prolongado silencio, y después agregó: —Que así sea.

—¿Podrás resistir a la tentación? — insistió Royce.

—He dicho que no estoy buscando la sangre de los hombres esclavizados.

—En ese caso, bienvenido. Comenzarás a trabajar por la mañana. Por la tarde te entrenarás con mis hombres. Seldon, atiende las necesidades de este hombre.

Alden habló a Royce mientras Seldon llevaba al celta hacia el barril, para servirle un jarro de cerveza.

—¿Estás seguro? — preguntó.

Royce enarcó el ceño.

—¿Me haces esa pregunta después de hablar a favor del hombre? Sí, estoy seguro. — pero se apresuró a agregar con expresión sombría: —Seguro como para ordenar que lo vigilen hasta que me sienta todavía más seguro.

36

Más avanzada la tarde, cuando Kristen regresó a la sala con Eda después de ordenar las habitaciones de los huéspedes, aún estaba reflexionando acerca del modo de vengarse de Alden sin poner en riesgo su propia vida. Había meditado el tema a lo largo del día. Había repasado los muchos modos en que podía herirlo, o sumirlo en una situación de invalidez permanente, de modo que sucumbiera a la depresión y se suicidara. El único problema en ese caso, era si la condición de inválido lo conduciría a dar ese paso extremo. ¿Cómo reaccionaría ante la depresión un hombre que en general se mostraba tan despreocupado y animoso?

No contempló la posibilidad de renunciar a su propósito y dejar en paz a Alden. Todo lo contrario. La preocupación constante en relación con el tema la llevó a pensar cada vez más en su hermano, y el recuerdo de Selig vino a fortalecer su decisión.

Pero quizá fue precisamente el pensamiento de Selig lo que la llevó a reaccionar tan mal cuando vio por primera vez al forastero en la sala. El hombre estaba sentado de espaldas a Kristen, y sin embargo la joven palideció mortalmente, contuvo la respiración, sintió que se le paralizaban las piernas, e incluso se le enturbiaba la visión durante un instante sobrecogedor, porque en ese momento creyó que su hermano había regresado del mundo de los muertos.

Kristen tropezó con Eda; eso la obligó a reaccionar, y su propio desconcierto le provocó un exceso de malhumor.

—¡Mujer, por los dientes de Dios! ¡Mira por dónde caminas!

—¡Yo! — Eda la miró confundida. —¿Yo? ¿Quién chocó contra mi cuerpo? Vamos, dímelo.

Kristen la miró, hostil, y caminó hacia el sector de la cocina. Una vez allí, su mirada volvió repetidas veces hacia el forastero. ¡Esos malditos cabellos de un negro tan intenso! ¡Esas malditas espaldas, que tenían precisamente la misma anchura! Y ese cuerpo musculoso, exactamente igual al que la sostenía cuando ella era mucho más pequeña. No era extraño que creyese ver a Selig, a pesar que todo le decía que era imposible. Visto desde atrás, el forastero era el doble de Selig.

No podía dejar de mirarlo. No podía contener el ansia de verle la cara. Pero él no se volvió ni una sola vez. Estaba sentado con Seldon y Hunfrith, bebiendo, y de tanto en tanto alguno de ellos reía y después continuaba conversando; estaban demasiado lejos para oír lo que decían.

Cuando Royce entró a la sala se calmó un poco la agitación de Kristen. El sajón ejercía ese poder sobre ella. De todos modos, Kristen continuaba enojada con él por la amenaza que Royce había proferido antes, y le dirigió una mirada distraída. Iba con Alden, y Kristen dirigió al primo de Royce una mirada asesina que causó risa al joven. Apenas unos diez segundos más tarde ella volvió a fijar la mirada en el forastero. ¿Quién era?

—Se llama Gaelan.

—¿Qué? — Kristen se volvió y vio la sonrisa de Edrea.

—Gaelan — repitió Edrea —. Un celta de Devon. Vi que tú también lo miras mucho.

—¿También?

Edrea emitió una risita.

—Mira alrededor. — Señaló sobre todo el rincón dedicado a la costura. — Incluso lady Darrelle se interesa en ese hombre.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bromeas, Kristen. Tiene una cara muy hermosa. ¿Por qué tú también lo miras?

—Sólo me preguntaba quién era y qué hace aquí — replicó hoscamente Kristen —. Creí que no continuaríamos recibiendo visitantes.

—Y si quieres saber por qué está aquí, te diré que milord lo ha aceptado. Trabajará en el muro con los vikingos.

—Sí, tiene el cuerpo necesario para realizar esa tarea.

—En efecto — suspiró Edrea.

—Pensé que sentías afecto por Bjarni.

—Así es. — Edrea sonrió y se sonrojó. — Pero si el celta se interesara en mí... — Suspiró de nuevo. — Pero también con él tengo el mismo problema. No habla nuestra lengua, aunque aquí muchos pueden hablar la suya.

Eda se acercó para reprenderla.

—Edrea, date prisa y ayuda a Aethel a preparar las mesas. La charla no permite adelantar el trabajo. Y tú, Kristen, termina con lo tuyo.

Kristen aferró el brazo de la anciana antes de que ella se alejara.

—Eda, ¿has visto al celta?

Eda desvió la mirada hacia el lugar en que estaba Gaelan.

—Sí. En inevitable verlo, es un hombre muy corpulento.

—Pero yo creí que sólo los celtas de Cornwall eran gigantes y tú dijiste que Royce los consideraba enemigos.

—Es cierto, pero éste no viene de la costa de Cornwall. Y siempre hay excepciones cuando se trata de la estatura de las personas. Ahí lo tienes a lord Royce, comparado con otros sajones; y sin embargo, es un auténtico sajón.

—Imagino que es así.

Eda entrecerró los ojos.

—Veo que ese hombre te interesa, pero sería bueno que dominases inmediatamente ese interés. A milord no le agradará en absoluto que mires demasiado al forastero.

—Royce no...

Kristen sonrió, y las palabras “es mi dueño” murieron en sus labios. Sí, Royce era su dueño, y más valía que Kristen se preocupase de lo que le agradaba y le desagradaba... Pero a decir verdad, ella no estaba interesada en el celta, por lo menos en el sentido que Eda había sugerido. Solamente quería verle la cara.

—Eda, tendré en cuenta tu advertencia.

—Bien. Y ahora date prisa con tu tarea.

Pero apenas cinco minutos después de que Eda se volvió hacia el hogar, Kristen movió intencionalmente el pesado caldero lleno de judías hasta el borde de la mesa, y allí el artefacto mantuvo un equilibrio precario durante medio segundo. Cuando cayó ruidosamente al suelo, y las judías rodaron como una alfombra verde hacia el hogar, los ojos de Kristen no se volvieron hacia el suelo, sino que permanecieron fijos en el celta.

No fue el único que movió la cabeza al oír el estrépito. Pero fue el único a quien Kristen vio.

—¡Por Dios, mujer! — exclamó Eda —. ¿Qué te sucede que hoy estás tan torpe?

Kristen ni siquiera la oyó. Tenía la mirada fija en esos ojos grises, los ojos que según creía nunca volvería a ver. De su garganta brotó un sonido estrangulado, y se prolongó a través de la mano que le cubría la boca. Llevó la otra mano al pecho, pues el corazón le latía con tanta intensidad que era casi doloroso. ¡No podía ser cierto! ¿Qué Dios la ayudase! ¡Selig! ¡Estaba vivo!

Se puso de pie para acercarse. El hizo lo mismo para salir a su encuentro. Precisamente en ese instante ambos recobraron el sentido y se detuvieron.

Kristen se volvió bruscamente y sus manos aferraron la mesa, en un esfuerzo por inmovilizar su cuerpo. ¡Vivía! Cerró con fuerza los ojos. ¡Vivía realmente! Respiró hondo, en un intento por calmar la agitación, poder sofocar el deseo de gritar, de reír y llorar.

No podía acercarse a él. Que Dios la ayudase, no podía abrazarlo. Si lo hacía, encerrarían a Selig con los restantes vikingos. De todos modos, un sentimiento profundo de alegría la invadió, y Kristen temió que todo su ser explotase a causa de la felicidad que sentía.

Finalmente vio que Eda la miraba desconcertada. Obedeciendo a un impulso avanzó un paso, alzó en brazos a la anciana y comenzó a girar locamente, riendo de los gritos que la mujer profería. Podía reírse de eso. Necesitaba una excusa que justificara su risa. ¡Oh, Dios mío, su hermano estaba vivo!

—¡Mujer, estás loca! ¡Suéltame!

—¡Estoy disculpándome! — dijo Kristen con una sonrisa radiante —. Aunque me diste consejos que no escuché, reconozco que eres muy sabia. ¡Oh, Eda, te amo!

Kristen giró una vez más con la anciana antes de depositarla en el suelo, donde Eda inició la peor retahíla de rezongos y represiones que Kristen le había oído nunca. La joven noruega sonrió mientras escuchaba las protestas, y se apresuró a recoger las judías, sin atreverse a mirar de nuevo al forastero.

Pero por su parte, Selig también sonreía. Sí, su búsqueda había terminado. Había encontrado a Kristen, y su hermana estaba sana, y se comportaba como una tonta en su esfuerzo por dominar el impulso de correr hacia él. Selig conocía el temperamento de Kristen. Más de una vez, al regreso de Selig después de un período de navegación, lo había saludado arrojándose sobre él y prácticamente derribándolo. Era realmente extraño que ahora pudiese contenerse; pero la actitud de Kristen implicaba también una advertencia, aunque en realidad Selig ya sabía a qué atenerse. No podía acercarse a Kristen, no podía reconocer en absoluto el parentesco que los

unía. Mientras la buscaba, lo había torturado la idea de que ella podía estar muerta. Pero estaba viva. ¡Viva!

—Royce, ¿qué te pareció eso? — preguntó Alden.

Ambos habían observado la extraña conducta de Kristen.

—¿Qué puedo decir? Siempre me sorprende con sus actitudes extrañas. Ahora ya voy acostumbrándome.

—Bien, en verdad es extraño que derramar las judías le parezca tan divertido.

Royce sonrió ante el tono ácido de Alden. A varios metros de distancia Selig endureció el cuerpo, porque advirtió que los señores observaban a Kristen.

Tocó con el codo a Seldon, que estaba al lado.

—¿Qué dicen?

—Hablan de la mujer vikinga.

—¿Ella también está prisionera aquí?

—Sí, pero sería más apropiado afirmar que es la esclava personal de Royce, si sabes lo que quiero decir. — Seldon sonrió. — Lord Royce ha conseguido domar a esta vikinga.

Selig cerró los ojos. Bajo la mesa, sus manos se convirtieron en puños. Solamente había temido su muerte. Ni por un instante había contemplado la posibilidad de que los sajones la deshonrasen.

Abrió lentamente los ojos, con una expresión sombría y violenta. Tendría que matar a ese señor sajón.

37

Kristen se acercó a Royce apenas él entró al dormitorio, y sus brazos le rodearon el cuello y allí reposaron serenos, mientras los dedos de la joven jugueteaban con los cabellos que caían sobre la nuca del sajón. El la miró extrañado ante esa desusada acogida.

—Alden me dijo que esta mañana le dirigiste una mirada que hubiera podido fulminarlo, y apenas dos horas después le sonreíste.

—Ah, milord, expresé el odio que él me inspira, hasta la última gota, y después tuvo que descansar. — Sonrió ante la mirada de duda de Royce. — Tomé en serio tu advertencia. ¿Eso te parece tan extraño?

—Sí, en tu caso.

—El tiempo dirá.

Un dedo de Kristen trazó círculos alrededor de la oreja de Royce. Los ojos de la vikinga tenían una expresión tierna y seductora, pero su mente no armonizaba con lo que ella estaba haciendo. Kristen supuso que si no mostraba cierta curiosidad por el forastero, eso parecería extraño a Royce.

Con un gesto indiferente la joven dijo:

—He visto que tienes otro servidor. ¿Es normal que aceptes a forasteros?

La pregunta de Kristen tuvo el efecto contrario, y e cambio despertó las sospechas de Royce.

—No demostraste el más mínimo interés en el rey de Wessex, ni en sus nobles, y en cambio preguntas por este celta. ¿Por qué?

—Milord, es sólo curiosidad. Todas las mujeres hablan de él.

—Que hablen — dijo Royce con aspereza —. Pero tú apártate de él. Odia a todos los vikingos tanto como yo.

Convenía cambiar de tema. Kristen entrecerró los ojos. Su dedo descendió a lo largo de la línea del mentón, y luego subió para acariciar el labio inferior.

—¿Es cierto lo que dicen de ti, sajón? — murmuró Kristen con voz ronca —. ¿Todavía odias a todos los vikingos?

La respuesta de Royce fue abrazarla con terrible fuerza. Y Kristen ya no pudo pensar en otra cosa. Pero en todo lo que siguió, la alegría ante el retorno de su hermano, a quien creía muerto, ocupó el lugar principal. Del mismo modo que antes había abrazado a Eda porque necesitaba compartir con alguien su felicidad o explotar, ahora la compartía con Royce.

Se mostró juguetona y apasionada, tímida y agresiva. Fue sucesivamente la seductora, la casta, el animal salvaje... Lo fue todo para él, hasta que Royce ya no pudo continuar maravillándose de los cambios. La risa ronca de Kristen, la que él no había escuchado antes en su lecho, encendió la sangre del sajón. La tomó repetidas veces, y se sorprendió confusamente porque podía hacerlo. Pero cuando ella murmuró que deseaba más, con su reclamo tentó el alma de Royce. Exprimió hasta la última gota de energía del hombre, y cuando al fin él se durmió lo hizo con el sueño de los muertos.

Librodot

Kristen también durmió. Pero como sus sentimientos eran tan intensos, en su caso fue un sueño inquieto, del cual pudo despertar temprano, mucho antes del amanecer.

Dedicó sólo un momento a saborear el goce de estar en los brazos de Royce. Después, se separó cautelosamente del abrazo y en silencio se visitó en la oscuridad.

La intuición le dijo que encontraría a Selig esperándola. En efecto, estaba al pie de la escalera. Había esperado la noche entera, sentado contra la pared, de frente a la escalera, durmiendo a ratos, y despertando cuando oía el más leve ruido. De modo que había oído los pasos suaves de Kristen, y la esperaba cuando ella llegó al pie de la escalera. Y también estaba preparado para soportar el peso de su cuerpo, que Kristen volcó sobre él.

Largo rato se abrazaron fuertemente. Y después, Kristen inclinó hacia atrás la cabeza para pasar la mano por ese rostro bien amado. No podía verlo. Las antorchas ya no ardían, y la luz de la luna, muy débil, entraba por las ventanas abiertas. Pero no necesitaba verlo.

—Selig, creí que habías muerto. — Las lágrimas que brotaban de sus ojos se expresaban en la voz.

—Lo mismo pensé de ti. — La mano de Selig acarició los cabellos de la joven, y después él la estrechó nuevamente contra su cuerpo, y apoyó la cabeza de Kristen sobre su hombro. — No es muy viril llorar.

—Lo sé. — Kristen contuvo un sollozo creyendo que él se refería a las lágrimas vertidas por ella, hasta que sintió la gota sobre la mejilla. Sonrió, y besó el cuello de su hermano. — Vamos. Aquí no podemos hablar.

Kristen lo tomó de la mano y ambos rodearon la escalera y se acercaron a la puerta del fondo. Lo mismo que las ventanas, la puerta no estaba cerrada con llave. Selig vaciló al salir, pues supuso que tropezarían con un centinela. Kristen advirtió la cautela de su hermano.

—No creo que haya guardias. Ya estuve una vez fuera, durante la noche, y no había nadie en el patio. Pero estos sajones no suelen ser descuidados. Quizás hay guardias fuera del muro.

—En ese caso, nos ocuparemos de ellos cuando los veamos. Marchémonos, Kristen.

Ella se resistió cuando Selig intentó apartarla de las sombras de la sala.

—Selig, no puedo irme.

—¿No puedes?

—Prometí no hacerlo.

—¡Por Odín! ¿Por qué?

Ella se encogió ante el tono de Selig.

—Para evitar que me encadenasen nuevamente.

Hubo un silencio, y después él preguntó en voz baja: —¿Nuevamente?

—Estuve encadenada, como mis compañeros, después de nuestra captura. Yo...

—¿Quiénes conservaron la vida, Kristen? — la interrumpió Selig.

Ella mencionó a todos los hombres, y esperó mientras Selig evocaba a los que habían muerto. Mientras esperaba sintió la brisa que le acariciaba los cabellos. Oyó el sonido de los insectos nocturnos. Adivinó el dolor de Selig,

pero comprendió que no podía ser tan intenso, pues él había creído que todos estaban muertos.

Finalmente, Selig dijo:

—Sigamos.

—Me quitaron las cadenas sólo esta semana, cuando llegaron el rey de los sajones y sus nobles. Algunos de los señores me molestaron, y Royce ordenó que me quitasen las cadenas, con el fin de que pudiese atender a mi propia seguridad mientras ellos estaban aquí. Pero ya han partido, y habría perdido de nuevo mi libertad de no haber jurado que no intentaría fugarme de aquí.

La frustración se manifestó en la voz de Selig.

—¿Te condenaste por propia voluntad a no salir nunca de aquí?

—No, concerté un trato. Cuando Royce se case, me veré liberada de mi promesa.

—¿Cuándo será eso?

—Muy pronto.

Selig se tranquilizó, después de asimilar la información. Kristen lo percibió al suavizarse el apretón de la mano del vikingo.

La joven dijo:

—Explícate, antes de que yo explote. ¿Cómo pudiste huir? Te vi herido.

—¿Me viste?

—¡Calla! — dijo ella al oír la voz de Selig —. Por supuesto, te vi. No pude permanecer en el barco después de oír el ruido del combate. Tuve que ir a ayudar.

—¿A ayudar?

Kristen no hizo caso del desdén que él manifestó.

—Y no ayudé mucho. Pero por lo menos derribé al sajón que te hirió.

—¡Tú hiciste eso!

—¡Selig!

—¡Por los dientes de Odín! ¡Pudieron haberte matado!

—Pero no fue así. Por desgracia tampoco a él pude matarlo, solamente lo herí. Se ha recobrado, y después me trató bien, a pesar de que yo siempre estuve dispuesta a destruirlo. Ahora me alegro de no haberlo hecho. — Selig meneó la cabeza, y ella agregó impaciente: —Bien, dime una cosa. La última vez que te vi yacías inmóvil en el suelo, bañado en tu propia sangre.

—Sí, mi herida era grave. Recobré el sentido cuando se alejaban los carros, llevándose a los hombres capturados. Había quedado junto a los muertos, y como creyeron que todos habíamos perecido, no quedó nadie para vigilar. Pero yo no sabía si regresarían o no para enterrar los cadáveres, de modo que conseguí arrastrarme lejos de la carnicería, por si retornaban. Pensé permanecer oculto en el bosque unas pocas horas, y después seguir a los sajones y ver adónde os llevaban. Pero como dije, mi herida era grave. Perdí el sentido y desperté cuando ya había caído la noche. En ese momento estaba tan débil que ni siquiera podía incorporarme. No sé cuánto tiempo permanecí allí. La condenada herida se infectó. Tuve fiebre, pero no recuerdo gran cosa. Sé que en cierto momento abandoné mi escondite. Y recuerdo que anduve por el campo, buscando a los sajones.

—No hubieras podido hacer mucho si los hubieras encontrado — observó Kristen.

—Mi mente no funcionaba bien. — Sonrió a la joven. — Solamente sé que caminé, y que intenté encontrarte y hallar a los otros antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—No creí que os permitieran vivir. Supuse que os llevarían ante el señor de los sajones que nos habían emboscado, y que él ordenaría mataros.

—Casi lo hizo — reconoció en voz baja Kristen —. Este lugar, Wyndhurst, ha sido atacado antes por los vikingos. Y él perdió en esa incursión a la mayor parte de su familia, y desde entonces odia a los vikingos.

Selig sonrió.

—No es extraño que me haya permitido permanecer aquí. Le dije que me había sucedido lo mismo. Seguramente se compadeció de mí.

—¿Cómo pudiste contarle esa historia? — preguntó bruscamente Kristen —. ¡Por los dientes de Dios! Te destrozará si descubre quién eres realmente. ¡Y pensar que sólo me preocupó la posibilidad de que te encadenasen y encerraran con los demás si él se enteraba!

Selig sonrió ante la reacción de Kristen.

—No descubrirá nada. Ohthere y el resto tienen sensatez suficiente para abstenerse de saludarme cuando yo aparezca.

—Si no se desmayan del asombro, como casi me sucedió a mí — replicó ella.

—Vi que te recobraste muy pronto — observó Selig riendo.

Kristen le golpeó el pecho, exasperada.

—¿Terminarás tu narración?

Selig contuvo la sonrisa.

—Kris, has perdido tu sentido del humor. — Pero accedió cuando ella volvió a castigarlo. — Muy bien. Como te dije, anduve extraviado. Ni siquiera ahora sé cuánto tiempo estuve así, ni los días que pasé al borde de la muerte durante el último desmayo. Desperté en la choza de una anciana celta. Ella y su hija me encontraron cuando regresaban del mercado de Wimborne. Desde el sito en que me vieron hasta su hogar, más al norte, había un día de marcha.

—¿Y dónde es eso?

Selig se encogió de hombros.

—No creo que pueda encontrarlas de nuevo. Loki me ha jugado una mala pasada. No sabes qué desconcertado estuve.

—Era suficiente que encontrases el río — señaló Kristen.

—Sí, eso pensé — dijo Selig con cierto desagrado —. Estuve con la anciana casi dos semanas. Sospechaba de mí a causa de mi atuendo, y porque yo murmuraba en una lengua extranjera en el delirio. Pero como también hablaba la lengua de nuestra madre, que era la de esa anciana, me cuidó hasta devolverme la salud, e incluso me presentó a un mercader que cambió mi cinturón y los brazaletes de oro por estas ropas que tú ves y por un viejo caballo. Ella incluso me llevó hasta el río más próximo.

—¿Y después?

—Ese río estaba tan al oeste del lugar en que ahora nos hallamos que pensé que había llegado al fin de la tierra. El problema era que yo no sabía en qué dirección había caminado. O si en mi delirio había llegado a cruzar el río. No tenía modo de saber si los sajones a quienes buscaba estaban al este o al oeste de mí mismo. Y cuando ella me indicó el oeste, supuso que yo había caminado hacia el este. De modo que acepté su indicación, y perdí mucho tiempo.

—Y cuando descubriste el río, ¿comprendiste que habías equivocado el rumbo?

—Sí. Pero no sabía cuánto me había alejado del río que buscaba, donde seguramente tú y los demás habían sido tomados prisioneros, de manera que me vi obligado a detenerme en todos los lugares fortificados que encontré en el camino hacia aquí. Relaté la misma historia a todos los señores, y eso me sirvió. Pero me alejé de cada lugar apenas vi que nada sabían de los vikingos que habían llegado del mar. Cuando estuve aquí no supe que al fin había encontrado el sitio hasta que el señor reconoció que este verano también habían sufrido un ataque.

—¿Y tu herida está completamente curada?

—Sí, ya no me molesta.

—Bien, me alegro de que hayas dicho que viniste de Devon y no de Cornwall, porque en este último caso no habrías recibido una buena acogida.

Selig sonrió.

—Me enteré de la hostilidad entre los celtas de Cornwall y los sajones en la primera residencia a la cual entré. Allí casi me encadenaron, pero ya sabes que soy muy capaz de salir de un aprieto gracias a mi lengua.

—Sí, lo sé. ¡Oh, Selig, ahora me siento tan feliz...!

Los dedos de Selig posados sobre los labios de Kristen impidieron que ella diese rienda suelta a su alegría.

—Compláceme, Kris. Dime que no fuiste deshonrada por estos sajones.

—¿Deshonrada? No, no he sido deshonrada. — No le permitió sentirse aliviado. — Pero Lord Royce me ha llevado a compartir su cama. — El vikingo silbó entre dientes, pero ella se apresuró a tocarle los labios con los dedos, como el había hecho con ella un momento antes. — Selig, no digas nada que me obligue a lamentar que te haya hablado claramente. Creo que amo al sajón. Y estoy segura de que lo deseo. Lo he deseado desde el principio... Bien, quizá no desde el principio. Pero me fascinó apenas lo vi, cuando entró a caballo en el patio donde todos estábamos encadenados, y nos miró con tanto odio. Impartió la orden de matarnos a todos. Pero al día siguiente cambió de idea, y nos dijo que nos pondrían a trabajar en la construcción del muro de piedra.

—¿Todos? ¿También tú?

Kristen rió.

—Sí, Thorolf y los demás me disfrazaron. Los sajones creían que yo era un muchacho, y eso duró más o menos una semana. Pero los hombres no pudieron mantener el engaño. Todos me ayudaban; y creo que eso reveló mi identidad, o por lo menos atrajo excesiva atención sobre mi persona. El sajón llegó a la conclusión de que me protegían porque yo debía ser el jefe.

En todo caso, de ese modo llegó a descubrir que yo era mujer, y después me trasladaron a la casa.

—¿Y a la cama del sajón?

Ella descargó un fuerte golpe en el vientre de Selig. El dobló el cuerpo, y emitió una fuerte exclamación.

—¡Kristen, por los huesos de Thor! ¡Ten cuidado!

—Entonces, ten cuidado con el tono que usas — advirtió ella con irritación —. Soy una mujer adulta. No debo responder ante ti por lo que hago. Y no fui directamente a su cama. — No pensaba decirle todo lo que había explicado a Thorolf. Concluyó con voz más serena: —A decir verdad, él se resistió.

—¿Qué?

El asombro de Selig provocó la sonrisa de Kristen, pese a la irritación que sentía ante la actitud de su hermano.

—Es la verdad. Yo sabía que él me deseaba, pero el sajón no deseaba reconocerlo. Jamás un hombre se me había resistido.

—Bien, lo sé, pues he roto muchas cabezas por su falta de resistencia.

Ella no pudo dejar de reír ante la observación.

—Pero sí, el sajón luchó contra la atracción que sentía, y cuanto más luchaba más lo deseaba yo. Selig, lo tenté intencionalmente. — Era difícil reconocer eso ante un hermano, pero Kristen no estaba dispuesta a permitir que él imputase a Royce una presunta seducción, cuando en realidad las cosas habían sucedido a la inversa. — Hace dos semanas la victoria fue mía... me llevó a su lecho. Desde entonces duermo en su habitación. De allí vengo ahora.

—Kris, ¿de veras lo amas?

—Sin duda. No coincido con todo lo que hace. Muchas veces me enfurecí con él, pero no puedo odiarlo, ni siquiera por haberme encandenado, a pesar de que detesté esas cadenas.

—¿Y qué siente por ti?

—No lo sé. Gozo de su protección. Ha demostrado cierta preocupación por mi persona. Pero eso no es más que lo que demostraría con cualquiera de sus posesiones. Sin embargo, no me hizo nada cuando intenté fugarme. Y sé que realmente no le agradó encadenarme. En resumen, no sé qué contestarte.

—¿El todavía te desea?

—Si, eso no ha variado.

—Entonces...

—Se casará con otra.

—Sí, ya lo dijiste — observó Selig, y de pronto explotó —. ¡Por Odín, no! Se casará contigo.

Kristen meneó la cabeza.

—Selig, soy su esclava. Según lo que él piensa, ¿por qué tiene que casarse conmigo, cuando ya es mi propietario?

Selig gruñó.

—Nuestro padre podría explicarle un par de cosas acerca de eso.

La risa burbujeó en los ojos de Kristen.

—Sí, podría hacerlo, pero no está aquí.

—En ese caso, yo podría…

—Pero no lo harás, pues Royce no debe saber que eres mi hermano.

—Entonces, ¿qué harás, Kris?

Los rasgos del rostro de Kristen se endurecieron.

—Gozaré de la compañía de este hombre mientras pueda. Cuando él se case, saldré de aquí.

—¿Y eso es todo a pesar de que lo amas?

—¿Acaso puedo hacer otra cosa? Por lo menos, ahora estás aquí para ayudarme a huir cuando esté preparada. Y si consigues ayudar a los otros a irse antes, hazlo. Después podrás regresar por mí.

—Que así sea.

Ella le sostuvo la cara entre sus manos y lo besó.

—Gracias, Selig, porque no me has reprendido.

Selig la estrechó con fuerza.

—Como dijiste, no tienes que responder ante mí. Pero Odín te ayude cuando intentes explicar todo esto a nuestro padre.

—¡Oh, qué injusto es recordarme eso! — exclamó ella.

Selig le palmeó juguetonamente el trasero.

—Ven, hemos permanecido aquí demasiado tiempo.

El cielo comenzaba a aclarar, y ya había bastante luz.

—Sí. — Kristen regresó a la puerta, pero allí se detuvo, y de nuevo acarició la mejilla de su hermano. — Durante un tiempo no volveré a hablarte. Y no te sorprendas si en la sala no hago caso de ti. El ya me advirtió que me mantuviese alejada de tu persona.

Selig sonrió.

—Probablemente cree que te atacaré si pienso que eres una vikinga sanguinaria.

—Sea cual fuere la razón, su cólera no es muy agradable, de modo que ten cuidado.

Regresaron a la sala sin hacer el más mínimo ruido pero fue inútil. Allí estaba Royce, que descargaba coléricos puntapiés para despertar a sus hombres. Se detuvo cuando vio a Kristen. Y sus ojos se entrecerraron peligrosamente cuando vio que Selig estaba al lado de la joven.

—Salimos a tomar aire — murmuró rápidamente Kristen a Selig mientras Royce se acercaba —. Nos encontramos al entrar.

—¿Lo creerá?

—No tendrá alternativa.

Pero Royce no formuló preguntas cuando llegó a ellos. Se limitó a aferrar la muñeca de Kristen y comenzó a arrastrarla hacia la escalera, y por encima del hombro gritó a Selig: —Espérame ahí mismo.

Kristen trató de desprenderse del apretón, y lo consiguió sólo a medias durante el ascenso, pero él la aferró de nuevo y continuó aferrándola.

—¡Maldito seas, sajón, será mejor que tengas una buena razón para tratarme así!

El no contestó. La arrojó al interior de la habitación y cerró con llave la puerta. Ella miró asombrada la puerta, la probó para asegurarse de que estaba trabada, y después la golpeó enfurecida.

—¡Oh!

De nuevo en la sala, Royce indicó con un gesto a Selig que lo siguiera, y ambos salieron por la puerta principal. Selig se volvió y el puño de Royce le pegó en el mentón, y lo derribó.

Royce se inclinó sobre él, el rostro inmovilizado en líneas duras de furia.

—Gaelan, no te prohibiré la casa, pero te prohíbo que te acerques otra vez a esa mujer, me pertenece, y yo soy cuidadoso con lo que es mío.

Dicho eso, Royce volvió a entrar a la sala. Dejó abierta la puerta. Selig hubiera podido seguirlo hacia el interior. No lo hizo. Se sentó en el suelo, acariciándose el mentón, y en sus labios se dibujó una mueca que terminó en sonrisa.

Arriba, desde la ventana que daba al patio principal, Kristen había observado el incidente. Sus manos aferraron con fuerza el alféizar de la ventana, hasta que vio la risa de Selig. Se volvió, meneando la cabeza, disgustada con los hombres en general.

38

Cuando Royce abrió la puerta de su dormitorio, un espejo de mano voló hacia su cabeza. Siguió una fuente de plata. Vio a Kristen al fondo de la habitación, las manos hundidas en el cofre, buscando otros proyectiles.

—No creo que estés enojada, porque de ser así me arrojarías algún arma.

—¡No me tientes, sajón!

Royce la había mantenido encerrada en el dormitorio el día entero. Kristen no había comido. No había hablado con nadie. Y había perdido los estribos mucho tiempo antes.

—¿Por qué me encerraste? — preguntó.

—Cuando desperté esta mañana vi que habías desaparecido. Bajé a la planta baja para buscarte y tampoco estabas allí. Pensé que habías quebrantado tu palabra.

—¿Me encerraste aquí por lo que pensaste que yo había hecho? — explotó Kristen —. Pero tú sabes que no falté a mi palabra, y que no lo haré. Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Lo que estuviste haciendo con el celta es otro asunto — dijo Royce ásperamente.

—¿De veras? — se burló ella —. ¿Y qué se supone que estuve haciendo con él?

—Kristen, eso es lo que quiero saber.

—Entonces, será mejor que se lo preguntes, porque yo estoy demasiado furiosa para decírtelo.

El salvó la distancia que los separaba con unos pocos pasos. Kristen cerró los puños y los alzó, desafiando a Royce a dar el último paso. El se detuvo y la miró colérico.

—Dime que ese hombre no te interesa.

—¡El demonio te lleve!

—¡Dímelo!

—¡Ese hombre no me interesa!

—Entonces, ¿qué hacías fuera con él?

Kristen bajó los puños, y se le agrandaron los ojos preguntó con expresión de incredulidad: —Sajón, ¿estás celoso? ¿Por eso lo golpeaste?

El desvió la mirada hacia la ventana, y comprendió de que modo ella se había enterado del episodio. Pero no podía haber comprendido lo que él dijo al celta. La miró, siempre con el ceño fruncido.

—Kristen, sucede que tengo carácter posesivo. Otro hombre no te tocará mientras me pertenezcas.

—Y cuando te cases y yo me marche de aquí, ya no te perteneceré.

El le aferró los brazos y la sacudió con fuerza.

—Zorra, nunca me abandonarás. Y ahora, ¡dime lo que hacías con el celta!

La cólera de Kristen se había disipado cuando comprendió que él estaba realmente celoso. Celoso de ella. ¡Qué concepto tan extraño!

Kristen le dijo unas pocas mentiras inocentes, con la esperanza de que eso lo tranquilizara.

—No hice nada, Royce. No podía dormir, y salí a pasear y a esperar el amanecer. Cuando vi que estaba sola en el patio, regresé al interior de la casa. El hombre vino detrás de mí. En la puerta me dijo unas palabras, pero no le entendí. No sé qué hacía él afuera. Tendrás que preguntárselo. Probablemente lo mismo que yo, querría tomar un poco de aire fresco.

Con voz menos dura, Royce ordenó: —Kristen, no quiero que salgas de la casa durante la noche.

—No me lo habías prohibido, milord.

—Lo hago ahora.

—Entonces, la próxima vez que no pueda dormir, caminaré por la sala y despertaré a todos — replicó ella con expresión sarcástica.

El sonrió.

—En ese caso, puedes despertarme, y yo me ocuparé de que puedas hacer algo más que pasear.

Ella le habría ofrecido una respuesta perversa si en ese momento no hubieron sonado unos tímidos golpes en la puerta. Meghan asomó la cara después de oír la seca orden de Royce.

—Alden me dijo que te explicase que la cólera provoca cólera, y la violencia origina sufrimiento. Royce, ¿qué significa eso?

Kristen se echó a reír al ver la expresión de sorpresa de Royce.

—Oh, milord, tu primo es muy inteligente. ¿Creyó que pensabas castigarme, o que yo podía descargar un golpe sobre tu cabeza? — Se rió todavía con más intensidad cuando los ojos verdes de Royce parecieron apuñalarla. — Y envía a tu hermana... sí, es muy astuto. Ven aquí, pequeña. Tu primo Alden preparó una tonta travesura al enviarte aquí, pero me alegro de que estés con nosotros.

Meghan se acercó al costado de Kristen, y murmuró: —Pensé que Royce estaba enojado.

—¿Y de todos modos viniste a entregar tu mensaje? De veras, eres muy valiente.

Royce emitió un rezongo profundo y apartó de ambas la mirada. Meghan miró alarmada a su hermano. Kristen sintió deseos de golpear al sajón porque había asustado a la niña.

—Meghan, no le prestes atención. Gruñe como la mayoría de los hombres. Pero no significa nada.

—Kristen... — comenzó a decir Royce en un tono de voz que era una advertencia, los ojos fijos en la noruega.

—Calla — replicó ella —. Estoy enseñando una valiosa lección a tu hermana. Mira, pequeña, no necesitas temer a los hombres cuando están enojados. ¿Qué importa si son un poco más grandes que tú? — La mirada de Meghan recorrió el cuerpo de Royce, y Kristen sonrió. — Bien, hay algunas excepciones. Pero mira a tu hermano. Se enojó, lo mismo que yo. Me gritó, y yo le contesté también a gritos. Y ahora ambos nos sentimos mejor.

—Pero todavía está enojado. — Meghan ocultó la cara en el costado de Kristen.

—Es un poco caprichoso, como suelen ser los hombres. Por supuesto, algunas veces el enojo es mucho más profundo, y conviene apartarse del camino de un hombre realmente irritado. Con el tiempo aprenderás a juzgar la diferencia. Pero a tu hermano... ¿alguna vez lo viste atacar a una mujer?

Kristen rogó en silencio que la respuesta fuese la apropiada. Y no fue así.

—Ordenó que te castigasen con el látigo.

—En ese momento no sabía que yo era mujer.

—Ordenó que te encadenasen, y te sangraron los pies.

Kristen suspiró.

—¿No te dije que eso fue sólo un rasguño, y que ni siquiera lo sentí? Y la culpa no fue suya, pequeña. El me advirtió que debía cubrir los tobillos bajo los anillos de hierro. Yo lo olvidé.

—Entonces, es cierto — admitió Meghan —. No ha hecho daño a ninguna mujer.

—Porque a pesar de todo su carácter, es un hombre bueno y amable. Y si no está dispuesto a lastimar a una mujer ni siquiera cuando lo domina el enojo, ciertamente, no lastimará a una niña. Y puedes tener la seguridad absoluta de que menos todavía lastimará a su propia hermana. Mira, querida, incluso puedes hacerle esto. — Kristen se acercó a Royce y le dio un buen puntapié en el tobillo. — Y él no te hará nada.

Royce permaneció inmóvil porque Meghan había comenzado a reír. Incluso mantuvo una expresión inmutable mientras ella lo observaba.

—Royce, ¿de veras no me lastimarás?

El le dirigió una sonrisa.

—No, pequeña, nunca.

La niña corrió para abrazar la cintura de su hermano. Y después hizo lo mismo con Kristen.

Meghan dijo con una sonrisa: —Gracias, Kristen — y salió corriendo de la habitación.

—Yo también te lo agradezco — dijo Royce, que estaba detrás de Kristen —. Jamás pude conseguir que ella comprendiese que no necesita temerme. Pero por ese golpe en el tobillo...

Con el brazo le rodeó la cintura y la elevó en el aire. La llevó hasta la cama, y allí la obligó a acostarse boca abajo.

—¡Royce, no! — Kristen no podía creer que le hiciera eso. —¡Sólo quería demostrar una idea!

—Mujer, podrías haberla demostrado de otro modo. Y hasta que desaparezca el dolor de mi tobillo, tú también sentirás algo en tu trasero.

Esa noche Kristen tomó de pie su cena. Pero en sus labios se dibujaba una sonrisa misteriosa. Quizás había recibido unas palmadas por su atrevimiento, pero después el sajón había compensado el sufrimiento provocado por castigo.

Librodot

39

Kristen lamentó la ironía implícita en el hecho de que Royce le ofreciera salir a cabalgar la mañana siguiente, cuando sus partes posteriores no estaban en condiciones de afrontar la prueba. De todos modos, aceptó. ¿Cómo podía rehusar si él le facilitaba un caballo, e incluso proponía una carrera? En verdad, ¿llegaría a comprender alguna vez a ese hombre?

Perdió la carrera, pero de todos modos la experiencia fue muy grata. Evocó los despreocupados recuerdos de los tiempos en que montaba en su caballo atravesaba los campos y los bosques. El caballo que le facilitó Royce no era un animal tan bueno, pero su acompañante compensaba las posibles deficiencias de la cabalgadura.

Bien entrada la mañana se detuvieron para permitir que los caballos bebieran en un arroyo. El lugar vibraba con los colores estivales, los verdes más oscuros, los amarillos y los rojos. El cielo estaba despejado, y el sol enviaba sus rayos muy cálidos más allá de la zona de sombra proyectada por el árbol al que ella y Royce se habían acercado.

Royce se sentó, la espalda apoyada contra el tronco, y con un gesto indicó a Kristen que se aproximase. Kristen no le hizo caso, y en cambio se sentó a los pies del sajón. Ella arrancó una mata de pasto y la masticó despaciosamente. Miró a Royce con una expresión afectuosa en los ojos.

Royce suspiró. Quizás ella se le había entregado totalmente, la otra noche, pero otra vez mostraba una actitud renuente. No la obligó a aceptar el abrazo porque sabía que ella se resistiría.

—Milord, te agradezco el paseo.

El se encogió de hombros, como atribuyendo escasa importancia a su propia generosidad.

—Thorolf tenía razón: estás acostumbrada a cabalgar. Lo haces bien.

—Hago bien muchas cosas, pero Thorolf no las conoce todas.

—¿Por ejemplo?

Ella estiró las piernas y unió las manos bajo la cabeza. La gruesa trenza castaña le caía sobre el hombro, y el extremo le llegaba a la cintura. Royce observó cómo la brisa movía las puntas de los cabellos.

Ella tenía los ojos fijos en el cielo cuando contesto: —Thorolf no sabe que me enseñaron a manejar armas. Ninguno de ellos lo sabe. Pero tú sí.

—Es algo que desearía no saber — gruñó Royce.

Kristen sonrió.

—Esa es la actitud que me ha inducido a guardar el secreto hasta que llegase el momento de necesitar tales habilidades.

—Y bien, ¿Quién te enseñó? — preguntó Royce —. Seguramente, no fue tu padre.

Kristen meneó la cabeza.

—No, sin duda no fue él. Me enseñó mi madre.

—Tu... — No pudo concluir la frase a causa de la risa.

Kristen sonrió con expresión tolerante.

—Ríe cuanto quieras, milord, pero es cierto.

—No lo dudo — continuó sonriendo —. ¿Y qué más te enseño esa madre tan guerrera.

Kristen se echó a reír. Imaginó a su bella y delicada madre. ¿Guerrera? ¡Por los dientes de Dios! No existía sobre la tierra alguien que pareciese menos guerrera.

—Es posible que mi madre no desee cocinar ni coser, pues nunca le agradaron esas tareas. Pero no es una mujer guerrera. Y también me enseñó otra lección muy útil: me enseñó que no debía avergonzarme de desear a un hombre.

Royce recobró instantáneamente la seriedad. Ella lo mismo hubiera podido acariciarle el cuerpo con las manos. Las últimas palabras suscitaron el mismo efecto.

—¿Y no te avergüenzas?

—No.

—¿Y me deseas, Kristen?

—No.

Al oír la respuesta, Royce sonrió.

—Mentirosa. Ya lo reconociste una vez. ¿Por qué no lo haces de nuevo?

—Te dijo que no lo haría, y no lo haré.

—Me lo dijiste durante una discusión acerca de las restricciones que te imponía. Pero ya no estás encadenada.

—No opino lo mismo — replicó Kristen con expresión serena, el rostro serio —. Ahora me tienes encadenada con mi palabra, y eso es igualmente eficaz. Podrías haberme pedido sencillamente que me quedara en Wyndhurst. En cambio tuviste que negociar un trato.

—¡Por el aliento de Dios! No querrás decirme que estarías dispuesta a quedarte sencillamente porque te lo pido.

—Royce, nunca lo sabrás, ¿verdad?

—Kristen...

Había comenzado a inclinarse hacia delante, peor la flecha penetró en su hombro y lo golpeó contra el tronco del árbol. Y llegó con fuerza suficiente para atravesar la espalda y clavarse en el tronco. Royce trató de arrancarla. Cuando no pudo, su mente evocó la imagen del ataque de los daneses, y Rhona que gritaba pidiendo ayuda, y él que no podía auxiliarla porque estaba clavado a la pared.

Se le heló la sangre cuando vio que Kristen se incorporaba de un salto.

—¡Monta mi caballo y huye! ¡De prisa!

Ella, en cambio, se arrodilló en el momento en que otra flecha se clavó en el árbol, sobre las cabezas de ambos. Con movimientos rápidos quebró la punta de la flecha cerca de la piel de Royce.

—Te soltaré, pero debes ayudarme — dijo Kristen con voz urgente.

—Kristen, márchate. — a voz de Royce manifestaba la urgencia del momento. — Por favor. Debes irte de aquí.

—¡Ahora!

Ella jaló con tal fuerza que él no necesitó ayudarla. Cayó hacia delante, de rodillas. La sangre comenzó a extenderse sobre la túnica. Ella se mordió el labio, y pensó que debería conseguir que se incorporase. Royce se levantó solo, todavía no estaba debilitándose. Estaba enfurecido con ella.

—Mujer, si no montas ese caballo y huyes ahora mismo…

—Sólo si vienes conmigo — lo interrumpió Kristen, en un tono más firme que el que jamás había usado con él.

Se perdió la oportunidad. Detrás de los árboles y los matorrales salieron varios hombres bien armados. Kristen alcanzó a ver a cinco.

—Ponte detrás de mí, Kristen — ordenó Royce mientras desenvainaba la espada.

Ella lanzó una exclamación.

—¡No podrás combatir contra ellos ahora que estás herido!

—No te apresarán mientras yo viva.

—Muy recomendable — se burló una voz detrás de ellos y lord Eldred salió desde el lugar que ocupaba, detrás del árbol. Lo acompañaban dos hombres más —. Pero creo que la apresaremos, y a ti también.

Eldred extendió la mano hacia Kristen. Ella se apartó, pero los dos hombres se apresuraron a inmovilizarla. Una hoja afilada apareció junto al cuello de la joven, y ésta cesó en su resistencia.

La sonrisa de Eldred era siniestra.

—Ahora, tu espada, Royce, porque de lo contrario ordenaré que la maten.

La espada cayó al suelo. Eldre impartió ásperas órdenes a sus hombres. Kristen se estremeció cuando la obligaron a unir por delante ambas manos, y las sujetaron con una cuerda. Miró, impotente, mientras hacían lo mismo con Royce.

Eldred se vanaglorió mientras los dos eran llevados a los caballos.

—Royce, debo agradecerte que te hayas cruzado conmigo, y que hayas traído a la vikinga. Es un placer inesperado, pues creí que tendría que perder mucho tiempo en el bosque, esperando que aparecieses solo. Y ahora tengo dos presas en lugar de una.

Cabalgaron hacia el norte el resto del día.

Hacia el anochecer llegaron al lugar de destino: una casa, mucho más pequeña que Wyndhurst, pero bien fortificada.

Royce aún pudo desmontar por sí mismo, pero ya no sentía tan seguras las piernas. Kristen se mordió el labio para evitar un grito, al ver la túnica empapada de sangre. Supuso que era la residencia de Eldred, pero no comprendió que el joven no era el señor hasta que Royce trató de razonar con Eldred.

—Tu padre…

—No te ayudará. — Eldred lo interrumpió, y en su voz había un matiz amargo. — Ha ido a pedir a Alfredo que reconsidere su decisión y me permita retornar a la corte. Como ve, mi padre no ve con buenos ojos que permanezca en casa. Dice que embarazo a todas sus esclavas y que nueve meses después de mi visita no hay nadie dispuesto a servirlo. — Y agregó, dirigiéndose irritado a sus hombres: —Lleváoslo y encadenadlo al muro.

—Su herida — comenzó a decir Kristen, pero Eldred la interrumpió.

—Sangrará, como sangrarás tú cuando yo haya terminado contigo.

Al oír esto Royce comenzó a debatirse, pero uno de los hombres lo golpeó con el pomo de su espada. Kristen vio cómo lo arrastraban lejos. Y después, la obligaron a punta de espada a entrar a la casa.

Era un lugar sórdido, construido enteramente con madera, y tenía una sola planta. Las alfombrillas sobre las cuales ella caminó estaban sucias. Los criados a quienes vio eran criaturas temerosas, que ni siquiera se atrevían a mirarla o a volver los ojos hacia los hombres que la empujaron hasta el fondo de la sala.

Una vez allí, la introdujeron en una minúscula habitación sin ventanas. Cerraron la puerta tras ella, dejándola en la oscuridad. No se molestó en comprobar si estaba con llave, porque oyó el ruido de la traba. Después, oyó risas en la sala, y el movimiento de los hombres al alejarse.

Había visto una cama antes de que se cerrara la puerta e impidiese el paso de la luz. Caminó lentamente hacia el jergón y se sentó. No estaba dispuesta a permitir que la histeria la dominase. Ya había pasado por todo eso: la captura, la imposibilidad de saber qué le sucedería después. Sólo que esta vez tenía cierta idea de lo que podía sucederle.

Se estremeció al pensar en Eldred. Ese hombre odiaba a Royce. Deseaba herirlo, infligirle sufrimientos, quizás incluso... ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué lo habrían llevado allí, si el plan no era matarlo, y quizá lentamente?

La histeria comenzó a dominarla.

40

Kristen podía oír a lord Eldred en su sala. Estaba comiendo y bebiendo; es decir, estaba celebrando la captura. Pero mientras lo oyera, ella podía abrigar la esperanza de que aún no le habían hecho nada a Royce, pues se decía que a causa de su odio, Eldred querría presenciar lo que ordenase hacer a Royce, o querría hacerlo personalmente.

Al pensar de este modo, Kristen pudo calmarse y trazar un plan. Tenía que salir de esa habitación apenas abrieran la puerta. Era necesario que llegase al depósito donde, según había visto, habían llevado a Royce. Tenía que liberarlo, y después los dos se acercarían a los caballos... ¡Que Dios la ayudase! ¿Cómo conseguiría hacerlo con tanta gente alrededor?

Con la ayuda de las manos revisó el cuarto en que se encontraba y maldijo la oscuridad que la obligaba a perder tanto tiempo en esa tarea. Pero tuvo tiempo. Nadie vino a interrumpirla. De todos modos, el cuarto no reveló nada que ella pudiera usar como arma. A decir verdad, no había creído posible hallar un objeto que pudiera utilizar de ese modo; pero necesitaba asegurarse.

De manera que estaba sola, y su única arma era el ingenio. Dudaba que fuera fácil engañar a Eldred, pero tal vez lograra imponérsele, si había bebido demasiado y estaba solo. Cuando al fin él llegó, en efecto estaba solo y había bebido, pero de ningún modo parecía ebrio.

Llevaba una vela, y después de cerrar la puerta, la depositó en un hueco de la pared. Kristen vio entonces que la habitación estaba totalmente vacía, con la única excepción de la cama; pero su ojeada fue muy rápida, pues no se atrevía a apartar demasiado tiempo la mirada de la persona de Eldred.

El mostraba cierto aire de expectativa. Incluso sonrió a Kristen cuando estuvo frente a ella. La espada todavía colgaba de su cinturón. También traía un corto látigo, formado por muchas y finas tiras de cuero.

—¿Qué le hiciste a Royce?

La pregunta fue un murmullo colmado de esperanza.

—Aún no le he visto — contestó Eldred con indiferencia —. Decidí que primero me ocuparía de ti, pues así después podría relatarle todo lo que te hice. Al parecer, lord Alden cree que Royce siente mucho afecto por ti. Ya veremos.

—Te equivocas — se apresuró a decir Kristen —. Tiene una prometida.

—¿Qué tiene que ver eso con la mujer que lo acompaña en la cama?

Kristen se encogió ante el insulto. En efecto, ¿qué tenía que ver?

—¿Por qué lo odias así?

—Porque tiene demasiada suerte. Nunca se equivoca.. o por lo menos eso cree Alfredo.

—¿Envidia? — Los ojos de Kristen lo miraron con una expresión despectiva. —¿Haces esto por mezquina envidia?

—¿Qué sabes tú de eso? — explotó Eldred —. Ignoras lo que es competir y comprobar siempre que lo que uno hace no es suficiente.

—No, no sé lo que eso significa. Pero sí sé que no podrás hacer esto sin recibir tu castigo. Mucha gente vio que nos trajiste aquí.

Eldred se echó a reír.

—Mi gente no se atreverá a hablar contra mí. A diferencia de lo que sucede contigo, mujer, ellos conocen su lugar.

—Son la gente de tu padre — le recordó Kristen —. El se enterará.

Eldred saltó sobre Kristen y descargó una fuerte bofetada sobre el rostro de la muchacha. Kristen volvió la cara; pero su cuerpo no se movió. Eldred se sorprendió un momento. Estaba acostumbrado a ver caer a las mujeres como consecuencia de sus golpes, y después se aterrorizaban. Pero esta mujer podía enfrentarlo. Y no se asustaba. La sangre brotó por la comisura de la boca de Kristen, pero sus ojos relucieron furiosos al mirarlo.

Eldred retrocedió, un tanto desconcertado. Y su propia actitud lo enfureció, porque veía como cedía ante una mujer. Sacó el látigo sujeto bajo el cinturón. Ella se asustaría antes de que acabase de castigarla... se asustaría y le rogaría de rodillas.

Eldred alzó el látigo y puso toda su fuerza en el primer ataque. Kristen trató de dar un paso al costado, pero el látigo la alcanzó en el brazo desnudo y la mitad de la espalda. El experimentó un sentimiento de satisfacción al oír el grito ahogado. De nuevo alzó el látigo. En ese momento ella lo atacó, y lo envió al suelo.

Al soportar todo el peso de la joven, Eldred sintió que se le cortaba el aliento. Pero aferró firmemente el látigo, pues creyó que ella trataría de arrancárselo. Ese fue su error. Kristen empuño la espada y tomó distancia, y él sintió el frío del acero en su propio cuello.

—Milord, si te mueves aunque sea un poco, te clavaré al suelo. — La advertencia fue tanto más terrible a causa de la serenidad con que ella la expresó. — Y quizá lo haga, como castigo a tus pecados.

Fue lo último que Eldred oyó, pues ella descargó contra la sien del joven el pomo de la espada.

Kristen se apresuró a cortar sus ataduras, y lo hizo cerca del nudo, porque deseaba volver a usar la cuerda para inmovilizar a Eldred. Procedió de prisa; puso boca abajo el cuerpo inerte y le ató las manos a la espalda. Ese había sido el error de Eldred: atarle las manos por delante, de modo que aun así ella pudiera utilizarlas. Pero su principal error había sido creer que ella permanecería inmóvil mientras Eldred la flagelaba.

El no estaba muerto. Qué lástima, pensó Kristen. Debería haberlo matado. Finalmente, utilizó tiras de la manta depositadas sobre la cama para atarle los pies y amordazarlo. Pero en definitiva, no pudo decidirse a matar a un hombre indefenso.

No prestó atención a los ruidos provenientes de la sala. Eldred recobró la conciencia y ella volvió a golpearlo. Podría haber practicado ese ejercicio la noche entera, pero no disponía de tanto tiempo. Salió del cuartito apenas advirtió que fuera todo estaba silencioso.

Una sola antorcha ardía al fondo de la sala. Los criados dormían, y sus jergones estaban distribuidos junto a las paredes. Kristen fue directamente hacia la puerta; contuvo la respiración, y sintió que el corazón le latía

aceleradamente. Nadie dio la alarma. Pero frente al puerta había un guardia, y era uno de los hombres que los habían apresado.

El hombre se sintió tan sorprendido de verla como Kristen de encontrarlo allí. Ella estaba acostumbrada a la falta de centinelas de Wyndhurst. Eldred seguramente tenía más cosas que temer, o bien preveía dificultades después de lo que había hecho.

El hombre quedó paralizado cuando vio que ella portaba una espada. Intentó desenfundar la suya, pero Kristen contaba con la ventaja de que su arma ya estaba en posición de ataque. Atravesó al hombre antes de que éste pudiese defenderse.

No había tiempo que perder. Corrió hacia el depósito y abrió bruscamente la puerta. Adentró había otro guardia, que despertó y comenzó a incorporarse. Kristen lo golpeó también con la empuñadura de la espada, y el individuo cayó al suelo.

Royce estaba encadenado a la pared, las dos manos a cierta altura sobre la cabeza, de modo que soportaban todo su peso. La herida había continuado sangrando. La mancha roja formaba un reguero que descendía por una de las piernas. Tenía la cabeza inclinada sobre el hombro. Kristen ni siquiera estaba segura de que aún viviera.

Lo comprobó cuando corrió hacia él y le tomó la cabeza entre ambas manos. Le palmeó la mejilla, con mucha fuerza, hasta que él abrió los ojos. Se sintió paralizada por el alivio.

—¿Cómo?

Fue la única pregunta que él hizo. Y ella le obligó a reaccionar. Corrió de regreso adonde estaba el guardia, en busca de la llave que le permitiría abrir los hierros que sujetaban a Royce.

Por encima del hombro, ella dijo: —Herí a un hombre, quizás incluso lo maté. ¿Tu ley sajona me castigará por eso?

Sus dedos finalmente se cerraron sobre la llave, y Kristen volvió rápidamente adonde estaba Royce. El la miró, y meneó la cabeza.

—¿Eso es lo único que te inquieta?

—No sé cómo se aplica tu ley — replicó secamente Kristen —. Lo único que sé es que de acuerdo con tu ley yo cometí una falta la última vez que me defendí. ¿Procedo mal ahora, si intento salir de aquí utilizando los recursos que están a mi alcance?

El comenzó a reír, pero su risa cesó a causa de un espasmo de dolor.

—No, has hecho más de lo que yo esperaba que hicieras.

—Bien. — Kristen le sonrió y abrió los hierros que le sujetaban las muñecas. — Ahora, milord, salgamos de aquí. — Pero cuando quedó completamente libre, Royce cayó de rodillas. Al advertir la debilidad del sajón, Kristen se apresuró a desgarrar el borde de su túnica. La dividió en dos partes, y la metió por delante y por detrás, bajo la túnica de Royce. Tendría que cabalgar mucho, y él no debía perder más sangre. Pero por el momento ella tampoco podía vendarlo mejor. A lo sumo, debía abrigar la esperanza de que él pudiese montar.

Avanzaron lentamente hacia el establo, pues ella tenía que sostener a Royce. Con un hombre tan corpulento, no sería una tarea fácil, ni siquiera

para ella. Y además, al llegar allí tuvo que soltarlo para ocuparse del guardia que vigilaba el establo.

Cuando ella regresó, Royce estaba acostado en el suelo. Kristen sintió deseos de llorar, pero obligó al sajón a recobrar la conciencia, a incorporarse y a apelar a sus últimas fuerzas para montar.

—¿Cómo piensas... atravesar la entrada?

—Deja que yo me ocupe de eso — contestó Kristen. En verdad, el asunto la preocupaba. Condujo el caballo de Royce y el suyo propio y cruzó a pie el patio silencioso. Se encontró ante una puerta alta, de madera, cruzada por una barra larga y pesada. Arriba y a un costado había una estrecha plataforma, y allí vigilaba un hombre, sentado de espaldas al muro. Estaba dormido. Kristen subió cautelosamente por la escalera que llevaba a la plataforma y vio que el hombre continuaba durmiendo, de modo que se apresuró a bajar y utilizó todas su fuerzas para levantar la pesada barra.

En efecto, era tan pesada que no consiguió depositarla suavemente en el suelo, sino que debió soltarla. El ruido, a ella misma la alarmó.

Miró alrededor, y supuso que en pocos instantes caería sobre ellos una legión de hombres armados. Casi se paralizó el corazón cuando en efecto vio a un hombre, un siervo, que salía del establo. El individuo bostezó y volvió a entrar. Había otro en la puerta de una construcción cercana. Permaneció de pie, y se limitó a mirarlos.

Se sintió aliviada cuando comprendió que ninguno de ellos estaba dispuesto a dar la alarma. Se los veía apáticos, descuidados, y renuentes a hacer algo por su señor. En definitiva, ella y Royce podían considerarse afortunados porque lord Eldred suscitaba tan escasa fidelidad en su propia servidumbre.

Kristen casi rió ante esta idea mientras abría de par en par la puerta de la muralla y aferraba las riendas del caballo de Royce antes de montar su propia cabalgadura.

Se alejaron de prisa en medio de la noche.

41

Kristen estaba extenuada y agobiada por la inquietud. Royce estaba apelando a sus últimas fuerzas sólo para mantenerse sobre el caballo. La joven noruega se había detenido una vez para arreglar el vendaje del hombro, pero él había perdido demasiada sangre. Se mantenía vacilante sobre el caballo, apenas consciente.

Ni siquiera la aparición en el horizonte de los muros de Wyndhurst pudo calmar su inquietud. El alba comenzaba a iluminar el cielo y la gente de la residencia ya los había visto. Estaban abriendo las puertas; varios hombres salían corriendo a su encuentro. Otro grupo a caballo que también los había identificado, se acercaba desde el bosque. Pronto Royce podría descansar y se lo atendería como era debido. De todos modos, la agobiaba el sentimiento de que quizá todo eso de nada sirviera, de que él de todos modos moriría.

Lanzó una exclamación cuando Royce cayó del caballo. Kristen desmontó de un salto, corrió hacia él, y le alzó la cabeza. Tenía los ojos abiertos, pero parecía aturdido.

—Seguramente... me dormí.

¡Dios mío, ni siquiera sabía lo que estaba diciendo! A Kristen le dolía el corazón, al verlo tan débil e impotente. Ella misma no advirtió que estaba llorando.

—Cálmate, Royce. Quédate quieto. En un momento vendrán a ayudarte.

Los ojos de Royce se volvieron hacia ella.

—Kristen, ¿reconocerás al fin que me necesitas?

¡Por los dientes de Dios! ¿Cómo podía pensar en eso precisamente ahora, cuando la vida se le iba por esa herida?

—¿Kristen?

—Sí, te necesito. Juro que sí.

—¿Y has llegado a amarme... un poco?

Ella no vaciló.

—Sí, también eso.

Una mano se deslizó sobre el cuello de Kristen y la obligó a acercar la cara. El tenía los labios cálidos y secos, suaves, pero sólo al principio. A pesar del sufrimiento, ella comprendió que había mucha fuerza en la mano que la sostenía, y mucha pasión en el beso.

Apartó la cara, y con los ojos entrecerrados vio que él sonreía.

—¡No estás muriéndote!

—¿Creíste que era eso?

—¡Oh, qué sinvergüenza!

Estuvo a un paso de golpearlo, sobre todo cuando él comenzó a sonreír. En cambio, se puso de pie y se alejó.

Librodot

Se necesitaba más que una herida como ésa para debilitar a Royce. Permaneció acostado a lo sumo cuatro días. Una semana más tarde había reanudado de nuevo sus tareas. Y después de dos semanas la herida le provocaba solamente molestias ocasionales.

Había abordado el problema de Eldred no como deseaba, sino como lo imponía la política de Alfredo. Se había limitado a informar al rey de la perfidia de Eldred. Hacia fines del verano supo que Eldred, dominado por el pánico, y temeroso de la venganza, había huido hacia el norte, para refugiarse en el campamento de los daneses. Su cadáver había sido enviado a la casa del padre.

Cuando Royce relató el episodio a Kristen, ella sencillamente se encogió de hombros, y comentó que un individuo tan mezquino debía tener mal fin. En verdad, la joven noruega no demostró mucho sentimiento en el asunto.

Kristen se enojó con Royce, sobre todo cuando comprendió que él se había abstenido intencionalmente de ayudar en la fuga. En términos inequívocos le dijo lo que opinaba de su engaño y sin embargo, él no podía arrepentirse de haber aprovechado la oportunidad de ponerla a prueba. Kristen habría podido abandonarlo en un momento cualquiera del viaje de regreso. En cambio, lo había acompañado hasta que ambos estuvieron a salvo. Para él, eso significaba mucho más que lo que podía expresar.

De todos modos, el enojo de Kristen no duró mucho. Se mostró gentil y dulce con él mientras Royce recobraba fuerzas, y evitó que su propio estado de debilidad lo incomodase. Casi lo llevó a desear que le hubiesen infligido más heridas, porque de ese modo ella lo habría cuidado más. Era precisamente lo contrario de lo que él habría sentido si Darrelle lo hubiese cuidado.

Hacia el fin del verano Kristen comenzó a sentir una melancolía profunda, y por mucho que Royce le preguntase, ella no decía nada. El sajón a menudo la llevaba a nadar, o a cabalgar, y la joven sonreía y bromeaba con él. Pero Royce continuaba leyendo la tristeza en sus ojos cuando la observaba sin que ella lo advirtiese.

Royce redujo a la mitad los trabajos que ella realizaba en la sala. Como al parecer eso no modificó la situación, le duplicó las tareas. Tampoco este recurso sirvió de nada. Incluso le devolvió sus propias ropas, pero ella rehusó usarlas; en realidad, pareció más deprimida después de ver el vestido de terciopelo verde oscuro.

Royce no sabía qué hacer. Pero el día que Kristen le preguntó de nuevo cuándo se casaría, Royce sospechó que había hallado la solución del problema. Continuaba deseando separarse de él. Por eso se sentía mal. Contaba los días que faltaban para la boda, es decir para el momento en que se vería liberada de su palabra. Pero él no estaba dispuesto a permitirle que se marchase, de modo que sólo le quedaba un camino.

Se habría sorprendido de haber sabido lo que en realidad molestaba a Kristen. Era la época, hacia fines del verano, en que ella, Selig y el resto deberían haber regresado a casa, después de visitar las ciudades comerciales. A lo largo del verano sus padres sin duda se habían inquietado por ella, pero en todo caso tenían la seguridad de que Kristen regresaría. Pero ahora, hacia fines del verano, comenzaría a difundirse un sentimiento

de auténtica ansiedad, y día tras día esperarían la llegada de la nave. Y cuando pasaran los días sin que apareciese el barco, ese sentimiento se agravaría. ¿Cómo era posible que ella se sintiese feliz, sabiendo que sus padres estaban sufriendo a causa de la ausencia?

Había conseguido hablar nuevamente con Selig. Le rogó que se marchase, que hallase el modo de volver al hogar, de manera que por lo menos sus padres supieran que ella estaba a salvo. El se negó, no sólo porque no deseaba abandonarla, sino porque estaba seguro de que Garrick lo mataría si volvía a casa sin ella.

Royce hacía todo lo posible para reconfortarla. Y ella lo amaba aún más por esa actitud. Pero no podía decirle cuál era el problema, porque en ese caso lo único que él podría hacer sería permitirle que se fuese, y ella experimentaba el hondo temor de que llegase incluso a ese extremo. Estaba condenada en un sentido o en el otro. Separarse de Royce podía destruirla, pero al mismo tiempo ansiaba que sus padres supieran que estaba bien. No podía dejar de pensar en ellos.

Por primera vez en el verano Royce salió de Wyndhurst. Se ausentó dos días. Nadie supo adónde fue, pero cuando regresó dijo a Darrelle que había arreglado su matrimonio. Y ella rompió a llorar, porque Royce no quiso decirle quién sería el marido; únicamente le aseguró que ella aprobaría su elección.

Esta vez Kristen no pudo censurar su llanto a Darrelle. Sabía que ella misma no habría tolerado tanto secreto en un asunto de tal importancia. Sin embargo, Royce se limitó a afirmar que Darrelle necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea de que contraería matrimonio, antes de saber el nombre del elegido.

42

Fue una sensación desagradable, y tan intensa que Royce despertó de su sueño. Movió la mano para apartar del cuello al insecto que lo picaba. Los dedos rozaron en cambio el metal frío, y la punta afilada de la daga presionó más firmemente sobre el costado del cuello, obligando a retirar la mano.

No estaba soñando. Sintió el cuerpo de Kristen acurrucado a su izquierda, una mano apoyada contra el pecho del propio Royce. Y a la derecha, el aguijón del dolor era demasiado real. No podía ver a su atacante en la oscuridad, pero el hombre había conseguido introducirse silenciosamente en el dormitorio para atentar contra la vida de Royce. Y como ninguno de los habitantes de Wyndhurst estaba dispuesto a hacer eso, Royce sacó la conclusión más probable: los vikingos habían conseguido fugarse. Y si habían logrado llegar al dormitorio, ¿eso significaría que abajo todos estaban muertos?

Kristen había jurado que no habría matanza, que si podían, sencillamente se irían de allí. Entonces, ¿sólo habían venido a buscarla? Royce no permitiría que se la llevaran. Antes tendrían que matarlo. Pero comprendió que en vista de las circunstancias eso no sería tan difícil.

—¿Puedes comprender lo que te digo?

Endureció los músculos del pecho. Sí, entendía claramente el ronco murmullo. No era la lengua vikinga, sino el dialecto celta. ¿Gaelan? No, la voz no era tan grave. Entonces, los vikingos no habían escapado ¡la otra posibilidad, igualmente desastrosa, era que los celtas hubieran atacado nuevamente. Y esta vez se habían atrevido a entrar a la casa.

—¡Contesta, sajón! — El mismo murmullo, pero ahora colérico.

—Sí, te comprendo.

—Bien.

La presión de la daga se suavizó, y la hoja descansó sobre el cuello de Royce, de modo que sería suficiente el más leve movimiento para cortarle la yugular. Royce aún no podía moverse. Tenía que permanecer quieto, y aceptar lo que sucediera. El enojo fue el fruto de la impotencia.

—¿Qué quieres? — protestó.

—Calma, sajón — advirtió el murmullo —. He venido a buscar respuestas, pero todavía no veo claro el camino. Y no podré juzgar hasta que conozca todos los hechos.

Royce frunció el ceño en la oscuridad. No alcanzaba a comprender lo que la voz acababa de decirle. No había ruidos de lucha. En realidad, sólo oía su propia respiración. La casa estaba tan silenciosa como solía suceder en medio de la noche. Todos dormían o estaban muertos.

—Quien…

La hoja lo hirió, obligándolo a callar. A su lado, Kristen se movió. Royce trató de aflojar el brazo sobre el cual ella yacía. No deseaba despertarla para que viese esto.

—Sajón, yo haré las preguntas. Y dirás la verdad si aprecias tu vida.

La cosa parecía cada vez más insensata. ¿Acaso él poseía conocimientos que interesaban a un celta? ¿Y cuál había sido el destino de los restantes habitantes de la casa?

Royce dijo en voz baja: —Te diré lo que quieras saber, si dejas en paz a la mujer.

—¿Dejarla en paz? — La voz manifestó sorpresa, pero Royce no estaba preparado para lo que el celta dijo de inmediato. — Estás durmiendo con mi hija. ¿Acaso tu iglesia sajona lo ha autorizado?

Royce cerró los ojos. No había oído bien. Era imposible. El padre de Kristen no era celta.

Impaciente, la voz continuó: —Sajón, no necesitas pensarlo mucho. O tu iglesia te concedió ese derecho, o no te lo concedió.

—No tengo ese derecho.

—Entonces, ¿mi hija te lo concedió?

Royce experimentó el súbito deseo de reír, porque la situación parecía inverosímil.

—Creo que cometiste un error. No estoy durmiendo con una mujer celta.

La hoja presionó de nuevo contra el cuello.

—No dispongo de mucho tiempo para conocer la verdad, de modo que no lo malgastes con rodeos. Kristen es mi hija, y yo sé muy bien quién eres tú.

La voz ya no era un murmullo. Continuó siendo grave, pero vibró más claramente... era una mujer.

Royce dijo con voz que expresaba incredulidad: —¿Eres su *madre*?

—Dios me ayude, ¿quién demonios creíste que era?

—¡No una mujer! — gruñó el sajón.

Kristen no podía continuar durmiendo.

—Royce, qué...

—Tranquilízate, querida, o esta hoja que sostengo contra su cuello se hundirá profundamente.

—¡Madre! ¡Oh, Dios mío! ¿Realmente eres tú? ¿Cómo...?

—¡Kristen, quieta! — Royce agregó su advertencia cuando la joven se sentó y al mover la cama determinó que la daga agrandase la herida, de modo que manó más sangre del cuello del sajón.

—¿De qué hablas? — preguntó Kristen, y después exclamó alarmada —. Oh, no, madre, ¡no lo hieras!

—¿No? — Brenna retiró la daga, y abrió los brazos exasperada. —¿Qué no lo hiera, después de todo lo que según nos dijo Ohthere él te hizo? ¡Te castigó con un látigo!

—Fue un error — dijo Kristen, y obligó a Royce a recostarse cuando él ya había comenzado a sentarse en la cama —. ¿No te lo explicó Thorolf?

Brenna hizo una pausa.

—Quizá lo habría hecho, pero tu tío Hugh le dio un puñetazo cuando comenzó a hablar en defensa del sajón. Creo que todavía está durmiendo.

—¿También está aquí el tío Hugh?

Royce apresó los brazos de Kristen y se sentó, a pesar de los esfuerzos que ella hizo para detenerlo.

—Me mentiste — dijo fríamente —. Dijiste que no podías entender a Gaelan, y sin embargo hablas a tu madre usando la misma lengua celta.

—Por supuesto. Ambos la aprendimos de ella. Gaelan es mi hermano.

—¿Selig?

—Sí.

—Entonces, ¡me mentiste acerca de su muerte!

—¡No! Creí que estaba muerto. Le llevó mucho tiempo recuperarse de su herida y encontrarme. Pero no podía decirte quién era. Lo habrías encadenado con los otros de haber sabido que era un vikingo.

Royce aflojó la mano con la cual la retenía al recordar la extraña conducta que ella había mostrado el día que Gaelan apareció en la casa. Con una mano le acarició la mejilla, al mismo tiempo que se inclinaba para besarla tiernamente.

—Lo siento — dijo.

—Qué hermoso — se burló Brenna —. Si habéis terminado de pelear y de reconciliaros, os anuncio que todavía es necesario resolver un problema grave: Kristen tu padre reclama la sangre del sajón.

—¡No!

—No es tan sencillo — dijo serenamente Brenna —. Pude separarme de ellos y venir aquí porque ahora están discutiendo Garrick, Hugh y tu hermano, no acerca de la necesidad de matarlo, sino de quién tendrá el placer de hacerlo.

—No es posible que Selig piense así — insistió Kristen —. El sabe lo que siento.

—Quizá. Pero cuando supo el asunto de los latigazos...

—¡Otra vez eso! — exclamó Kristen impaciente —. No fue nada... dos latigazos sin importancia. Fue cuando él creyó que yo era un muchacho y quiso arrancarme la verdad. Suspendió la orden en cuanto comprendió que era una mujer.

—Entonces, debiste explicárselo a Selig, en lugar de permitir que se enterase por Ohthere... que seguramente entendió sólo lo que alcanzó a ver.

—Yo nunca atribuí a Royce la culpa de los latigazos. ¿Por qué ellos lo acusan? Thorolf sabe. ¡Oh, maldito sea el tío Hugh y su mal carácter, que lo llevó a golpear a Thorolf!

—Querida, todos están enojados. ¿Creíste que procederían de otro modo cuando llegan aquí y te encuentran convertida en esclava y obligada a compartir la cama de tu carcelero?

—¡Mataré a Selig! — tronó Kristen —. El sabe que nadie me obligó. ¿Por qué no te lo dijo?

Brenna se echó a reír ante la vehemencia de su hija.

—Quizá lo olvidó a causa de su propia cólera. Pero me alegro de saberlo. Ahora, cálmate. Que tú te enojes no contribuirá a resolver nada.

Royce preguntó con forzada serenidad.

—¿Debo suponer que liberaron a mis prisioneros?

—Sí — replicó Brenna —. Eso fue fácil. Sajón, tu patio no está bien defendido.

—¿Y la patrulla de los bosques?

—Apresada.

—¡Quieres decir que los mataron!

—A unos pocos. No fue posible evitarlo. También al guardia de la puerta. La única razón por la cual nos mantuvimos frente al muro, sin ocupar la casa, es que tienes aquí a Kristen. Y podrás mantenerte vivo mientras la retengas. Pero, sajón, no se marcharán.

—Me llamo Royce — dijo secamente el joven.

—Y yo Brenna. Y ahora que nos conocemos, te diré una cosa: pude haberte matado mientras aún dormías, y me habría llevado a mi hija sana y salva.

—Al parecer, tus hombres reclaman mi sangre — replicó Royce irritado —. ¿Por qué tú no piensas lo mismo?

—Lo pensé.

—¡Madre! — protestó Kristen.

—Es cierto, preciosa. Como que Dios es mi testigo, deseaba que él y toda su gente muriesen. Finalmente comprendí, después de tantos años, lo que sintió tu abuelo, y por qué quiso vengarse de mi pueblo por lo que habían hecho a tu padre cuando lo capturaron en una incursión. Vine aquí para vengarme, lo mismo que hizo Anselmo cuando me capturó.

—Pero, ¿cómo supisteis dónde encontrarnos?

—Gracias a la esposa de Ivarr. Como tú sabes, es una mujer muy miedosa. Ivarr le había dicho lo que se proponía hacer, y mucho antes de la época en que debía retornar la nave ella se presentó ante Garrick y lo confesó todo. Pero creíamos que habíamos venido inútilmente cuando encontramos que el monasterio de Jurro estaba en ruinas. Pensamos que los hombres habían tenido éxito, que nosotros habíamos partido demasiado pronto, y que vosotros probablemente ya estaréis en casa. Volvíamos a las naves...

—¿Más de una nave? — la interrumpió Royce.

—Tres — respondió Brenna —. De modo que si estuviste pensando en la posibilidad de luchar, más vale que no lo hagas. Hemos venido dispuestos a combatir, con más de cien hombres.

Kristen buscó la mano de Royce.

—No combatirás contra mi padre, ¿verdad?

El se limitó a responder con un gruñido. Brenna emitió un sonido parecido.

—Kristen, quizá no pueda elegir.

—No, no habrá guerra — insistió obstinadamente Kristen. Bajó de la cama cubriéndose con la sábana. — Madre, yo... ¡Oh, por los dientes de dios! Deseo verte, madre, acercarme a ti.

Tomó una vela y salió del dormitorio en busca de una antorcha.

Royce buscó sus ropas, y después procedió a vestirse.

—Dijiste por qué deseabas matarme, Brenna. Ahora dime por qué no lo deseas.

—Porque cierta vez yo también fui capturada y convertida en esclava, y sin embargo acabé amando al hombre que era mi dueño. Garrick es mi marido.

Ha venido aquí no como vikingo, sino como padre. Y tendrás que enfrentar a ese padre.

—Podría apresarte ahora — dijo Royce, mientras ajustaba el cinturón con la espada —. En ese caso, tendría dos rehenes en lugar de una.

Se oyó una risa suave desde el fondo de la habitación.

—Yo no lo intentaría.

Royce no contestó, y la luz se acercó a la puerta. Un momento después apareció Kristen, que protegía la vela con la mano. No se había vestido, y estaba cubierta únicamente con la sábana.

—Oh, madre, deja eso — la reprendió Kristen —. El no te atacará.

Royce pudo ver un arco de aspecto siniestro cuya flecha apuntaba a su pecho; y ni siquiera era uno de sus arcos. Brenna lo había llevado consigo.

Comenzó a reírse de su propia tontería al haber subestimado a la mujer. Se habría llevado una gran sorpresa si hubiese intentado desarmarla en la oscuridad.

Kristen lo miró con el ceño fruncido al ver la mano de Royce sobre la empuñadura de la espada. Ella le dirigió una sonrisa, y alzó ambas manos en un gesto de rendición. Y después observó la reunión de la madre y la hija. Kristen corrió hacia los brazos abiertos de Brenna, pero su cuerpo sobrepasaba en mucho al de la madre.

Royce meneó la cabeza, sorprendido. ¿Cómo era posible que esa mujer fuese la madre de Kristen? Era tan menuda, y el cuerpo esbelto vestía una túnica de terciopelo negro. Los largos cabellos negros formaban una trenza, y los ojos grises afectuosos exploraban la cara de Kristen, enmarcada por las manos de su madre. El cutis de Kristen se asemejaba al de su hermano, y por eso Royce supuso que la joven noruega se parecía al padre. Pero los rasgos de Brenna reproducían los de Kristen. Sin embargo, se hubiera dicho que no tenía edad suficiente para ser madre. Una bella mujer.

—No explicaste cómo pudiste encontrarnos aquí — dijo Kristen.

—Perrin recorrió gran parte de este territorio y descubrió este lugar, y vio a los hombres trabajando en el patio. De modo que nos retiramos al bosque para esperar la noche.

—Oh, madre, ¡no sabes cuánto me alegro de verte! — dijo Kristen, abrazándola fuertemente —. Últimamente sufrí mucho, pues sabía que esperabais el retorno de la nave, ahora que se acerca el invierno, y que os sentiríais muy conmovidos si no llegábamos.

—¿Por eso estabas deprimida? — dijo Royce con expresión incrédula.

Kristen desvió la mirada hacia la cama, y pareció un tanto avergonzada.

—Sí, Royce, lamento no habértelo dicho, pero en realidad tú nada podías hacer para remediarlo.

—Creí... Bien, no importa — dijo Royce, con expresión obstinada —. La próxima vez que suceda algo parecido explícate, y permíteme juzgar personalmente si puedo ayudar o no.

—No hay tiempo para perderlo en estas aclaraciones — dijo Brenna con expresión decidida —. Debes responder a mis preguntas, y de prisa: Royce, ¿te casarás con mi hija?

—¡Madre! — exclamó Kristen —. ¡No puedes preguntarle eso!

—Debo hacerlo — insistió Brenna —. Necesito algo para calmar a tu padre, aunque quizá ya sea demasiado tarde.

—No aceptaré un matrimonio a la fuerza — dijo Kristen con voz que expresaba hostilidad —. Y además, tiene a su prometida. No puede desposarme.

Brenna miró a Royce con el ceño enarcado. El respondió con una sonrisa.

—El compromiso que ella menciona ya no existe.

—¿Qué? — exclamó Kristen —. ¿Cómo es eso?

—Cuando me ausenté esos dos días, fui a Raedwood para hablar con el padre de Corliss. No lamentó mucho que yo no deseara a su hija cuando le propuse casar a Darrelle con su hijo Wilburt.

—¿Esa era la sorpresa que me reservabas?

—No, tu propia boda era la sorpresa, aunque yo no estaba seguro de que aceptaras. Te tendí una trampa para obligarte a reconocer que me amabas, pero después no volviste a decirlo.

—¿Realmente deseas casarte conmigo?

—Sí.

—¡Oh, Royce! — se arrojó sobre él, de modo que Royce cayó nuevamente de espaldas sobre la cama.

—Entonces, ¿amas a mi hija? — dijo Brenna, interrumpiendo el beso.

—¡Madre! — exclamó Kristen —. ¡Por los dientes de Dios! Nunca me lo dijo, ¿y ahora tengo que escucharlo frente a ti, y obligado? ¿Ese es el modo de...?

—Cálmate, preciosa. No tengo tiempo para considerar tu sensibilidad. No es mía la culpa si no te lo dijo antes, pero ahora quiero oírle decir precisamente eso.

Y Royce lo dijo.

—Sí, la amo.

—No significa nada cuando uno lo dice obligado — masculló Kristen.

Royce le tomó el mentón y la obligó a mirarlo.

—Kristen, ¿de veras crees que alguien puede obligarme a decir esto? Sí, te amo.

Detrás de los dos jóvenes, Brenna sonrió.

—Kristen, tu padre también tardó mucho en decirlo.

Kristen sonreía, como transportada. Ni siquiera oyó las palabras de su madre. Pero Royce no podía ignorar la presencia de Brenna, por mucho que deseara verla lejos en ese momento.

Preguntó con voz neutra: —¿Y ahora qué?

—Ahora que tengo las respuestas que buscaba me marcharé como vine, y ojalá pueda obligar a algunos a mostrarse sensatos.

—¡Brenna!

Royce vio que las dos mujeres se estremecían al oír esa voz tonante frente a la ventana. A él mismo se le erizó el vello de su propia nuca.

—Dios nos ampare. Sabía que era excesivo abrigar la esperanza de que no descubriese mi desaparición.

—¡Brenna, contesta! — rugió de nuevo Garrick.

—¿Tu padre? — preguntó Royce.

—Sí.

—¿Y también habla la lengua celta?

—Ya te dije que su madre era cristiana. Era una celta...

Brenna los interrumpió bruscamente.

—Royce, será mejor que te apresures a bajar. Estoy segura de que Garrick despertó a tus hombres. Ocúpate de que no salgan armados de la casa, porque serán masacrados. No esperó a comprobar que Royce le obedecía, y con paso rápido se acercó a la ventana y gritó: —Por los dientes de Dios, vikingo, no necesitas gritar así. Estoy aquí, sana y salva y Kristen está conmigo. ¡No! No entres, Garrick. Yo me reuniré contigo.

Kristen se había acercado a la ventana, y se detuvo junto a su madre apenas Royce salió de la habitación. La luz de las antorchas iluminaba todo el patio, y así vio a más de un centenar de vikingos tocados con los yelmos, armados de espada y hacha, preparados para atacar la casa. Sólo le restaba rogar que Royce no convocase a sus hombres. No tenían la más mínima posibilidad.

43

—¡No! ¡No, Thorolf, no puede ser! Quiero hablar con él!

Corrían las primeras horas de la mañana, pero reinaba el silencio en la sala. Las mujeres rezaban sin hablar. Los hombres afilaban solemnemente sus espadas.

Brenna había vuelto con Garrick, pero él no le había permitido retornar. En cambio, habían enviado a Thorolf con la misión de informarles lo que se había decidido. Los vikingos se habían retirado nuevamente fuera del recinto amurallado. Kristen había esperado con Royce el resto de la noche. Habían previsto que habría un ataque, un ultimátum, pero no lo que Thorolf estaba diciéndoles.

Kristen estaba de pie al lado de Royce, en la entrada, y allí hablaron con Thorolf. Apenas amaneció, el vikingo llegó desarmado. Tenía el mentón monstruosamente hinchado, testimonio del mal humor del tío Hugh. Había hablado únicamente con Kristen, dejando a cargo de la joven la tarea de interpretar el mensaje para beneficio de Royce. Y ella aún no lo había hecho.

—Puedes venir conmigo ahora para verlo — dijo francamente Thorolf —. Pero si abandonas esta casa, tu sajón pierde el único recurso que le permite negociar. No creo que desees eso.

—Entonces, dile que venga aquí.

Thorolf meneó la cabeza.

—No vendrá. No confía en los sajones.

—¡Tú viniste!

—Sí. — Sonrió. — Pero confio en tu capacidad para evitar que tu hombre me degüelle. En cambio, tu padre no ha visto el poder que tú ejerces sobre él.

Kristen respondió en voz colérica: —Quizás eso sea cierto en las cosas poco importantes, ¡pero no cuando se trata de algo que afecta la seguridad de su gente!

Thorolf no se mostró impresionado. Si hubiesen querido matarlo, ya lo habrían hecho. Pero el sajón permanecía de pie allí mismo, el rostro impasible. Ni siquiera mostraba curiosidad por saber de qué hablaban.

—¿Se lo dijiste? ¡Por favor! Si tengo que hacerlo yo, quizá no me entienda bien.

—¡Thorolf, por favor! Esto no puede ser. Os amo a ambos. ¡Para mí no habrá un triunfador!

—No creo que se haya considerado ese aspecto. Dieciséis de los nuestros fueron convertidos en esclavos, y obligados a trabajar para estos sajones. No todos reclaman venganza por eso. Unos pocos incluso preferirían vivir aquí, si pudieran hacerlo como hombres libres. Pero los que no buscan la venganza ahora tienen aquí hermanos y padres que sí la reclaman.

—¡Oh, qué injusto! — exclamó ella —. ¡Es el riesgo que aceptaron cuando vinieron a atacar este lugar.

—Ellos no lo ven así.

—¡Por Dios! ¿Mi madre habló con mi padre?

—Hablaron largamente, discutieron. Y después se adoptó la decisión.

—¿Mi madre aprueba esto?

—No, no lo aprueba, pero como tú misma, no puede oponerse. Tu tío es el Jarl, y ejerce el mando. Le corresponde la palabra definitiva, y aceptó. Y tu padre fue elegido unánimemente, pues se entiende que es el que ha sufrido la peor ofensa del sajón, a causa de ti. Ahora, díselo, Kristen. Se acerca el momento.

Kristen miró a Royce. La cara de la joven era una máscara pálida y sombría. El sufrimiento más profundo se manifestaba en su mirada. ¿Cómo podía decírselo? Y sin embargo, era necesario. Que Dios la ayudase, ese día, ella misma quedaría destruida.

Habló con voz apagada.

—Milord, te retan a duelo. Eligieron a su representante, y tú combatirás solo contra él. Si lo derrotas, se marcharán.

Royce provocó mayor sufrimiento en Kristen cuando la miró sonriente.

—Kristen, esto es mejor que todo lo que yo podría haber deseado. ¿Por qué estás tan triste? ¿Temes que no pueda vencer?

—Esa es una de las razones — dijo ella con voz quebrada.

—Muy bien. ¿Qué sucederá si soy derrotado?

Royce desbordaba confianza. Pero ella no podía mirarlo a los ojos.

—Alden siempre me tendrá aquí, y podrá usarme para negociar. Mi tío Hugh ejerce el mando. No cree que tú me mates, pero no se siente tan seguro si otro sajón ejerce el mando. Hugh no arriesgará mi vida. Se marcharán si yo voy con ellos. En cualquiera de los dos casos tu gente se salvará.

—Entonces, ¿sólo están contra mí?

—Sí. Un vikingo prefiere morir en combate antes que ser esclavo, pues ser capturado es deshonroso. Tú los obligaste a aceptar lo que más odian.

—¿Pero se darán por satisfechos si triunfo?

—Royce, son hombres de pelea. Pelean por divertirse o por el más mínimo insulto; poco les importa la razón. En nuestros festines mueren hombres por incidentes que comienzan como una sencilla disputa. Los amigos enfrentan a los amigos... lo que les importa es el desafío. Pero siempre se respeta al vencedor porque se lo considera el mejor. Han designado al mejor de sus hombres. No creen que puedas derrotarlo, pero si lo consigues habrás demostrado tu fuerza, y por lo tanto te respetarán.

El acercó la mano al mentón de Kristen, y la obligó a mirarlo.

—¿Esto te angustia? ¿Deseas que rechace el desafío?

Kristen gimió.

—No puedes. Mi madre seguramente les dijo que no me dañarás, no importa lo que suceda. Como te expliqué antes, mi tío está seguro de eso. Atacarán tu casa si no peleas. No tienes alternativa si quieres salvar a tu gente.

—Por otra parte, podrían atacar incluso ahora, y sin embargo me proponen este reto. Kristen, es un trato justo. De modo que no te inquietes. No puedo perder.

Ella contuvo una exclamación, y después se volvió y corrió hacia la escalera. Royce la miró con el ceño fruncido hasta que ella desapareció en el piso alto. Después, miró hostil a Thorolf.

—¿Qué dijiste a Kristen que la conmovió tanto? — preguntó Royce.

A Thorolf le dolía la cabeza a causa del intento de entender el rápido diálogo de los dos jóvenes. Había renunciado al esfuerzo después de comprender que el sajón sabía a qué atenerse. Quería conocer la causa de la inquietud de Kristen. Thorolf pensó que la joven tenía sus propias razones para parecer preocupada.

El vikingo se encogió de hombros.

—Garrick está furioso con Selig... perdió la nave... trajo aquí a Kristen. Probablemente le dará unos buenos latigazos.

Royce no se tranquilizó. ¿Era posible que la preocupación por su hermano la agobiase tanto? Quizá, si eso se sumaba a la inquietud por el resultado del combate.

—¿Cuándo vendrá mi contrincante? — preguntó.

—Tardará el tiempo necesario para prepararse.

—¿Vendrá completamente armado?

—Sí.

Royce despidió con un gesto a Thorolf. Envió a un hombre a su dormitorio con la orden de alcanzarle su armadura, y entretanto explicó a Alden lo que sucedería. Impartió instrucciones para el caso improbable de que el vikingo lo derrotase.

Un rato después se había puesto el casco y la cota de mallas. Alden estaba afilando la espada cuando llegó la llamada desde el patio.

Royce salió de la casa, la espada en una mano y el escudo en la otra. Los vikingos habían entrado todos en el patio, pero se habían desplegado a lo largo del muro externo, los escudos y las espadas a los pies de cada uno, como signo de que habían venido sólo para mirar. Los hombre de Royce salieron de la casa, y él impartió la orden de que también depositaran en el suelo sus armas. Vio a la madre de Kristen que aferraba el brazo del gigante de ancho pecho que estaba a su lado. ¿El padre de Kristen?

Royce no necesitó esperar mucho tiempo, y de pronto vio a su contrincante, a pocos metros de distancia. Era un hombre alto y corpulento, quizá tres o cuatro centímetros más alto que Royce. Mantenía separadas las piernas musculosas revestidas de cuero, la única protección que usaba, además del yelmo cónico con el largo protector de la nariz que ocultaba la mayor parte de su cara. Una sólida musculatura le cubría el ancho pecho y el estómago liso. Los brazos parecían garrotes carnosos. Adornaba sus muñecas con brazaletes de oro que mostraban dibujos de serpientes y dragones. El amplio escudo estaba revestido de cuero, y en el centro tenía un espolón de cinco centímetros. Y la espada de doble filo era una de las armas mejor trabajadas que Royce había visto jamás; el pomo estaba grabado y tachonado de plata y oro.

Royce vio todo esto de una ojeada. Que el hombre apareciese con el pecho desnudo era un gesto de menosprecio que el sajón no podía ignorar. Pidió a Alden que le ayudase, porque deseaba quitarse su propia cota de mallas.

—¿Estás loco? — preguntó Alden.

—No, me llevará ventaja si soporto el peso de la cota y él no. Primo, no creo que esto termine rápidamente. No quiero ofrecerle ninguna ventaja.

Los vikingos vivaron cuando Royce desnudó su propio pecho. Su antagonista había permanecido inmóvil, esperando. Alden devolvió a Royce la espada y el escudo, y el sajón se acercó al hombre a quién debía matar. Y entonces se sintió paralizado, porque vio los ojos claros que lo observaban tras los protectores de yelmo. Lanzó una violenta maldición, y retrocedió. Juró de nuevo, y arrojó la espada al suelo, frente al vikingo.

Garrick bajó su propia espada.

—Por Thor, ella no te lo dijo, ¿eh?

—¡No puedo combatir contra ti! — gritó irritado Royce —. ¡Eso la destruiría!

—¿Es la única razón por la cual no peleas?

El tono era insultante, y Royce no podía ignorar la insinuación de cobardía. En ese momento casi decidió volver a tomar la espada. Pero en su mente evocó la expresión angustiada de Kristen, y cerró los puños para dominar el impulso.

—Qué otro venga a combatir — dijo Royce con voz áspera —. Envíame a ese oso que está de pie al lado de tu esposa.

—No, mi hermano no puede enfrentar a un hombre de tus proporciones y tu edad, aunque él no quiera reconocerlo. Te enfrentarás conmigo o con nadie. ¿O quizá mi hija también olvidó decirte lo que sucederá si te niegas a luchar?

—¡Me lo dijo!

—Entonces, sajón, recoge tu espada. Sabes que no tienes alternativa.

—Vikingo, ¿estás seguro de que no eres demasiado viejo para esto? — se burló Royce —. Me entreno diariamente en el arte de la guerra, porque estamos preparándonos para enfrentar a tus hermanos los daneses. Pero entiendo que no eres más que un mercader.

—¡Vaya, vaya! — rió Garrick —. Ahora he sido bien desafiado. Niño, tienes un segundo antes de que comience a despedazarte.

Royce se inclinó para recoger su espada y con ella en la mano rodó y se incorporó sobre el costado izquierdo de Garrick. Dispuso sólo del segundo prometido antes de que el primer golpe cayese sobre su escudo. Siguió otro antes de que pudiese afirmarse sólidamente sobre los pies.

Brenna había dicho la verdad. En efecto, el padre de Kristen quería la sangre de Royce. Ni por un instante cesó en sus ataques, y descargó un golpe tras otro, obligando a Royce a retroceder en medio del patio. Ninguno de los daneses contra los cuales Royce había desenvainado la espada se había mostrado nunca tan implacable. Pero por otra parte ningún danés había tenido una motivación parecida. Estaba peleando ante todo contra un padre encolerizado, y en segundo lugar contra un vikingo. Estaba obligándolo a pagar cada una de las veces que había llevado a su lecho a Kristen.

En la ventana de la habitación de Royce, en el piso alto, Kristen parecía una estatua, y observaba el combate. El espectáculo la torturaba, y sin embargo no podía apartar la mirada. Media docena de veces había sentido que se le encogía el corazón, pues parecía que Royce no lograría protegerse a

tiempo con el escudo, y entonces la espada de Garrick pasaba a pocos centímetros del sajón. Y después, llegaba la respuesta de Royce, y los golpes feroces sobre el escudo de Garrick.

Parecían dos murallas, descargando golpes que eran martillazos. Los labios de Kristen sangraban, porque se los mordía para contener los gritos. ¿Cuánto tiempo duraría eso? ¿Cuánto tiempo antes de que...?

La fuerza del último golpe derribó a Royce. Garrick atacó por la derecha, pero los pies de Royce lo derribaron. Royce consiguió incorporarse antes que su antagonista, y podía alcanzar el vientre del vikingo. No aprovechó la oportunidad. En cambio, clavó la espada en el suelo y se quitó el yelmo.

—¡He terminado! — rugió —. ¡Podría haberte destruido!

Garrick se incorporó más lentamente. Apoyó la punta de la espada en el pecho de Royce y la sostuvo así un instante, y después también la clavó en el suelo. También él se despojó del yelmo, y agitó la espesa cabellera dorada.

—Sí, ambos seríamos unos estúpidos si continuásemos, porque yo tampoco puedo matarte. Pero no tengo tantos escrúpulos si se trata de esto.

El puño tocó la mandíbula de Royce, y lo derribó. Pero el sajón giró de prisa sobre sí mismo, y con un impulso poderoso hundió el hombro en el vientre de Garrick. La pelea continuaba, pero ahora con los puños en lugar de las espadas.

Arriba, Kristen comenzó a llorar aliviada. Al fondo del patio, Brenna se volvió para ocultar sus propias lágrimas. Las dos mujeres sonrieron, seguras de que sus hombres vivirían. A los vikingos no les importó mucho que la forma de lucha hubiese cambiado. Continuaron vivando a su campeón, como hacían los sajones con el suyo.

Cuando el combate terminó, largo rato después, Royce no hubiera podido levantar la cabeza siquiera para salvar la vida. Garrick, todavía arrodillado, fue declarado vencedor poco antes de inclinarse sobre Royce. Reinó el silencio en el patio. No se había contemplado la posibilidad de que los dos hombres conservaran la vida.

Kristen no les dio tiempo para pensar. Corrió hacia los luchadores caídos y ordenó que ambos fuesen llevados a la casa. Como ningún sajón obedeció, la joven atravesó a Alden con una mirada de furia.

—Sajón, no hagas que lamente haberte perdonado. ¡Ordena que se muevan!

Alden hizo lo que ella reclamaba, y Kristen se apoderó rápidamente de una de las espadas caídas al suelo, en el momento mismo en que su tío y la mayoría de los vikingos se acercaban. Enfrentó con ella a Hugh, blandiendo el arma.

—Esto ha terminado, tío Hugh — le advirtió irritada —. Ahora me casaré con el sajón, y pobre de quien se atreva a impedirlo. Ha combatido por su derecho a la paz. Y vosotros debéis concederla.

Hugh echó hacia atrás la cabeza y rió estrepitosamente. Palmeó el trasero de Brenna, y la mujer salió despedida.

—La hija se parece a la madre, ¿eh, Brenna? Odín nos ayude si ésta es la nueva estirpe de mujeres que estamos engendrando en nuestras costas.

Brenna se volvió y miró hostil a su cuñado.

—¡Bruto! ¿Y como hubiera sobrevivido ella si yo no le hubiese enseñado ciertas cosas? Hugh, dale la respuesta que ella espera.

Hugh dirigió una sonrisa a su sobrina.

—Sí, tu hombre luchó bien. Y le concedemos la paz.

—¿Y todos vosotros os marcharéis?

—Sólo cuando te veamos bien casada.

Kristen sonrió, y después prorrumpió en alegres carcajadas, ya en los brazos musculosos de su tío.

44

Royce no sentía el cuerpo tan duro y dolorido, pero no creía que estuviese en condiciones de abandonar el lecho. Estaba mejorando después de pasar tres días acostado, pero nunca se había sentido tan mal en el curso de su vida. Al principio le parecía que le habían quebrado todos los huesos del cuerpo. Algunos, en efecto estaban fracturados, y Kristen tuvo que vendarle fuertemente el pecho para inmovilizar las costillas rotas.

Pero no necesitaba abandonar la cama para saber lo que sucedía en la casa. Parecía que todos los habitantes de Wyndhurst habían entrado al dormitorio en diferentes ocasiones y a distintas horas. Su gente necesitaba ver cómo estaba, y la gente de Kristen deseaba conocer al hombre que desposaría a la bella flor noruega.

Darrelle era la visita más frecuente, pues se encontraba en un estado rayando en la histeria a causa de la presencia de tantos vikingos en su casa. Alden se sentía divertido con esa situación. Y Meghan, esa niña tan sorprendente, parecía deslumbrada y complacida con los visitantes, e incluso llegó a decir excitada a Royce que Hugh, el tío de Kristen, le había prometido llevarla a visitar su nave vikinga. El cambio producido en la pequeña, gracias a Kristen era en realidad maravilloso. Por lo demás, también la joven vikinga había cambiado.

Royce se preguntaba a veces si el destino no había corregido el error cometido al arrebatarle su primer amor en el curso de una incursión vikinga, y le había enviado a Kristen durante otra incursión. En todo caso, ella había llenado el vacío en que él había vivido todos esos años. Royce ya pensaba menos en Rhona. Cuando intentaba evocarla, veía en cambio unos ojos claros, y una cascada de cabellos castaños. Y Kristen lo amaba. Después de todo lo que él le había hecho, en verdad lo amaba. Y eso jamás dejaría de asombrar a Royce.

El único que no había acudido al dormitorio para ver a Royce, era el padre de Kristen. Brenna le explicó con una semisonrisa que tampoco Garrick estaba en condiciones de abandonar su lecho. Esa confesión reconfortó a Royce, pues ansiaba vivamente que el hombre de más edad estuviese sufriendo tanto como él mismo. El vikingo había buscado la sangre del sajón, y Royce había escupido bocanadas enteras. En adelante lo pensaría mucho antes de enfrentarse nuevamente con ese vikingo implacable.

El encuentro decisivo fue tres días después. Kristen llegó de prisa para advertirle, apenas unos segundos antes, que su padre se acercaba. Royce enterró la cabeza bajo la almohada. Ella rió y le arrebató la almohada. Y entonces, en la puerta apareció Garrick Haardrad, y ocupó todo el espacio disponible con su enorme cuerpo.

Royce había visto en acción ese cuerpo soberbio, pero ésta era la primera vez que podía contemplarlo tranquilamente. No parecía tener edad suficiente para contar con un hijo que era sólo cinco o seis años menor que Royce.

La reflexión no agradó en absoluto a Royce, pues cobró conciencia de que había sido castigado enérgicamente por un hombre que era casi cuarenta años mayor; y además un mercader, es decir un individuo que naturalmente hubiera debido ablandarse con el paso de los años. Y lo que era peor, había abandonado el lecho y estaba de pie antes que el propio Royce. El sajón conocía el poder de su propia fuerza. Un hombre de la edad de Garrick hubiera debido guardar cama como mínimo durante una quincena.

Y sin embargo, allí estaba, alto y erguido, y sólo unos pocos signos atestiguaban su participación en el combate: la decoloración del labio, una mancha morada en una mejilla, una pequeña herida bajo un ojo. Royce sintió deseos de haber visto ese ojo cuando estaba completamente negro, y todavía hinchado. Lo irritaba la capacidad del vikingo para reponerse con tal rapidez.

Garrick vestía una túnica de cuero sin mangas, y se cubría las extremidades inferiores con las perneras firmemente aseguradas a los muslos y los tobillos. Las botas de cuero blanco estaban tachonadas de oro, y le llegaban a las rodillas. Se adornaba la túnica con anillos de oro. A decir verdad, llevaba encima una verdadera fortuna; y cerraba el cinturón con una hebilla de oro del tamaño de un puño. En los dedos lucía anillos de oro con piedras preciosas. Sobre el pecho mostraba un medallón de oro macizo, y otras piezas de oro adornaban sus muñecas.

Royce descubrió consternado que lo intimidaba, no la riqueza y la fuerza que se transparentaban en todos los detalles de ese hombre, sino la expresión sombría del rostro de Garrick. Era el padre de Kristen. Una sola palabra que él pronunciara y Royce podía perder a la muchacha.

En realidad, contra lo que mandaba la tradición, el festín de la boda había comenzado antes del matrimonio mismo, y sin la presencia de la feliz pareja. Más aun, había empezado el mismo día del combate, porque Hugh Haardrad, había dicho que tendrían que partir de regreso a su país antes de que el invierno dificultase demasiado el viaje, por lo tanto, no podían esperar a que Royce sanase. Así, comenzaron la celebración antes de la ceremonia; las celebraciones vikingas eran episodios prolongados, y si faltaban, Kristen no sentiría que estaba casada. Era lo que Hugh decía.

Por eso mismo, Royce creyó que el problema estaba resuelto. Pero al mirar al padre de Kristen comprendió que no era así. Aún necesitaba obtener la aprobación de este hombre, y por lo que podía ver no parecía que Garrick estuviese dispuesto a concederla.

El hecho de que Kristen sonriera suavizó un poco el pánico que comenzaba a dominar a Royce. Si ella no veía nada alarmante en la severa expresión de su padre, quizá podía afirmarse que Royce, estaba reaccionando con exceso de precaución. Después de todo, él no conocía al hombre. Quizá siempre adoptaba esa expresión tan inquietante.

Brenna apareció detrás de Garrick y con una suave presión obligó a su esposo a entrar al cuarto. Rodeó la cama y se sentó al lado de Kristen. También ella tenía una expresión severa en el rostro, y sus ojos grises recorrieron el cuerpo de Royce, extendido sobre la cama.

—Royce, comprendo que te agradan los mimos de mi hija, pero ya es suficiente — dijo Brenna con expresión desaprobadora —. Si mi marido pudo levantarse y caminar, también tú puedes hacerlo. Quiero que Kristen se case hoy.

Los ojos esmeralda se desviaron hacia el vikingo para comprobar si él negaba esa afirmación. Como Garrick no dijo nada, Royce se aflojó. Más aun, se reafirmó su anterior resentimiento frente a Garrick.

Consiguió sentarse sin contraer los músculos de la cara.

—Señora, no fue más que una cortesía. No quise obligar a su esposo a interrumpir su descanso para asistir a la boda antes de que estuviese en condiciones.

—¡Royce! — exclamó Kristen.

Brenna sonrió, y comenzó a formular una respuesta que fue interrumpida por su marido.

Garrick echó hacia atrás la cabeza y rió a carcajadas.

—¿Es eso, sajón? Si hubiera sabido que era la única excusa que tienes, no habría permitido que mi esposa me mimase tanto tiempo.

Brenna contuvo una exclamación, y Kristen emitió una risita.

—Ambos mienten descaradamente. Madre, ¿qué hacemos con ellos?

—No sé qué harás tú — replicó Brenna —, pero si tu padre no cuida su lengua, lo obligaré a volver a la cama.

—Señora, acabamos de abandonarla — replicó Garrick con una sonrisa perversa —. Pero si deseas volver…

Kristen vio el sonrojo de su madre y reprendió a Garrick.

—Padre, por favor. Royce no comprende que estás bromeando. Lo impresionas.

—Si es así, tendré que disculparme por los golpes que le di. Pero según me dijeron, compartiste su cama todo el verano.

Si antes Royce no se había sentido chocado, entonces lo estuvo. Vio el sonrojo de Kristen, y sintió el calor en sus propias mejillas. De pronto, Garrick abandonó la actitud de broma. En un instante se dibujó en su rostro una expresión grave. Royce comprendió de dónde venían los repentinos cambios que siempre le habían intrigado tanto de Kristen.

—Hiciste todo lo posible para matarme a causa de eso — recordó bruscamente Royce a Garrick —. Si todavía lo deseas.

—No seas estúpido — contestó secamente Garrick —. No podía matarte después de que Brenna me dijo lo que nuestra hija siente por ti.

—¡Deberíais haber ordenado a Thorolf que me lo dijese! — exclamó Kristen.

—¿Y que tú se lo explicases a Royce? — Garrick meneó la cabeza. — No, Kris, tenía que ser como fue, para contentar a todos. Pero él merecía los golpes.

—Tu padre olvida su propia juventud — dijo. Dirigió una mirada significativa a Garrick antes de sonreír a Kristen —. Por otra parte, se muestra irrazonable cuando se trata de ti. — Aunque se había acercado al costado de Garrick para tomarle la mano, Brenna continuó hablando a Kristen. — No se trata tanto de que te hayas acostado con él, sino de que no se casaron antes. Ambos nos oponemos a eso, y por lo tanto deseamos corregir la situación.

Royce aún tenía que escuchar la confirmación de los labios del padre de Kristen. Preguntó: —Entonces, ¿tengo su bendición?

Brenna clavó el codo en las costillas de Garrick cuando éste no contesto inmediatamente.

—¡Sí! — explotó el vikingo.

Royce comenzó a reír al ver el gesto de dolor en los rasgos de Garrick. Pero después gimió, porque también él sufrió al reír; y ahora tocó a Garrick el turno de festejar.

—Por lo menos, esta tarde no tendré que demostrar mi fuerza — dijo Garrick. Y esa frase le ganó una mirada de hostilidad que acentuó su regocijo, y esto a su vez provocó otro golpe en las costillas, asestado por su esposa.

Brenna dijo a su hija: —Los primos de Royce han realizado todos los preparativos, de modo que iré a la sala con tu padre, y tú te ocuparás de arreglar a Royce.

Dicho esto, empujó a Garrick que aún reía, y ambos salieron de la habitación.

Después de que sus padres salieron, Kristen cerró la puerta, y con una semisonrisa se volvió hacia Royce.

—Se necesita tiempo para acostumbrarse a ellos — observó.

Royce vio que ella hacía todo lo posible para evitar la risa. Desde el momento de la aparición de sus padres Kristen había hecho gala de excelente humor. Rodeada por los miembros de su familia y los amigos, se sentía inmensamente feliz, y él no deseaba entristecerla quejándose del padre.

Con voz vacilante preguntó:

—Entonces, ¿los extrañarás cuando se marchen?

Ella sonrió, y se acercó a Royce. Se inclinó sobre él, y con los brazos rodeó el cuello del sajón.

—Sí, pero mi padre prometió visitarnos. En verano el viaje no es demasiado largo.

Royce gimió íntimamente.

—Imagino que no vendrá a menudo — dijo esperanzado.

—Quizá cada verano.

El trató de disimular lo mejor posible su temor. Y después, el perfume de la piel de Kristen lo aturdió, y Royce se olvidó de los padres de la joven.

Los brazos de Royce rodearon la cintura de Kristen; él elevó los ojos para mirarla, y su mentón descansó en la profunda V del vestido de terciopelo verde. Kristen había usado sus propias prendas después de que él reconoció que la amaba. Ninguno de los dos había mencionado su condición anterior. Ella se había limitado a abandonar la condición de esclava con la misma facilidad con que la había adoptado, lo cual llevó a Royce a comprender que en realidad jamás había asumido su esclavitud.

El verde oscuro del vestido agregaba un matiz más oscuro a los ojos de Kristen, de modo que se inclinaban al turquesa. En los ojos de Royce se manifestaba la intensidad de su amor y su ternura.

—Han esperado casi una semana esta boda. — Royce apretó los labios sobre la piel de Kristen antes de agregar: —¿Nos atreveremos a demorarlos un poco más?

—Bromeas, milord. — Las palmas de Kristen sujetaron las mejillas del hombre y ella se inclinó para acariciar los labios de Royce con movimientos lentos y sensuales de su lengua. —¡No estarás sugiriendo...! — Ella rió roncamente cuando él la puso sobre las rodillas.

—Sí, bromeo. Pero tú podrías obligarme a cambiar de idea.

—¿Puedo? — La mano de Kristen sobre la nuca del sajón lo obligó a acercar los labios. — Entonces, milord, quizá lo haga. Sí, quizá...

Fin